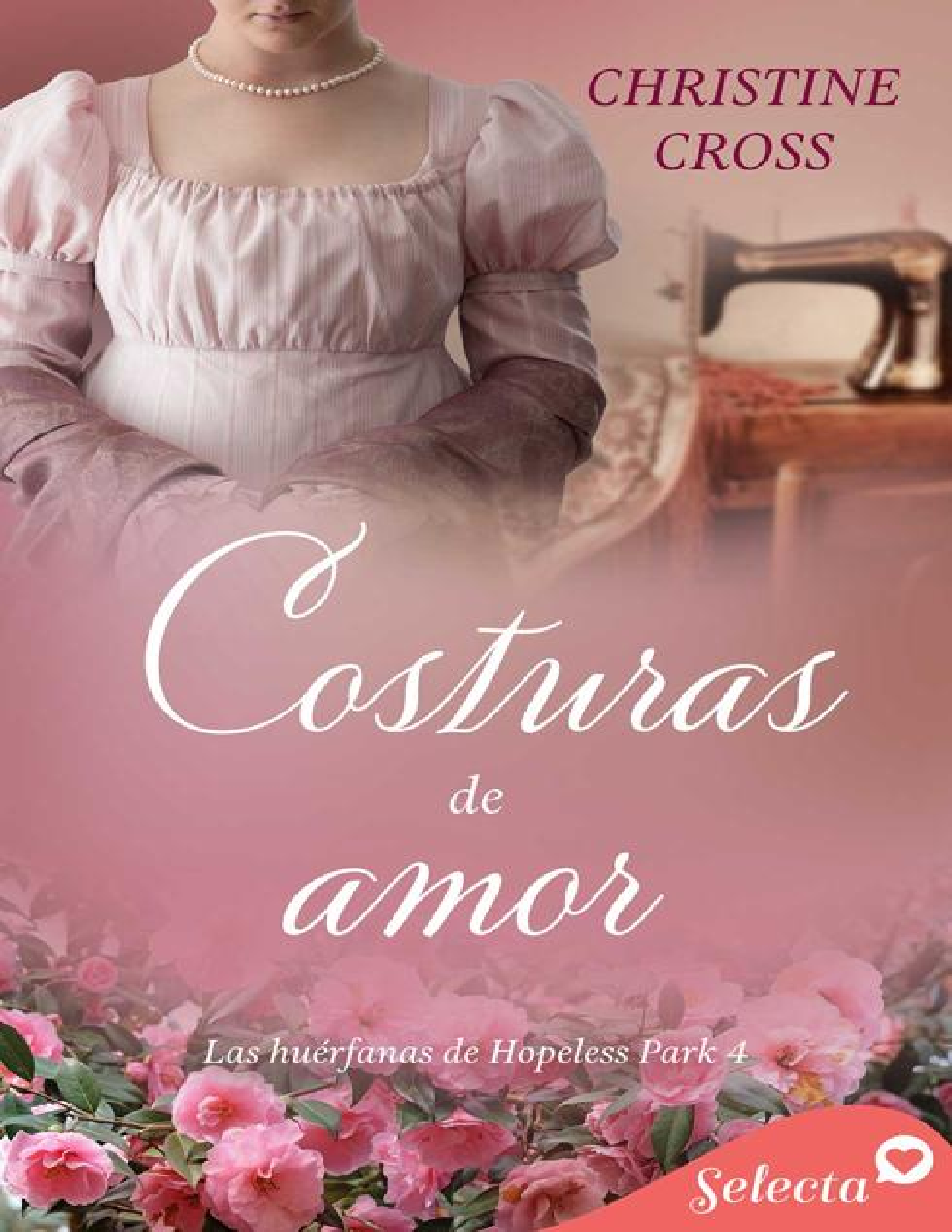


CHRISTINE CROSS

Costuras de amor

Las huérfanas de Hopeless Park 4

Selecta

Costuras de amor

SERIE
Las huérfanas de Hopeless Park 4

Christine Cross

Selecta

Prólogo

Londres, 1858

Camila descendió del sombrío y viejo carruaje. En silencio, y con la cabeza baja, siguió a la supervisora al interior de la tienda. Una abrumadora calidez la envolvió apenas traspasó la puerta, aunque no fue suficiente para paliar el frío mordaz que albergaba su corazón. Era como una costra endurecida que se había ido formando poco a poco a su alrededor —desde que puso un pie en Hopeless Park, o quizá desde mucho antes, cuando su madre enfermó— a base de soledad, tristeza e indiferencia. No es que el orfanato fuera un mal lugar, le proporcionaba un techo, comida y vestidos, pero había algo que faltaba en él.

A sus nueve años, la niña no podía comprender del todo qué era ese «algo», pero sentía la ausencia de afecto del mismo modo que sentía el vacío de su estómago cuando tenía hambre, lo cual le ocurría con bastante frecuencia en los últimos tiempos. Tal vez por eso, cuando descubrió sobre uno de los mostradores un frasco de cristal que contenía caramelos de aspecto delicioso, la mirada se le quedó prendida en él y la boca se le llenó de saliva.

—Quedaos aquí y no toquéis nada —les ordenó la supervisora a

ella y a las otras dos niñas, algo más mayores, que la acompañaban.

Mientras la señorita Mitford se dirigía a una de las empleadas del primoroso —aunque modesto— negocio, Camila reprimió la tentación de echar un nuevo vistazo a los caramelos, apretando las regordetas manos a los costados. Tuvo cuidado de no arrugar la burda tela de su vestido, pues era el único, de los tres que poseía, que no le apretaba en la cintura. La señorita Braithwaite, que era quien mandaba en Hopeless Park, la había acusado de haber engordado, como si fuera una falta intolerable en una huérfana, y le había asegurado que no le proporcionaría nuevos vestidos, así que debía cuidarlos con esmero.

Así pues, ya que su atención no podía centrarse en los dichosos caramelos, su mirada vagó por cada uno de los rincones del establecimiento. Sus grandes ojos del color de las avellanas se detuvieron en uno de los mostradores sobre el que había varias cintas de diferentes colores, accesorios varios y un sombrero a medio concluir. Forrado con elegante satén rojo, una muchacha se afanaba en colocar una cinta de un suave color rosado alrededor de este. Camila frunció el ceño. No le gustaba esa combinación y, aunque no sabía decir el porqué, le parecía que restaba vivacidad al tono rojizo. Vio resoplar a la joven dependienta a causa de la frustración, incapaz de hacer bien el lazo, y suspirar con alivio cuando la mujer que hablaba con la señorita Mitford la llamó.

—Penny, haz el favor de ir en busca de la señora Bertram. Dile que está aquí la señorita Mitford, de Hopeless Park.

—Sí, señora Elger. Ahora mismo.

La joven abandonó su puesto detrás del mostrador y desapareció tras unas cortinillas que conducían a un largo pasillo en semipenumbra.

Camila enderezó la espalda cuando sintió la afilada mirada de la

señorita Mitford, que había observado la partida de la dependienta y luego se había vuelto hacia ellas.

—Señoritas Dawson y Smith, vengan aquí. Usted, señorita Lockwood, quédese ahí.

—Permita que la niña se siente —intervino la señora Elger con tono amable, al tiempo que señalaba una pequeña butaca junto al mostrador del sombrero—. Tomar las medidas de estas dos jovencitas nos llevará un tiempo, lo mismo que llegar a un acuerdo con la señora Bertram sobre la posibilidad de admitirlas como aprendices.

La señorita Mitford asintió con regia dignidad.

—Sí, es comprensible —aceptó—. Puede sentarse en la butaca, señorita Lockwood, pero no olvide sus modales.

Ella se encaminó hacia el asiento, procurando no arrastrar los pies, que ya le dolían. Se detuvo un instante frente al mostrador y contempló el sombrero con la misma expresión concentrada con la que solía mirar las letras del alfabeto cada vez que tenía que copiar alguna durante las clases que impartía la señorita Peyton, como si fuera un enigma de difícil solución. Luego tomó asiento y clavó la vista en sus compañeras, para evitar fijarla en la cinta rosa que se agitaba con un suave balanceo cerca de su cabeza.

Lo intentó con todas sus fuerzas, procurando seguir la conversación que mantenían la señora Elger y la señorita Mitford sobre el estilo de los cuellos y puños, así como sobre los tipos de tela más adecuados para cada temporada, a pesar de lo inútil que eso resultaba, pues Hopeless Park era un lugar frío, tanto en verano como en invierno.

Después de un rato de lucha interior contra su conciencia, esta última perdió la batalla y se dio permiso a sí misma para actuar. Su primer movimiento fue estirar el brazo para tocar la cinta. El tacto

suave y fresco le fascinó. Le recordó al de las manos de su hermana Violet —de quien apenas se acordaba, pues hacía casi cuatro años que se había marchado de Hopeless Park— cuando la ayudaba a vestir el camisón para acostarse. La nostalgia le arañó la garganta, una mezcla de dulzura y amargor que le escoció, humedeciéndole los ojos. No se dio cuenta de que apretaba la cinta con demasiada fuerza hasta que esta se deslizó desde el mostrador y quedó colgando de su mano como el tallo de una rosa ajada.

Se asustó tanto que su reacción inmediata consistió en recoger la cinta y ocultarla detrás de su espalda, al tiempo que desviaba su mirada hacia la señorita Mitford, quien, por fortuna, no le prestaba atención. «Robar es un pecado grave». Escuchó las palabras en su cabeza, como si la supervisora se las estuviera dirigiendo a ella en ese mismo momento, y su corazón comenzó a latir con tanta violencia en su pecho que su menudo cuerpo se estremeció con un leve temblor.

—No soy una ladrona —musitó en voz baja. No quería que la acusaran de eso. Una vez lo habían hecho y, como castigo, estuvo encerrada durante todo un día en una habitación, a pan y agua, para que reflexionara sobre su falta. De no haber sido por su hermana Melissa, que descubrió a la verdadera culpable, su encierro habría durado mucho más tiempo, ya que no podía devolver aquello que no había robado.

Abandonó la butaca para intentar colocar de nuevo la cinta alrededor del sombrero; sin embargo, se detuvo cuando estaba a punto de hacerlo y ojeó el resto de los listones y accesorios que había sobre el mostrador. Dejó encima el de tono rosado y tomó uno de color beige y otro blanco. No se percató de la mujer que, detrás de la cortinilla, la observaba con el ceño fruncido.

Camila perdió la noción del lugar en el que se encontraba y de lo

que la señorita Mitford esperaba de su conducta, atrapada como estaba en lo que ella consideraba como un divertido juego. Nunca había tenido una muñeca, pero había visto una en el escaparate de una tienda, ataviada con un elegante vestido de volantes, y deseó poder hacer un atuendo igual para sí misma, en lugar del sencillo vestido gris que llevaba y que hacía que le picara la piel. Con las cintas en la mano, tuvo que empinarse un poco sobre las puntas de los pies para ver mejor el contraste entre los dos colores contra el satén rojizo. Le gustó más el efecto que causaba el listón blanco, así que lo colocó alrededor del sombrero, tal y como había visto hacer a la dependienta, aunque el lazo le quedó torcido. Luego cogió uno de los adornos, un pequeño ramo de rosas rojas y blancas, con hojas verdes, y lo colocó a un costado del sombrero, sujeto por la cinta. Sonrió, satisfecha.

—¡Señorita Lockwood! ¿Qué es lo que está haciendo ahí?

El sobresalto la hizo dar un respingo. El tono severo de la señorita Mitford provocó que su corazón empezara a latir con rapidez, como si deseara escapar de allí, dejando su cuerpo atrás. Se volvió hacia ella, con los ojos agrandados por el temor.

—Yo...

—Le había dicho que no tocara nada, ¿no es así?

No había alzado la voz, que carecía de inflexión, pero la mirada gélida que clavaba sobre ella le puso un nudo de lágrimas en la garganta, que contuvo a base de clavarse las uñas en las palmas de las manos.

—La... la cinta...

—No necesito excusas, señorita Lockwood —atajó la supervisora sin misericordia—. Cuando regresemos...

—No hay necesidad de ser tan severa, señorita Mitford —la interrumpió la señora Bertram saliendo de detrás de las cortinillas.

Tomó el sombrero de satén rojo y lo observó con atención, antes de volver a dejarlo sobre la mesa. Un destello de aprobación acarició el azul profundo de sus ojos—. De hecho, debería felicitarla, ha hecho un trabajo estupendo. Si todas sus alumnas son como esta, estoy dispuesta a aceptarlas como aprendices.

El gesto grave en el rostro de la supervisora no varió ni un ápice, simplemente se limitó a inclinar la cabeza en señal de aquiescencia.

—Puedo asegurarle que no tendrá queja alguna. Las chicas saben cómo comportarse —declaró, al tiempo que dirigía una mirada de advertencia a Camila— y trabajar duro.

—Bien, entonces, creo que podríamos sentarnos y hablar de negocios, señorita Mitford. —Se volvió hacia su asistente—. Señora Elger, ¿ha tomado ya las medidas a las dos niñas?

—Así es, señora Bertram.

—Pues haga el favor de darles un bastoncillo de caramelo a cada una, luego puede enseñarles el taller, si la señorita Mitford está de acuerdo —añadió, esperando el consentimiento de esta. Cuando la vio asentir, continuó—: ¿Me permite hablar con la pequeña? Quisiera comprobar algo.

—Se llama Camila Lockwood —dijo, expresando así su conformidad.

La dueña del establecimiento le hizo una seña a la joven dependienta para que le trajera uno de los sombreros que estaba decorando. Luego se volvió hacia la niña, inclinándose para quedar a su altura.

—Camila es un nombre precioso.

—Muchas gracias, señora. —Realizó una reverencia, tal y como le habían enseñado, y miró a la señorita Mitford en busca de su aprobación. Aunque sabía que no debía decir nada más, no pudo resistirse a añadir—: Es el nombre de una flor, me lo puso mi mamá

y me dio esto.

Le enseñó el medallón de latón que siempre llevaba colgado al cuello, en el que podía verse el grabado de una camelia y la letra C.

La señora Bertram no quiso corregir a la niña sobre la diferencia entre su nombre y el de la flor. No había necesidad de causarle dolor por enmendar un error. Era sabido que la pobreza engendraba ignorancia, pero el amor y el genuino afecto eran más importantes que el conocimiento.

—Es muy bonito —le aseguró. Los rubios tirabuzones que asomaban por debajo de la sencilla cofia que llevaba se agitaron cuando asintió. Le sorprendió ver que no sonreía. «¿Acaso no deberían hacerlo todos los niños?»—. ¿Cuántos años tienes, pequeña?

—Tiene nueve —respondió la señorita Mitford.

Eliza Bertram tomó el sombrero que había llevado la dependienta y se lo ofreció a Camila.

—¿Te gustaría decorarlo?

Era de paja, más pequeño que el anterior y sin alas, por lo que usar un listón para atarlo bajo la barbilla no resultaría favorecedor. La niña lo cogió y se volvió hacia el mostrador para observar el material. Cuando se percató de que tomaba una cinta rosada, del mismo tono que el ribete que bordeaba la estrecha ala, la señora Bertram sintió una punzada de decepción. Sin embargo, esta se disipó al ver cómo rodeaba con ella la copa y la ataba con un lazo al frente. Luego añadió sobre este una flor y colocó unas plumas de un tono rosado más oscuro, casi púrpura. El resultado era exquisito. Supo que Camila poseía un talento innato.

—¿Cuándo puede empezar a trabajar? —preguntó, volviéndose hacia la señorita Mitford con un brillo de triunfo en la mirada.

Capítulo 1

Londres. Febrero de 1870

De su padre y su madre ya no conservaba ningún recuerdo, excepto el medallón que le había dejado esta y que colgaba de su cuello. Carecía de valor económico, pues estaba confeccionado con latón, pero poseía un gran valor sentimental. Era lo único que la reconfortaba en las solitarias noches que pasaba cosiendo o elaborando sombreros a la luz de una vela. Cuando reuniese el dinero suficiente, pondría su propia sombrerería. Se haría tan famosa que el nombre Lockwood se pronunciaría con respeto en todo Londres, quizá en Inglaterra entera, y así llegaría a oídos de sus hermanas —allá donde estuvieran— y podrían reunirse de nuevo.

Exhaló el aliento cálido sobre los dedos ateridos y rojizos. Apenas podía moverlos, mucho menos manejar la aguja, pero debía terminar aquel sombrero para llevárselo a la señora Bertram. Se frotó los ojos cansados y miró hacia el ventanuco de la habitación que tenía alquilada en Red Lion Square, en el barrio de Holborn. La luz se abría paso tímidamente a través de la oscuridad. Pronto amanecería. Si no dormía al menos una hora, tendría de nuevo

problemas en el taller.

Con un suspiro, tomó otra vez la aguja y se centró en coser el listón que pondría alrededor de la copa del bonete. Cuando terminó de dar la última puntada al lazo, observó su obra y asintió satisfecha. Sonaron unos golpes en la puerta.

—Señorita Lockwood, le traigo el desayuno.

Camila se levantó, frotándose la zona baja de la espalda, y fue a abrir.

—Muchas gracias, señora Perkins —dijo cuando le franqueó la entrada.

La casera entró en la estancia y buscó un lugar donde depositar la bandeja. Fue un vano intento. La habitación era reducida y apenas contaba con escasos muebles. La mesa y la butaca rebosaban de hilos, telas, cintas y adornos. Un par de vestidos descansaban extendidos sobre la estrecha cama. El único espacio vacío era la silla que la misma Camila acababa de abandonar.

El resoplido de la mujer resonó en medio del silencio, antes de que este se llenase con su verborrea.

—Haga el favor de despejar un poco esa mesa para que pueda dejar esto. No comprendo cómo puede trabajar entre tanto desorden y casi sin luz. —Depositó la bandeja con cuidado sobre la mesa, para no dañar la tetera de porcelana que ya estaba bastante desportillada—. Además, no duerme y apenas come, ¿cree que puede vivir así? Le van a salir arrugas en ese bonito rostro antes de tiempo, y así no podrá casarse. No pretenderá quedarse aquí hasta que se marchite, ¿verdad? Es usted una joven de buen corazón y la aprecio, es casi como mi hija, por eso le digo que debe conseguirse un esposo que la cuide como se merece y que le dé muchas criaturas que se agarren a sus faldas y la llamen «mamá». La felicidad hay que salir a buscarla, querida, no puede esperar a que le

llegue sentada entre costuras a la luz de una vela. Bien, ahora siéntese y tome el desayuno, jovencita.

—Se lo agradezco mucho, señora Perkins, pero debo...

—No hay peros que valgan, señorita Lockwood. No me moveré de su lado hasta que se haya comido por lo menos una tostada.

—Está bien —aceptó con un suspiro resignado, al tiempo que se sentaba frente a la bandeja mientras la casera le servía un té.

A través de la estrecha ventana echó un nuevo vistazo al cielo, teñido ya de tonos rojizos y amarillentos. Debería darse prisa si no quería llegar tarde al taller.

***

Tenía que dejar de comer dulces. Ese fue el único pensamiento que cruzó su mente mientras caminaba con premura por la calle, intentando esquivar a los numerosos paseantes con los que se cruzaba y procurando que no se le cayeran los paquetes que llevaba.

Sintió una punzada en el costado y un jadeo escapó de sus labios, obligándola a detenerse para coger aire. Apenas unos segundos después, reemprendió la marcha. No estaba acostumbrada a caminar con rapidez, pero no podía permitirse llegar tarde. Sabía que la señora Bertram comprendería la situación si se la explicaba, pero aquel no era un día cualquiera. La dama que había encargado los vestidos y un par de sombreros acudiría a recogerlos temprano. Si no los entregaban a tiempo, no los aceptaría y podrían olvidarse de recibir el pago. Y necesitaban el dinero para que el taller siguiera funcionando.

La máquina de coser —que Elias Howe había patentado en 1846— había mejorado su funcionalidad con el paso de los años, revolucionando la industria textil. La venta de las Singer se extendía

cada vez más, y el impacto se dejaba notar en los pequeños negocios como el de la señora Bertram, puesto que una de esas máquinas podía realizar el trabajo de cinco costureras con más rapidez. Proporcionaba mayor productividad y precios más bajos, al ser capaz de producir ropa en masa.

El dueño de la nave donde se hallaba ubicado el taller no estaba dispuesto a conceder una demora en los pagos de alquiler y eran pocos los clientes que solicitaban encargos, por lo que la señora Bertram se encontraba en graves dificultades económicas. Además, algunas de las muchachas se habían marchado a las fábricas textiles que proliferaban cada vez más, sobre todo en el norte de Inglaterra.

Camila no deseaba abandonar a la mujer que había sido para ella como una madre desde que la acogiera doce años atrás. La había tratado con cariño, ayudándola a sobrellevar la pérdida de sus hermanas cuando estas dejaron el orfanato y enseñándole todo lo que sabía sobre el arte de la costura. Sin embargo, necesitaba el dinero de su salario para pagarle la habitación y la comida a la señora Perkins, y no tendría más remedio que buscar otro empleo si el taller no conseguía salir adelante.

Dio un ligero resoplido para apartar el rubio mechón que había escapado de su recogido, cosquilleándole en la frente con el suave balanceo, y se alegró al ver que estaba llegando a su destino. Le apretaba el corsé, que seguramente le dejaría marcas en la piel, y le costaba respirar por la carrera, aunque también se debía al exceso de peso que tenía. «Y eso también se lo debo a la señora Bertram», pensó. Si no le hubiera dado tantos caramelos de niña ni la hubiera invitado a tomar ese delicioso chocolate a la taza, acompañado por las exquisitas galletas que horneaba, su cuerpo no se habría aficionado a los dulces ni habría adquirido aquellas redondeces de las que no era capaz de desprenderse.

Notó que uno de los paquetes se deslizaba hacia un lado, desequilibrando la torre que llevaba entre sus brazos, y tuvo que hacer malabares para no dejarlo caer al suelo. Antes de que pudiera reparar en el hombre que estaba parado en mitad de la calle, chocó contra él y los paquetes se desparramaron por el suelo.

—¡Oh, no! —El papel que envolvía uno de los vestidos se había rasgado, aunque, por suerte, la tela no parecía haberse ensuciado. También estaban a salvo las sombrereras, que no se habían abierto.

—Le pido disculpas, señorita. Ha sido un descuido mío.

Camila elevó la mirada hacia el caballero, que se había agachado junto a ella para ayudarla a recoger los paquetes, y se encontró con los ojos más verdes que había visto en su vida. Eran como dos esmeraldas y brillarían como tal, bajo las largas pestañas, si las permanentes arrugas en el entrecejo no ensombrecieran su gesto. Tenía un rostro apuesto, de facciones delgadas, y una nariz patricia sobre los labios finos, que no parecían propensos a las sonrisas, ni siquiera a las de disculpa. El cabello, del color del caramelo, lo llevaba peinado hacia atrás, aunque se le formaban pequeñas ondas a pesar del aceite que usaba para fijarlo.

Se había quedado mirándolo como si se le hubiera derretido el seso, y no había atendido a sus palabras.

—Disculpe, ¿qué me decía?

—Que espero que no se hayan estropeado —dijo Maurice, señalando los paquetes.

—¡Oh! No lo creo. —Echó un vistazo a los envoltorios con preocupación.

Maurice siguió su mirada. El satén de seda que asomaba a través de la rasgadura del papel era elegante y costoso, no parecía en absoluto el tipo de tela que vestiría una joven como aquella, por lo que supuso que estaba en lo cierto: el taller de costura que había

estado buscando se encontraba cerca. Dado su aspecto, la muchacha debía trabajar como sirvienta en alguna mansión y había ido a recoger el pedido de su señora.

Sin embargo, antes de que pudiera pedirle razón del establecimiento, la joven se levantó y, con un escueto y apresurado «gracias» —tras haberle colocado el último paquete sobre la pila de encargos que llevaba de nuevo en los brazos—, se alejó calle abajo. Por unos instantes, se dedicó a contemplar el delicioso balanceo de las caderas femeninas. Las exuberantes curvas despertaron su admiración y el deseo de cubrirlas con alguna de sus creaciones en terciopelo, seda y satén. Sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos, para los que no tenía tiempo. Debía encontrar pronto aquel taller, o estaría en graves problemas.

***

Camila llegó casi sin resuello a la tienda de la señora Bertram, aunque no se debía tanto a la rapidez de sus pasos como al ritmo acelerado que había adquirido su corazón después del encuentro con el caballero. Se había comportado como una tonta, huyendo sin agradecerle su ayuda apropiadamente, pero nunca había sido buena para entablar conversaciones —mucho menos si se trataba de hacerlo con personas del sexo opuesto—, pues los ocho años que había pasado en el orfanato la convirtieron en una persona más bien reservada y seria. Aunque, en esta ocasión, quizá su prisa por alejarse se debiera al fascinante aroma que desprendía aquel hombre, con la dulzura del coco y una nota floral exótica, y a la belleza hechicera de sus ojos verdes.

Se detuvo un instante para recuperar el aliento y entró en la tienda. No quedaba rastro de la elegancia de aquel antiguo local al

que acudió por primera vez con tan solo nueve años. Los muebles habían perdido el lustre y el tapiz de las butacas lucía algo ajado. En el aire flotaba un cierto olor a rancio. Aunque no fue eso lo que le hizo arrugar la nariz con desagrado, sino la presencia del hombre que emergió en ese momento de la trastienda, seguido de la señora Bertram. Era delgado, con ojillos de rata en un rostro alargado cuya mandíbula perfilaba una barba corta, y tenía un cuidado bigote bajo la nariz aguileña.

—Se lo ruego, señor Hastings, deme un poco más de tiempo.

—Verá, señora Bertram, no se trata de tiempo, sino de negocios y, para ser sinceros, usted y su taller ya no me proporcionan ningún beneficio. Incluso aunque consiguiera el dinero, ya no me interesa. A menos, claro, que considerara aceptar esa oferta de la que le he hablado en otras ocasiones. Ya conoce el interés personal que tengo en esa muchacha, Lockwood..., si usted la persuadiera de convertirse en mi amante, quizá podría...

—Es usted un cerdo despreciable. ¡Fuera de aquí ahora mismo!

Camila notó un desagradable vuelco en el estómago y la náusea le subió por la garganta. Dejó los paquetes que llevaba en los brazos sobre una de las mesillas cercanas. Las piernas le temblaban tanto que tuvo que apoyarse en el respaldo de una de las butacas que había cerca. Esta se movió y el sonido al raspar el suelo atrajo la atención de la señora Bertram y del señor Hastings, que se encaminó hacia ella con un brillo de satisfacción en la mirada, mezclado con una nauseabunda lascivia mientras recorría su cuerpo.

—Señorita Lockwood, qué inesperado placer. Justo estábamos hablando de usted. —Alargó el brazo y tomó uno de los rubios tirabuzones, frotando el cabello entre los dedos—. Tiene en sus manos la posibilidad de salvar este establecimiento. Si acepta mis condiciones, la cubriré de sedas y joyas, querida, y no tendrá

necesidad de seguir trabajando para llenarse el estómago. No necesita responder ahora, pero tampoco se conceda demasiado tiempo para pensarlo. Mañana expira el plazo de su alquiler y vendré a por una respuesta.

Un ansia febril le recorrió las venas. Deseaba ser el primero en poseerla para borrar ese candor de sus ojos. Le gustaba entrenar perros de pelea, ser capaz de convertir un lindo cachorro en una auténtica bestia sangrienta, y quería comprobar si podía hacer lo mismo con la joven.

Soltó el mechón de cabello y acercó la mano a aquel hermoso rostro, tan lleno de inocencia y dulzura, para acariciar la suavidad de su mejilla; sin embargo, antes de que pudiera siquiera rozarla, la señora Bertram se la apartó de un manotazo, interponiéndose entre él y su presa.

—¡Salga de aquí!

Oliver Hastings no tuvo más remedio que obedecer, no tanto por el tono imperioso de la orden, sino, más bien, por las tijeras que empuñaba la mujer y que, a juzgar por la furia que brillaba en su mirada desquiciada, no dudaría en usar contra él. Prefirió retirarse, por el momento. De todas formas, solo tendría que aguardar unas cuantas horas, pues, si no lo habían conseguido ya a esas alturas, sería imposible que lograran reunir el dinero para pagar un mes más.

—Mañana volveré a por una respuesta, señorita Lockwood.

Camila se dejó abrazar por la señora Bertram, que temblaba casi tanto como ella misma. A pesar del nudo en la garganta, no pudo derramar ni una sola lágrima. No era capaz de hacerlo, ni siquiera tras la muerte de su madre o cuando sus hermanas se marcharon, dejándola sola en Hopeless Park.

—Se... señora Bertram...

La mujer se apartó un poco y la miró con los ojos enrojecidos por

el llanto contenido.

—No te preocupes, pequeña, no permitiré que te suceda nada. Mañana, cuando vuelva, no nos encontrará aquí. —Giró la cabeza y echó un vistazo alrededor. Una pátina de nostalgia veló sus ojos cansados—. Todas las cosas tienen un principio y un fin. Hace tiempo que este negocio agonizaba, pero no quería admitirlo porque me negaba a perder todos los años de mi vida que había gastado en él. Sin embargo, he comprendido que lo más importante para mí no es este lugar, sino los recuerdos que creé en él, y esos me los llevaré conmigo allá adonde vaya. Ya estoy demasiado mayor para empezar de nuevo, pero tú aún eres joven y tienes un futuro por delante, estoy segura de que encontrarás el camino para cumplir tu sueño. Anda, ve al taller y haz el inventario de lo que tenemos, yo entregaré los paquetes.

«Cumplir mi sueño», pensó Camila, contemplando con tristeza a la señora Bertram. Abrir su propia sombrerería para hacerse famosa y poder encontrar a sus hermanas iba a requerir algo más que esfuerzo, necesitaría un verdadero milagro.

Capítulo 2

Maurice Durand había abandonado Francia, a pesar de ser centro indiscutible de la moda, para forjarse un futuro como modisto en Londres. Había meditado durante mucho tiempo aquella decisión, aunque su salida de París fuese más bien precipitada. Aun así, no lo lamentaba. En los cinco años que llevaba en la capital, había logrado establecerse y adquirir una respetable reputación; además, tenía una buena clientela gracias a las buenas referencias que le había dado su amigo y mentor, Charles Frederick Worth.

Aunque la fama de su maestro le había abierto algunas puertas muy convenientes, estaba decidido a hacerse un nombre por sí mismo, no deseaba vivir a su sombra. Quería mostrarle al mundo, y sobre todo a sí mismo, aquello de lo que era capaz. Sin embargo, necesitaba solventar dos problemas importantes. El primero se debía al florecimiento de su negocio: precisaba ampliar el taller de costura y contratar más personal, por eso se encontraba en Holborn. El segundo —menos sencillo de resolver— tenía que ver con su carácter. No destacaba por ser una persona sociable, sino más bien todo lo contrario, y, a diferencia de Worth, no sabía adular a las damas ni ocultar las verdades endulzándolas con empalagosas

mentiras. Por ese motivo, había perdido a algunas clientas; otras seguían acudiendo a él a causa de su buen hacer y soportaban, con escasa paciencia, su trato frío y, en ocasiones, descortés.

Frunció el ceño y volvió a mirar la dirección escrita en el papel: «Regent Street, número 7». Lamentablemente, a pesar de los cinco años que hacía que vivía en la ciudad, todavía no conocía bien Londres. Su carácter adusto no le había granjeado demasiados amigos, por lo que no solían invitarlo a eventos sociales. Y aunque lo prefería así, también era consciente de la limitación que ello suponía para su negocio.

Vio que se acercaba un viandante y, a pesar de que el número que buscaba no debía encontrarse lejos, decidió preguntar por él. Sin embargo, cambió de idea ante el inexplicable desagrado que le produjo el gesto avieso que descubrió en el rostro del hombre, tan parecido a una rata, con aquellos ojillos, y continuó buscando por sí mismo. Por suerte, encontró el lugar que buscaba poco después.

La fachada del establecimiento no estaba en buenas condiciones, aunque se notaba que, tiempo atrás, aquel había sido un negocio próspero y elegante. Le habían comentado que la dueña atravesaba un momento difícil y que, probablemente, no sería complicado convencerla de que trabajara para él.

Entró en el local y percibió en el aire la ranciedad de un lugar que agonizaba. La única mujer que había en el interior se giró al escuchar sus pasos y el sonido de su bastón al repicar contra el suelo. De inmediato, se secó los ojos, humedecidos por las lágrimas.

—Lo siento si he llegado en mal momento —comentó, sin saber qué hacer. Las lágrimas femeninas lo incomodaban, nunca había sido bueno para lidiar con ellas.

La mujer se enderezó y esbozó una sonrisa de cortesía, como si estuviera acostumbrada a llevar esa máscara, al tiempo que sacudía

la cabeza.

—No se preocupe. Dígame en qué puedo servirlo, caballero.

—¿Es usted quien regenta este establecimiento? Tengo entendido que posee un taller de costura.

—Así es, soy la señora Eliza Bertram, la dueña de este local. —La sonrisa flaqueó en su semblante—. Aunque me temo que no será por mucho más tiempo, así que, si desea hacer un encargo, no estaré en disposición de poder cumplirlo —se disculpó con pesar.

Maurice apretó los labios, consternado.

—¿Ha vendido ya el negocio?

—Discúlpeme, pero ha sido una mañana complicada, y el día no ha hecho más que empezar. —Agotada y vencida por el peso de las emociones, se dejó caer sobre una de las butacas cercanas. Luego le indicó con un gesto que tomase asiento—. Como puede ver, el negocio está en decadencia y me encuentro en la incómoda posición de no poder pagar el alquiler a nuestro casero, por lo que mañana cerrará las puertas. Han sido treinta años, ¿sabe? Los mejores de mi vida. Al menos, yo pude cumplir mi sueño, pero no sé qué va a ser de esas muchachas...

El volumen de voz de Eliza fue disminuyendo hasta convertirse en un murmullo, mientras se preguntaba por qué estaba contándole sus problemas a un desconocido. «Quizá, precisamente por eso, porque es un desconocido». Y hacía demasiado tiempo que llevaba sola aquella pesada carga. Su esposo había muerto más pronto de lo que hubiera deseado, dejándola sola con una niña pequeña. Tuvo que ponerse a trabajar como costurera, hasta que logró ahorrar lo bastante como para establecer su propio negocio. Y le había ido bien, al menos mientras no aparecieron esas dichosas máquinas de coser. En ese momento tenía la sensación de que el tiempo había dado marcha atrás y volvía a empezar desde el inicio, cuando las

ganancias de su trabajo apenas le alcanzaban para pagar el alquiler de la casa y para alimentar a su hija.

Notó el picor en los ojos y tragó saliva. Si había logrado sobrevivir una vez, lo haría de nuevo, aunque ya no fuera tan joven.

—Señora Bertram...

La voz profunda del caballero, con aquel sutil acento francés, la arrancó de sus pensamientos. Había olvidado por completo su presencia.

—Lamento que me haya encontrado en esta desafortunada circunstancia. —Se aclaró la garganta, para recuperar la compostura, y contempló al hombre. Ahora que se había despojado del sombrero vio que era joven y apuesto, a pesar del gesto severo que otorgaba a su semblante un aura de gélida indiferencia, y su porte le recordó al de un aristócrata. Tal vez lo fuera, dada la calidad de sus ropas—. Como le he dicho, ahora mismo no puedo aceptar ningún encargo.

Volvió la cabeza y echó un vistazo al reloj de carillón de la pared. Las agujas habían sobrepasado, hacía tiempo, la hora acordada para la entrega de los vestidos y sombreros que había llevado Camila. La angustia se revolvió en su interior como una fiera dispuesta a devorar todas sus esperanzas.

—Señora Bertram —insistió Maurice, atrayendo de nuevo su atención—. No he venido para encargar nada, sino para hacer negocios con usted. Necesito su taller —le dijo, al tiempo que extraía del bolsillo de la chaqueta una tarjeta de visita y se la entregaba.

Eliza la tomó en un acto inconsciente mientras su cerebro intentaba asimilar las palabras. Una chispa de luz pareció prender en medio de la oscuridad que acechaba su corazón. Leyó las elegantes letras impresas en el rígido papel —«Monsieur Maurice Durand. Modisto»— y los ojos se le abrieron a causa de la incredulidad. ¿Era acaso *ese* monsieur Durand cuyas creaciones aparecían en la

prominente revista *The Ladies Gazette of Fashion*? No podía ser. Aquel caballero apenas sobrepasaba la treintena, ¿cómo podía haber alcanzado tan reputado renombre en tan corto tiempo?

Sacudió la cabeza, intentando ordenar sus pensamientos. Tal vez alguien lo había enviado para gastarle una broma pesada o, peor aún, para estafarla.

—¿Quiere comprar el taller? —inquirió con desconfianza.

—No, no es esa mi intención. Lo que deseo es contratar sus servicios, me gustaría que trabajaran exclusivamente para mí. Verá, tengo una gran demanda de pedidos entre las damas de la alta sociedad —le explicó, recostándose contra el respaldo de la butaca. Le molestaba la pierna izquierda, como un recordatorio de la tensión que agarrotaba su cuerpo, por lo que hizo un esfuerzo para relajarse —. Las costureras no alcanzan a cubrir todos los pedidos, por eso quiero que usted, señora Bertram, dirija mi *atelier* y supervise los trabajos, si está conforme con mi proposición.

Eliza Bertram no salía de su asombro. Balbuceó algunas palabras incoherentes y tragó saliva antes de volver a intentarlo.

—¿Quiere que yo dirija su taller, monsieur?

—Por supuesto, entiendo que es usted modista y que, por lo tanto, tal vez prefiera seguir manteniendo su propio negocio. Si es así, lo comprendería...

—Acepto encantada —exclamó de inmediato, con los ojos empañados de nuevo por las lágrimas—. Es usted un ángel bajado del cielo.

Maurice se sintió un tanto incómodo al escuchar sus palabras. Desde luego, nunca nadie lo había confundido con un ángel, más bien solían considerarlo un demonio, por su carácter exigente y su trato más bien frío.

—Entonces, si está de acuerdo, cuando quiera podemos concertar

una cita con mi abogado para estipular un salario justo y firmar el contrato. Supongo que comprende que será necesario que abandone este lugar. No sé si será un inconveniente...

—En absoluto, monsieur. —Enderezó la espalda, reavivado el ánimo por el orgullo que le bullía de nuevo en las venas—. El señor Hastings se ha aprovechado ya bastante de nosotras, no le daré la satisfacción de seguir haciéndolo. Ya he saldado mi deuda con él, no necesito permanecer aquí más tiempo.

—Como guste. En la tarjeta —dijo Maurice, señalando la que ella sostenía aún en la mano— encontrará la dirección del *atelier*. ¿Cuándo podría empezar?

La señora Bertram apretó los labios y bajó la cabeza hacia su regazo, clavando la mirada en las elegantes letras impresas.

—Tengo que ser sincera con usted, monsieur. Los últimos tiempos no han sido buenos y muchas de las jóvenes que trabajaban para mí se han marchado, en el taller solo quedan tres costureras.

—No debe preocuparse por eso, señora. En el *atelier* hay otras siete —la tranquilizó—. Diez es un número aceptable, para empezar.

Eliza suspiró, aliviada, y asomó a sus labios la primera sonrisa desde hacía meses. El nudo de angustia se había disuelto en su pecho y, a pesar de sus años, miraba al futuro con esperanza.

—Si es así, entonces, solo hay unas cuantas cosas que recoger en el taller y mañana mismo podremos comenzar a trabajar. —Se levantó con la agilidad de una chiquilla emocionada—. Le estoy muy agradecida, monsieur Durand.

Maurice se puso en pie con ayuda del bastón, aunque notó que el dolor de la pierna había desaparecido casi en su totalidad. Se colocó el sombrero, sacó un pequeño saquito de terciopelo del bolsillo de su chaqueta y lo dejó sobre la mesilla que había junto a la butaca.

—Las estaré esperando. Esto es un adelanto por las molestias que

ocasionará el traslado. Si le parece bien, señora Bertram, durante el transcurso de la mañana le enviaré un par de hombres para que la ayuden a transportar a nuestros almacenes, o a donde desee, todo lo que quiera llevarse del taller. Ha sido un placer conocerla —añadió, al tiempo que efectuaba una ligera reverencia—. Que tenga un buen día.

Lo vio alejarse, recortada su esbelta figura a contraluz cuando salió por la puerta principal. Tomó, entonces, el saquito y echó un vistazo al interior. El brillo reluciente de los soberanos de oro la deslumbró y el corazón le latió con tanta fuerza en el pecho que estuvo segura de que dejaría de funcionarle de un momento al otro. Tuvo que sentarse. En la bolsa había, al menos, unos veinticinco soberanos. Era mucho más de lo que había ganado en los últimos cinco meses. Sin poder evitarlo, las lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas.

Así la encontró Camila cuando fue a buscarla para consultarle sobre la situación de una de las muchachas, cuya madre se encontraba enferma y necesitaba adquirir medicinas. Quería saber si la señora Bertram podría pagarle el salario, pero no se atrevía a preguntárselo, por lo que ella misma se había ofrecido a hacerlo. Sin embargo, cuando notó que los paquetes que había traído seguían todavía sobre la mesilla donde los había dejado, y tras echar un vistazo a la hora que marcaban las agujas del reloj carillón, comprendió que no recibirían ningún pago ese día ni ningún otro, a menos que consiguieran otro trabajo.

La incertidumbre la asaltó, unida a una sensación de vértigo, como si estuviera parada al borde de un abismo en cuyo fondo solo alcanzaba a ver una profunda oscuridad. Con los ahorros que tenía podría vivir un par de meses, pero ¿qué sucedería si no encontraba otro taller que la admitiera? ¿Debería probar suerte en alguna de las

fábricas textiles? Sabía que el trabajo era duro, demasiadas horas para un salario ínfimo, y, además, tendría que renunciar a su sueño de abrir una sombrerería... «Ya pensaré en ello más tarde», se dijo, mirando a Eliza. Aquel no era momento para lamentaciones.

—¿Señora Bertram? —Estaba tan inmóvil que, por unos instantes, temió que estuviera muerta. Se acercó con premura, arrodillándose frente a ella, y vio el brillo de las lágrimas que humedecían las pálidas mejillas—. ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que llame a un médico?

Un estremecimiento la recorrió cuando tocó sus manos y las notó frías, aunque se sintió aliviada al percibir que todavía respiraba, a pesar de que tenía los ojos cerrados. Cuando los abrió, descubrió en ellos una chispa que hacía tiempo había desaparecido de su mirada. La había visto la primera vez que la conoció, brotaba de ese fuego vital que dirigía cada uno de sus actos: el entusiasmo y la pasión por su trabajo, y que había ido desapareciendo poco a poco, engullido por las preocupaciones y los contratiempos con los que tuvo que lidiar a lo largo de los años.

—Camila, hoy ha venido un ángel a verme.

—Señora Bertram... —En su voz se filtró una nota, mezcla de ternura y compasión. La mujer debía haber enloquecido, incapaz de soportar la presión a la que llevaba sometida durante los últimos meses.

—No, querida, no me mires como si hubiese perdido la razón. Estoy más cuerda que nunca. Pero hoy he sido testigo de un milagro y no sé cómo pagarle al buen Dios por ello. —Una sonrisa perfiló sus labios, al tiempo que tomaba sus manos y vaciaba en ellas el contenido del saquito. Se echó a reír al ver el asombro dibujado en el rostro de la joven, y, luego, añadió con orgullo—: Tenemos trabajo, Camila, y no es un trabajo cualquiera, a partir de ahora

vestiremos a las damas más notables de la alta sociedad.

El tacto frío de los soberanos le puso la piel de gallina, pero fueron las palabras de la mujer las que hicieron que su corazón se detuviera un instante en el pecho, antes de emprender una loca carrera, como si intentara alcanzar sus sueños. Y tal vez, en esta ocasión, sí lo conseguiría.

Capítulo 3

Estaba siendo un invierno especialmente frío. La humedad proveniente de la niebla matutina, que ya comenzaba a disiparse, había dejado el pavimento mojado y resbaladizo, por lo que había que caminar con cuidado para no caerse. El cielo permanecía oscurecido por grises nubarrones, como si una pesada losa pendiera sobre sus cabezas. El ambiente resultaba opresivo.

Camila se arrebujó en su abrigo, comprado con uno de los dos soberanos que había recibido como pago de sus sueldos atrasados. Hundió la nariz en la lana y se impregnó del aroma terroso y limpio que emanaba de ella. Sintió que su ánimo se serenaba un poco, no así su conciencia, que aún se sentía culpable por el dinero gastado en adquirir ropa nueva siguiendo las indicaciones de la señora Bertram, que había insistido en que no podían presentarse vestidas de cualquier manera en una casa de alta costura. Por eso, también era nuevo el vestido que llevaba. Si al final resultaba ser una trampa el negocio que les habían propuesto, habría perdido una buena suma de libras destinada a la sombrerería. Dejó escapar un suspiro, que se condensó en vapor frente a sus labios, y se volvió hacia su patrona.

—¿Está segura de que nos recibirán?

La mujer ni siquiera la miró antes de contestar:

—Por supuesto, querida. Monsieur Durand es un caballero, y estos nunca faltan a su palabra.

Ella nunca había conocido a ninguno de esos caballeros, así que no podía rebatir aquella afirmación, como tampoco podía estar segura de ella. Cuando Eliza le había contado lo sucedido, su reacción había sido de puro escepticismo. Había escuchado hablar del modisto, cuya merecida fama se había acrecentado gracias a las exquisitas creaciones que lucían algunas de las más prominentes damas de la sociedad. Por eso mismo, le parecía inconcebible que un hombre de su categoría pudiera contratar los servicios de un pequeño taller como el de la señora Bertram.

La inquietud que le había formado un nudo en el estómago se intensificó al ver flaquear la seguridad de la mujer cuando llegaron a la dirección indicada en la tarjeta. Bond Street se había transformado, poco a poco, en uno de los lugares de moda para la alta sociedad. A ella acudían quienes deseaban vanagloriarse de sus riquezas o, simplemente, disfrutar gastando su dinero en objetos lujosos. Joyerías exclusivas, sombrererías, zapaterías y casas de alta costura atraían la atención de las damas hacia sus escaparates. El establecimiento de monsieur Durand carecía de una fachada vistosa a nivel arquitectónico, pero los vestidos que lucían los maniquíes atraían, sin duda, las miradas de los viandantes, tanto hombres como mujeres.

Camila quedó cautivada por uno de los trajes expuestos, de un verde pálido atravesado por finísimas líneas blancas, en el que contrastaban los puños vueltos en tono burdeos de la chaquetilla, lo mismo que su pechera, la botonadura y unas franjas que seguían el borde de las solapas. La falda tenía tan solo un pequeño ribete de

ese color en el volante que bordeaba el ruedo, mientras que la sobrefalda, que caía por la parte posterior en una cascada drapeada, llevaba cintas burdeos entrelazadas. Aunque lo que más le llamó la atención fue el lazo del mismo verde pálido que llevaba en el cuello, asemejando una corbata masculina. En un instante, su mente se llenó de ideas para crear un sombrero que se ajustase a aquel estilo.

El susurro de Jane, una de las dos jóvenes costureras que aún permanecían en el taller, la distrajo de sus pensamientos.

—¿De verdad vamos a trabajar aquí, señorita Lockwood?

Miró a la muchacha de dieciséis años, a cuyo semblante pálido y afilado asomaban el miedo y la preocupación, y tuvo que hacer un esfuerzo para no contagiarse de sus temores y aparentar una serenidad que estaba lejos de sentir.

—Así es —respondió con toda la convicción de que fue capaz—. Ahora ya no tendrás problemas para conseguir las medicinas que necesita tu madre.

Los ojos de Jane se humedecieron. Camila deseó que sus palabras fueran ciertas y la señora Bertram no se hubiera dejado engañar por algún desaprensivo. La miró y vio el momento exacto en que su rostro cambió, dejando atrás las dudas y revistiéndose de una firme decisión.

—Entremos —dijo al tiempo que abría la puerta del local.

El alegre sonido de la campanilla estremeció a Camila, pero su turbación desapareció, sustituida por la admiración, en el instante en que puso un pie en el interior del negocio. La envolvió un aroma floral que serenó su espíritu y sus ojos se deleitaron con el lujo y la elegancia del amplio espacio. Las butacas estaban tapizadas en tono rosa y dorado, y había escabeles forrados de terciopelo para apoyar los pies. Vio algunos maniquíes distribuidos estratégicamente para atraer la atención de las damas.

Aunque no había clientas a aquellas horas de la mañana, cuatro dependientas, ataviadas con una blusa blanca y una falda gris sujeta con un amplio cinturón, se afanaban en cuidar los pequeños detalles que embellecían el local, disponían los jarrones con flores frescas, colocaban revistas sobre las mesillas —pudo ver *The Ladies' Fashionable Repository*; *Ladies' Cabinet of Fashion, Music and Romance*, y *The Ladies' Gazette of Fashion*—, preparaban platillos con galletas para ofrecer a su clientela y adecentaban los maniquíes. Una de las mujeres se les acercó, luciendo una educada sonrisa.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirlas?

—Soy la señora Eliza Bertram. Monsieur Durand me pidió que viniera...

—¡Ah, sí! Un momento, por favor.

Camila vio cómo el alivio se dibujaba en las facciones de su patrona, suavizando las pequeñas arrugas de su ceño, y ella misma relajó las manos, que había mantenido apretadas con fuerza. Volvió a apretarlas poco después, cuando la joven regresó acompañada por un caballero bien vestido, de cabello negro, bigote bien cuidado y largas patillas. No supo por qué se sintió decepcionada. Rondaba los cuarenta años y no carecía de atractivo, aunque su porte no distaba mucho del de cualquier empleado de banca. No poseía ese aire refinado y elegante propio de los artistas de la confección que había esperado encontrar en el modisto.

—Señora Bertram, bienvenida —saludó el hombre, tomando su mano enguantada y depositando un beso en el dorso—. Monsieur Durand me ha pedido que le transmita sus disculpas por no poder venir a recibirla en persona, pero tenía un compromiso ineludible. Mi nombre es Alfred Lawson y soy abogado. Me encargo de los asuntos legales de este establecimiento, así como de los asuntos personales de monsieur Durand.

—Encantada, señor Lawson.

—Si tienen la bondad de acompañarme, por aquí podemos ir a mi despacho —les indicó, señalando las escaleras que había en un rincón, cubiertas parcialmente por unos cortinajes rosa pálido con flecos dorados—. Se encuentra en la primera planta. Los contratos ya han sido redactados y espero que los encuentren a su gusto.

Las cuatro lo siguieron al piso superior, envueltas en un silencio admirativo. Camila se esforzó por no mantener la boca abierta mientras caminaban por el pasillo alfombrado, como hacían Jane y Harriet, que observaban con los ojos agrandados los bustos clásicos colocados sobre las medias columnas distribuidas a lo largo del corredor y las espléndidas pinturas que colgaban de la pared.

El despacho también tenía un aire refinado, aunque mucho más sobrio. Olía a tabaco, cuero y papel. Lawson las invitó a tomar asiento frente al enorme escritorio de roble que ocupaba uno de los laterales de la habitación, delante de la ventana por la que entraba la luz mortecina de esa mañana de febrero. En cuanto se acomodaron, tomó un legajo de entre los incontables papeles y carpetas que había sobre la superficie, y lo colocó ante él.

—Antes que nada, ¿serían tan amables de decirme sus nombres, señoritas? —comentó con tono amable.

Al ver que las dos muchachas permanecían en silencio, Camila tomó la iniciativa.

—Mi nombre es Camila Lockwood.

El hombre asintió ligeramente, en un gesto de reconocimiento, y dirigió la mirada hacia otra de las jóvenes.

—Harriet Peasley, señor.

—Jane Appleton.

—Bien, ahora que hemos sido debidamente presentados, permítanme explicarles qué es lo que monsieur Durand espera de

ustedes, sobre todo de usted, señora Bertram, como directora del *atelier*, y todo lo que concierne al contrato de trabajo y las obligaciones que adquirirán con él.

La reunión se extendió casi dos horas en las que el señor Lawson, haciendo alarde de una gran paciencia, les fue aclarando todas las dudas y preguntas que surgieron durante la larga explicación. Su tono suave y amable, así como su carácter franco y de modales cuidados, terminó por disipar los últimos retazos del nerviosismo que las había acometido al entrar en el establecimiento. Este regresó, sin embargo, aparejado con la incredulidad y el asombro cuando Camila vio a cuánto ascendía el salario semanal. ¡Veinticuatro chelines! Era casi una fortuna. Si ahorraba lo suficiente, quizá podría cumplir su sueño antes de lo esperado.

—Ahora, si les parece bien —dijo el abogado una vez que los contratos quedaron firmados—, les mostraré el taller.

Tras abandonar el despacho, lo siguieron de vuelta por el mismo pasillo por el que habían llegado, aunque, en esta ocasión, pasaron de largo las escaleras y continuaron avanzando por el corredor.

—¿El taller se encuentra en este mismo edificio? —inquirió la señora Bertram, extrañada.

El señor Lawson esbozó una sonrisa enigmática.

—Este es el despacho de monsieur Durand —comentó, evitando responder a su pregunta, mientras señalaba una puerta de madera noble que permanecía cerrada—. Suele pasar casi todo el día encerrado en él, trabajando, y no le gusta que lo molesten, a menos que sea estrictamente necesario, por lo que cualquier cosa que requieran pueden pedírsela a la señora Pickleford, a quien les presentaré más tarde.

—¿A usted también podemos preguntarle, señor Lawson? —inquirió Jane, que parecía sentirse cómoda con el abogado. Cuando

este le sonrió, la joven se sonrojó.

—Me temo, señorita Appleton, que mis conocimientos en lo que se refiere a moda y costura son prácticamente nulos. —Abrió una puerta que había al fondo del corredor, donde debería haber una pared—. Pasen, por favor.

Apenas atravesaron el umbral, el asombro ante lo que vieron las sobrecogió. El pasillo tenía habitaciones en el lado derecho; el izquierdo, sin embargo, era una balaustrada de madera desde la que podía verse el piso de abajo, donde se encontraba ubicado el taller. La luz entraba por las ventanas de las dos plantas de la fachada principal, creando un espacio luminoso. Varias mujeres estaban cosiendo vestidos, sentadas junto a largas mesas en las que había abundante material de costura: hilos, agujas, lazos, botones... En las paredes se alzaban estanterías repletas con todo tipo de tejidos que suponían una gran tentación para la vista con todo aquel brillante colorido. También había maniquíes con vestidos ya confeccionados y otros a medio vestir.

—¡Santo cielo, qué maravilla! —exclamó la señora Bertram extasiada. Su pequeño taller quedaba deslucido frente a aquel paraíso para cualquier trabajadora de la aguja.

—Bienvenidas al *atelier* de monsieur Durand —dijo el abogado, luciendo una sonrisa encantadora y bastante satisfecha—. Abajo es donde se confecciona la ropa que ha sido requerida por las clientas del negocio, mientras que estas puertas —añadió, señalando las que había a sus espaldas— son habitaciones para las trabajadoras que prefieran tener aquí su alojamiento. Y ahora, si gustan, podemos bajar. Así podré presentarle a las jóvenes que tendrá a su cargo, señora Bertram.

Avanzaron por el largo pasillo hasta alcanzar las escaleras centrales y comenzaron a descender. Aunque las muchachas no

disminuyeron el ritmo de trabajo, Camila percibió las miradas de reojo y los murmullos que su presencia suscitó. Una mujer, cercana a la treintena, se adelantó a recibirlos.

—Es un placer verlo por aquí, señor Lawson —saludó con cortesía y cierta familiaridad en su tono.

—Gracias, Lynette. Permítame que le presente a la señora Eliza Bertram, quien dirigirá el taller a partir de ahora. Señora Bertram, ella es la señorita Lynette Redmond, que se ha estado ocupando de todo desde que la señora Foquet renunció a su puesto por problemas de salud.

La joven efectuó una pequeña reverencia y sonrió con cordialidad.

—Bienvenida, señora Bertram. Estamos encantadas de ponernos bajo su dirección.

—Muchas gracias, señorita Redmond —respondió Eliza, relajándose de inmediato al no percibir animosidad por su parte. Sabía bien que no resultaba fácil renunciar al poder una vez que lo habías saboreado y convertirse de nuevo en un peón más en el tablero de juego, pero parecía que ese no era el caso—. Será un placer trabajar juntas.

—Entonces, la dejo en buenas manos, señora Bertram. Lynette les enseñará el taller y su organización, ella podrá resolver cualquier duda que tenga —dijo el señor Lawson, antes de retirarse.

Una vez que se quedaron solas, el ambiente se enrareció y una sutil tensión crepitó en el aire. Por suerte, la señora Bertram tenía experiencia suficiente en esas lides, además de una personalidad carismática y un carácter bondadoso con el que sabía ganarse a las personas.

—Bien, ¿qué les parece si comenzamos por conocernos?

Capítulo 4

El mes de marzo había comenzado con lluvias ligeras, cielos encapotados y un viento desapacible que hizo volar más de un sombrero de copa aquella mañana. Los viandantes recorrían las calles con prisa, impulsados por el deseo de llegar al calor de sus hogares o al refugio de sus trabajos, mientras mascullaban quejas contra el cielo, que parecía haberse partido en dos y derramaba un copioso aguacero sobre sus cabezas.

Camila sentía la humedad hasta los huesos. Sus botines estaban empapados a causa del agua estancada entre los adoquines de la acera, lo mismo que el ruedo de la falda. «Debería haber tomado el ómnibus», se lamentó, escuchando el incesante golpeteo de las gotas de lluvia sobre el paraguas. A pesar del tiempo inclemente, había preferido caminar, pues necesitaba hacer ejercicio para cuidar su peso, ya que pasaba demasiadas horas sentada. Sin embargo, no había esperado que estallase aquella tormenta.

Cuando un relámpago iluminó el cielo plomizo —rasgándolo de parte a parte— y el sonido del trueno estremeció el aire, decidió que sería mucho mejor guarecerse y esperar a que amainara un poco. Al fin y al cabo, había salido con tiempo suficiente de casa de la señora

Perkins, no llegaría tarde al trabajo por esperar unos minutos. Echó un vistazo a los negocios de la calle y vio una librería, así que se encaminó con premura hacia ella. Cerró el paraguas y lo sacudió antes de entrar.

El sonido de la campanilla y el aroma a papel viejo, a tinta y a una mezcla de hierbas, almendras y vainilla asaltaron sus fosas nasales y relajó sus músculos. Un estremecimiento la recorrió al verse envuelta en el cálido ambiente que reinaba en el interior, en contraste con el aire frío del exterior. Paseó la mirada por el local. El dependiente alzó la vista de los papeles que estaba revisando y volvió a bajarla de inmediato con aparente desinterés, tal vez porque el lugar se hallaba bastante concurrido debido al clima, más que a los libros.

Controló la hora en el reloj de bolsillo y vio que disponía de unos quince minutos. Quizá podía adquirir algún libro, ahora que contaba con un poco de dinero. En Hopeless Park le habían enseñado a leer y a escribir, al igual que al resto de las niñas, para poder obtener un oficio adecuado cuando salieran de allí, pero al carecer de biblioteca, nunca se preocupó por la lectura. Su afición surgió al lado de la señora Bertram, que solía prestarle libros sobre los que luego conversaban cuando tomaban el té.

Se acercó al mostrador.

—Disculpe, ¿dónde se encuentra la sección de novelas?

El hombre la observó por encima de sus anteojos. Tenía el ceño fruncido, como si le molestara que toda aquella gente que se había refugiado de forma repentina en su librería hubiera disturbado la paz y la soledad de la que gozaba habitualmente. Aunque, a juzgar por la profundidad de las arrugas que marcaban su frente, aquel gesto bien podía ser nada más que una costumbre.

—¿Está buscando algún libro en particular?

El tono sonó mucho más amable de lo que había esperado Camila, quizá porque ella era una potencial clienta o, tal vez, por el hecho de que alguien que ama en verdad los libros siente afinidad con aquellas personas que los leen.

—En realidad, no, pero me gustaría saber si hay alguna novela que se haya publicado de forma reciente...

—¡Hmm! Hay alguna novela de esas que llaman ahora «sensacionalistas», pero no creo que las historias de crímenes y misterio sean adecuadas para una joven como usted. Veamos. —Se ajustó los anteojos sobre el puente de la nariz y consultó un catálogo. Luego asintió para sí mientras daba golpecitos con el dedo sobre una de las líneas—. Creo que tengo lo que busca. Los editores de Sampson Low publicaron el pasado año una novela de una autora americana, Louisa May Alcott, que tuvo un gran éxito en su país. El título es *Mujercitas* y cuenta la historia de cuatro hermanas que...

El corazón de Camila dio un vuelco, como si hubiera descubierto un tesoro muy valioso.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —lo interrumpió.

El empleado volvió a consultar el catálogo.

—En el segundo pasillo, empezando desde el fondo, en la estantería de la derecha. Ahí debería estar.

—Gracias.

De inmediato se dirigió hacia donde le había indicado el hombre. Gracias a la señora Bertram había comprendido que los libros no eran solo palabras de tinta sobre un papel, sino que estaban vivos. «Cada vez que abres un libro», le había dicho en una ocasión, «los personajes que hay entre sus páginas cobran vida en tu imaginación y todo lo que está escrito sobre ellos sucede en tu mente. Por eso pueden enseñarte cosas, transmitirte sentimientos o aconsejarte. Y por eso, también, cada libro tiene su momento para ser leído. Es

como si te llamaran cuando sabes que los necesitas».

Eso era, precisamente, lo que había sentido al escuchar el título de la novela que le había recomendado el librero. Su corazón había resonado con la palabra «hermanas». Aunque apenas las recordaba —sobre todo a las mayores, Violet y Melissa, que habían dejado el orfanato cuando ella era apenas una niña—, cada vez sentía con más profundidad el vacío de su ausencia. Era como si faltara algo en su vida. Además, anhelaba tener una familia, alguien a quien poder confiar sus dudas y temores, con quien compartir sus sueños y sus alegrías; alguien que la abrazara cuando las lágrimas empapaban su almohada por las noches y que le hiciera sentir que no estaba sola.

Sin duda, el libro no llenaría aquel vacío, pero alimentaría sus sueños de poder encontrar a sus hermanas, porque ese era el poder que encerraban esas páginas emborronadas de tinta.

Cuando llegó al pasillo indicado, donde había otras personas ojeando entre los numerosos libros que abarrotaban los estantes, comenzó a buscar el volumen. Después de un rato, se sintió frustrada. Comprobó de nuevo la hora en el reloj y se dio cuenta de que apenas le quedaba tiempo. Ya había revisado varias estanterías, aunque no la parte alta de estas, así que se echó hacia atrás para intentar leer los títulos que estaban un poco más arriba. Si no lo encontraba, volvería en otra ocasión.

Notó que tropezaba con un obstáculo y, seguidamente, escuchó el sordo golpeteo de un libro al caer al suelo. Se volvió de inmediato, pero solo alcanzó a ver una espalda masculina encorvada y una mano elegante que intentaba recuperar el volumen que yacía por tierra a causa de su torpeza.

—Lo siento mucho, señor —se disculpó, con las mejillas arreboladas por la vergüenza—. No estaba mirando y... lo lamento —concluyó, al darse cuenta de que no servían de nada las excusas.

El hombre no debía de ser mayor, pues se levantó con admirable agilidad mientras comprobaba el estado del volumen.

—No se preocupe —dijo, volviéndose hacia ella—. No se ha... dañado.

El leve titubeo en sus palabras hizo comprender a Camila que el caballero la había reconocido, lo mismo que ella lo había reconocido a él o, más bien, no lo había olvidado. La belleza de sus ojos verdes volvió a impactarla y un aleteo de mariposas se instaló en su estómago. Desvió la mirada y la posó sobre el libro que acababa de recoger.

—¡Oh! Ese es...

—¿El libro que buscaba? —concluyó Maurice al ver el modo en que le brillaban los ojos. Había entrado en la librería solo para refugiarse de la lluvia, no tenía intención de comprar ningún libro, por lo que se lo entregó a ella—. Tenga, puede quedárselo.

—No es necesario. Seguramente debe haber otros volúmenes disponibles.

Maurice echó un vistazo al estante de donde lo había cogido y no vio ninguno.

—Me temo que este es el último, por lo visto es bastante popular —comentó con un encogimiento de hombros—. Acéptelo, por favor.

Camila lo tomó, todavía con cierta reticencia.

—Pero ¿y usted?

Él la observó un instante, empapándose de la dulzura e inocencia que desprendía su rostro. No era bello, en el sentido estricto de la palabra, pero había algo en él que lo atraía.

—Tal vez volvamos a tropezar el uno con el otro en cualquier otro rincón de Londres y, entonces, podrá prestármelo.

Había un matiz de diversión en el tono y una ligera sombra de sonrisa asomó a los labios masculinos, provocando que el corazón

de Camila se acelerara, a pesar de que aquella encantadora visión duró apenas un parpadeo. Azorada, bajó la vista hacia el libro, fijándola sobre la cubierta de piel rojiza y el título repujado en letras doradas.

—Muchas gracias. —El sonido de las campanadas de un reloj llegó hasta sus oídos y se sobresaltó. No podía llegar tarde al taller—. Si me disculpa, tengo que irme.

Se alejó presurosa hacia el mostrador para pagarle al empleado el importe del libro y estuvo tentada de volver la cabeza, aunque dudaba de que el caballero la hubiera seguido. Si fuera un poco menos realista, habría dicho que aquel encuentro era obra del destino, pero los avatares de la vida le habían enseñado que cada persona forjaba su propio camino a base de esfuerzo y sacrificio. Eran las decisiones, pequeñas y grandes, las que guiaban los pasos de cada uno, llevándote tan lejos como quisieras.

El tintineo de las campanillas cuando abrió la puerta la trajo de vuelta a la librería, arrancándola de sus pensamientos. Miró al cielo, que aún continuaba encapotado, aunque al menos ahora solo caía una ligera llovizna. Se arrebujó en el abrigo, apretando contra el pecho el libro envuelto en papel de estraza, y echó a andar en dirección al taller, sin percatarse de que el caballero se había asomado a la puerta y la seguía con la mirada.

Cuando llegó a Bond Street, apenas faltaban un par de minutos para que diera comienzo su turno. Se encontró con Lynette en la entrada.

—Hace un día de perros —comentó esta, al tiempo que sacudía el paraguas y lo colocaba en el paragüero de latón que había junto a la puerta. Luego se quitó el sombrero y el abrigo para colgarlos en el perchero—. No me gustan las tormentas. Todo ese ruido, como si el cielo se estuviera derrumbando sobre tu cabeza, me pone nerviosa.

Por eso he preferido coger el ómnibus, pero casi no se podía respirar a causa de la cantidad de gente que había. Quizá debería haber venido en el Metropolitano, pero aún no me acostumbro a que un tren vaya por debajo de la tierra.

Mientras la escuchaba, Camila no dejó de preguntarse cómo era capaz de respirar entre tanta verborrea.

—Señoritas, dejen toda esa cháchara y pónganse a trabajar —reclamó la señora Bertram, atrayendo su atención con unas palmadas—. Hoy tenemos mucho que hacer antes de la visita.

Camila guardó el libro dentro del cajón personal que cada una tenía en un mueble grande y antiguo que había en la entrada y siguió a Lynette.

—¿Qué visita? —le preguntó, intentando recordar si la señora Bertram había hecho algún anuncio el día anterior.

—¿No lo sabes? —La miró sorprendida, pero entonces cayó en la cuenta de algo—. ¡Ah!, creo que lo dijeron cuando habías salido a hacer un recado. El señor Lawson estuvo aquí y nos dijo que monsieur Durand vendría a visitar hoy el taller. Todavía no lo conoces, ¿verdad?

—No. —Acompañó sus palabras con un gesto de la cabeza mientras se acomodaba en su mesa de trabajo, que estaba junto a la de Lynette.

—¿Cómo es? —Quiso saber Jane, interviniendo en la conversación.

Por lo general, la señora Bertram les permitía hablar durante el trabajo, siempre y cuando no descuidaran este o no hubiera una entrega urgente. En esas ocasiones, el taller se veía envuelto en un frenesí incontrolable en el que todas se concentraban en sus quehaceres mientras escuchaban de fondo las órdenes apremiantes de la señora Bertram.

Camila vio que Lynette se quedaba pensativa, como si dudara de

cuáles serían las palabras adecuadas para una buena respuesta. El resto de las chicas aguardaban con atención.

—Diría que es un genio en lo que se refiere al trabajo —contestó por fin—. Su capacidad para crear diseños es extraordinaria y se nota la pasión que pone en cada uno de ellos. Quizá por eso es tan estricto y exigente, porque es capaz de ver más allá de lo que nosotras lo hacemos. A veces da un poco de miedo. Es demasiado serio, para mi gusto.

—Aunque es un caballero atractivo —señaló Daisy, una joven que llevaba tres años trabajando en el taller.

—Aunque no tanto como el señor Lawson —apostilló otra, con una sonrisilla—, ¿no es verdad, Lynette?

La aludida se sonrojó. Si Camila hubiera albergado alguna duda sobre si a Lynette le gustaba el abogado, se le habría aclarado en aquel mismo momento, si bien era algo que todas las del taller sabían, pues era patente en la manera en que le brillaban los ojos y en cómo se comportaba cada vez que lo veía. Lo que todas desconocían, incluida la misma Lynette, era lo que sentía el abogado, quien siempre se comportaba con ella con suma corrección.

—Bueno, cada uno lo es, a su modo —respondió la mujer, evitando exponer sus sentimientos directamente—. Atractivo, me refiero. Pero no todo es cuestión de belleza. Prefiero los hombres atentos y considerados, los que te aceptan como eres y saben escucharte.

«Debe ser doloroso tener un amor no correspondido», pensó Camila, dirigiendo la mirada hacia Lynette durante unos instantes, antes de volver a clavarla sobre la prenda que estaba confeccionando. Nunca se había enamorado, aunque tampoco estaba segura de que allí afuera, en el vasto Londres, hubiera un

hombre para ella. Sentía que tenía demasiados defectos como para que alguien la quisiera por sí misma, al menos así se lo había hecho saber la señorita Mitford durante sus años en Hopeless Park.

Una imagen del desconocido caballero con el que había tropezado en dos ocasiones cruzó su mente. ¿Acaso podía permitirse un nuevo sueño?

Capítulo 5

La calma que había reinado en el taller desde primeras horas de la mañana desapareció conforme las agujas del reloj fueron devorando los minutos. Un silencio tenso se extendió en el ambiente y todas las palabras que fueron dichas se pronunciaron entre susurros. A partir del momento en que las clientas llegaban al establecimiento, el trabajo se multiplicaba, ya que las pruebas de los vestidos siempre llevaban aparejados ciertos ajustes, para contentar los deseos insatisfechos de las damas.

—Señora Bertram...

Todas las cabezas se alzaron hacia el barandal del piso superior desde el que se asomaba una de las jóvenes dependientas, buscando a la directora del taller con gesto de preocupación.

—¿Qué ocurre, Sally? Si se trata del vestido de lady Hardwicke, estará listo enseguida. —Miró a Camila, aguardando una confirmación, y suspiró aliviada al ver que así era. La mujer era bastante quisquillosa y no podían permitirse desairarla—. Puedes bajar y...

—Hoy tenemos demasiado jaleo —declaró, apurada, mirando hacia la puerta que conectaba ambos edificios. Con el silencio del

taller podía escucharse el murmullo de voces procedentes de la tienda—. Necesito pedirle un favor, señora Bertram. Tengo que salir para entregar un pedido urgente y la señora Pickleford me ha dicho que quizá, si a usted no le importa, la muchacha que traiga el vestido de lady Hardwicke podría ocupar mi puesto durante mi ausencia. Será cuestión de una hora, más o menos.

Eliza habría preferido no prescindir de ninguna de las chicas, pues tenían bastante trabajo que hacer —además de la visita de monsieur Durand—, pero no deseaba crear fricciones innecesarias con la señora Pickleford, la encargada de supervisar a las dependientas, y supuso que no pasaría nada si solo se trataba de una hora.

—Está bien —cedió, finalmente.

—Muchísimas gracias, señora Bertram. Estoy en deuda con usted.

Esta sacudió la cabeza al ver que la joven casi echó a correr y se volvió hacia las costureras. Lynette era la que más experiencia tenía, pues en varias ocasiones había sustituido a alguna dependienta. Sin embargo, se hallaba en ese momento ocupada con una tarea que no permitía demoras. Camila ya había terminado su labor y, aunque era más tímida, sabía tratar con las clientas y su dulzura solía apaciguar los ánimos exaltados de las damas.

—Camila, ¿podrías llevar tú el vestido de lady Hardwicke y ocuparte de sustituir a Sally, por favor? Solo será una hora —añadió con tono de disculpa, pues sabía cuánto le disgustaría el encargo, aunque no se quejara de ello.

—Por supuesto. Solo me queda coser este botón y se lo llevaré.

Mantuvo la sonrisa para que Eliza no percibiera su desasosiego. En una ocasión, mientras tomaban el té en su antiguo taller, le había confesado que a veces envidiaba las figuras esbeltas de las damas y lo bien que lucían con los preciosos vestidos que ella misma cosía, pero no soportaba que la mirasen con lástima o desdén solo porque

no encajaba en los estándares que la sociedad consideraba adecuados para definir la belleza de una mujer: no tenía la cintura estrecha —ya que, por lo general, no usaba corsé— ni curvas moderadas; su rostro no era un óvalo perfecto, sus ojos eran corrientes, de un sencillo tono avellana en vez del azul o verde que preferían los caballeros, y sus labios lucían carnosos en lugar de pequeños y bien definidos.

«Al menos, mi cabello sí es bonito», se dijo, conteniendo un suspiro de resignación. En realidad, nada de eso importaba, porque aquel modo de considerar la belleza pertenecía solo a la aristocracia. «Y entre ellas y nosotras hay un abismo», pensó mientras descendía las escaleras hasta el piso inferior del establecimiento, que parecía sumergido en el caos. Las dependientas no daban abasto para atender a las numerosas clientas que llenaban el local —se preguntó si sería por causa de la lluvia— y demandaban su constante atención.

Una joven se acercó a ella con premura. Su semblante mostraba signos de agobio y se retorcía las manos con nerviosismo.

—¿Es el vestido de lady Hardwicke?

—Sí...

—¡Gracias al cielo!

Antes de que Camila pudiera añadir algo más, la muchacha se lo quitó de las manos y se dirigió hacia una de las esquinas, donde una dama imponente estaba sentada en una butaca, con las manos apoyadas sobre un elegante bastón. Le dijo algo a la muchacha cuando esta le mostró el vestido. La joven asintió y se retiró de nuevo.

—¿Por favor, puedes atenderla mientras voy a buscarle un sombrero? —le rogó al pasar a su lado.

—Pero yo no sé qué tengo...

—Solo tienes que ayudarla si desea probarse el vestido. Por favor.

Al ver a la muchacha al borde del llanto, asintió. Tomó una bocanada de aire y se acercó a la dama. En el establecimiento de la señora Bertram había lidiado con clientas difíciles, y aunque no fueran aristócratas, no debían de ser muy distintas a lady Hardwicke.

—Buenos días, milady. Mi nombre es Camila —le dijo, esbozando una sonrisa complaciente—. Si hay algo en lo que pueda ayudarla, no dude en decírmelo.

La mujer, de mediana edad, le dirigió una mirada indefinida. Poseía un rostro bello, a pesar de las arrugas que ya asomaban a él y del gesto severo que pronunciaba aún más las de su ceño.

—Llevo más de una hora esperando. Tendré que hablar con monsieur Durand al respecto. Si quiere mantener a sus clientas, debería asegurarse de que las tratan como es debido —refunfuñó con tono desagradable. Dio un golpe en el suelo con la punta de su bastón y se puso de pie—. Ayúdame a probarme el vestido, muchacha.

Camila estaba a punto de coger la prenda, que descansaba en la butaca de al lado, y se detuvo, volviéndose hacia la dama.

—Mi nombre es Camila, lady Hardwicke, y me sentiría muy honrada si lo usara para dirigirse a mí —comentó, sin perder la compostura. No permitiría que nadie pisoteara su dignidad. Le pareció ver un brillo de admiración en la fiera mirada de la marquesa, aunque tan breve que pensó que lo había imaginado—. Pase al probador, si es tan amable, por favor.

La mujer se dirigió a la pequeña salita adyacente y ella la siguió. Una vez dentro, la ayudó a quitarse el vestido de mañana que llevaba y a colocarse el de noche, que le habían confeccionado.

—No te he visto antes en el establecimiento, *Camila* —dijo la mujer, acentuando con intención su nombre y rompiendo el tenso

silencio que se había instalado entre ellas desde que entraron—. ¿Acabas de comenzar a trabajar aquí?

—No, milady, llevo algún tiempo ya, pero estoy a cargo de otras tareas y no me dedico a atender a las clientas.

—Quizá porque eres una deslenguada.

En el tono de la dama no había desagrado, más bien, diversión. Camila sonrió. No era tan fiero el dragón como parecía.

—Es posible —admitió, divertida, mientras ajustaba el último botón—. Ya está. ¿Qué le parece? ¿Le aprieta en algún lado?

La mujer observó su figura en el espejo. El color azul del satén hacía destacar la palidez de su piel y la belleza de su cabello dorado. El drapeado de la sobrefalda estaba recogido a ambos costados con rosas, permitiendo ver los volantes de la falda que asomaban por debajo. El cuerpo del vestido era cruzado y una cascada de pequeñas rosas caía desde el hombro derecho hasta por debajo del seno izquierdo.

—¡Oh! Está perfecto —repuso con satisfacción—. Desde luego, monsieur Durand tiene un talento único.

Camila pensaba lo mismo. No se trataba solo de la belleza de la tela o del diseño, sino del hecho de que el vestido se ajustaba a su figura como un guante y realzaba todos los encantos de la dama, haciéndola parecer más joven, incluso.

—Luce usted preciosa, milady. El vestido le queda de maravilla.

La dama alzó una ceja con la arrogancia de un pavo real.

—Debo decir que no pensé que fueras una aduladora, Camila. —Una media sonrisa burlona apareció en su rostro, iluminándolo de tal manera que su semblante perdió la severidad que solía mostrar de forma habitual—. Así que supongo que solo estás siendo sincera.

—Procuro serlo siempre, lady Hardwicke.

—Me gusta —declaró. Camila no supo si se refería a su actitud o

al vestido, por lo que prefirió mantenerse en silencio. La marquesa se colocó de perfil para contemplar el efecto de su imagen en el espejo y asintió satisfecha—. Bien, estoy segura de que a lord Hardwicke le encantará. Ayúdame a quitármelo y haz que lo envíen a mi casa. Y ahora, veamos si el sombrero que encargué también resulta perfecto.

Camila la ayudó de nuevo a cambiar de vestido, mucho más tranquila al ver que todo había salido bien. «En realidad», pensó mientras escuchaba de fondo la cháchara de la dama sobre la fiesta a la que asistiría esa noche y cómo sería la envidia de sus amigas con ese vestido, «no es tan desagradable como parece».

—Me aseguraré de que embalen bien el vestido —comentó, sosteniéndolo con cuidado de no arrugarlo— y de que se lo envíen para que pueda usarlo en esa fiesta.

—Pensé que no estabas escuchándome.

—No deseaba interrumpirla, milady.

Sarah Hardwicke la miró con renovado interés. Era una joven de trato agradable, aunque no servil. Transmitía dulzura y serenidad, tanto en sus ademanes como en su tono de voz, y parecía instruida. Sin embargo, lo que más le había gustado de ella era la manera en que la había enfrentado. Casi todo el mundo —y eso incluía a su esposo— tenía miedo de contrariarla. Los criados y doncellas se mostraban medrosos a su alrededor, y sus pares se limitaban a darle la razón en todo. Siempre había tenido un carácter fuerte y tendía a decir las cosas como las pensaba, lo que había provocado vahídos y lágrimas en algunas damas. Por eso, lo único que deseaba desde hacía algún tiempo era encontrar a alguien con quien poder ser ella misma.

—Camila, ¿no te gustaría trabajar en mi casa? Serías mi doncella personal. Te ocuparías de mis vestidos y te pagaría un buen salario

por ello.

Ella la miró, sorprendida, aunque enseguida negó con la cabeza.

—Se lo agradezco mucho, lady Hardwicke, pero tengo mis razones para trabajar aquí, además, me gusta lo que hago. —Suavizó la negativa con una sonrisa sincera.

—¿Cuál es tu nombre completo?

—Camila Lockwood.

Sarah frunció el ceño. Tenía la sensación de haber escuchado aquel apellido no hacía mucho, aunque no lograba recordar dónde. Dejó a un lado aquella cuestión y rebuscó en su bolsito hasta que encontró una de sus tarjetas de visita.

—Bien, señorita Lockwood. Si alguna vez cambias de opinión o necesitas algo, puedes venir a verme.

—Es usted muy amable, milady —respondió, tomando la tarjeta que le ofrecía y guardándosela en el bolsillo, aunque no creía que la fuera a usar nunca—. Terminaré de recoger aquí y enseguida estaré con usted.

Cuando la dama abandonó la salita, puso cuidado al doblar el vestido para evitar que se hicieran demasiadas arrugas, se aseguró de que la salita quedaba ordenada y salió. Apenas puso un pie en el corto pasillo que conducía a la tienda, alcanzó a escuchar las voces alteradas que se elevaban en esta. Reconoció la de lady Hardwicke y apresuró sus pasos. Al llegar, vio a la dama, amonestando a la joven que le había pedido el favor de atender a la marquesa. Las miradas del resto de los presentes se habían vuelto hacia ellas, mientras un bisbiseo de murmullos recorría el local, pero ninguna de las dependientas parecía atreverse a acudir al rescate de su compañera y la encargada del establecimiento, la señora Pickleford, no se veía por ningún lado.

—¿A esto le llamas tener buen gusto? —inquirió la marquesa con

enojo.

—Yo...

—Pedí que me confeccionaran un sombrero y dejé claras instrucciones de cómo debía de ser, pero *esto* —dijo, mostrando con desdén el que sostenía en la mano— no se asemeja en nada a lo que yo quería. ¡Por amor del cielo!, ¿qué tiene de elegante?

—Puedo... puedo volver a hacerlo, si lo desea, milady —declaró la joven dependienta con voz temblorosa.

Camila observó el bonete con atención y tuvo que reconocer que a ella tampoco le gustaba. Soltó un suspiro resignado y se acercó. Se volvió hacia la dependienta y le entregó el vestido de la marquesa.

—Haz que lo envuelvan, por favor, yo me ocuparé de esto.

Capítulo 6

Maurice llevaba casi toda la mañana encerrado en su despacho, ocupándose de los asuntos urgentes que reclamaban su atención desde hacía varios días. Sin embargo, eso no impedía que, de vez en cuando, su mente rememorara lo sucedido en la librería pocas horas antes: el bello rostro de la joven y la sonrisa dulce que había hecho estremecer su alma. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie le sonreía así, que no experimentaba la paz que había sentido al tenerla cerca?

De cualquier modo, no creía que fuera a volver a verla. Había quien decía que todos nacíamos bajo el signo de una estrella que nos guiaba. La suya debía haberse apagado hacía tiempo, porque, desde que recordaba, caminaba a ciegas, siguiendo simplemente su instinto. Y no le había ido mal confiando solo en sí mismo. Cuando había algo que deseaba, lo perseguía hasta conseguirlo, y si surgían obstáculos en el camino, buscaba la manera de solucionarlos y continuar adelante, aunque tuviera que hacer sacrificios. Y los había hecho. Quizá por eso su corazón se había endurecido tanto que se le había vuelto de piedra.

—Entonces ¿qué es lo que deseas hacer?

Salió de su ensimismamiento y se volvió hacia Alfred. Frunció el

ceño, realizando un esfuerzo por recuperar el hilo de la conversación. «La boda», recordó. La reina Victoria y la familia real llevaban tiempo considerando posibles candidatos para el matrimonio de Su Alteza Real, la princesa Louise. Aunque todavía no se había hecho oficial el compromiso, parecía que Su Majestad se inclinaba por John George Campbell, marqués de Lorne y heredero del duque de Argyll, a pesar de la oposición de varios miembros de la casa real.

En previsión de aquel enlace matrimonial, Su Majestad había pedido a las mejores casas de moda de la ciudad que realizaran una propuesta de diseño para el vestido nupcial que luciría la princesa. Era una oportunidad única, pues los invitados a dicha celebración serían, en su mayoría, miembros de la alta sociedad, lo que le permitiría dar mayor visibilidad a su negocio. Esa había sido la forma de trabajar de su mentor. Worth, sabiendo que la clave de su éxito dependía en gran medida de lograr entrar en los círculos de la corte francesa, había buscado ganarse el apoyo de la emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III, cuya elegancia en el vestir no dejaba indiferente a nadie. «Bien, yo haré lo mismo aquí».

—Participaré, Alfred, y pienso ganar. Será mi diseño el que luzca la princesa el día de su boda.

Lawson asintió. Conocía bien la tenacidad del joven modisto y, sobre todo, su maravilloso talento y creatividad. Si alguien podía llamar la atención de la reina Victoria con su propuesta sería, sin duda, Maurice.

—Bien, entonces, enviaré la confirmación al palacio. ¿Has revisado ya el resto de documentos que te envié?

Durand reclinó la espalda contra el respaldo de la silla y echó la cabeza hacia atrás mientras se apretaba el puente de la nariz.

—Aún no he tenido tiempo. —Dejó escapar un suspiro cansado—.

He estado trabajando toda la semana en los diseños del guardarropa que lady Bellingham ha solicitado para su hija, que va a ser presentada en sociedad.

Alfred sacudió la cabeza.

—Te exiges demasiado. Apenas has dormido estos días —señaló. Cada vez que había llegado al taller temprano, había encontrado la luz del despacho encendida y, en alguna ocasión, encontró a Maurice durmiendo, recostado sobre el escritorio—. Creo que deberías tomarte un descanso.

—Sabes bien que no puedo hacerlo, al menos hasta que no consiga lo que quiero.

Había abandonado París dejando atrás un juramento que pensaba cumplir, aunque le costara hasta la última gota de su sangre. Cuando llegó a Londres, buscó un abogado que le ayudara a implementar su negocio. Tuvo la fortuna de encontrar a Alfred, que no solo lo había asesorado y había accedido a trabajar con él, a pesar de no contar con ninguna garantía de que las cosas fueran a salir bien, sino que se había convertido con el paso del tiempo en un buen amigo. Confiaba en él y, de hecho, era el único a quien le había contado acerca de su pasado.

—Lo sé —le oyó decir—, aunque de nada te servirá todo el esfuerzo si acabas enfermo o muerto.

El semblante de Maurice se torció en una mueca de fastidio.

—¿Y quién es el que acaba de insinuar que necesito revisar unos documentos? —repuso con ironía.

Alfred se frotó la nuca con gesto avergonzado.

—No pretendía decir... En fin, da igual, será mejor que descanses un poco ahora.

—Imposible —declaró, negando con la cabeza—. Quedé con la señora Pickleford que hoy visitaría el taller. Aún no he tenido

oportunidad de hablar con la señora Bertram y ya hace un mes que trabaja para mí.

—Si ya ha esperado tanto tiempo, un día más no supondrá gran diferencia, ¿no crees?

Antes de que pudiera responder a eso, sonaron unos golpes en la puerta que comunicaba su despacho con el de la señora Pickleford.

—Adelante.

La mujer entró, llevando en la mano unos papeles que depositó sobre el escritorio.

—Buenos días, monsieur Durand. Señor Lawson —saludó con una leve inclinación de cabeza—. He revisado las revistas que enviaron de París y también las últimas publicaciones en nuestro país, y he señalado las ilustraciones que más me han llamado la atención, tal como me pidió. También me dijo que le avisara a esta hora —dijo, echando un vistazo al reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea y que marcaba las doce en punto— para ir a visitar el taller, pero estoy segura de que usted ni siquiera ha almorzado.

—Ya lo haré más tarde —respondió Maurice al tiempo que se levantaba—, gracias por su interés, señora Pickleford.

La mujer solo sacudió la cabeza. Llevaba el tiempo suficiente con él como para saber que no serviría de nada insistir.

Apenas salieron al corredor, los alcanzó la voz femenina que se alzaba desde el piso inferior. Parecía molesta. Alfred alzó una ceja e intercambió una mirada con el modisto.

—¿Qué sucede? —Quiso saber. Por lo general, solo se escuchaban los murmullos de las conversaciones de las damas mientras aguardaban a ser atendidas por las dependientas.

Maurice se encogió de hombros en un gesto típicamente francés.

—Creo que se trata de lady Sarah Hardwicke —intervino la señora Pickleford, reconociendo la voz que se quejaba a causa de un

sombrero. Emitió un suspiro de resignación—. Es una clienta difícil de contentar. Será mejor que vaya a atenderla.

Se dirigió hacia las escaleras, seguida por los dos hombres. Cuando descendieron los primeros escalones, el ambiente se había calmado. Desde donde se habían detenido, podían ver el local casi en su totalidad. Las miradas de las personas que llenaban el establecimiento se encontraban vueltas hacia un rincón, donde una dama de porte elegante parecía reprender a una dependienta que la escuchaba cabizbaja.

—Me ocuparé yo mismo de esto, señora Pickleford —dijo Maurice, bajando un escalón. Sin embargo, se detuvo, sorprendido, al ver aparecer a la joven con la que había coincidido en la librería. «¿Qué demonios hace aquí?»—. ¿Quién es?

—Es Camila Lockwood, una de las costureras del taller —explicó la mujer, un tanto preocupada—. Le pedí a la señora Bertram que nos prestara a una de las chicas mientras Sally hacía unos encargos, pero no creo que sepa cómo tratar con la marquesa. Iré...

—Yo lo haré.

Descendió las escaleras y saludó de forma escueta a las damas presentes mientras se dirigía hacia lady Hardwicke. «Se llama Camila», pensó, con la mirada fija en la joven costurera, que no parecía incómoda, nerviosa o asustada. Por el contrario, lucía en el rostro una sonrisa serena que a él le provocó un pellizco en el corazón.

—¿Cuál es el problema, lady Hardwicke? —La escuchó decir. El timbre dulce de su voz parecía ejercer sobre las personas un efecto calmante.

—*Esto* es el problema —contestó la mujer, agitando ante ella el sombrero como si fuera un abanico—. Pedí que me confeccionaran un bonete elegante que pudiera usar con un traje de paseo, no un

sombrero que me hiciera parecer una pastora en mitad de un prado lleno de ovejas.

Maurice torció el gesto al oír sus palabras. Él solo diseñaba vestidos, por lo que tendría que tomar una decisión: o cambiar a otro proveedor de sombreros o eliminarlos de su catálogo de ventas. Había muchas sombrererías a las que sus clientas podían acudir, aunque resultaría difícil encontrar modelos de bonetes que pudieran encajar con el estilo de ropa que él confeccionaba y quizá, a la larga, eso les haría perder clientas. De cualquier manera, primero debía solucionar el problema que tenía delante.

Iba a acercarse, cuando se detuvo al escuchar la respuesta de la muchacha.

—Tiene razón, milady, no es adecuado para usted. Permítame.

Camila lo tomó y lo estudió con atención. El sombrero, de copa y con las alas vueltas hacia arriba, estaba forrado en tafetán de seda azul marino. El problema eran los adornos. Demasiado recargado con flores y lazos que casi impedían ver el azul de fondo. Se acomodó en una de las butacas cercanas y comenzó a retirar la exuberante decoración, las cintas y broches que las sujetaban, y lo depositó todo sobre la mesilla que había al lado. Luego cogió uno de los lazos que había quitado, una cinta de seda con la que rodeó la base del sombrero.

Siempre solía llevar consigo material de costura, pues a veces necesitaba hacer ajustes a los vestidos cuando se los probaban las damas, así que sacó aguja e hilo y con el trozo de cinta que sobraba confeccionó una flor en la parte posterior. Tomó un listón de terciopelo, en un tono azul más oscuro y, con la rapidez adquirida con la práctica, bordó sobre este una sencilla cenefa con hilo dorado. Una vez que colocó el ribete sobre la cinta de seda, permitiendo que esta asomara por encima, cogió el broche que había retirado antes y

lo puso en la parte frontal.

Lo movió de un lado a otro, examinándolo con atención. Le faltaba algo. Miró entre los materiales que había dejado sobre la mesilla y sonrió al descubrir lo que necesitaba: una pequeña pluma de pavo real en tonos azules, verdosos y marrones. La colocó sujeta en el broche y le mostró el resultado a la marquesa.

—¡Espléndido! —exclamó esta con entusiasmo. Se lo probó, inclinándolo hacia adelante, tal como indicaba la moda, y se contempló en el espejo—. ¡Oh, es perfecto! ¿Crees que podrías hacerme otros modelos, Camila? Necesitaría al menos otros tres, en color verde, negro y rojo.

—Lo siento, milady, pero yo no...

—Por supuesto, lady Hardwicke —dijo Maurice, acercándose por fin a ellas—. La señorita Lockwood se ocupará de sus sombreros.

Camila abrió los ojos, sorprendida. «¿Qué hace *él* aquí? ¿Y por qué da órdenes como si...?». Lo comprendió cuando escuchó las palabras de la marquesa.

—Monsieur Durand, qué placer volver a verlo.

—El placer es todo mío, milady —respondió, al tiempo que tomaba la mano que ella le ofreció y depositaba un beso en el dorso. Intentó no desviar la mirada hacia la joven costurera, aunque le habría gustado ver su reacción al saber quién era él.

Alzó la cabeza y se centró en la conversación de la dama, a pesar de la agitación que sentía.

—Tan serio como siempre, monsieur. No parece usted francés. Tenía entendido que los caballeros galos eran todos unos aduladores.

—Las lisonjas falsas, lady Hardwicke, solo sirven para construir vanas esperanzas que se derrumban luego, igual que un castillo de naipes, con el más ligero soplo de un contratiempo o un revés de la

fortuna.

—Es usted demasiado escéptico para ser tan joven —comentó con desenfado. En realidad, encontraba refrescante su franqueza, que le recordaba tanto a su propia forma de ser. Por eso, desde que lo conoció, había decidido apoyarlo—. Pero no puedo negar que posee un talento insuperable en lo que a la moda se refiere. Bien, me llevaré este sombrero y estaré aguardando con impaciencia los modelos que crearás para mí, Camila —añadió, volviéndose hacia la joven.

—Intentaré no defraudarla, milady —le aseguró ella, si bien no tenía la certeza de si podría continuar trabajando en el taller tras haberse tomado atribuciones que no eran de su competencia. «Además de haber destrozado un sombrero frente al modisto y dueño del establecimiento», pensó, alicaída, contemplando las flores y plumas que había dejado sobre la mesilla.

Capítulo 7

Cuando Maurice se despidió, por fin, de lady Hardwicke y saludó de forma escueta a las damas presentes en el local, buscó a Camila, pero no la vio. La señora Pickleford lo estaba esperando al pie de la escalera, junto con Lawson.

—¿Dónde está la señorita Lockwood? —le preguntó a la mujer.

—La envié de vuelta al taller porque Beth había regresado —respondió, con el ceño fruncido por la preocupación. Esperaba que monsieur Durand no la fuera a despedir, pues era una buena costurera y, con todo el trabajo que tenían, no podían permitirse prescindir de ella. Además, la joven no había tenido la culpa de lo sucedido—. Monsieur...

—Entonces, vayamos al taller —la interrumpió sin miramientos, al tiempo que comenzaba a subir las escaleras—. La señora Bertram debe estar esperándonos.

La señora Pickleford miró al abogado, pero este se encogió de hombros. Nunca sabía en qué estaba pensando Maurice. Desde que lo conocía, su rostro era siempre una máscara imperturbable y, si bien tenía motivos para ello, le habría gustado que sonriera un poco más. Merecía ser feliz, después de todo lo que había sufrido.

Subieron las escaleras tras él y atravesaron el corredor. Al pasar la puerta que daba acceso al taller, vieron que se había detenido junto a la balaustrada, observando con atención el trajín de las costureras.

En el silencio que lo envolvía todo, se escuchaba tan solo el frufrú de las telas al deslizarse sobre las mesas de trabajo. Maurice adoraba ese sonido. Le recordaba a su abuela, que había sido costurera hasta que se casó, después de lo cual tan solo cosía por gusto, como una forma de entretenimiento. Él pasaba el tiempo viéndola manejar la aguja y escuchando el suave susurro de la seda y del satén. Había sido ahí donde había nacido su vocación, en esas tardes calurosas de verano junto a Margot, mientras ella respondía a todas sus preguntas y le enseñaba los secretos del arte de la costura. Después, y a pesar de las dificultades y obstáculos con los que se encontró, había perfeccionado sus conocimientos en la Rue de la Paix, donde aquel inglés visionario e innovador, Charles Frederick Worth, había establecido su primera casa de costura junto a su socio.

El orgullo le hinchó el pecho. Ahora tenía su propio taller y su propio negocio, y un buen número de clientas de la alta sociedad. «Necesito llegar aún más alto». Su mirada recayó sobre Camila, que estaba cosiendo la pasamanería a la chaquetilla de un traje de montar. «Y tú me vas a ayudar a lograrlo», pensó, con los ojos brillantes por la excitación.

Se dirigió hacia la escalinata y, apenas descendió unos escalones, la señora Bertram se percató de su presencia y acudió a recibirlo. Las costureras abandonaron su tarea durante unos instantes y se pusieron de pie.

—Bienvenido, monsieur Durand. Le agradezco que se haya reservado un tiempo para hacernos esta visita. —Una emoción profunda reverberaba en su tono. Aunque no llevaba mucho tiempo

trabajando para el modisto, se sentía orgullosa de la labor que había hecho—. Supongo que ya conoce a la mayoría de las presentes, así que, si me lo permite, le presentaré a las jóvenes que vinieron conmigo. Son la señorita Harriet Peasley, la señorita Jane Appleton y la señorita Camila Lockwood.

Las tres efectuaron una breve reverencia. Maurice respondió con un ligero cabeceo, aunque sentía el cuello rígido y los músculos pesados a causa de la extraña tensión que se había apoderado de su cuerpo. Tuvo que esforzarse para que su mirada no se dirigiera de inmediato hacia la señorita Lockwood, pues sus ojos parecían buscarla apenas sin esfuerzo. Por algún extraño motivo, no deseaba que nadie supiera que se conocían. Quería que aquellos dos encuentros casuales quedaran como un secreto entre ellos.

—Es un placer conocerlas. Espero que encuentren gratificante su trabajo en el taller. —Por un instante, cedió a la tentación y su mirada se encontró con la de Camila. A pesar de la serenidad que traslucía su semblante, intuyó su nerviosismo—. Muéstreme cómo se han organizado, señora Bertram.

Esta hizo un gesto a las muchachas, para que continuaran con su labor, y luego le indicó discretamente a él que la siguiera hasta uno de los rincones, donde un par de costureras de más edad trabajaban sobre largas mesas con telas diversas y con los patrones de sus diseños, tal y como Worth le había enseñado.

La mujer le fue explicando en qué consistía la tarea que debía realizar cada una y quedó sorprendido por la eficiencia del sistema que había implementado en el taller.

—Es un placer volver a verlo, monsieur Durand —dijo Lynette cuando se detuvieron frente a la mesa en la que trabajaba.

—¿A mí no me dispensa el mismo recibimiento, señorita Redmond? —intervino Alfred, burlón, provocando un delicioso

sonrojo en las mejillas de la muchacha y unas suaves risas juveniles en el resto.

—A usted lo vemos más a menudo, señor Lawson —se justificó ella, mirando de reojo a monsieur Durand. No es que le temiera, pero se sentía un poco intimidada cada vez que se encontraba frente a él—. Aunque no quiero decir con eso que no nos alegremos de verlo.

—Bueno, es un consuelo.

A Maurice solía irritarle la charla insustancial; sin embargo, en esta ocasión permitió que Alfred entretuviera a la costurera con sus flirteos; de esa manera, él podía deleitarse en la contemplación del rostro de Camila. Sus labios estaban curvados en una sonrisa suave, y sintió una punzada de envidia porque Alfred fuera capaz de lograr que su semblante se iluminara y que en sus ojos hubiera un brillo de diversión contenida.

—Deberíamos continuar —comentó, interrumpiendo la conversación.

La temperatura pareció descender de pronto en el taller y el buen ambiente que reinaba hasta el momento se disolvió en un instante, sustituido por el silencio. Apretó los puños con fuerza, molesto consigo mismo por ser el causante de ello, pero no era algo que podía evitar fácilmente, pues la personalidad fría que lo caracterizaba constituía para él una armadura contra el mundo, contra aquellos que se negaban a aceptarlo como era, que se burlaban de sus sueños como si fueran basura, que siempre creían saber lo que le convenía. Había guardado su corazón en una caja fuerte para protegerlo, y solo ahora se daba cuenta de que había olvidado cómo abrirla.

La señora Bertram carraspeó, poniendo fin al incómodo momento, y continuó explicándole el proceso de confección de los vestidos que

seguían y cuál era la labor de Lynette. Luego pasó a Camila.

—La señorita Lockwood se encarga de la pasamanería, los bordados y encajes. Es muy cuidadosa en su trabajo y se fija en los detalles...

Camila, avergonzada por los halagos que le dirigía la señora Bertram, continuó realizando su labor en el vestido sin alzar la vista, aunque casi podía sentir físicamente la mirada del modisto sobre ella como una caricia suave y ardiente. O, tal vez, solo era producto de su imaginación la extraña sensación que le producía la cercanía de aquel hombre, acelerándole los latidos del corazón.

¿Cómo era posible que aquel caballero, con el que había tropezado en dos ocasiones, fuese su empleador, el modisto que estaba de moda entre las damas de la alta sociedad?

—¿Le gusta su trabajo aquí, señorita Lockwood?

La pregunta le hizo alzar la cabeza, mientras intentaba discernir, por el tono en que la había pronunciado, si había alguna intención detrás. ¿Acaso quería echarla por lo ocurrido en la tienda? Tragó saliva y una sensación de pánico la asaltó.

—Yo... —Se hundió en el profundo verde de sus ojos, buscando algo a lo que aferrarse, una esperanza, por ínfima que fuera, y la descubrió en la pequeña llama que parecía arder en ellos—. Sí, me hace feliz.

A Maurice, el corazón le brincó en el pecho al oírla. «Abuela, ¿por qué coses?», le había preguntado en una ocasión a Margot. «Me hace feliz», le había respondido ella. Y él no lo comprendió hasta tiempo después: había muchas cosas que podían gustarnos, pero solo algunas nos hacían felices, y esas eran por las que valía la pena luchar en la vida.

Asintió despacio y no fue capaz de decir nada más. Al ver que llevaba un rato mirándola en silencio, carraspeó, incómodo, y se

volvió hacia la señora Bertram.

—Prosiga con la explicación, por favor.

La buena mujer no tenía nada más que añadir, pero intuyó que a él no le agradaría oír eso, así que comenzó a parlotear de todo lo que se le ocurrió en ese momento.

—Si lo desea, puedo mostrarle el salón de descanso que acondicionamos para las chicas —comentó al cabo de un rato, sin saber qué más decir—. Fue una idea de Lynette y me pareció buena...

—Por supuesto —la interrumpió él con un tono más seco de lo que había pretendido, pero habría aceptado cualquier cosa con tal de alejarse de la presencia de la señorita Lockwood, que lo envolvía como si de un sutil perfume se tratara, invadiendo cada rincón de su conciencia.

El salón era una habitación pequeña, aunque bastante confortable y decorada con buen gusto. Recordaba que Alfred le había pedido permiso para construirlo dentro del taller y él no se había opuesto, si bien nunca lo había visto hasta ese momento. Resultaba un lugar acogedor, como si realmente fuese parte de un hogar. Se acomodó en uno de los sillones y, poco a poco, se relajó.

Desde el taller llegaban los murmullos quedos de las voces femeninas, aunque no podía ver a las jóvenes.

—¿Le gustaría tomar un té, monsieur Durand? —le ofreció la señora Bertram.

Aunque prefería el café, aceptó el ofrecimiento. Vio cómo la mujer colocaba una tetera con agua sobre un hornillo de carbón y ponía algunas galletas en un plato, mientras la señora Pickleford la ayudaba con la preparación de las tazas.

—Espero que luego me cuentes qué interés tienes en la señorita Lockwood —le susurró Alfred, inclinándose hacia su oído.

No le había pasado desapercibida la manera en que se había comportado frente a la joven, ni su manera de mirarla. Era la primera vez que mostraba interés por una mujer y se alegraba por ello, solo esperaba que la joven fuera capaz de ver más allá de la fachada de frialdad y lo ayudara a abrir las puertas de su corazón.

—Puramente profesional. —Lo escuchó responder.

Alfred no lo contradijo, aunque curvó los labios en una sonrisa burlona. El «interés profesional» no convertía a un hombre en un bobo, según su experiencia, esa capacidad solo la poseían las mujeres.

La señora Pickleford dispuso todo lo necesario para el té sobre la mesilla baja que había frente al sillón y la señora Bertram lo sirvió en las tazas tras preguntarles si deseaban leche y azúcar.

—Espero que sea de su agrado.

Maurice bebió un sorbo y el líquido caliente lo reconfortó. Tenía un aroma suave y un sabor dulzón que le gustó.

—Gracias, señora Bertram. —Por la forma en que esta lo miró, como si esperara que el techo de la estancia fuera a derrumbarse sobre su cabeza de un momento a otro, comprendió que su comportamiento debía parecerle extraño y se estaría preguntando sobre el resultado de la visita—. Estoy realmente satisfecho con la manera en que maneja el taller y la forma de trabajar. Creo que con ello cubrimos perfectamente las necesidades actuales que tenemos; sin embargo, si la clientela aumenta, lo que espero sucederá pronto, tal vez requiramos más costureras.

—Es posible, monsieur. Si llegara el caso, se lo diría, y creo que podría encontrar un par de muchachas más que estarían dispuestas a trabajar en el *atelier*.

—Si eso es así, ¿le importaría prescindir de una de las jóvenes y buscarle una sustituta? Me refiero a la señorita Lockwood.

La señora Bertram dejó sobre el platillo la taza que sostenía y apretó las manos con nerviosismo. Mientras esperaban a que el agua bullera en la tetera, la señora Pickleford le había contado, a grandes rasgos, lo sucedido con Camila y lady Hardwicke en la tienda.

—Camila es una buena chica y una de nuestras mejores costureras —la defendió. No iba a permitir que un pequeño error acabara con los sueños de la joven, a la que quería como a una hija —. Quizá se tomó algunas atribuciones que no debía, pero creo que lady Hardwicke quedó satisfecha con su propuesta y...

—Señora Bertram —la interrumpió Maurice—, me parece que hay un malentendido. No estoy pidiendo que la sustituya porque vaya a despedirla. Si la señorita Lockwood acepta, me gustaría que se dedicara a crear los sombreros adecuados para mis diseños. Hasta ahora nos los proporcionaba el negocio de la señora Dogherty, pero no estamos obteniendo los resultados esperados. He visto el bonete que ha decorado para la marquesa y estoy seguro de que tiene talento para ocuparse de esta sección de nuestra tienda. Sin embargo, prefería comentarlo con usted antes de hablarlo con ella.

Eliza sintió que el alivio le relajaba los músculos y soltó un suspiro audible.

—Discúlpeme, yo pensé... —Sacudió la cabeza con pesar. Esperaba no haber ofendido al joven modisto—. En fin, creo que aceptará la propuesta.

—Entonces ¿podría hablar unos momentos con ella?

—Enseguida le aviso —dijo, poniéndose de pie, contenta de poder escapar de aquella bochornosa situación.

Maurice se extrañó al ver que Alfred también se levantaba e invitaba a la señora Pickleford a que lo siguiera.

—Nosotros también tenemos asuntos que atender —comentó, guiñándole un ojo con descaro—. Creo que no somos necesarios en

esta conversación, ¿me equivoco?

La sonrisa de diversión que lucía en el rostro, bajo el elegante bigote, le generó malestar, como si su amigo pudiera ver mucho más adentro de sí mismo de lo que lo hacía él.

—Como quieras —repuso, con un tono de indiferencia que estaba lejos de sentir.

Capítulo 8

Camila intentó concentrarse en lo que estaba cosiendo, pero su cerebro se empeñaba en rememorar las sensaciones que le había provocado el encuentro con el modisto. Aún trataba de asimilar que era el mismo caballero con el que había tropezado en la librería esa misma mañana y que le había cedido el libro de la señora Alcott. ¿De verdad existía un destino que estaba empeñado en unirlos o se trataba solo de casualidades?

Un agudo dolor en el dedo al pincharse con la aguja restableció en su mente la justa perspectiva. Miró la pequeña gota rojiza que brotó de la punta del dedo y la chupó. «Nada es eterno en este mundo, ni siquiera el sufrimiento». Así como había desaparecido la sangre, se marchaban los malos momentos para dar paso a los buenos. La vida era un constante fluir, un movimiento continuo que nos llevaba hacia situaciones y experiencias nuevas. Quienes permanecían quietos, encadenados a su presente, permitiendo que todo cambiase a su alrededor, excepto ellos, esos no vivían. Al fin y al cabo, la vida había que construirla, paso a paso, día a día.

«No, no existe el destino», pensó con cierta obstinación. Porque si así fuera, significaría que ese destino había decretado la separación

de sus hermanas, de tal forma que, hiciera lo que hiciera, nunca se volverían a reunir. Y eso no podía aceptarlo. ¿Qué dios o qué ser podía ser tan cruel?

—¡Camila! ¿Qué te ocurre, muchacha? —inquirió la señora Bertram, preocupada—. Te he llamado tres veces.

Ella parpadeó, como si saliera de un sueño. El anhelo de volver a tener una familia, un hogar al que pertenecer, le quemaba en el pecho. Si tenía que desafiar a los cielos, lo haría sin dudar.

—Discúlpeme, Eliza, tenía la cabeza en otra parte. Enseguida termino con...

—No hay tiempo para eso ahora —le dijo, mientras le quitaba de las manos el vestido y lo dejaba sobre la mesa—. Ve al salón de descanso, monsieur Durand te está aguardando.

—¿A mí?

Volvió a su recuerdo lo sucedido en la tienda y su ánimo se hundió un poco. Puede que ningún sufrimiento durara eternamente, pero a veces parecían empeñados en aparecer uno detrás de otro, y todo el mundo sabía que hasta la piedra más dura terminaba erosionada con el constante roce del agua.

—Sí, sí. Date prisa y no lo hagas esperar. —Al ver el gesto angustiado de la joven, sintió pena. Le dio unos golpecitos consoladores en el brazo, antes de añadir—: No debes preocuparte, se trata de algo bueno.

Una mezcla de esperanza y escepticismo asomó a sus ojos, pero contuvo ambas. Todo lo que tenía que hacer era presentarse ante el modisto para descubrir cuál de las dos debía dejar aflorar en su interior. Recorrió el camino hasta el salón, y, a pesar de la escasa distancia que lo separaba, se le hizo interminable. Cada paso suponía un esfuerzo, como si sus pies fueran de plomo. Cuando llegó a la puerta, se encontraba mentalmente agotada. Estiró de su

chaquetilla, conteniendo los nervios, y se pasó una mano por el cabello, aunque poco podía hacer con los desordenados rizos que adornaban su cabeza. Inspiró una bocanada de aire y entró en la estancia.

Se detuvo en el umbral y, durante unos instantes, contempló la figura del modisto. Concentrado en algún pensamiento, no se percató de su llegada. Su perfil le recordó al de las hermosas estatuas cuyas ilustraciones había visto en un libro. Aunque su gesto era severo, las largas pestañas lo suavizaban. Los dedos de las manos eran largos y elegantes, y en una de ellas sostenía una taza humeante, que dejó de inmediato sobre el plato cuando carraspeó para llamar su atención.

—¿Deseaba verme, monsieur?

Él le dedicó una mirada tan penetrante que el nerviosismo que había logrado controlar estalló dentro de su cuerpo igual que lava ardiente. Sintió que ese fuego interior teñía sus mejillas y un nudo le atenazó el estómago. ¿Qué veía mientras la miraba? ¿Una muchacha de curvas pronunciadas y escasa belleza? Ella no tenía el refinamiento que poseían las damas con las que él solía tratar. «¿Qué importa lo que piense? Solo trabajo para él», se dijo, intentando animarse a sí misma con una dosis de realismo.

Maurice notó la incomodidad en el semblante de la joven y se amonestó a sí mismo por haber permanecido observándola durante tanto rato en silencio. Había conocido a muchas damas en su vida y ninguna había hecho brotar en él ese impulso de crear un diseño único y exclusivo para ellas. Sin embargo, cuando vio a Camila por primera vez, ese deseo nació de forma natural en su corazón, como si hubiera encontrado la pieza que podía convertirse en su obra maestra.

—Siéntese, por favor. —La vio acomodarse en el sillón, frente a él,

con tanta rigidez que tuvo la sensación de que rechinaría como una puerta oxidada si se movía—. ¿Le apetece tomar un té?

—No, muchas gracias.

Ahogó un suspiro de resignación. Nunca había sido especialmente comunicativo y, puesto que ella no se lo estaba facilitando tampoco, decidió ir directo al asunto que debían tratar.

—Señorita Lockwood...

—¿Sí?

Camila tragó saliva, nerviosa. La señora Bertram le había asegurado que no la llamaba por algo malo, aunque no había podido deshacerse de la extraña inquietud que se le había instalado en el pecho desde que Eliza le dijo que tenía que hablar con él. Su presencia imponente llenaba el salón, no por su envergadura —ya que su figura era más bien delgada y atlética—, sino por el magnetismo de su personalidad. Resultaba extraño que, a pesar de su frialdad, pudiera sentirse atraída por él.

—Lady Hardwicke es una de nuestras mejores clientas y una dama sumamente exigente; sin embargo, usted ha sabido tratarla conforme a su carácter y le ha ofrecido lo que necesitaba. Quiero agradecerle que haya suplido nuestro error con el sombrero y convertido una situación desastrosa en una oportunidad.

La sorpresa la dejó sin palabras por un instante. De todo lo que podía haber esperado de ese encuentro, aquello era lo único que nunca habría imaginado. ¿De verdad le estaba dando las gracias en lugar de echarla del taller? Él parecía estar aguardando algún tipo de respuesta, pero ella no estaba preparada para dar ninguna. Solo podía sentir el alivio corriendo por sus venas y los fuertes latidos de su corazón.

—Yo... —balbuceó, sin saber qué podía añadir.

Maurice se cuestionó si había sido demasiado brusco. «¿Por qué

demonios estoy tan nervioso?», se preguntó, frunciendo el ceño, mientras contemplaba cómo la joven se mordía con indecisión el labio inferior. El gesto le provocó un nudo de deseo en el estómago y desvió la mirada hacia la taza de té, que ya se había enfriado. «Piensa en los negocios», se amonestó a sí mismo. Al fin y al cabo, ese era el motivo por el que había abandonado París: establecerse en Londres y convertirse en el modisto más cotizado entre la alta sociedad.

—Deseo hacerle una propuesta, señorita Lockwood.

—Usted dirá, monsieur. —Enderezó la espalda y lo miró con cierto recelo.

—Le aseguré a lady Hardwicke que usted se encargaría de crear los diseños para sus nuevos sombreros. ¿Se considera capaz de hacerlo?

Los ojos de Camila se abrieron de par en par y un brillo de excitación apareció en ellos.

—¿Quiere que yo haga los sombreros para la marquesa?

Maurice asintió.

—Si es capaz de crear nuevos modelos que gusten a las clientas, podrá usted encargarse de la sección de sombrerería de la tienda. Por supuesto, le pagaría un salario adecuado a su... —Se interrumpió bruscamente al ver las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas—. Señorita Lockwood, ¿se encuentra bien?

Levantándose, rodeó la mesilla y se acomodó junto a ella en el sillón. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y le ofreció un pañuelo. No soportaba las lágrimas femeninas, lo hacían sufrir, porque le recordaban todas aquellas ocasiones en que su madre las había vertido en un llanto silencioso que a él le había partido el corazón mientras la observaba a escondidas.

—Gra... gracias. —Tomó el pañuelo y se limpió las mejillas. La

suave tela desprendía un ligero aroma a cítricos que la tranquilizó—. Le ruego me disculpe...

Un tanto avergonzada por su comportamiento, se giró hacia él para devolverle el pañuelo y se sobresaltó al descubrir su rostro demasiado cerca, tanto como para notar que sus ojos verdes tenían pequeños puntos dorados.

Al ver el gesto de temor que se dibujó en el semblante de la joven, Maurice se percató de que en algún momento se había inclinado hacia ella para admirar su perfil sereno. Una ligera incomodidad se extendió por sus músculos, tensándolos, mientras buscaba en su mente una excusa, que no terminaba de encontrar en medio del confuso caos que reinaba en su interior.

—Tiene... —dijo, finalmente, al tiempo que extendía la mano y, apoyándola sobre su mejilla, limpiaba con el pulgar una lágrima que se había quedado prendida en las largas pestañas. Se la mostró, como si eso fuera suficiente explicación para su proceder, y volvió a su asiento para interponer una distancia prudente entre ellos.

El corazón de Camila parecía a punto de estallar dentro del pecho. Podía sentir cada latido golpeando contra las costillas y el sonido atronador en sus oídos. Se sujetó las manos, que habían comenzado a temblarle. Las tenía frías, en contraste con la palma de él, que la había llenado de una calidez reconfortante cuando le cubrió la mejilla.

—Perdone mi atrevimiento —se disculpó él, rompiendo el extraño silencio que se había instalado entre ambos—. Espero no haberla ofendido, pero no soporto ver las lágrimas en una mujer.

«Vaya, eso ha sido bastante frío», pensó Camila, sorprendida por el cambio de actitud. Su toque había sido suave y delicado, como si de verdad le preocupara, causándole una emoción profunda. Habían sido muchas las ocasiones en que se había volcado en un llanto

silencioso en los oscuros rincones de Hopeless Park, sin nadie que la consolara. Era la primera vez que no se sentía sola, pero la actitud de él acababa de romper aquel mágico instante, alzando un muro de hielo entre ambos.

—Lo siento, no pretendía incomodarlo.

Maurice suspiró con fastidio, maldiciendo sus escasas habilidades sociales, aunque no tenía intención de justificarse ante ella. Era mejor así.

—Entonces ¿cree que puede ocuparse de confeccionar los sombreros y tocados para mis diseños? —le preguntó, retomando el tema de la conversación, pues sentía una urgente necesidad de abandonar cuanto antes la sala—. Trabajará en la tienda, en una de las habitaciones del piso superior, donde dispondrá de todo el material que requiera. Por lo pronto, me gustaría que creara varios modelos para exponerlos en el escaparate, además de los que le pidió lady Hardwicke. La marquesa enviará los vestidos para los que necesitaría un sombrero. ¿Acepta el puesto, señorita Lockwood?

La felicidad, que antes había brotado de su interior en forma de lágrimas, se derramó en ese momento en una amplia sonrisa que iluminó su rostro. Su sueño estaba cada vez más cerca de cumplirse.

—Estaré encantada, monsieur Durand.

—Bien. —Asintió, poniéndose de pie con tanta prisa que estuvo a punto de golpear la mesilla—. En cuanto a su salario, el señor Lawson hablará con usted al respecto. Buenos días.

Camila, que también se había levantado, no tuvo tiempo de hacer siquiera una reverencia antes de que él desapareciera por la puerta. Dejándose caer de nuevo sobre el sillón, se llevó una mano al pecho, justo sobre el corazón, como si así pudiera contener la emoción que amenazaba con desbordarse de su interior.

—¿Cómo ha ido?

Se giró y vio a la señora Bertram que caminaba hacia ella. Fue a su encuentro y la tomó de las manos, apretándoselas con cariño.

—Voy a hacerlo, ¡voy a crear mis propios sombreros!

La mujer le sonrió orgullosa.

—Me alegro por ti, pequeña. Por fin has encontrado el camino para conseguir tus sueños.

—Y todo se lo debo a usted. —Las lágrimas volvieron a fluir, pero esta vez no hubo ninguna mano cálida que las contuviera.

—Ha sido gracias a tu talento, la señora Pickleford me lo contó todo —dijo Eliza, conduciéndola hacia el sillón para tomar asiento—. Ahora, todo lo que tienes que hacer es demostrarles a todas esas damas encopetadas de la alta sociedad cuánto vales. Y cuando tu nombre recorra cada salón y cada calle de Londres, llegará hasta tus hermanas y volveréis a reuniros. Estoy segura de ello.

Un estremecimiento sacudió a Camila, mezcla de esperanza y duda. Ni siquiera sabía si sus hermanas vivían en Londres, si habían logrado encontrar un trabajo decente y, aunque no le gustaba pensar en ello, muchas veces se había preguntado si estarían vivas o habrían muerto de hambre o por alguna enfermedad. Si no era así, ¿por qué Violet, Melissa y Rose no habían vuelto a buscarla? Se llevó la mano al pecho, donde descansaba el medallón que le había dejado su madre. En esta ocasión, la tibieza que desprendía no la consoló, sobrepasada por los aciagos pensamientos que nublaban su mente como nubes de tormenta.

Capítulo 9

Abril de 1870

Camila terminó de dar las últimas puntadas y se aseguró de que la pluma no se moviera, luego contempló con atención el sombrero, asintiendo satisfecha. Con eso había completado el número de los que le había pedido lady Hardwicke.

Se puso de pie y ahogó un quejido. Sentía los músculos rígidos a causa del tiempo que había pasado inclinada sobre la mesa de trabajo, pues había llegado temprano esa mañana para poder terminar el pedido, ya que la marquesa acudiría a recogerlo ese mismo día. Se frotó la parte baja de la espalda y dio un pequeño paseo por la habitación hasta que se detuvo junto a la ventana. Un sol tibio asomaba entre los jirones de nubes blancas y grisáceas. Últimamente pasaba más tiempo en aquella estancia que en la calle, y echaba de menos sus paseos junto al lago Serpentine, en Hyde Park.

«Al menos, puedo leer», se dijo, dirigiéndose hacia la repisa de la chimenea, donde descansaba el libro de la señora Alcott. Miró la hora que indicaba el reloj y tomó el libro, abriéndolo por la página en la que se había quedado.

> Tendré que trabajar y trabajar toda mi vida, con unos ratitos de diversión de vez en cuando, y hacerme vieja, fea y agria, porque soy pobre y no puedo gozar de la vida como otras muchachas.

Sintió que las palabras pronunciadas por Meg March, una de las hermanas que protagonizaban la historia, golpeaban su corazón con una dosis de realismo, y los labios se le curvaron en una sonrisa cuajada de tristeza, mientras se preguntaba si terminaría del mismo modo que la joven. Esperaba que Meg tuviera mejor suerte que ella, aunque solo lo sabría cuando terminara el libro. Se acomodó en la butaca más cercana y continuó la lectura.

No supo cuánto tiempo había pasado, pero la tranquilidad de la que disfrutaba se vio interrumpida por las voces procedentes del pasillo. Dejó el libro y salió a ver qué sucedía. Sin embargo, el corredor se encontraba vacío. Las voces airadas habían subido de volumen y provenían de una de las habitaciones contiguas. Escuchó pasos y se volvió. La señora Pickleford acababa de subir el último peldaño de la escalinata.

—¿Qué... sucede? —inquirió, llevándose una mano al pecho y con la respiración afanosa a causa de la prisa con la que había subido las escaleras—. Se escucha en el piso de abajo y están poniendo nerviosas a las clientas.

Camila se encogió de hombros, aunque la voz masculina que resonó en aquel momento hizo que ambas se mirasen preocupadas.

—Es monsieur Durand —señaló, si bien no había necesidad de ello.

—¡Ay, Dios mío! No podemos permitirnos perder otra clienta. Además, lady Phillimore es una de las mayores cotillas de Londres y su pérdida puede perjudicarnos mucho.

A pesar de sus palabras, permaneció quieta, retorciéndose las manos en mitad del corredor y mirando la puerta de la que escapaban las voces, sin atreverse a intervenir por miedo a recibir una reprimenda de monsieur Durand.

Con un suspiro, Camila se encaminó hacia la habitación. Llamó con suavidad y entró.

La estancia era una elegante salita que había sido acondicionada como probador, ofreciendo así privacidad a las clientas. Allí tomaban las medidas de las damas y monsieur Durand, tras hablar con la clienta, elaboraba el diseño. Una vez que esta lo aceptaba y se elegían las telas, el modisto creaba los patrones, que eran cortados e hilvanados en el taller. Entonces, la clienta volvía para probárselo, monsieur Durand hacía los ajustes pertinentes y, solo entonces, se procedía a coserlos a mano y añadir los encajes, lazos, cintas o volantes. Cuando estaba terminado, había una última comprobación, aunque en esta ocasión en los probadores de la tienda y sin la presencia del modisto.

De un vistazo, Camila se hizo cargo de la situación: una joven probándose el sencillo vestido base frente al espejo, con un gesto de resignación en el semblante, y una madre autoritaria que se mostraba insatisfecha con el resultado. Había, además, un par de dependientas en un rincón, que no parecían saber qué hacer, y una doncella que acompañaba a las dos damas. Nadie pareció reparar en su presencia.

—Absolutamente, no —se opuso Maurice con tono tajante—. No permitiré que su hija luzca como un espantapájaros usando mi nombre.

La dama dio un respingo y se llevó la mano al pecho.

—¿Cómo se atreve? —replicó, ofendida. La voz chillona provocó una mueca en el rostro del modisto—. Es usted un...

—Si no le gusta cómo trabajo, milady, puede salir ahora mismo por esa puerta.

Aquellas palabras provocaron que el semblante de la dama se tiñera de un rojo carmesí, y Camila temió que le diese una apoplejía.

—Habrase visto qué modales —declaró la mujer con tono indignado—. Puede que sea un buen modisto y que venga recomendado por el mismísimo señor Worth, pero, desde luego, le falta a usted clase y elegancia.

Cuando Camila vio que la dama tenía intención de retirarse, se apresuró a intervenir.

—Buenos días, lady Phillimore —saludó con una agradable sonrisa, acercándose a la dama—. ¿Le gustaría tomar una taza de té?

La mujer pareció desconcertada durante unos momentos, pero enseguida se repuso y dirigió al modisto una mirada de desdén.

—No voy a quedarme más tiempo; además, dudo que pudiera disfrutarlo —apostilló.

—¡Oh, es una lástima! ¿Acaso hay algún problema? —comentó con tono inocente. No vio cómo Maurice alzaba una ceja impertinente, puesto que no se atrevió a mirarlo—. Si puedo ayudarla de algún modo...

Ya fuera porque la mujer deseaba desahogarse, o bien porque quería dejar claro lo que pensaba sobre el modisto, no le importó airear el asunto.

—Es la primera temporada de mi hija y, por supuesto, como madre deseo que los vestidos que luzca resalten su belleza.

—Por supuesto, es comprensible.

Animada por estas breves palabras, la dama continuó:

—Vine a este establecimiento porque deseaba adquirir una prenda única, sin importar el coste, pero monsieur Durand —pronunció el nombre como si lo triturara— ha elaborado un vestido tan aburrido

que mi hija será el hazmerreír de la sociedad. Y cuando le he ofrecido unas sugerencias para mejorarlo, me ha tratado como si yo fuera...

—¿A eso llama usted mejoras, milady?

Camila sintió un dolor palpitante en las sienes; aun así, continuó sonriendo e ignoró al modisto. Tomó a la mujer del brazo y la guio hasta su hija, que permanecía todavía frente al espejo.

—Dígame, lady Phillimore, ¿qué es lo que usted sugirió? El color del vestido es adecuado para una joven debutante —declaró, contemplando el tono azul celeste de la seda.

—Por supuesto, pero monsieur ha dicho que el remate de los volantes será también azul, aunque más pálido, y yo creo que un tono amarillo le daría más realce.

Escuchó el gruñido masculino a sus espaldas y estuvo tentada de volverse para reprenderlo. Comprendía que sintiera su orgullo herido, pero no la estaba ayudando en nada con su actitud.

—Ciertamente, sería mucho más llamativo —concordó, logrando que el pecho de la dama se hinchara con satisfacción—. Sin embargo, estoy segura de que una dama tan elegante como usted habrá tomado en consideración la tonalidad de la piel.

—¡Oh!, claro, la tonalidad de la piel.

Camila estaba segura de que no tenía ni idea de a qué se refería, por lo que se animó a continuar:

—Su hija tiene el cutis blanco perfecto y, como sabe, el amarillo puede dar una tonalidad cetrina, sobre todo si se encuentra cerca del rostro. —Se acercó a la joven y pidió a una de las dependientas que le alcanzara la tela de los volantes que el modisto había elegido y la colocó sobre la falda—. Este tono azul más pálido le quedará mucho mejor, sin duda.

Lady Phillimore no se atrevió a mostrar su contrariedad y asintió.

—Supongo que sí, pero es tan...

—¿Sencillo? A veces la belleza está en la sencillez —respondió con una sonrisa amable—. Sin embargo, no debe dejarse engañar por las apariencias. Serán los detalles los que harán de este vestido una pieza única. Ataremos el corpiño en la espalda con una cinta entrecruzada, y el escote en esa parte será bajo, mostrando la piel. En los frunces por debajo del polisón habrá un lazo de decoración. Las mangas serán pequeños volantes, rematados con encaje azul y blanco. Con el cabello castaño recogido en tirabuzones y con pequeñas flores entrelazadas, se verá divina. Estoy segura de que atraerá la atención de muchos caballeros.

Alzó la mirada y descubrió un brillo emocionado en los ojos de la joven.

—Mamá, por favor... —suplicó. No era una belleza extraordinaria, a lo sumo podía decirse que era bonita, y su cabello no tenía el tono rubio tan de moda. En lo único en lo que podía confiar era en su figura y en su vestido.

—Pero... ¡Oh, está bien! —claudicó lady Phillimore, finalmente—. Sin embargo, quiero que quede claro que si no me agrada el resultado no les pagaré ni una libra.

—No se preocupe, milady, le aseguró que quedará satisfecha.

Era tanta la convicción que había en sus palabras que la dama suspiró, vencida.

—Lucy, ayuda a mi hija a vestirse, por favor —dijo, dirigiéndose a la doncella. Luego se volvió hacia el modisto—. Monsieur Durand, me prometió que el vestido estaría listo en tres semanas, espero que así sea, y señorita...

—Lockwood —completó ella, acompañándose de una pequeña reverencia.

—Bien, señorita Lockwood, deseo que sus palabras sean ciertas y

que mi hija destaque entre el resto de las debutantes durante el primer baile de la temporada y consiga pretendientes.

—Por supuesto, lady Phillimore —convino, aunque omitió decir que el carácter de la dama era mucho más importante que el vestido que luciera, al menos, desde su punto de vista—. Esperamos verla pronto de nuevo.

Las dos dependientas, con semblante más aliviado, acompañaron a las clientas al piso de abajo, y Camila permaneció en la habitación. Aunque monsieur Durand apenas había pronunciado palabra desde que ella intervino, no estaba segura de que no le hubiese molestado su participación, desempeñando un papel que no le correspondía. Se volvió hacia él, pero en su semblante solo había una máscara de fría indiferencia. Su corazón tembló al verlo, aunque no podía negar que, a pesar de su ceño levemente fruncido, era un hombre sumamente apuesto.

—Monsieur, le pido disculpas por haberme entrometido en sus asuntos. —Cruzó las manos sobre el regazo y las apretó con nerviosismo.

Maurice la contempló con una mezcla de sentimientos bullendo en su interior. Reconocía que era un hombre orgulloso y le había escocido ver la facilidad con la que ella había manejado una situación que a él se le había escapado de las manos a causa de sus escasas dotes sociales. Pero, por otro lado, se sentía agradecido con la joven y, también, lleno de admiración. «A veces la belleza está en la sencillez», había dicho ella, sin tener ni idea de hasta qué punto esas palabras se cumplían en ella misma.

Se frotó la nuca para aliviar la tensión acumulada en el cuello.

—¿Cree que fui demasiado brusco en mis respuestas? —le preguntó, de pronto, sorprendiéndola.

—Sí.

La respuesta fue tajante y afilada como un cuchillo, pero siempre había preferido la sinceridad a la adulación vacía. Aflojándose el nudo de la corbata, se dejó caer sobre una de las butacas y cerró los ojos, permitiéndose un momento de debilidad.

—Nunca he sido bueno para tratar con la gente —le confesó. Su padre lo había criado con excesiva severidad, ya ni siquiera recordaba en qué momento de su vida dejó de sonreír—. No sé escoger las palabras adecuadas y carezco de tacto. Usted, por el contrario, señorita Lockwood, sabía exactamente lo que decir en cada momento.

—Cuando trabajaba en el establecimiento de la señora Bertram, me ocupaba de atender a las clientas difíciles.

Él abrió los ojos y la contempló. En ese momento, una dulce sonrisa, casi melancólica, asomaba a sus labios.

—Es usted como un lago en calma, solo con mirarla transmite paz. —Vio cómo la joven se ruborizaba ante sus palabras y se reprendió por su propia estupidez. «Si muestras tus sentimientos, saldrás herido, porque eres más fácil de manipular». Había seguido esa norma durante muchos años y acababa de romperla por primera vez. Se enderezó en el asiento y volvió a adoptar su habitual máscara de frialdad—. Me gustaría que me ayudara a tratar con las clientas, de modo que yo pueda ocuparme solo de los diseños.

Camila le dirigió una mirada entre la sorpresa y la incertidumbre.

—Pero las damas esperarán que sea usted quien las atienda.

—Y lo haré. Necesito ver a la persona para crear el diseño perfecto para ella; sin embargo, será usted quien explique los detalles, tal como ha hecho hoy con tanto acierto. ¿Cree que pueda hacerlo?

—Lo intentaré —respondió al cabo, venciendo el nerviosismo y las dudas.

—Bien. —Maurice se puso en pie con cierta urgencia. Permanecer

bajo el influjo de su sonrisa comenzaba a inquietarlo—. Me acompañará hoy a escoger telas para los vestidos y también para los sombreros, así como encajes, cintas y otros adornos. —Consultó su reloj de bolsillo—. Saldremos dentro de quince minutos.

Y así abandonó la estancia, dejando a Camila perpleja, preguntándose qué tipo de persona era, en realidad, monsieur Durand.

Capítulo 10

Le resultaba extraño caminar por la calle acompañada por un caballero, ya que nunca antes había tenido esa oportunidad. Y aunque le encantaban ese tipo de escenas cuando aparecían en las novelas que había leído —como en *Shirley*, de la señorita Charlotte Brontë, en la que se había identificado con la tímida e indecisa Caroline Helstone, enamorada de su primo, el señor Robert Moore—, sin embargo, no estaba disfrutando de la experiencia en absoluto.

«¿Por qué la realidad nunca se parece a lo que cuentan los libros?», pensó, emitiendo un silencioso suspiro. Pasear junto a monsieur Durand era como ir al lado de un bloque de hielo. Emanaba de él tal frialdad que, a pesar de la temperatura tibia de ese mes de abril, Camila se estremeció.

Observó de reojo al modisto. El gesto de su rostro era severo, como si avanzara dispuesto a enfrentarse al mundo entero, y sus preciosos ojos verdes tenían el brillo de la determinación. Podría servir como modelo para el retrato de un soldado en el campo de batalla, a pesar de lo cual se daba cuenta de la manera en que lo miraban las mujeres que pasaban junto a él, pues aquella seriedad no le restaba atractivo, sino que, por el contrario, lo convertía en un

hombre más interesante. Además, había resultado ser un caballero detallista, pues había adaptado sus largas zancadas al ritmo más pausado de ella y se había situado en el lado exterior de la acera, lo que se consideraba un gesto de protección y deferencia hacia las damas, ya que así la resguardaba de las salpicaduras de lodo, agua o desechos que arrojaban en ocasiones los carruajes.

Este pensamiento le provocó un agradable calorcillo en el pecho, aunque sabía que no debía permitir que ese sentimiento anidara en su corazón, ya que no le traería más que sufrimiento.

Maurice escuchó cómo la señorita Lockwood suspiraba de nuevo y el nudo que tenía en el estómago se apretó aún más. La rigidez muscular que sufría debía de hacerle parecer un palo de escoba, pero, por más que lo intentaba, no conseguía relajarse. A las compras solía acompañarlo la señora Pickleford y nunca había sentido la necesidad de mantener una conversación con ella mientras caminaban; sin embargo, con Camila era distinto. Sentía que el silencio le apretaba la garganta como un lazo de corbata mal hecho.

—¿Le está gustando la novela de la señora Alcott? —le preguntó tras un ligero carraspeo.

Camila se alegró de tener, por fin, algo de lo que hablar.

—¡Oh, sí! Es una historia muy interesante, aunque todavía voy por los primeros capítulos.

—¿Cuál de las cuatro hermanas es su preferida?

—¿Cómo sabe cuántas son? —inquirió, gratamente sorprendida.

—Reconozco que me mordió la curiosidad cuando lo vi en la librería y adquirí un ejemplar. —Lo cierto era que lo había hecho para tener algo de lo que conversar con ella, aunque la novela había terminado por cautivarlo—. Casi tuve que recorrerme medio Londres para encontrar uno —añadió con una mueca.

Ella bajó la cabeza para ocultar una sonrisa, pero no pudo evitar que un burbujeo de felicidad recorriera sus venas. «Si al menos tuviera con quién compartirla...», se lamentó. Una tristeza nostálgica le inundó el corazón. De haber estado sus hermanas, les habría contado sobre el paseo con monsieur Durand y sobre aquella conversación.

—¿No responderá mi pregunta, señorita Lockwood? —insistió él, al ver que permanecía en silencio.

—Discúlpeme, estaba pensando en mis hermanas.

Maurice la observó con curiosidad. No conocía mucho a la joven, aunque estaba decidido a cambiar eso.

—No sabía que las tenía. ¿Vive con ellas?

Camila se dio cuenta de que había hablado sin pensar, si bien tampoco era que quisiera esconder nada sobre su pasado.

—Tengo tres hermanas, yo soy la más pequeña —le explicó—. Mis padres murieron durante una epidemia y nos llevaron al orfanato. Apenas un año después, al cumplir los trece años, mi hermana mayor se marchó a trabajar fuera. Con el paso del tiempo, lo hicieron también Melissa y Rose. Nunca he vuelto a saber de ellas...

—Lo lamento —respondió Maurice con sinceridad.

—En cierto modo, las hermanas March me recuerdan a ellas —continuó la joven, como si, una vez abiertas las compuertas de su alma, le fuese imposible detener el flujo de sentimientos que había almacenado en aquellos años—. Me gusta pensar que, de haber seguido juntas, nuestra vida sería tan alegre como la de ellas, y que nos apoyaríamos mutuamente en los infortunios. Y sueño con que un día podamos reunirnos de nuevo. Por eso...

—¿Por eso...? —la animó él, al ver que se interrumpía. Sin embargo, Camila negó con la cabeza, para pesar suyo, ya que le habría gustado saber qué tenía la joven en mente.

—Creo que Josephine es mi preferida —comentó, cambiando de tema y respondiendo a su pregunta anterior—. Me gusta su carácter fuerte, su independencia y su audacia para oponerse a los dictados de la época sobre cómo debería comportarse una mujer. Además, la forma en que lucha por cumplir su sueño de convertirse en escritora me resulta inspiradora. Y usted, monsieur, ¿tiene algún personaje favorito?

—Humm, creo que sería la tía March. —Le encantó ver cómo los preciosos ojos avellana se abrían con incredulidad y, por unos instantes, deseó mirarse en ellos como en un espejo—. Me recuerda a mí mismo, siempre gruñendo y quejándose de todo.

Camila no pudo contener la carcajada, que atrajo las miradas de varios transeúntes, lo que provocó que las mejillas se le tiñeran de un suave tono rosado.

—Le ruego me disculpe —se apresuró a decir, temiendo haber herido los sentimientos del modisto. Sin embargo, descubrió una chispa de diversión en sus ojos y un amago de sonrisa en sus labios —. ¡Lo ha hecho a propósito! —lo acusó.

—Confieso mi culpabilidad —admitió, un tanto avergonzado—. Me pareció que la melancolía le velaba el semblante, y creo, señorita Lockwood, que le sientan mejor las sonrisas.

—¡Oh! Gracias.

Fue una palabra que le resultó demasiado escasa para todo lo que deseaba expresar. El hecho de que hubiera intentado consolarla, a su manera, hizo que el corazón le latiera con fuerza y que su percepción de él comenzara a cambiar.

Para Maurice, en cambio, aquella única palabra había tocado su alma como un bálsamo dulce y sanador, que le había hecho creer que tal vez aún quedaba un poco de amor en su corazón, que no se había cerrado por completo tras la muerte de su madre.

—Me disculpo si la he incomodado —declaró tras avanzar un trecho del camino en silencio, sumido cada uno en sus propias reflexiones.

—No lo ha hecho. —Tras unos instantes, añadió—: ¿De verdad se ha leído el libro?

—Desde la primera hasta la última página —aseguró con gesto serio—. Reconozco que la historia de las cuatro jovencitas me causó fascinación, sobre todo la manera en que cada una de ellas va creciendo y madurando mientras se enfrentan a sus propios defectos y a las adversidades de la vida. Admiro a las personas que no se rinden —declaró con intención.

Camila, sin embargo, pasó por alto el comentario, pues su mente rumiaba el apelativo con el que se había dirigido a las hermanas, «jovencitas», y que le hizo preguntarse qué edad tendría él. Observando su rostro, supuso que se encontraría alrededor de la treintena, y no pudo evitar preguntarse si a ella la vería del mismo modo que a las protagonistas de la novela de la señora Alcott, más como a una niña que como a una mujer. Dejó escapar un suspiro en el que se mezclaba el fastidio por aquel pensamiento fuera de lugar y el anhelo, proveniente de un extraño sentimiento que le oprimía el pecho.

—¿Está cansada? —le preguntó él al oírla suspirar—. Si quiere, podemos detenernos un rato.

A pesar de que podían haber tomado el ómnibus, pues el lugar al que iban se encontraba retirado, ambos habían preferido hacer el camino a pie, dado que el clima era bueno. Además, se alegraba de ello, pues nunca había gozado tanto un paseo como ese día. De hecho, incluso su humor parecía haber mejorado, como si el nubarrón gris de las preocupaciones que siempre parecía danzar sobre su cabeza se hubiese disipado con la luz radiante que

emanaba de la señorita Lockwood. Aún resonaba en sus oídos el ligero cascabeleo de su carcajada cuando él había bromeado.

—No es necesario, monsieur. Estoy habituada a caminar.

Maurice asintió. Acababan de dejar atrás la catedral de San Pablo y enfilaron por Cheapside, una calle bastante animada gracias al mercado y a los numerosos comercios que tenía. Aún les quedaba un buen trayecto por recorrer. Por eso, cuando vio una pequeña confitería, decidió detenerse.

—Creo que, después de todo lo que hemos caminado, nos merecemos un pequeño descanso.

—Pero...

—Las telas no van a escaparse, señorita Lockwood, seguirán ahí cuando lleguemos a Spitalfields —intentó bromear al ver la indecisión pintada en su rostro.

Camila apretó con fuerza su bolsito. No le importó su figura ni el hecho de entrar a solas con un caballero en un establecimiento, cuando se trataba de dulces, era incapaz de resistirse a la tentación.

—Está bien —aceptó. Enderezando la espalda, como si fuera un soldado dispuesto a entrar en batalla, permitió que él le abriera la puerta e ingresó en el local.

Era pequeño, aunque decorado con gusto. Las paredes estaban cubiertas con papel pintado con motivos florales en un tono dorado envejecido, un par de espejos enormes, con marcos dorados, amplificaban la sensación de espacio y luminosidad. El mostrador de madera tenía vitrinas de cristal donde se exhibían pasteles, bombones y confituras. Detrás, en las estanterías que llenaban la pared, había tarros de cristal con caramelos, frutas escarchadas, galletas y bombones envueltos en papel plateado y dorado.

Aspiró con suavidad, y los aromas de la vainilla, el azúcar caramelizado y la mantequilla recién horneada que impregnaban el

ambiente penetraron en sus pulmones y dejó escapar un suspiro por los labios entreabiertos.

Maurice se alegró de haber sugerido entrar, aunque solo fuera por el brillo que titilaba en los ojos de la joven y el leve rubor que le teñía las mejillas. Era la viva imagen de una mujer a la que acababan de hacerle el amor. El pensamiento le provocó un inoportuno tirón en la entrepierna y buscó iniciar una conversación para distraerse.

—No conozco mucho acerca de los dulces ingleses, señorita Lockwood, ¿cuál me recomendaría?

Ella lo miró con los ojos nublados por el deseo, como si acabara de despertar entre las sábanas de una cama, en brazos de su amante. «*Mon Dieu!* ¿Qué demonios te ocurre, Maurice?», se reprendió a sí mismo con disgusto. Era cierto que llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer, pero eso no justificaba que su mente se extraviara por esos derroteros cada vez que miraba a la joven.

Por un instante, Camila tuvo la sensación de que el modisto la miraba como si el dulce fuera ella misma, en lugar de los que estaban colocados en las primorosas bandejas de plata que descansaban sobre el mostrador. Azorada, sintió que el rubor se extendía por el cuello y el pecho, donde su corazón golpeaba con fuerza.

—¿Prefiere los sabores suaves o fuertes? —le preguntó, intentando ocultar el ligero temblor de su voz.

—Suaves.

—Entonces le recomiendo que pida algo que lleve fruta. —Señaló algunos de los postres que había en las vitrinas—. La crema de limón está muy rica, aunque tiene un punto ácido, o puede escoger alguna de las tartaletas de frutas, un budín o... ese dulce de ahí —

añadió, indicando con el dedo a cuál se refería. No se atrevió a pronunciar el nombre que venía en la etiqueta que lo acompañaba, pues estaba escrito en francés, y no deseaba ponerse en evidencia ante el modisto.

—*Blanc manger à la vanille* —pronunció él en voz alta.

El suave acento brotó de su garganta como el susurro de la seda y Camila se estremeció involuntariamente. Sus miradas se cruzaron y dejó de percibir el murmullo de las conversaciones que mantenían los clientes, acomodados en las pequeñas mesas redondas de madera, mientras disfrutaban de los dulces.

Una joven dependienta, ataviada con una cofia y un delantal blanco, se acercó a ellos, rompiendo aquel momento extraño.

—Buenos días. ¿Qué desean?

—Una crema de limón, por favor, y un café. Para la señorita...

—Una tartaleta de cerezas y un té —dijo, señalando el postre en la vitrina, si bien no sirvió de mucho, pues la muchacha no había apartado los ojos del modisto y le sonreía con coquetería, intentando atraer su atención, aunque este no parecía interesado.

—¿Van a tomarlo aquí o se lo llevarán?

Maurice se volvió para echar un vistazo al local.

—Nos sentaremos allí. —Señaló una mesa vacía dispuesta en un rincón, junto al gran ventanal.

—Bien. Enseguida se lo sirven.

Ambos agradecieron a la dependienta y fueron a tomar asiento. Camila observó a los viandantes que llenaban la calle y luego paseó la vista por el establecimiento —para evitar mirar al modisto— y la detuvo sobre un caballero que leía el periódico. En grandes letras entintadas se leía «Teatro Alhambra. Gran estreno». Nunca había visitado un teatro, igual que tampoco había hecho muchas otras cosas interesantes y divertidas; al fin y al cabo, su vida solo

transcurría entre costuras. Aunque en ese momento, al menos, estaba disfrutando de un pequeño placer en compañía de un apuesto caballero.

Se atrevió a mirarlo. Los tibios rayos de sol incidían sobre su cabello castaño, arrancándole reflejos cobrizos, mientras que sus ojos verdes habían adquirido una tonalidad dorada. No supo por qué, pero él le recordó al otoño. Pensó en el susurro del viento suave y en las hojas que caían de los árboles, en el aroma a lluvia y a tierra mojada, en nubes grises de melancolía y nostalgia, y en el calor del fuego en el hogar.

La llegada de una dependienta que portaba una bandeja con el pedido interrumpió sus pensamientos y todos sus sentidos se vieron atrapados por el delicioso olor que desprendía la tartaleta.

Maurice vio el deleite en la mirada de la señorita Lockwood y una extraña emoción le llenó el pecho. ¿Felicidad? No lo sabía. Hacía mucho que había olvidado el significado de aquella palabra.

—Háblеme de sus sueños —le pidió de pronto, sin comprender por qué necesitaba saber más de ella.

Capítulo 11

El despacho olía a humo y a cuero. Un montón de papeles y documentos estaban desplegados sobre la extensa superficie de la mesa de caoba, junto a una botella de brandi y un vaso vacío.

Hastings volvió a rellenar este y expelió el humo de su cigarro mientras se reclinaba contra el respaldo de la butaca. Contempló el líquido ambarino a través del cristal y, después, lo apuró de un solo trago. El sabor fuerte le calentó las entrañas. Había pagado muchas libras por una caja de botellas del mejor licor solo porque podía permitírselo. Le había costado tiempo y esfuerzo llegar hasta donde estaba, y muchos sacrificios, pero lo había conseguido. Ahora era un hombre rico que disfrutaba de las comodidades, del lujo, de la bebida, de sus riquezas y de todo cuanto quería. «De todo, menos de una cosa», pensó. Apretó con fuerza el vaso, que arrojó rabioso contra la chimenea, haciéndolo añicos.

—¡Maldita zorra!

Apagó el cigarro y, levantándose, caminó hasta la ventana. Daba a un estrecho callejón sucio y maloliente, donde el aire se espesaba con el humo de las fábricas. En el suelo adoquinado, el agua sucia formaba charcos aceitosos que se mezclaban con la basura

acumulada.

Oliver Hastings observó el espantoso paisaje que se ofrecía a su vista como quien miraba su propio reflejo distorsionado. Aquel callejón, con sus sombras y su hedor, era una cicatriz que aún latía en su memoria. Durante la infancia, sus únicos compañeros de juegos habían sido la pobreza y el sufrimiento mientras recorría las calles de Whitechapel. Hijo de una lavandera y de un estibador alcohólico, aprendió desde niño que la compasión no daba de comer. Su primer oficio fue el de recolector de chatarra, arrastrando un carrito de madera por los callejones en busca de clavos, tornillos o tuberías que vender por unas monedas. Había empezado allí, entre el barro y los desperdicios, cuando no tenía más abrigo que la mugre del trabajo y se calentaba con el fuego de una ambición desmedida. En aquel entonces, se había jurado a sí mismo que un día sería rico y tendría todo lo que deseara.

Se acarició el bigote y sonrió, una mueca torcida, sin alegría. Afuera, el viento hacía crujir los postigos y traía el eco lejano de los muelles. Había dinero esperándolo, cargamentos que llegaban del puerto, tratos que firmar, hombres que doblegar. La vida seguía su curso. Solo una cosa parecía fuera de su alcance: la pequeña costurera.

Le había ofrecido joyas, una mansión, vestirla de seda y terciopelo y todo lo que pudiera desear, pero ella lo había despreciado. La ira volvió a hervir en sus venas al recordarlo y apretó con fuerza los puños. Una llamada a la puerta lo disuadió de golpear el frágil cristal de la ventana.

—¡Adelante!

Un hombrecillo con lentes y cabello ralo y canoso se adentró en la estancia.

—Señor... —titubeó.

—¿Qué demonios quieres, Remington?

Las palabras, pronunciadas en un gruñido grave, provocaron que el administrador diera un respingo y casi se le cayera el cartapacio con papeles y legajos que sostenía entre los brazos.

—Le... le traigo los documentos que tiene que firmar —dijo, con un fuerte tono nasal, aunque algo tembloroso. Vio los trozos de cristal esparcidos por el suelo, junto a la chimenea. En aquel momento habría preferido encontrarse en cualquier otro lugar en vez de en ese despacho. Aunque la figura del señor Hastings no resultaba imponente, su personalidad retorcida y malévola le provocaba escalofríos—. Ya han desembarcado el cargamento y van a trasladarlo al almacén.

—Deje los papeles ahí, ya los firmaré después. Y dígale a Sullivan que se asegure de que la carga está intacta y completa.

—Muy bien, señor. —Depositó la carpeta sobre el escritorio—. ¿Quiere que limpien...?

—¡Lárguese, Remington!

El administrador no esperó a que se lo repitiera, se retiró de inmediato, con un silencioso suspiro de alivio.

Hastings se mantuvo junto a la ventana durante unos instantes, contemplando, sin ver, lo que había al otro lado de los deslucidos cristales. Luego volvió a sentarse frente al escritorio, abrió la carpeta y extrajo los documentos. Los fue revisando uno por uno, letra por letra, una costumbre que había adquirido después de que, en 1861, tras el gran incendio del muelle de Tooley Street, que redujo a cenizas buena parte de los almacenes del sur del Támesis, él mismo rescatara una caja de documentos contables pertenecientes a una pequeña compañía de importación de hierro, Bellamy & Co., cuyos dueños habían muerto en el incendio, y falsificara algunos papeles para convertirse en el único socio superviviente.

Con el dinero de la venta de las pocas propiedades que quedaron de la firma, compró su primera nave en el East End: un almacén ruinoso junto al canal de Limehouse. Con el paso del tiempo, y mucha astucia, levantó un pequeño imperio y ocupó su propio trono, desde el que era temido y respetado. Estampó su firma en uno de los documentos y la contempló con orgullo. Podía conseguir todo lo que se proponía... y también la conseguiría a ella.

Llamaron de nuevo a la puerta y respondió de mal humor, pero el hombre que entró en el despacho no era el administrador, sino uno de los guardias personales que lo acompañaban siempre, pues cuanto más poder se tenía, más enemigos surgían alrededor.

—¿Qué sucede, Henry?

—El detective que contrató ha venido a verlo, está esperando abajo. ¿Le digo que suba?

—Sí, veamos qué noticias trae.

Henry se marchó. Él firmó el último documento de la carpeta y se recostó contra el respaldo de la silla. La excitación recorrió su cuerpo, despertando en él las mismas sensaciones que experimentaba cuando alguno de los perros que adiestraba participaba en las peleas clandestinas en Stepney.

Cuando llegó el detective, él se encontraba de pie, junto a la ventana. Tardó unos instantes en volverse hacia el hombre, como si no le importara demasiado la información que traía. «El control de uno mismo es una fuente de poder», se recordó, mientras observaba una rata que hurgaba en la basura del callejón. Un gato salió de una de las cajas de embalaje que habían dejado allí y saltó sobre la rata, pero esta, lejos de sentirse atemorizada, se enfrentó a su perseguidor. «Si muestras miedo, preocupación o ansiedad, serás una presa fácil para tu enemigo».

—¿Y bien, señor Huggins? —preguntó, al tiempo que se giraba

hacia él y le indicaba que tomara asiento.

El detective era joven y tenía un aspecto descuidado que le otorgaba un aura de inocencia, aunque Hastings estaba convencido de que hacía mucho tiempo que la había perdido.

—La he encontrado.

No pudo evitar que su declaración pusiera un brillo de triunfo en su mirada.

—Cuénteme todo lo que ha averiguado.

***

En 1685, el rey Carlos II había otorgado a John Balch una Cédula Real por la que le concedía el derecho a celebrar un mercado los jueves y sábados en la plaza de Spitalfields o sus alrededores. El éxito de este atrajo a mucha gente que se estableció en la zona, convirtiendo aquel espacio rural en un lugar habitable y civilizado. Tras la revocación del Edicto de Nantes en 1685, los hugonotes que huían de Francia llegaron allí, instalaron sus talleres y comenzaron a trabajar la seda. A estos les siguieron, más tarde, los tejedores de lino irlandeses. Con el tiempo, el mercado creció, así como su popularidad, gracias a la venta de patatas y productos frescos, como frutas y verduras, y el comercio se expandió a seis días a la semana. A partir de 1820, Spitalfields cayó en decadencia, convirtiéndose en una de las zonas más económicas de Londres para vivir, lo que atrajo a una gran cantidad de inmigrantes.

Maurice había visitado en otras ocasiones el lugar y siempre le había parecido decadente, como una vieja gloria sin lustro ni brillo. El aire era allí más denso, impregnado del olor agrio del humo y la humedad que emanaba de los sótanos donde, a pesar del progreso industrial que había destruido sus ambiciones, aún trabajaban

algunos tejedores, vestigio de los antiguos gremios que vivieron tiempos mejores en el siglo anterior. Las fachadas, ennegrecidas por el hollín, conservaban en los altos ventanales las huellas de una prosperidad ya gastada: vidrios ondulados, cortinas descoloridas, letreros de letras doradas que apenas se adivinaban tras los años de polvo.

Lo único que mantenía con vida aquel decrépito barrio era el bullicioso mercado situado todavía en la plaza principal, donde las voces de los comerciantes y de los clientes se mezclaban en un rumor incesante y vivaz.

Camila observó con atención los diferentes puestos y la gente que abarrotaba la plaza. La pobreza se adivinaba en los rostros de los niños que correteaban por la calle y en los arrugados semblantes de los ancianos. Hombres y mujeres, de todas las edades, se arracimaban en aquel espacio, que resultaba demasiado apretado. Nunca le habían gustado demasiado las multitudes, y la incomodidad le puso un nudo en el estómago.

—No se separe de mí. —Escuchó que le decía el modisto cuando se rezagó por el aturdimiento.

—¿De verdad vamos a encontrar telas adecuadas aquí? —Odió que la pregunta brotara un tanto temblorosa de sus labios, pero no podía controlar la inquietud que le causaban las miradas, algunas de soslayo, otras directas, que recibía.

«¿O tal vez es a monsieur Durand a quien miran?», pensó de pronto, observándolo. Desde luego, se trataba de un hombre que no pasaba desapercibido en un ambiente como aquel, tanto por su abrigo negro, de corte impecable, que destacaba entre la ropa gastada de los transeúntes, como por la apostura de su rostro y su porte atlético y elegante.

—Será mejor que se coja de mi brazo —sugirió Maurice, que se

había percatado del nerviosismo de la joven—, hay demasiada gente y corremos el riesgo de separarnos.

—Gracias —respondió con un suspiro de alivio. Se asió a él, notando la firmeza de sus músculos incluso a través del paño de su abrigo. De inmediato, una sensación de seguridad la envolvió y la calidez que emanaba de su costado hizo que se relajara. De buena gana, se habría recostado contra él.

—Y, con respecto a su pregunta, señorita Lockwood, ahí tiene la respuesta —comentó, señalando con la punta de su bastón hacia la fachada de una tienda estrecha, encajada entre una zapatería y un taller de marcos. El rótulo, pintado sobre una tabla de madera agrietada, decía: «T. Abernathy & Sons - Mercers and Drapers».

Al cruzar el umbral, el ruido de la calle quedó atrás, sustituido por un silencio mullido y tibio, cargado de polvo fino y de los familiares aromas entremezclados del tinte, la lana y la cera. El interior era un laberinto de estantes altos repletos de tejidos: terciopelos plegados como libros antiguos, encajes guardados en cajas de cartón, sedas enrolladas en bastidores, lino, tejidos de lana y pequeñas cajas con botones y cintas de colores. La luz que entraba por el ventanal se filtraba a través de una delgada cortina de muselina y se deslizaba sobre el mostrador y la mesa de trabajo, haciendo brillar los alfileres esparcidos sobre ella como minúsculas brasas.

Maurice se detuvo un instante, respirando hondo, como si quisiera absorber la textura misma del lugar. Se preguntó si Camila sentiría lo mismo que él: una paz profunda y total consigo mismo y con el mundo, algo parecido a la felicidad. La buscó con la mirada. Al entrar había soltado su brazo y se hallaba junto a una de las estanterías. Sus dedos recorrían una tela de brocado color vino, y una leve sonrisa —discreta, casi infantil— asomó a sus labios, provocándole una sacudida en el pecho.

Una voz masculina, con un timbre cantarín, interrumpió su contemplación de la joven costurera.

—Bienveni... —El comerciante se interrumpió al reconocer a uno de sus clientes—. ¡Oh, pero si es usted, monsieur Durand! Qué placer verlo de nuevo. ¿En qué puedo ayudarlo? ¿Desea adquirir algunas sedas?

—Aún no lo he decidido, señor Abernathy —dijo al cabo de unos instantes, tras haber echado un rápido vistazo al local.

—Claro, claro. Tómese su tiempo, monsieur.

Él asintió con lentitud y avanzó entre los estantes con la concentración de un jugador ante una partida de cartas. De vez en cuando se detenía y rozaba con la yema de los dedos las fibras, calculando el peso, la caída, la nobleza del tejido. Camila lo observaba en silencio, admirando la precisión con que movía las manos, la leve inclinación de su rostro cuando la luz incidía en la tela. Había en sus gestos una mezcla de rigor y ternura que ella apenas comprendía, pero que la atraía como la luz a una polilla. Lo vio seleccionar varios tejidos: terciopelo, satén y seda, indicándole al dueño que se los apartara.

—Usted observa las telas como si fueran personas —le dijo, acercándose a él—. Como si buscara su alma.

Maurice se volvió hacia ella, sorprendido por sus palabras.

—Tal vez la tengan —respondió con cierta gravedad. Frotó entre los dedos un trozo de seda, que pareció susurrar bajo su contacto—. Cada pliegue guarda una intención, un secreto. Como nosotros.

Camila apartó la vista, turbada, y la centró en las telas. El corazón le latió con fuerza y algo se agitó en su interior, una emoción que no se atrevió a explorar. Conocía bien la severidad del modisto francés y su carácter reservado; sin embargo, acababa de percibir en su voz una corriente tibia, un hilo de humanidad que contrastaba con su

aparente frialdad.

—El brocado de vino que estaba mirando antes —dijo él, retomando el tono profesional—. Llévelo, le será útil, y escoja las telas que necesite para los sombreros.

La vio asentir y se quedó observándola mientras ella buscaba entre las sedas. Sus movimientos eran delicados y cuidadosos, de tal forma que sus dedos parecían conversar con la tela. Sintió una punzada de reconocimiento. No era solo una ayudante diligente y responsable. Había en ella un instinto, una sensibilidad que rozaba lo artístico.

Quizá ese mismo reconocimiento había sido el culpable de que mostrara ante ella la vulnerabilidad que trataba de esconder por medio de la costura. Esta siempre le había ofrecido refugio, orden, perfección, algo en lo que creer: un mundo en el que la belleza no resultaba traicionera ni engañosa. Pero la señorita Lockwood, con su voz suave y sus ojos vivaces y atentos, había llevado a su vida una leve perturbación que lo desconcertaba, e intuía, con la certeza de las cosas silenciosas, que bajo la compostura y el muro de frialdad tras el que solía protegerse algo comenzaba a despertar.

Capítulo 12

Cuando salieron de nuevo a la plaza, los recibió el bullicio incesante del mercado y las voces atipladas de las jóvenes floristas que recorrían el lugar con sus cestas en el brazo. Camila agradeció el aire que le refrescó las mejillas, enrojecidas a causa de la cercanía del modisto. El ambiente en el interior de la tienda se había vuelto demasiado íntimo cuando él la ayudó a escoger las telas para los sombreros, inclinándose hacia ella, con las cabezas muy cerca y su cálido aliento acariciándole el oído en susurros tan suaves como el roce de la seda.

Todavía sentía los estremecimientos sobre la piel y el aleteo de mariposas en el estómago, mientras el corazón le latía furioso en el pecho. Se frotó la frente despacio y suspiró.

—¿Señorita Lockwood?

Su voz la sobresaltó. Se volvió hacia él y vio que la miraba con preocupación.

—Discúlpeme, ¿qué decía?

—¿Se encuentra bien? —Sus mejillas estaban sonrosadas y los ojos brillantes, como si tuviera fiebre. Quizá el paseo había sido excesivo, pues, a pesar de la tibieza del sol, el aire aún era frío.

—Sí, no se preocupe. Es solo que... hacía calor en el local —se justificó, un tanto avergonzada.

—Si lo desea, podemos tomar el ómnibus para el regreso —sugirió, ajustándose el abrigo.

Aunque le gustaba caminar, Camila pensó que tal vez sería mejor aceptar la propuesta. Si continuaba pasando tiempo a su lado, comenzaría a imaginar sueños imposibles.

—Me parece bien. Yo...

—Vaya, monsieur Durand, hace tiempo que no tenía el placer de verlo.

Maurice frunció el ceño y su cuerpo se tensó. Saludó con una inclinación de cabeza a la mujer que se había acercado a ellos con una sonrisa que tenía la misma falsedad pulida que un encaje de máquina de Nottingham: laborioso en apariencia, pero al que le faltaba la delicadeza y el cuidado que solo la paciencia de una mano humana podía lograr.

—Señora Whitby. —Se tocó el ala del sombrero, a modo de saludo y despedida, pues no deseaba perder tiempo con la modista, que no le caía particularmente bien.

Margaret Whitby era una mujer que, si bien no podía ser tildada de hermosa, sabía sacar partido de sus encantos femeninos, atrayendo la atención de los hombres allá por donde pasaba. Había quedado viuda muy joven, saliendo adelante gracias a su habilidad con la aguja y al negocio de venta de telas que regentaba su difunto esposo. Su carácter ambicioso la ayudó a prosperar y a situarse entre las modistas más demandadas por la alta sociedad. En esos momentos rondaba los cuarenta años, y el único centro de su vida lo constituía ella misma y sus apetitos, que —a juzgar por el joven de facciones atractivas y músculos pronunciados que la acompañaba— seguían tan vivos como siempre.

—Tan frío y distante como de costumbre, monsieur —comentó ella, con los labios fruncidos en un mohín, al tiempo que le dirigía una mirada apreciativa—, aunque eso es lo que más atractivo resulta de usted, querido. Veo que por fin ha decidido prescindir de esa vieja cacatúa, sus gustos estaban anticuados —añadió, dando un rápido vistazo a la joven que lo acompañaba. Una sonrisa de desdén se dibujó en su rostro—. En cuanto a los de su nueva empleada, debo decir que su estilo es, cuando menos, peculiar. Más apropiado para lugares como este que para los salones de la alta sociedad.

Camila enrojeció al escuchar sus palabras, pero no permitió que la afectasen. Aunque su traje fuese modesto y sencillo, estaba limpio y bien cuidado. Además, no había nada deshonroso en su pobreza y se sentía orgullosa de todo lo que había conseguido por sí misma.

Maurice sintió que le hervía la sangre y apretó con fuerza el mango de su bastón mientras intentaba controlar la ira que amenazaba con desbordarse de su pecho. Evitó mirar a la señorita Lockwood, pues, si veía en sus ojos tan solo una pizca de dolor, no estaba seguro de cómo reaccionaría. Sin embargo, nada le impidió esgrimir las palabras como arma.

—Al menos el estilo de una persona puede cambiar, señora Whitby, pero quien posee una lengua viperina siempre destilará veneno —señaló, mordaz. Apoyó la mano en la parte baja de la espalda de Camila y la instó a moverse para alejarla de allí—. Vamos, señorita Lockwood. Aún nos queda trabajo por hacer.

Aunque forzada, Margaret mantuvo la sonrisa. El desaire del modisto la llenó de rabia, pero no era aquel ni el lugar ni el momento para descargarla.

—He sabido que usted también presentará una propuesta de diseño para las nupcias de la princesa —dijo, antes de que se alejaran—. A pesar de nuestra rivalidad, le deseo suerte, monsieur

Durand.

Maurice la miró por encima del hombro, preguntándose cómo había averiguado aquella información que era del todo privada, pues en la carta que le habían enviado desde el palacio solo figuraba que participarían varias casas de modas, pero no se indicaba cuáles. Supuso que daba igual, puesto que sus palabras indicaban que ella también había sido convocada y se habría enterado durante la exposición de los diseños.

—Le agradezco sus buenos deseos —respondió con cierta acritud, antes de reemprender el camino.

Atravesaron la plaza para dirigirse hacia una de las calles desde la que podrían acceder a un ómnibus, pues a causa del mercado se cerraba el tráfico en toda la zona.

Camila caminó a su lado sin decir palabra, sintiendo en la espalda la calidez de la mano masculina que aún la sostenía con suavidad para hacerla avanzar por entre el gentío. Cuando alcanzaron Church Street para dirigirse hacia Brick Lane —donde tenían más posibilidades de encontrar transporte—, él la soltó y la ausencia de aquella ligera presión, que resultaba protectora, le provocó un pellizco de decepción.

—Lamento lo sucedido —comentó él de pronto, rompiendo el silencio. En su tono percibió una nota de incomodidad, junto con un matiz de rabia—. La señora Whitby no es, precisamente, el epítome de la cortesía, sus observaciones suelen sobrepasar los límites de lo que la buena educación considera prudente.

—No se preocupe, monsieur, no me avergüenzo de quien soy —replicó con dignidad.

La admiración de Maurice por Camila creció un poco más. Era una joven valiente que creía en sí misma, aceptando su pasado y su presente para construir un futuro. A él, en cambio, lo abrumaba el

peso de la culpa y, por eso, había encerrado tras un muro su vida en París. Aunque Colette lo había perdonado, él no podía perdonarse a sí mismo.

—Tal vez se parece a Josephine March más de lo que cree.

El cumplido no le pareció vano ni vacío y puso un suave rubor en las mejillas de Camila, halagada porque la hubiera comparado con su personaje favorito de la novela.

—Si es así, entonces espero que yo también pueda cumplir mis sueños —declaró, con la esperanza deslizándose por sus palabras.

Una sonrisa fugaz iluminó el rostro masculino. No sabía si aquel hombre, frío en apariencia, llegaría alguna vez a mirarla de verdad, más allá de su aspecto físico y de sus habilidades como costurera, pero, aunque no fuera así, estar a su lado y poder sentir su calidez y amabilidad era mucho más de lo que había recibido en toda su vida.

Alcanzaron la calle de Brick Lane, bastante concurrida debido al tráfico congestionado. De una rápida ojeada, Maurice se percató de que el ómnibus estaba a punto de partir y de que una fila de personas aguardaba en la parada para subir en él. Prefirió dirigirse hacia uno de los coches de alquiler Hansom que estaban estacionados a un lado de la calle. En comparación con los tres o cuatro peniques que costaba el ómnibus, era bastante más caro —su precio oscilaba alrededor de dos o tres chelines—, pero viajarían más rápido y mucho más cómodos. Además, dado que solo admitía dos pasajeros, podría conversar con tranquilidad con la señorita Lockwood.

Camila contempló, con preocupación, el elegante carruaje de dos ruedas, tirado por un solo caballo, no tanto por el elevado coste del mismo —ella nunca había podido permitirse alquilar uno para moverse por Londres—, sino por la estrechez de la cabina del vehículo, que la obligaría a acomodarse demasiado cerca del

modisto, los dos solos. Apretó con fuerza el bolsito que llevaba, pero, puesto que no deseaba parecer una mojigata, no dijo nada al respecto y aceptó la mano que él le ofreció para ayudarla a subir al coche.

—A Bond Street, por favor —indicó Maurice al cochero, situado en la parte trasera del carruaje, una vez que estuvieron acomodados en el interior. Cuando el vehículo arrancó con un suave tirón, se quitó el sombrero y se volvió hacia la joven, retomando la conversación—. Estoy convencido de que, al igual que la señorita March consiguió publicar sus historias, usted también logrará convertirse en la mejor sombrerera de Londres. Es hábil y creativa, y, sobre todo, posee una voluntad decidida.

—Gracias, monsieur. —Bajó la cabeza, ruborizada por el cumplido, aunque lo que más apreció fue la sinceridad con la que pronunció las palabras, sin un ápice de falsa cortesía—. Es usted muy amable.

—Nadie me ha tachado nunca de ser amable, señorita Lockwood —señaló con tono crítico—, me temo que soy un hombre práctico y más bien realista. Quizá, por eso, hay una duda que me gustaría que me aclarara: ¿por qué desea tanto alcanzar fama como sombrerera? No la considero una persona ambiciosa.

Camila recordó que él le había preguntado acerca de sus sueños cuando estaban en la confitería. No podía evitar darle una respuesta —a riesgo de parecer grosera si no lo hacía— y no le gustaba mentir, por ese motivo optó por contestar con una verdad a medias. Si no se hubiera emocionado tanto al hablarle de cómo había descubierto su pasión por la creación de sombreros, tal vez habría prestado más atención a sus palabras y no se habría excedido al mencionar lo mucho que deseaba que su nombre fuese conocido en Londres.

En esos momentos, él aguardaba una nueva respuesta por su parte. Su semblante mostraba una serenidad, un tanto fría, que

podría ser fácilmente confundida con indiferencia, mas en la profundidad de sus ojos verdes yacía un brillo de interés que nada tenía que ver con la simple curiosidad y que aumentó la calidez del pequeño fuego que le ardía dentro del pecho desde que la había invitado a comer un dulce. Quizá fuera por eso mismo, o porque el ambiente en la estrecha cabina del carruaje invitaba a las confidencias, pero se encontró, de pronto, hablándole de la muerte de sus padres —a los que ya no recordaba y cuyo motivo de deceso había olvidado— y de Hopeless Park.

—El orfanato no era un lugar terrible ni las tareas demasiado pesadas —comentó, sin ningún tipo de inflexión en la voz. Había sido un lugar más en su vida, ni bueno ni malo, nunca un hogar del que pudiera sentir nostalgia—. Aunque, al principio, cada día me parecía igual al otro, solo la presencia de mis hermanas me confortaba. Violet era la mayor y cuidaba de Melissa, de Rose y de mí como una madre. Sin embargo, tuvo que marcharse enseguida, pues el orfanato solo admitía a las niñas hasta los trece años. Yo era entonces demasiado pequeña para darme cuenta de que no iba a volver. Cuando Rose dejó Hopeless Park, un año antes de que lo hiciera yo, fue la primera vez que lloré, porque me di cuenta de que ya no recordaba los rostros de Violet y Melissa, y temía que me sucediera lo mismo con ella.

—Por eso desea que su apellido alcance renombre —dijo, Maurice, comprendiendo lo que buscaba—, como una manera de atraer la atención de sus hermanas y que vuelvan a reunirse.

Camila asintió, evitando hablar para que no le temblara la voz. Hasta ese momento no había expresado nunca en voz alta lo que sentía y tenía la sensación de que una miríada de emociones bullían como la lava en su interior, haciéndole doloroso incluso respirar. Sus propias palabras le habían hecho comprender cuánto la aterraba esa

soledad del corazón que arrastraba desde que su madre falleciera, aunque debido a su edad no hubiera sido capaz de ponerle nombre a ese sentimiento. Cada vez que una de sus hermanas abandonaba el orfanato, era como si algo se rasgara dentro de ella, y ni siquiera una mano tan habilidosa como la suya podía volver a unir los pedazos.

Cerró los ojos, intentando contener todo lo que sentía. Sin embargo, no pudo evitar que las lágrimas se desbordaran y se deslizaran dolorosas, suaves y purificadoras por sus mejillas cuando la mano de él cubrió la suya. Aunque su piel estaba fría, una sensación de calidez se derramó sobre ella y llenó el vacío en su pecho. Su corazón comenzó a latir con fuerza y fue consciente de que aquellas puntadas de afecto, que el modisto hilaba de forma inadvertida, estaban provocando que se enamorara de él.

—Lo siento. —No sabía por qué se disculpaba, quizá por las lágrimas o, tal vez, por el deseo ferviente de que aquella mano nunca soltara la suya.

—Sé que lo logrará, y yo la ayudaré, Camila.

Sus palabras amables y el tono dulce con el que pronunció su nombre fueron un bálsamo para las heridas abiertas de su pasado y también un recordatorio de que era ella quien debía cumplir sus propios sueños. «Porque, tarde o temprano, todo el mundo se va de mi vida». Con delicadeza, retiró la mano de la de él.

—Muchas gracias, monsieur Du...

—Maurice —dijo él, interrumpiéndola—. Me gustaría que me llamara por mi nombre.

Camila contuvo un suspiro y, tras unos instantes de duda, asintió. Iba a resultar difícil desprenderse de sus propios sentimientos cuando él daba puntadas tan precisas sobre su corazón.

Capítulo 13

Camila se despertó más temprano de lo que era habitual en ella y, después de atender a sus necesidades y asearse, abrió la ventana y se sentó en el alféizar para contemplar el amanecer.

La luz, aún tímida, se filtraba entre la neblina londinense, envolviendo los tejados y las chimeneas en un resplandor dorado que parecía luchar por abrirse paso entre las sombras de la noche que se resistían a morir. Mientras Londres dormía, había caído una ligera llovizna, impregnando el aire de ese olor húmedo y ferroso que dejaba la lluvia al retirarse, mezclado con el aroma áspero del hollín y del humo del carbón que se quemaba en los hogares. A lo lejos, el tañido hueco de una solitaria campana se perdió entre la bruma del río.

Le gustaban esos momentos de calma que precedían a la salida del sol, donde todo parecía moverse con una suavidad casi solemne mientras la ciudad se desperezaba tras un largo y pesado sueño. En medio de aquel silencio, podía disfrutar de una paz que, aunque efímera, serenaba su espíritu y le permitía soñar con el futuro. Tenía entonces la sensación de que el tiempo era solo suyo.

Escuchó el traqueteo de una carreta sobre los adoquines de la

calle y el ladrido distante de un perro. La ciudad despertaba. En algún lugar, bajo alguno de esos tejados que se arracimaban unos sobre otros, debían encontrarse sus hermanas. Por un instante, mientras el sol comenzaba a teñir de tonos anaranjados y cobrizos las nubes bajas, quiso creer que aquel día traería consigo algún cambio, pequeño, quizá, pero decisivo.

Suspiró y se retiró de la ventana al sentir un estremecimiento leve, una mezcla de frío y melancolía, cuando el viento de abril, aún fresco y cargado de promesas, rozó su rostro. Echó un vistazo al reloj y vio que todavía le quedaba bastante tiempo antes de ir a trabajar, aun así, se vistió deprisa. Aprovecharía para tomar el desayuno con la señora Perkins.

Cuando bajó las escaleras y enfiló el estrecho corredor que conducía a la cocina, la asaltó el aroma del pan recién horneado. El sonido del trajín con los cacharros y una tonadilla algo desafinada llegó hasta sus oídos.

—Buenos días, señora Perkins.

La mujer se sobresaltó y dejó caer un cazo —por fortuna, vacío—, que produjo un repiqueteo de metal al golpear contra una sartén.

—¡Jesús, qué susto me ha dado!

—Discúlpeme, no pretendía hacerlo.

La señora Perkins agitó la mano en un movimiento espasmódico, como si espantara moscas.

—No tiene por qué disculparse, niña. La culpa es mía, que andaba demasiado distraída y no la he oído llegar. —Se lavó las manos y las secó con un paño. Luego echó un vistazo al pan que estaba horneando—. Hoy se ha levantado más temprano que de costumbre. Espero que no haya sido porque no podía dormir —añadió, mirándola con preocupación—. Siempre anda con la cabeza llena de ideas para esos sombreros suyos y digo yo que un día le va a

explotar.

Los labios de Camila se curvaron en una sonrisa de diversión mientras se acomodaba en una banqueta junto a la mesa de madera.

—Al contrario, he dormido muy bien —le aseguró.

—Me alegro. Ahora también podrá comer muy bien, ya que no necesita salir corriendo, como hace siempre —señaló, casi como un regaño maternal, al tiempo que colocaba frente a ella un poco de mantequilla, leche, miel, carne, queso y pan recién hecho—. El té estará listo en un santiamén.

—Gracias.

Tomó una rebanada de pan y la untó con miel. El primer mordisco le supo a gloria, mientras la boca se le llenaba con el dulzor de aquel delicioso manjar; en el segundo, un sentimiento de culpa le acicateó la conciencia. Lamentaría tener que volver a ensanchar la cintura de su falda.

—No debe preocuparse por su peso, niña —le dijo la casera, como si le hubiera leído el pensamiento, mientras depositaba sobre la mesa la tetera humeante—. El hombre que la ame de verdad la aceptará tal y como es, porque se asomará a las profundidades de sus ojos para ver su corazón. Así que no se fíe nunca de las lenguas fluidas y las lisonjas fáciles sobre la belleza, pues muchos caballeros solo dicen lo que las damas desean escuchar, para ganarse su favor. Claro que ¿cómo va a encontrar un hombre adecuado si está siempre trabajando? —refunfuñó, sacudiendo la cabeza.

—Soy feliz haciendo sombreros —le aseguró, distraída, mientras se preparaba otra rebanada—. No necesito ningún caballero.

La señora Perkins chasqueó la lengua con disgusto y la encaró con las manos en jarras.

—¡Oh! Ya lo creo que sí, ¿o cree que no me he dado cuenta de

ese velo de tristeza que le nubla a veces la mirada o de esas sombras de soledad que le borran la sonrisa? —inquirió, apoyando sus palabras con un asentimiento de cabeza, como si ella misma se respondiera—. Es cierto que no todas las mujeres requieren un hombre a su lado, pero todas las personas necesitan amor, y usted más que ninguna, si me permite decirlo, pues ha carecido de él casi toda su vida. Además, su corazón es demasiado grande y dulce para que permanezca vacío y se seque con los años.

Camila tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta con sus palabras. Se levantó y abrazó con fuerza a la mujer.

—Usted siempre me ha dado cariño —le dijo, conteniendo un sollozo en su pecho, al tiempo que se separaba de ella y depositaba un beso en su mejilla ajada.

—Ay, niña, no se ponga así, que me va a hacer llorar a mí y mi corazón ya está demasiado viejo para estas cosas. —Se limpió las lágrimas con el delantal y le dio un suave empujoncito a Camila para que volviera a sentarse—. Ea, termine de desayunar, que si no, se le va a hacer tarde otra vez.

Camila cogió la rebanada que había untado con miel y la mordisqueó con desgana, el nudo que sentía en el pecho se lo impedía. No podía negar que la soledad le resultaba dolorosa y abrumadora; aun así, tras perder a sus hermanas, la vida le había puesto en el camino personas maravillosas que le ofrecieron su afecto, como la señora Perkins —miró a la mujer, que se afanaba en la cocina. «Debería regalarle uno de mis sombreros», pensó— o la señora Bertram, Jane y Harriet, Lynette... y Maurice. No supo por qué pensó en él, quizá porque, de alguna manera, su presencia la llenaba de calidez y mitigaba las heridas de su alma.

—¡Ah! Hablando de hombres... —comentó, de pronto, la casera—.

Se me olvidó decirle que hace un par de días apareció uno en la puerta preguntando por usted.

—¿Un hombre? —Depositó sobre la mesa la taza que acababa de llevarse a los labios y se volvió hacia la mujer—. ¿Qué quería de mí?

—Me preguntó si vivía usted aquí. Por supuesto, no le dije nada. —Sacudió el rodillo de amasar que sujetaba en la mano, levantando una pequeña nube de harina—. ¡Vaya usted a saber quién era el fulano y qué pretendía!

—¿Qué... qué aspecto tenía?

—Bueno, era joven, alto y vestía bien. —Se detuvo unos instantes y frunció el ceño—. Si le digo la verdad, parecía un abogado o uno de esos detectives de Scotland Yard. No es que yo haya visto nunca alguno, claro, pero en mi juventud leí una novela por entregas del señor Dickens*, Casa desolada*, creo que se llamaba, donde aparecía un detective, y siempre me los he imaginado así, con ese aire encantador y cordial con el que sonsacan la información a los incautos. Aunque a mí no pudo sacarme nada, no, señor. Así que quédese tranquila, señorita Lockwood.

—Se lo agradezco, señora Perkins. —Se levantó al ver la hora que marcaba su reloj de bolsillo—. Tengo que irme o llegaré tarde.

—Ya se lo había dicho yo, señorita. Anda, váyase, que ya recojo yo el desayuno. No queremos que ese modisto suyo la eche por no cumplir el horario, que esos franceses son muy puntillosos.

Camila esbozó una sonrisa divertida ante el tono irreverente de la mujer y se marchó, asegurándole que no debía preocuparse.

***

Caminó por la calle, sorteando los charcos que había dejado la lluvia de la noche anterior, y disfrutando de la calidez del sol sobre el

rostro. Le había gustado la forma en que la señora Perkins se había referido a Maurice, «ese modisto suyo». El corazón empezó a aletearle dentro del pecho, al menos hasta que la realidad se impuso de nuevo cuando se detuvo frente a la tienda y emitió un quedo suspiro. Él era su patrón; y ella, una simple dependienta. Que hubiera sido amable en alguna ocasión no significaba nada, y no debería fantasear con obtener un cariño que no estaba destinado a ella.

Puesto que aún disponía de algo de tiempo, decidió entrar por el taller para saludar a la señora Bertram y a las chicas. Quizá se debiera a la conversación con la casera, pero su corazón parecía, más que nunca, hambriento de cariño.

Justo en la puerta, se encontró con Jane, que salía a hacer un recado. Intercambiaron saludos y se fijó en las manchas oscuras que la joven lucía bajo los ojos, más apagados que de costumbre.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó con preocupación.

—Sí, señorita Lockwood, solo estoy un poco cansada, nada más. Ha habido mucho trabajo últimamente, y mi madre... —Se le cortó la voz y parpadeó para detener las lágrimas que le escocían los ojos.

Camila la abrazó y Jane comenzó a llorar. Como llamaban demasiado la atención y, además, todavía se encontraban en la puerta del taller, la empujó con suavidad por el talle y la condujo por la calle Bruton hasta los jardines de Berkeley Square, situados a unos cinco minutos a pie, donde se acomodaron en un banco.

—¿No ha mejorado con las medicinas? —inquirió, una vez que la joven se hubo serenado.

Jane sacudió la cabeza.

—El... el doctor le ha dado un tratamiento nuevo —contestó, al tiempo que se secaba las lágrimas. Estaba algo avergonzada por su comportamiento, aunque también aliviada. No tenía a nadie en la

vida, aparte de su madre, y llevaba mucho tiempo cargando sola con todos los problemas. Poder compartirlos con Camila aligeró el peso que le oprimía dentro—. Pero estas medicinas nuevas son más costosas y el médico dice que si no las toma, ella...

Camila le tomó la mano y se la apretó con suavidad, intentando reconfortarla. Comprendía la situación. El salario de Jane no alcanzaba para pagar los gastos de la enfermedad de su madre, además de cubrir el alquiler de la casa en la que vivían y los alimentos.

—Quizá podemos decirle a monsieur Durand que te adelante el pago de...

—No es necesario —la interrumpió, nerviosa. La vergüenza le había teñido las mejillas de un suave rubor rosado—. He hablado con la señora Bertram y trabajaré algunas horas extras.

—Pero eso es demasiado...

Jane se puso de pie e intentó esbozar una sonrisa, que quedó algo deslucida por la palidez de su semblante y el brillo acuoso en su mirada.

—No se preocupe por mí, señorita Lockwood, estaré bien. Le agradezco que me haya escuchado.

—Si puedo hacer algo más por ti...

—Gracias —respondió, al tiempo que negaba con la cabeza—. Debo marcharme, para cumplir con el encargo de la señora Bertram. Tengo que llevar estas muestras para que nos traigan más telas.

Camila la vio alejarse y en su rostro se reflejó la preocupación. Con apenas diecisiete años, Jane llevaba una carga demasiado pesada. Había bajado mucho de peso en los últimos meses y mostraba signos de cansancio y falta de sueño. Si continuaba así, terminaría consumiéndose o enfermando.

Escuchó el tañido lejano de una campana que marcaba la hora.

Iba a llegar con retraso al trabajo. Aun así, recorrió el camino de vuelta despacio y pensativa. No dejaba de preguntarse si aquel doctor estaba haciendo su trabajo bien. No era la primera vez que veía a un galeno aprovecharse de personas inocentes, haciéndoles pagar sumas ingentes por unas medicinas que no valían ni la mitad del precio que pedían y que, en la mayoría de las ocasiones, no servían para nada. Quizá podía preguntarle a Maurice si conocía a algún buen doctor que estuviera dispuesto a hacer una visita a la señora Appleton.

Cuando entró en la tienda, sumida en estos pensamientos, lamentó haber llegado tarde. Había muchas clientas ese día y las dependientas andaban corriendo de un lado a otro. Al verla, algunas de ellas sonrieron con alivio.

Escuchó la voz indignada de una dama, que discutía con una de las muchachas. Se quitó el sombrero y se dirigió hacia ella. Sin embargo, la señora Pickleford la detuvo en su camino.

—Señorita Lockwood...

—Siento mucho...

—Ya me contará después qué le ha hecho llegar tarde —la interrumpió, aunque su voz sonaba más nerviosa que molesta—, ahora será mejor que vaya al despacho de monsieur Durand. Ha preguntado por usted varias veces.

Camila miró hacia la dama, cuya voz estridente iba subiendo de volumen.

—Pero...

—No se preocupe por ella, ya me ocupo yo. Prefiero lidiar con un perro ladrador antes que con un lobo enjaulado. Ha comenzado a trabajar desde antes de que abriera la tienda y ya le ha gritado a todo el mundo —confesó, dirigiendo su mirada hacia lo alto de la escalera, a donde se hallaba el despacho del modisto—. Espero que

usted pueda calmarlo.

—Lo intentaré —contestó, aunque no estaba segura de lograrlo.

Capítulo 14

Camila subió la escalera, todavía con el sombrero en la mano, y entró un instante en su sala de trabajo. Dejó el sombrero sobre la mesa y se adecentó un poco el cabello antes de ir a ver a Maurice. Se detuvo frente a la puerta del despacho del modisto y miró la madera oscura con aprensión. Tomó una respiración profunda y llamó, justo en el momento en que del otro lado se escuchó una sarta de exabruptos, mezcla de inglés y francés, seguidos del permiso para entrar.

Abrió la puerta con cuidado, como si estuviera a punto de entrar en la jaula de una fiera salvaje, y asomó la cabeza. Parecía que un violento vendaval hubiera soplado en el interior, arrasándolo todo. Había diversos papeles esparcidos sobre la superficie del escritorio de madera de nogal situado frente al gran ventanal —junto a una bandeja con comida que no había sido tocada— y sobre gran parte de la alfombra que cubría el suelo. También había varias telas y cintas ocupando las butacas, parte del diván y el maniquí colocado en un rincón.

El modisto estaba sentado en el sillón de piel, con los codos apoyados en el escritorio y la cabeza enterrada entre las manos.

—¿Monsieur Durand? —lo llamó, al tiempo que cerraba la puerta tras de sí. Se fijó en algunos de los papeles que había cerca de sus pies y se percató de que se trataba de bocetos.

Maurice alzó la cabeza y clavó la mirada sobre Camila. Llevaba tres días enteros intentando dibujar un boceto del vestido nupcial para presentar en la corte, pero no había sido capaz de hacer nada que valiera la pena, lo cual había provocado que su humor se malograra.

Sus ojos recorrieron la figura femenina, con aquellos ropajes de tonos oscuros que contrastaban con la palidez de su piel. «Si tuviera que hacer un vestido para ella, utilizaría el color del cielo en verano...». La maquinaria de su mente se puso en funcionamiento y cientos de ideas fluyeron en su cabeza. Telas de tonos rosados, azules, gris plateado; encajes y cintas... Los dedos le hormiguearon por la necesidad de coger lápiz y papel y comenzar a crear diseños. Camila provocaba ese efecto sobre él desde que la conoció.

—*Sacrebleu!* —exclamó en un susurro, molesto consigo mismo. «¿Por qué me inspiras tú y no la princesa?».

Camila tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no salir huyendo de la estancia. Había en el modisto una pasión contenida que parecía a punto de estallar. Lo percibía en la tensión de su cuerpo y en el verde de sus ojos, cuyo brillo asemejaba en esos momentos al de las esmeraldas. Además, la manera que tenía de mirarla le provocó un estremecimiento. Fue como si pudiera sentir las yemas de sus dedos recorriéndole la piel. Acariciándola del mismo modo en que lo había visto tocar las telas, como si ella también fuera un retal de seda con el que deseara crear algo nuevo.

—¿Monsieur Durand? —insistió, con un poco más de vigor, aunque no se atrevió a entrar más en el despacho, en parte por no pisar alguno de los bocetos esparcidos sobre la alfombra—. ¿Para qué me

buscaba? ¿Hay algo en lo que pueda ayudarlo? Si no me necesita, tengo trabajo que hacer y...

Se sobresaltó cuando él apoyó las palmas de las manos sobre el escritorio, golpeando con fuerza la superficie, y se levantó del sillón con brusquedad.

—¡La necesito! —admitió en tono suplicante. Intentó contenerse al ver que ella lo miraba como si se hubiera vuelto loco. Y quizá fuera así, porque era la primera vez que iba a crear un traje para una mujer, pensando en otra—. Lamento haberla asustado, no pretendía elevar la voz. Es que estoy un poco... —echó una ojeada alrededor, contemplando los diseños que había descartado y que tapizaban la superficie del escritorio y la alfombra— desesperado.

«Mejor dicho, lo estaba», se corrigió. La excitación, el impulso de la creatividad pulsaban en sus venas. Camila tenía la misma complexión física que la princesa —si bien, y puesto que no debía ninguna lealtad a Inglaterra, reconoció para sí que la joven costurera era más agraciada y encantadora que esta última—, por lo que elaboraría un diseño de traje nupcial para ella y lo presentaría a la corte.

—¿Y en qué puedo ayudarlo yo? —inquirió, dudosa.

Él la observó con tal intensidad que la obligó a bajar la mirada. En sus ojos había visto un brillo febril, una urgencia que no entendía. Una sensación extraña la invadió, la de ser casi una intrusa en aquel santuario de telas desparramadas y bocetos inacabados, y, al mismo tiempo, la de ser alguien especial para aquel hombre que la contemplaba como si fuera... ¿bella? El rubor le cubrió las mejillas. Alzó la cabeza cuando escuchó su voz, más ronca y aterciopelada que su habitual tono de frialdad.

—Necesito... —Comenzó él, al tiempo que rodeaba el escritorio y caminaba en su dirección—. Necesito que me permita *verla*.

—¿Verme? —Frunció el ceño, sin comprender.

—Sí. —Se detuvo frente a ella, tan cerca que pudo aspirar el ligero perfume floral que siempre la acompañaba—. La princesa y usted comparten la misma complexión. Si es para usted, creo que podré... —se interrumpió, buscando las palabras adecuadas— podré diseñar algo que esté a la altura de la corte.

Camila lo miró, insegura de comprender el significado de sus palabras.

—¿Quiere usarme como... modelo?

Él asintió, sin apartar la vista de su rostro.

—Marie Vernet, la esposa del gran modisto Charles Frederick Worth, modela los trajes que él diseña, no es algo tan extraordinario —le explicó, para justificar su petición—. Mis creaciones suelo hacerlas una vez que he visto a la dama que las lucirá, pero nunca me he encontrado con Su Alteza en persona, por eso... Solo necesito ver la forma en que la luz incide sobre ciertos ángulos o cómo el color realza o apaga el semblante.

—Está bien —aceptó, inclinándose un poco hacia atrás para huir de su cercanía. El cálido aliento de él le acariciaba los labios, provocándole un hormigueo, y le aceleraba los latidos del corazón.

Se sobresaltó ligeramente cuando él le tomó ambas manos y se las apretó con delicadeza.

—Gracias, Camila.

—¿Qué... qué quiere que haga?

Maurice pasó con cuidado los pulgares sobre el dorso de las manos de ella, disfrutando de la suavidad de la piel satinada, y clavó la mirada en su boca de labios plenos, que brillaban por la humedad. Un inoportuno tirón en la ingle le advirtió de que estaba adentrándose en terreno peligroso. La soltó para dar un paso atrás, alejándose de la tentación, y le indicó el rincón junto al ventanal,

donde la luz se filtraba a través de las cortinas de encaje, proyectando un resplandor dorado sobre el polvo suspendido en el aire.

Vio cómo atravesaba la estancia, esquivando los papeles del suelo, y se detenía donde le había pedido, en una pose rígida, con las manos juntas sobre el regazo, mientras esperaba nuevas instrucciones.

La contempló unos instantes en silencio. Algo en aquella quietud suya, en la forma en que el cabello se le escapaba del moño y le caía sobre la nuca, lo conmovió de un modo inesperado. Un breve y doloroso recuerdo acudió de pronto a su memoria y sacudió su conciencia. Él no era un hombre bueno, no se merecía siquiera disfrutar de esos breves momentos de felicidad ni que Camila lo tratase con esa dulzura que le estaba robando el corazón. Un corazón demasiado egoísta para ofrecérselo a una mujer tan hermosa como ella.

Tomó uno de los trozos de tela que descansaban, lánguidas, sobre el diván —una seda color marfil— y se la acercó.

—Quítese la chaqueta y póngase esto sobre los hombros —le indicó en tono bajo, casi un murmullo—. Aún no sabemos cuándo se celebrará la ceremonia de matrimonio, por lo que el traje debe ser adecuado tanto para un clima fresco como para uno más cálido.

Camila se despojó de la chaquetilla, de un sobrio tono gris oscuro, que había olvidado dejar en la sala de trabajo cuando se quitó el sombrero, y cogió la tela que él le ofrecía. Esta, suave como el agua, le resbaló por la piel desnuda de los hombros y los brazos.

Maurice se dio cuenta de que el leve estremecimiento que la recorrió se le contagió. Emitió un ligero carraspeo y tomó el lápiz de grafito y algunas hojas, maldiciendo en su interior al ver que le temblaban los dedos. Giró la silla del escritorio, para poder mirar a

Camila de frente, y comenzó a trazar líneas, rápidas, precisas, mientras plasmaba su figura en el papel. Aquella mujer, que siempre le hablaba con dulzura y que parecía moverse con la ligereza de un suspiro, se estaba convirtiendo, sin saberlo, en su condena y su salvación.

Ella lo observó trabajar, fascinada por la concentración con que movía el lápiz. Sus manos, largas y firmes, eran las de un artista que conocía el lenguaje de las formas, y, sin embargo, en su ceño fruncido había algo más que simple dedicación: había una nube de tormenta. En los rasgos de su semblante, y en cada movimiento, percibía una pasión que parecía arrasarlo todo a su paso.

Un gruñido, una especie de ronco ronroneo brotó de la garganta masculina. Lo vio dejar las hojas sobre el escritorio y ponerse en pie para despojarse de la chaqueta y de la corbata. Luego se arremangó la camisa, exponiendo los brazos musculosos y cubiertos con un ligero vello oscuro. Camila no pudo evitar deleitarse con su figura atlética, de cintura estrecha y anchas espaldas. Los músculos ondulaban bajo la ajustada camisa blanca con cada movimiento. Era un hombre sumamente atractivo. «Pero no es para ti», se recordó a sí misma.

Él se volvió hacia ella y se quedó observándola con una intensidad desconcertante. Sintió una extraña sacudida en el vientre, un ligero hormigueo que le aceleró la respiración y le dejó las piernas temblorosas. Contuvo el aliento cuando él acortó la distancia que los separaba y se detuvo apenas a un paso de ella. Tan cerca que podía sentir la energía vibrante que emanaba de su cuerpo y el fresco aroma que desprendía su piel. Tragó saliva y se humedeció los labios. Nunca antes había experimentado el deseo, el impulso incontenible de tocar a un hombre. Apretó con fuerza la tela que cubría sus hombros para no extender la mano y deslizar los dedos

sobre la firme columna de su cuello.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Maurice, con la voz enronquecida. El aire pareció espesarse alrededor cuando descubrió en el azul de sus ojos un deseo crudo, a la par que cargado de inocencia.

Camila desvió la mirada y la dirigió hacia la ventana, desde donde pudo ver a los viandantes que cruzaban la calle. En el exterior, el bullicio reinante quedaba silenciado por la pared que los separaba, mientras que, en el interior, el silencio se rompía con el atronador sonido de los latidos de su corazón.

—Sí, es... por el calor. El sol me da directamente —añadió, a modo de justificación.

«El sol...», repitió para sí Maurice, esos cálidos rayos que iluminaban las hebras de su cabello transformándolas en hilos de oro, que danzaban sobre los ondulados mechones en un juego de luces y sombras, que besaba la piel de su cuello como él mismo deseaba hacer. Alzó una mano, despacio, como si dudara de su propio atrevimiento, y rozó la seda que cubría su hombro.

—No se mueva —le susurró.

El tono áspero supuso un contraste con la delicadeza con la que sus dedos siguieron el pliegue de la tela, descendiendo hasta detenerse en el borde que rozaba su clavícula. Camila sintió que el corazón le latía con fuerza desmesurada y le ardía la piel en el camino que él había trazado con sus dedos. Quiso hablar, decir algo para romper el silencio casi palpable, pero las palabras se perdían en el caótico torbellino de sus pensamientos.

Maurice alzó la mirada y sus ojos se posaron sobre los dulces labios que deseaba probar. Se inclinó apenas, lo suficiente para que su respiración los acariciara. Por un instante, el mundo se redujo a aquel punto de contacto: su mano, su mirada, la calidez que los

envolvía. Entonces, la culpa y el recuerdo de Colette destruyeron el hechizo seductor y se apartó de golpe.

—Perdóneme —dijo con brusquedad, volviendo al escritorio para poner distancia entre ellos. Se llevó una mano al rostro, que sentía caliente por la vergüenza, y apretó los dedos contra los ojos—. No debería haber...

Camila lo contempló sumida en la confusión por la incomprensión ante la actitud de él y de sus propios sentimientos. Le había parecido que iba a besarla, y había querido que lo hiciera. Aunque siempre había odiado la manera en que el señor Hastings la tocaba a veces, como si fuera una serpiente viscosa, con Maurice era diferente. Su cuerpo cobraba vida solo con su presencia, y cuando rozaba su piel, un extraño anhelo crecía en su interior.

—No ha hecho nada por lo que merezca disculparse —murmuró.

Él, sin atreverse a mirarla, dejó escapar una carcajada amarga. Ella era demasiado ingenua.

—Tal vez no. —Su voz sonó cargada de un cansancio antiguo—. Pero hay cosas que un hombre no debería desear. No cuando... —se interrumpió, exhalando hondo—. No importa.

Camila caminó hacia él, pero se detuvo antes de alcanzarlo. Pudo ver, en la tensión de su cuerpo, que cargaba una dolorosa pena.

—Maurice, si hay algo que le preocupa, algo en lo que pueda ayudarlo...

Él se volvió entonces hacia ella y la intensidad de su mirada la estremeció.

—Usted no puede consolarme, *mademoiselle* —dijo con firmeza, aunque en su tono había más congoja que frialdad—. Usted me recuerda lo que perdí.

—¿Y qué fue eso? —se atrevió a preguntar.

Él sonrió con mesura, un gesto triste que apenas rozó sus labios.

—La capacidad de creer en la pureza de algo. En alguien. —El silencio se volvió espeso entre ellos, solo roto por el tañido lejano y melancólico de unas campanas. Tomó los bocetos que había hecho y los hojeó—. Creo que es suficiente por hoy. Puede retirarse.

—Como desee.

Quitó la tela que le cubría los hombros y la dobló antes de dejarla de nuevo sobre el diván. Se puso la chaquetilla, aunque no se la abotonó porque sentía una dolorosa opresión en el pecho. Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, él habló de nuevo.

—Camila. —Había en su voz un matiz de desolación que le arañó el alma. Se volvió despacio hacia él—. Gracias por recordarme que aún soy capaz de crear algo hermoso.

La observó un instante más, grabando en su mente la imagen de su silueta iluminada por la luz del ventanal.

—Quien crea algo hermoso es porque lleva la belleza en el corazón —dijo ella con suavidad, antes de desaparecer por el umbral.

Capítulo 15

El despacho quedó en silencio. Maurice permaneció inmóvil unos segundos, con la respiración contenida. Luego se dejó caer pesadamente sobre la silla. El lápiz rodó por el suelo, y él se pasó una mano por el cabello, desordenándolo.

Camila se equivocaba. Él no poseía belleza en el corazón, solo mezquindad, y Colette había pagado un alto precio por ello. Desde entonces, una negra oscuridad lo sofocaba poco a poco.

Su mirada se posó en el boceto que acababa de hacer: la figura de una mujer envuelta en un velo de seda, con un aire de inocencia y fuerza al mismo tiempo. El vestido era exactamente lo que había buscado durante días. Había encontrado la inspiración, sí..., pero a costa de una inquietud que no sabía si podría soportar.

«No puedo permitírmelo», se recriminó. No podía consentirse sentir algo por Camila, porque no tenía derecho a ser feliz.

Unos golpes en la puerta lo trajeron de vuelta del negro abismo por el que sus pensamientos se estaban deslizando hacia un fondo sin retorno.

—¡Adelante!

Lawson entró y se detuvo, dejando escapar un silbido de asombro

al ver los dibujos esparcidos por el suelo.

—Parece un campo de batalla, espero que hayas salido victorioso —bromeó, al tiempo que se agachaba para recogerlos.

—No hace falta que lo hagas.

—Sí, es necesario —lo contradijo Alfred, depositando el montón sobre el escritorio—, al menos para mi cordura. No quiero que la señora Pickleford me sermonee acerca del desorden que reina en tu despacho y, mucho menos, que renuncie a seguir trabajando aquí por ese motivo. —Se acercó a un pequeño armario que había cerca del ventanal y sacó una botella de brandi, sirvió dos vasos y le entregó uno al modisto—. Toma, parece que lo necesitas. ¿Hay alguna cosa de la que quieras hablar?

Vio cómo negaba con la cabeza, aunque lo conocía lo suficiente para darse cuenta de que algo lo atormentaba. Se había cruzado con la señorita Lockwood en el corredor, aunque ella iba tan ensimismada que no se percató de su presencia. En ese momento, no pudo evitar preguntarse si ambos no eran la causa de que el otro se encontrara en aquel extraño estado de ánimo. Si se trataba de eso, estaba más que dispuesto a apoyar a Maurice, pues se merecía un poco de felicidad en la vida.

El modisto tomó un largo trago, dando la bienvenida al líquido ardiente que le quemó las entrañas, y miró a su amigo, quizá el único que tenía en aquella ciudad. Sabía que podía contar con Alfred, pero no deseaba exponer sus sentimientos por la señorita Lockwood, sino más bien encerrarlos bajo llave y olvidarlos.

—¿Has venido por algún motivo en particular? —le preguntó, zanjando así la cuestión.

El abogado respetó su decisión, aunque no le gustaba que se encerrara tanto en sí mismo, pues así solo conseguía que la culpabilidad que arrastraba se transformara en gruesas cadenas que

no le permitían volar libre y que le provocaban heridas cada vez más profundas. Estaba convencido de que, si no fuera por la pasión que sentía por la costura, se habría vuelto loco hacía tiempo.

Tomó un sorbo de brandi y asintió.

—Quería preguntarte si has podido revisar el documento que te dejé ayer sobre el escritorio. Si vas a comprar esa casa, cuanto antes cerremos el trato, mejor.

—No he tenido... —Se detuvo al ver que Alfred comenzaba a tamborilear, impaciente, con los dedos sobre la mesa, arrancando un repiqueteo sordo a la superficie de madera—. Está bien, le echaré un vistazo ahora mismo.

Sus ojos vagaron por el escritorio hasta encontrar el papel del que hablaba, enterrado bajo una pila de cartas. Entre tantas distracciones, no había tenido tiempo ni de revisar la correspondencia que la señora Pickleford le había dejado esa mañana. Tiró de la hoja y las cartas se deslizaron. Frente a su mirada, el sello de lacre aún intacto lo hizo maldecir por lo bajo. El emblema —dos espadas cruzadas bajo una corona— le resultaba insoportablemente familiar.

Alfred también debió de reconocerlo, o al menos deducirlo, porque escuchó el ligero sonido hueco del cristal al depositar el vaso sobre la mesa y lo oyó decir:

—Volveré después. Llámame si me necesitas.

El silencio que siguió a su partida le resultó opresivo y tuvo que levantarse para abrir la ventana. El aire fresco, cargado de aromas y sonidos indescifrables, inundó el despacho. Se apoyó en el alféizar y aspiró una bocanada para llenar sus pulmones; luego, exhaló despacio.

Nunca había dudado de que, tarde o temprano, él lo encontraría. Su padre, el vizconde Armand de Villeneuve, no era de los que se

rendían con facilidad, sino de los que imponían a toda costa su voluntad. Desde el primer momento se había negado a aceptar que su único hijo y heredero se dedicase a un trabajo tan prosaico como la costura, alegando que supondría una mancha en el honor y la reputación de la familia, a pesar de que su propia madre fue costurera en su juventud, antes de desposarse con su abuelo. Su decisión derivó en una gran disputa entre ellos, que los distanció y dio origen a todos los errores que cometió después, cuyas sombras aún lo perseguían.

Volvió sus pasos hacia el escritorio y contempló la carta unos instantes, con aprensión, antes de abrirla con algo de torpeza. Las líneas escritas en una caligrafía elegante, firme, se le clavaron en el pecho como un afilado cuchillo.

> Mi querido hijo,
>
> No sé si aún debo llamarte así, ni si mereces llevar el apellido que te di, aunque lo hayas cambiado por el de tu madre para ocultar tu paradero. Supongo que, realmente, no creerías que eras tan ingenioso como para esconderte de mí en esa brumosa ciudad donde ahora malgastas tu vida, renunciando a todo lo que podrías tener y te corresponde por derecho. Londres no podrá cambiar quién eres ni borrar la vergüenza que haces pesar sobre nuestra familia.
>
> ¿Por qué ese empeño en arrojar por la borda el porvenir que te aguarda? ¿Cómo puede un Villeneuve rebajarse al oficio de las mujeres y de los criados? Tu abuela siempre tuvo debilidad por los sueños inútiles. Pero no permitiré que su mente frágil te arrastre lejos de tu destino. Es hora de que dejes atrás las chiquillerías, te comportes como corresponde a tu rango y asumas tus responsabilidades. ¿No te bastó con

causar la desgracia de aquella pobre muchacha?

Si continúas en ese camino, me veré obligado a tomar medidas que lamentarás. Te lo advierto, Maurice: regresa a Francia o me veré forzado a actuar. No me tiembla la mano cuando se trata de preservar el honor de los Villeneuve. Si no vuelves por voluntad propia, me aseguraré de que ni tus benefactores ni la aristocracia inglesa quieran saber nada de ti. No pienses que carezco de medios. Si me fuerzas la mano, nada impedirá que ciertos rumores reaparezcan, y no seré yo quien los desmienta.

No te pido una respuesta inmediata. Te concedo hasta finales de verano para reconsiderar las cosas y regresar a París. Si para entonces no recibo noticias tuyas, tomaré las medidas necesarias. Te aconsejo, Maurice, que lo pienses bien antes de desafiarme una vez más. El honor de los Villeneuve no admitirá otra mancha.

Tu padre,

Armand, vizconde de Villeneuve

Maurice arrojó la carta sobre el escritorio, temblando de rabia. Apretó los puños con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos. El pasado siempre encontraba la manera de alcanzarlo, incluso cuando creía haber escapado.

—Maldita sea... —murmuró, llevándose una mano al corazón, como si pudiera aplacar el dolor que lo oprimía.

Se dejó caer en la silla y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. Su padre tenía el poder para arruinar lo que con tanto esfuerzo y sacrificio había construido en esos años, con una sola palabra podía destruir sus sueños. ¿Qué dama de la alta sociedad estaría dispuesta a aceptar como modisto a un hombre que había matado a

su esposa?

El dolor de aquellos días volvió de nuevo para torturarlo y la imagen de Colette —la inocente Colette— se coló en su pensamiento. Sin embargo, se desvaneció casi al instante, sustituida por la de Camila: su sonrisa dulce, la mirada límpida y llena de inocencia, la seda color marfil resbalando sobre sus hombros... Una dolorosa punzada de agonía le traspasó el corazón. «No estás hecho para el amor, Maurice. El arte te pertenece, pero los afectos... los afectos, no», se recordó a sí mismo. No podía enamorarse de Camila. «Demasiado tarde», le susurró su conciencia.

Sabía que tenía que poner distancia entre ellos si no quería que saliera herida, si no quería que su propio egoísmo la destruyera.

Notó una ligera humedad en sus mejillas y se dio cuenta de que estaba llorando. Y, por primera vez en muchos años, tuvo miedo.

***

Camila se sentía demasiado inquieta para permanecer en la sala de trabajo. Por más que intentaba concentrarse, no encontraba inspiración para diseñar nuevos modelos de sombreros. Tampoco podía dedicarse a crearlos: se había pinchado en tres ocasiones con la aguja, había cortado unas cintas a un tamaño inadecuado, dejándolas inservibles, y había combinado accesorios en una composición tan horrible que ninguna dama se atrevería a lucir aquel bonete, de modo que tuvo que deshacer el trabajo que había hecho.

Con un suspiro de resignación, dejó sobre la mesa la labor y decidió que iría al taller. Hacía mucho que no hablaba con la señora Bertram y tal vez pudiera echarle una mano con alguna cosa. Eso le serviría de distracción, porque tenía que dejar de pensar en Maurice, en el roce delicado de su mano sobre su piel y en la extraña

confesión que le había hecho: «Hay cosas que un hombre no debería desear». ¿Acaso la deseaba a ella? El simple pensamiento le provocó un aleteo en el estómago. Se llevó una mano al pecho para acallar los fuertes latidos del corazón, que palpitaba con premura. Sin embargo, había algo que atormentaba al modisto, estaba segura de ello. Y si él la hubiera besado, quizá se habría tratado tan solo de un impulso, fruto de la inquietud que anidaba en su alma.

Recorrió el pasillo hasta el fondo, sin detenerse cuando cruzó por delante del despacho de Maurice, y agradeció el murmullo y las risas femeninas que llenaron sus oídos cuando entró en el taller. Observó a sus compañeras, apoyada en el barandal del piso superior, y se percató de cuánto echaba de menos su compañía. Aunque le gustaba crear sombreros, era un trabajo demasiado solitario.

«Si al menos hubiera encontrado ya a mis hermanas...», se lamentó. La pena le oprimió la garganta.

—¡Camila! ¿No vas a bajar?

La voz de Lynette la obligó a tragar saliva para deshacer el nudo que se le había formado e intentó sonreír mientras descendía las escaleras.

—Dichosos los ojos, niña —la saludó la señora Bertram, acercándose a ella al tiempo que le tomaba las manos y le daba un ligero apretón—. Creí que ya te habías olvidado de nosotras.

—Eso nunca, sabe bien que ustedes son mi familia. Es solo que he estado muy ocupada en los últimos días.

—No me extraña, tus creaciones son una fantasía —comentó Harriet, con tono soñador, sin detener el ritmo de la aguja sobre el vestido que cosía—. Vi el último modelo que hiciste para lady Hardwicke, me pareció un sueño.

Camila le sonrió, con las mejillas arreboladas. Aún la incomodaban los halagos, pues no estaba habituada a recibirlos. Nadie los

dispensaba con generosidad en Hopeless Park.

—Gracias. ¿Puedo ayudar con algo? —preguntó, volviéndose hacia la señora Bertram. No le gustaba mantenerse inactiva.

—A Lynette le bastaría con que le hablaras de cierto abogado por el que suspira —comentó, divertida, una de las muchachas—. No lo hemos visto mucho últimamente.

—Ellen, voy a tener que hacerte un precioso fruncido en esa boca tuya —replicó Lynette con un fingido tono de severidad, provocando las risas de sus compañeras.

Camila paseó la mirada sobre cada una con afecto, solo faltaba Jane, que aún no había regresado de su recado. Sí, echaba de menos la calidez que se respiraba en el taller.

—Podrías ayudarnos a coser los adornos en esos vestidos de ahí —intervino la señora Bertram, cortando la cháchara, pues sabía cuánto les gustaba cotillear—. Recibimos un pedido de una compañía de teatro. El dueño, el señor Christopher Holt, quería que hiciéramos el vestuario para las bailarinas que representarán la obra *La Sylphide*, o algo así —dijo, mientras agitaba la mano, restándole importancia—, en el Teatro Alhambra.

Camila se sorprendió de aquella petición.

—¿Y qué le pareció? —inquirió, curiosa. Maurice cosía para la alta sociedad, así que, seguramente, no habría aceptado ese encargo.

—¡Oh! Pues, en verdad, era un hombre muy atractivo. Tan alto, con ese cabello moreno y esos ojos oscuros como el pecado... —comentó, sonrojándose ante el recuerdo del caballero como si fuera una colegiala.

—Señora Bertram, me refería a qué le pareció a monsieur Durand la propuesta de aceptar este encargo —aclaró Camila. Sus palabras levantaron un coro de risillas a su alrededor, y ella misma tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír en exceso y evitar ofender a la

mujer.

—¡Cielo santo! —exclamó Eliza, cubriéndose las mejillas con las manos, abochornada a causa del malentendido—. Bien, monsieur dijo que mientras pudiéramos cumplir con lo que él nos pidiera, podríamos aceptar otros encargos y quedarnos las ganancias.

—Eso es fantástico.

Se alegró por todas, pero, de manera especial, por Jane. Las horas extras de las que le había hablado debían estar relacionadas con este encargo. De cualquier forma, procuraría estar más pendiente de ella, por si necesitaba algo, pues la había visto muy alicaída.

—Lo es, querida.

—Además, el señor Holt prometió que nos daría entradas para el estreno de la obra —intervino Lynette, entusiasmada, al tiempo que le hacía un gesto para que se acomodara junto a ella, en su antiguo puesto, y la ayudara con los abalorios—. Nunca he ido al teatro.

Camila tampoco había estado nunca en un teatro, pero siempre soñó que, algún día, entraría en uno cogida del brazo de aquel caballero por el que sintiera un afecto especial.

La imagen de Maurice se coló en su pensamiento.

Capítulo 16

Enderezó la espalda y sintió una punzada de dolor, pero al menos había logrado terminar uno de los sombreros. Se frotó los ojos, que le escocían por haber estado trabajando a la luz de las lámparas de gas, y volvió la cabeza hacia el ventanal. Casi no se distinguía nada a través de los cristales, el atardecer había caído sobre la ciudad y la oscuridad comenzaba a reinar en el exterior, rota por las luces vacilantes que las farolas derramaban sobre el suelo adoquinado.

Camila echó un vistazo al reloj de la repisa de la chimenea y se dio cuenta de que el tiempo había pasado demasiado rápido desde que regresó del taller a su sala de trabajo. Se le había hecho demasiado tarde, y ahora tendría que coger un carruaje para regresar a casa, pues no le gustaba caminar sola de noche. En el orfanato de Hopeless Park solían dejar completamente a oscuras el dormitorio común, por lo que la falta de luz y los ruidos nocturnos la asustaban con facilidad desde que era niña.

Recogió su abrigo y su sombrero y se aseguró de cerrar el gas de las lámparas que había en la pared. Cuando salió al pasillo en penumbra, vio el estrecho haz de luz que se filtraba por debajo de la puerta del taller. Lynette debía estar trabajando todavía en algún

encargo. Mientras que Maurice y ella tenían llave de la puerta principal, Lynette era quien solía cerrar el taller y salir por la puerta contigua a la de la tienda, que ya se encontraba cerrada a esas horas. También vislumbró luz en el despacho de Maurice, que estaría terminando el diseño del vestido nupcial de la princesa, pues el plazo de presentación expiraba en unos días. Y, aunque estuvo tentada de preguntarle si necesitaba ayuda, se lo pensó mejor y desistió. Bajó con cuidado la escalera, para no tropezar en la oscuridad. Luego cerró con llave la puerta principal.

Respiró el aire fresco, que olía a humedad, y se arrebujó en el abrigo mientras observaba el cielo, cubierto de tonos anaranjados, violáceos y azules. Casi todos los negocios cercanos —la joyería Phillips Brothers & Son, Agnew's, una de las galerías de arte más prestigiosas, pequeños talleres, perfumerías y tiendas de artículos de tocador, librerías, comerciantes de mapas y otros establecimientos— habían cerrado ya. El repiqueteo sobre el pavimento empedrado de los pasos de una pareja, que atravesaba en ese momento la calle vacía, le provocó un estremecimiento. Con suerte, encontraría pronto un coche de alquiler y estaría en casa en pocos minutos.

Echó a andar por Old Bond Street y, conforme se alejaba del establecimiento, una sensación de desasosiego le oprimió el pecho. No se había dado cuenta de hasta qué punto la tienda y el taller se habían convertido en su hogar. Volvió la cabeza y miró hacia el piso superior. Una sombra cubrió por unos instantes la única ventana iluminada, la de Maurice, luego desapareció.

Se preguntó si él la habría visto, aunque supuso que no, pues ella se había detenido en una zona de la calle que las farolas de gas apenas alcanzaban a iluminar con la suave luz anaranjada. Sacudió la cabeza, reprendiéndose a sí misma por desear imposibles, y reemprendió el camino. Sin embargo, apenas avanzó dos pasos,

chocó contra alguien.

—Lo siento. Yo...

—No debería andar tan distraída, señorita Lockwood.

Aquella voz, que había poblado a veces sus pesadillas, y el recuerdo de la sensación que acompañó a la presión de las manos huesudas sobre sus brazos hicieron que se estremeciera de la cabeza a los pies.

—Se... señor Hastings.

Odió que en sus palabras se filtrara el ligero temblor que delataba su miedo. Intentó dar un paso atrás para poner distancia entre ellos, pero él no se lo permitió, ejerciendo más fuerza de la requerida y causándole una punzada de dolor. No podía discernir con claridad su rostro en la penumbra, y el miedo hizo latir su corazón a golpe de tambor.

—Es halagador que se acuerde de mí después de tanto tiempo sin vernos.

Huggins había realizado un buen trabajo proporcionándole la dirección y los horarios de trabajo de la joven costurera, aunque por un momento, al ver que cerraban la tienda y ella no aparecía, temió que el detective se hubiera equivocado. Sin embargo, había tomado la decisión correcta al permanecer un poco más de tiempo allí, oculto en un callejón, cuando vio que quedaban todavía algunas ventanas iluminadas. La muchacha había salido, finalmente, y ahora él obtendría la merecida recompensa.

—Tengo que irme.

—No tan deprisa —declaró. No había calidez en su voz, sino, más bien, un filo de amenaza—. He esperado mucho para tener la ocasión de hablar con usted... a solas.

—Por favor, señor Hastings —dijo, tratando de controlar el temblor que sacudía sus palabras—. Le ruego que me deje pasar. No

tenemos nada de qué hablar.

Echó un vistazo alrededor, para ver si se acercaba alguna persona a la que pudiera pedir ayuda, pero la calle se encontraba desierta. A lo lejos escuchó el traqueteo amortiguado de algún carruaje, y el sonido le pareció como el arrastrar de las cadenas de un alma en pena, dejando tras él una profunda desesperanza.

—Yo creo que sí —respondió él. Su tono sonaba satisfecho, como si fuera un gato relamiéndose ante un plato de leche—. Durante meses se negó a dedicarme siquiera una conversación decente. Me rehuía como si yo fuera... ¿una amenaza? —Su carcajada burlona fue un sonido seco, breve, que heló la sangre de Camila—. Usted siempre se escondía detrás de la señora Bertram. Qué lástima que su protectora no esté ahora.

Las palabras conjuraron en ella un miedo casi palpable, recorriéndole la piel con un estremecimiento. Camila respiró el peligro e intentó zafarse con un tirón brusco, pero Hastings la atrajo hacia sí con una fuerza inesperada, a pesar de su constitución delgada, y la arrastró hacia uno de los callejones adyacentes.

—¡Suélteme!

—No, querida. He esperado mucho tiempo este momento. —Apresó su cintura con un brazo férreo y hundió la nariz en su cuello para aspirar ese aroma que casi lo había hecho enloquecer desde que la conoció. La manera en que ella se debatía, forcejeando mientras empujaba contra su pecho, lo excitó aún más—. Te ofrecí una casa, vestidos y joyas preciosas como nunca has visto y, aun así, me rechazaste. Conviértete en mi amante ahora y yo...

—¡No! —Temblaba tanto, a causa del pánico que la atenazaba, que sus esfuerzos por apartarlo de sí resultaban vanos. Él la obligó a retroceder hasta sentir su espalda contra la pared de ladrillo frío del edificio—. Deje que me marche, por favor...

El sollozo suplicante brotó de su garganta en forma de vaho que se disolvió en la boca punzante y ávida de él cuando atrapó sus labios. El corazón se agitó en su pecho como un pájaro asustado, apresado en una jaula. Las lágrimas se deslizaron por las comisuras de sus ojos mientras sentía que le faltaba el aire. La sensación de ahogo estuvo a punto de hacerle perder el sentido, pero, en ese momento, Hastings abandonó su boca.

—Siempre he conseguido todo lo que quería, sin importar cuánto costase, y tú serás mía, muchacha. Desde el momento en que te vi, supe que así tenía que ser. —El aire salía de sus pulmones casi en jadeos. Igual que un animal en celo, comenzó a restregar contra el cuerpo de la joven su virilidad inflamada—. Te domaré y te enseñaré cómo complacerme.

A Camila le ardían los labios, magullados por la brusquedad de aquel beso blasfemo. Las náuseas le treparon por la garganta cuando notó la mano del hombre posarse sobre uno de sus senos. El contacto le resultó repulsivo y doloroso. No podía controlar los temblores que estremecían su cuerpo y mermaban sus fuerzas para luchar, pero siguió intentándolo. Tampoco fue capaz de gritar, pues había aprendido en sus días en Hopeless Park que las niñas que gritaban o lloraban en voz alta eran «desagradables» y nadie las quería, y ella hubiera hecho cualquier cosa por obtener una migaja de cariño, un gesto de afecto. Aprendió a vivir sus emociones en el silencio de su alma.

—No haga eso... —musitó, en un susurro desesperado.

—Déjate llevar, pequeña —dijo él, con un tono que pretendía ser seductor y solo lograba infundir más terror—. Verás cómo lo disfrutas. Yo te enseñaré lo que es estar con un hombre.

Apretó con rudeza el delicioso y redondeado seno que sostenía en su mano y el quejido que le arrancó a la muchacha casi lo hizo aullar

por el latigazo de placer que sacudió su entrepierna. De no haber estado tan cegado por el descarnado deseo de poseerla, se habría percatado de que él, que siempre actuaba bajo una meticulosa y fría racionalidad, estaba cometiendo un error. Aquel no era el momento ni el lugar para dejarse llevar por la excitación. Pero el instinto lo dominaba y solo quería sentir la suavidad de la piel femenina que su mirada codiciosa buscaba siempre que había visto a la muchacha en el taller.

Camila forcejeó, angustiada al ver que le apartaba con brusquedad el abrigo, y los dedos, ásperos y viscosos, se deslizaban sobre la piel de sus senos mientras intentaba bajarle el escote, pero la diferencia de fuerza entre ambos era abrumadora. La humillación, el miedo y el dolor batallaban dentro de su pecho, ahogándola, robándole el aire que necesitaba para no desvanecerse. Cerró los ojos, apretándolos con fuerza, y elevó una plegaria: «Por favor, no. Por favor, Dios mío...».

Entonces, un sonido seco, firme, cortó el aire, y el frío de la noche la golpeó cuando desapareció la presión que la mantenía cautiva contra la pared. Abrió los ojos y sintió un alivio tan súbito que sus piernas casi cedieron. Maurice estaba allí. Reconoció su figura en la penumbra, alzándose como un ángel vengador frente a Hastings, a quien había arrojado al suelo de un puñetazo.

—¿Quién demonios se cree que es? —escupió este, furioso, al tiempo que se ponía de pie, frotándose la mandíbula magullada—. No se entrometa en un asunto que no le incumbe.

Maurice le echó un rápido vistazo a Camila y apretó el puño con fuerza sobre el pomo del bastón, intentando contener la rabia que le hervía la sangre en las venas. La había visto por la ventana cuando había abandonado la tienda, y aunque deseó seguirla, pensó que no era una buena idea, sobre todo, después de lo sucedido mientras

bocetaba el diseño del vestido para la princesa. Lamentaba profundamente su decisión. Si la hubiera acompañado, aquel desgraciado no la habría asaltado.

—La joven trabaja para mí. Está bajo mi responsabilidad mientras esté en mi taller. —Su voz sonó grave y firme, como un dique conteniendo las aguas tumultuosas de un río—. Y claramente no desea su compañía.

—¿Y qué? —espetó Oliver Hastings, resentido—. Ella me pertenece. Usted no es nadie para interferir entre unos amantes.

—Lárguese de aquí.

El tono acerado hizo dudar a Hastings. La furia helada que emanaba de su presencia lo obligó a retroceder un paso. Había visto demasiadas peleas de perros como para distinguir a un animal peligroso. Además, el modisto —pues no podía ser otro, según su propia afirmación— era más joven que él y estaba en forma. No sería un adversario fácil. Apretó la mandíbula, tragándose una maldición. Sus pequeños ojos brillaron de rencor mientras contemplaba a ambos, reconcomido por la duda de si la muchacha se habría entregado a aquel hombre. «Yo tenía que ser el primero. Era mía».

—Esto no ha terminado —declaró, con una sonrisa torva—. Usted no sabe con quién se mete.

—Me importa un ardite quién sea usted, pero le advierto que, si vuelve a tocarla, no habrá ni un solo rincón en Londres donde pueda ocultarse de mí —lo amenazó.

Un silencio breve, lleno de odio, culminó cuando Hastings se giró bruscamente y se alejó. Sus pasos resonaron durante unos segundos.

—Se arrepentirán —juró para sí. Sus pasos repercutían mientras se perdía entre la niebla y la oscuridad de la calle—. Los dos.

Cuando finalmente se perdió de vista, Maurice se giró hacia Camila. Apoyada contra la pared, respiraba entrecortadamente.

—¿Está herida? —preguntó, acercándose despacio, como si temiera asustarla.

Ella negó con la cabeza, pero un sollozo se escapó antes de que pudiera contenerlo. Él acortó la distancia, aunque no se atrevió a tocarla. Sin embargo, Camila se dejó caer contra él, ocultando el rostro en su hombro, y Maurice la rodeó con los brazos. Notó el aroma familiar que usaba siempre y el temblor leve de su cuerpo.

—Tranquila —susurró él, con una voz baja, cálida, mientras le acariciaba la espalda—. Está a salvo. Le prometo que está a salvo.

Camila cerró los ojos y se aferró a él con fuerza, el único refugio seguro que había conocido en toda su vida; el único ante el que se había atrevido a derramar lágrimas, y, a pesar de que Maurice le había dicho en varias ocasiones que no las soportaba, siempre había permanecido a su lado para consolarla. El corazón, que aún le latía desbocado, buscó acompasarse al ritmo firme de la respiración masculina.

—Él me... tocó... —Se le quebró la voz.

—No tienes que explicarme nada, Camila —le dijo, todavía abrazándola y tuteándola por primera vez, mientras contenía la furia que había brotado de nuevo en su interior—. Lo único que importa es que ese hombre no volverá a tocarte mientras yo viva.

Camila dejó escapar un suspiro trémulo y se apartó para mirarlo. Apenas distinguía los rasgos de su rostro en la penumbra. Tragó saliva, aliviada. En ese momento comprendió que le daba miedo descubrir en sus ojos verdes una silenciosa acusación o, peor aún, repulsión. Sin embargo, le habría gustado que la besara, para borrar el desagradable recuerdo de la boca de Hastings.

—Gracias por su ayuda —murmuró.

—Camila...

—Debería irme. —Se arrebujó en el abrigo, casi a modo de defensa.

Maurice se debatió consigo mismo. Sentía una opresión profunda en el pecho, como si contuviera una emoción que amenazaba con desbordarse. No quería dejarla marchar así, pero tampoco tenía derecho a consolarla de otro modo.

—Te acompañaré al carruaje.

Ella no quiso negarse y aceptó el brazo que le ofreció. La noche era fría, pero ya no sentía el hielo del miedo clavado en la piel.

Caminaron en silencio hasta la calle donde solían estacionar los carruajes. Al doblar la esquina, Maurice alzó la mano para llamar al único coche disponible. Cuando se detuvo frente a ellos, abrió la portezuela. Camila lo miró antes de subir. Bajo la suave luz de la lámpara de gas descubrió en sus ojos un anhelo que él no podía colmar. ¿Cómo podía ser luz para ella cuando en su alma habitaba la oscuridad? ¿Cómo podía ofrecerle calidez si por sus venas corría un gélido odio y desprecio hacia sí mismo?

A pesar de todo, se inclinó despacio. Por un instante, luchó contra el deseo de besar su boca, pero bajó la cabeza solo para rozarle la frente con los labios. Un beso tan tenue y delicado que hizo que Camila sintiera ganas de llorar.

—No soy el hombre que crees —declaró, tras ayudarla a subir al carruaje. Luego cerró la portezuela, antes de que ella pudiera responder. El coche se puso en marcha.

La joven lo observó a través del cristal de la ventanilla mientras se alejaban. «Pero eres el hombre que quiero», pensó.

Capítulo 17

Observó el sombrero con atención y asintió satisfecha. La confección era sencilla, pero tenía un aire encantador y coqueto con esa única pluma negra que contrastaba con la banda de terciopelo color vino que rodeaba la copa corta. Sin duda, podría usarse como complemento de un traje de montar.

Lo dejó sobre la mesa y se frotó la espalda adolorida. Unos golpes sobre la puerta atrajeron su atención.

—¡Adelante! —dijo, arreglándose un poco el cabello—. Señora Pickleford...

—Buenos días, Camila —saludó la mujer, entrando en la estancia y dirigiéndose directamente hacia una de los asientos, donde se dejó caer con un sonoro «plof» sobre la butaca adamascada—. Permíteme recuperar un poco el aliento antes de volver a hablar. Me siento demasiado vieja para andar trotando de un lado al otro. Ya no es lo mismo que antes, ahora me canso con facilidad. Envidio a la juventud que...

Camila se levantó y sirvió un vaso de agua fresca mientras escuchaba la cháchara incansable de la mujer. «Probablemente recuperaría con más facilidad el aliento si dejara de hablar», pensó,

divertida.

—Tenga, beba un poco. Le hará bien.

—¡Oh! Gracias, querida. —Tomó un sorbo largo y emitió un suspiro agradecido—. Como te iba diciendo, a mi edad ya no se puede...

—Disculpe, señora Pickleford —la interrumpió, conteniendo una sonrisa—, pero creo haber entendido que tenía algo que decirme.

—¡Cielos! Tienes razón, casi lo olvido. —Le entregó el vaso a Camila y se apoyó en los reposabrazos de la butaca para levantarse, lo que logró al segundo intento y entre jadeos, a causa del esfuerzo. Sacudió la cabeza con pesar. Ya no tenía la misma vitalidad de antes —. Debería retirarme e irme a vivir con mi hija mayor. Vive en un pueblo en Suffolk, ¿sabes? Ella me cuidaría y yo podría disfrutar de mis nietos. ¿Crees que Lynette sería una buena encargada de las dependientas? Tal vez debería proponer a Daisy; no es fácil encontrar buenas costureras y Lynette es de las mejores.

—¿Ha venido para que le dé mi opinión al respecto? —inquirió, un tanto sorprendida.

—¿Qué? ¡Oh, no! Bueno, no es que no quiera tu opinión, estoy segura de que tu criterio es valioso y acertado. Siempre has sido una joven muy sensata y... —Al ver que Camila parpadeaba confusa, se percató de que otra vez se había ido por las ramas. Hizo un esfuerzo por concentrarse y recordar para qué había ido allí—. ¡Ah, cierto! Monsieur Durand me ha pedido que te diga que acudas a su despacho de inmediato.

—¡Cielos! —exclamó, imitando sin darse cuenta a la señora Pickleford. Se dirigió deprisa hacia la puerta, aunque se detuvo antes de abrirla y se volvió hacia la mujer—. ¿Estoy presentable? Puede quedarse aquí un rato a descansar y tomarse un té —le sugirió después de que ella asintiera como respuesta a su pregunta.

Salió al corredor y alcanzó la puerta del despacho en apenas unos

pasos. Inspiró hondo y cerró los ojos. En los tres días que habían transcurrido desde su desagradable encuentro con el señor Hastings, no había visto a Maurice más que de lejos, como si él se hubiera empeñado en poner distancia entre ambos. No había dejado de preguntarse qué pensaba de ella, si la culpaba de haber provocado de alguna manera al hombre o si su presencia, tras lo sucedido, le resultaba incómoda o repugnante y por eso no la había llamado en todo ese tiempo.

Apretó los puños con fuerza, clavándose las uñas en las palmas de las manos para contrarrestar la punzada de dolor que le atravesó el corazón, porque él le importaba más de lo que se atrevía a confesar. Abrió los ojos, con una fiera determinación en la mirada, y alzó la cabeza. Ella no había hecho nada malo, y si el afecto que Maurice parecía haberle profesado antes de esa terrible noche se había desvanecido a causa de ella, entonces prefería seguir su vida abrazada a esa dolorosa soledad que era su compañera desde que tenía memoria.

Por fin, alzó la mano y tocó con suavidad a la puerta. Cuando escuchó la voz de él, concediéndole permiso, entró. El despacho parecía haberse convertido en un almacén. Primorosamente dispersas sobre el diván, las sillas y el biombo, había diversas prendas de ropa que otorgaban a la sala el aspecto de una extraña flor del color del arcoíris. Y en medio de los pétalos de seda, aquel hombre de rostro atractivo y espíritu atormentado. Llevaba el cabello castaño revuelto y la corbata suelta. Levantó la cabeza de los papeles que estaba leyendo y sus miradas se cruzaron.

—¡Camila! ¿Dónde se había metido?

A pesar del ceño fruncido que le dirigió, ella había percibido la esperanza y la calidez en cada sílaba de su nombre, y su corazón se regocijó.

—Lamento la tardanza, yo...

—Eso no importa ahora. Tiene que arreglarse. —Miró hacia el reloj que había en la repisa y se puso en pie—. El carruaje estará aquí en quince minutos.

Ella lo contempló sin comprender y su cuerpo se estremeció de repente, contagiada por el nerviosismo que exudaba Maurice.

—¿Arreglarme? —repitió.

—Hum. —Desechó uno de los vestidos que había cogido del diván y buscó otro. Asintió ante el que acababa de tomar, de una tonalidad gris azulada con remates dorados, y se lo entregó—. Tenga, póngaselo.

—Pero...

—¿Acaso lo ha olvidado? —inquirió al ver su confusión—. Hoy es el día de la presentación de los diseños para el traje nupcial de la princesa. Tiene que vestirse para la ocasión.

Camila asintió. Ciertamente, el vestido que llevaba, de un discreto tono marrón, no era adecuado para la corte, pero no había esperado que él deseara que lo acompañara. Dudó un instante si retirarse a su saloncito de trabajo para cambiarse, pero comprendió que allí carecía de privacidad. Al menos, el biombo le ofrecía una protección.

Acostumbrada a vestirse con rapidez, no tardó en alistarse, aunque no había contado con la profusión de corchetes que cerraban el vestido por la espalda y a muchos de los cuales no alcanzaba a llegar.

—Maurice... —llamó en un susurro avergonzado, mordiéndose el labio inferior antes de continuar—: ¿Le importaría ayudarme?

Escuchó sus pasos amortiguados sobre la alfombra y el corazón le latió acelerado cuando sintió su presencia detrás. El frío que acariciaba su espalda desnuda fue sustituido por la calidez que desprendía el cuerpo de él, tan cerca que lo oyó contener la

respiración y exhalar el aire despacio, provocándole un estremecimiento cuando su aliento le rozó la piel.

Maurice intentó controlar el temblor agitado de su pecho, que hacía que los dedos se movieran con torpeza. Cerrar los ojos para evitar la visión de la piel blanca y satinada no serviría de nada, pues todavía podría aspirar el aroma a flores y a mujer. El anhelo, que sentía en carne viva abriéndole una herida en el pecho, le resultaba demasiado doloroso. Nunca había deseado a Colette como deseaba a Camila. Quería besar la columna firme y delicada de su cuello, lamer el hueco de la clavícula y deslizar los labios a lo largo de su espalda.

La rozó con los nudillos, a la altura de la cintura, y el quedo gemido que escapó de los labios femeninos le provocó una sacudida de placer en la entrepierna. «¡Por todos los demonios!», maldijo en su interior. Quería desnudarla, no ayudarla a vestirse. Tenía que poner distancia entre ellos, igual que había hecho en los últimos días, si no quería cometer una locura. ¡Dios, la había echado tanto de menos! El paso del tiempo se le había hecho insoportable sin la luminosidad de su mirada y el calor de su sonrisa. Y en las noches solitarias, tumbado sobre el lecho frío de su cama, había fantaseado con ella, con tenerla entre sus brazos. Necesitaba su dulzura para sanar las heridas del corazón, aunque no se la mereciera.

Abandonó los corchetes, con el propósito de alejarse de la tentación antes de sucumbir a ella; sin embargo, no se movió. En el silencio denso y pesado, casi expectante, que los envolvía, pudo escuchar la respiración agitada de ella y los vehementes latidos de su propio corazón. Camila permaneció quieta, como si aguardara algo. Y Maurice se rindió.

—Camila... —Su voz sonaba a súplica. Apoyó las manos en sus hombros y deslizó los pulgares en lentas caricias sobre los

omoplatos. Tenía la piel caliente. Posó los labios sobre su cuello y la escuchó suspirar. Un suspiro que fue su perdición y lo arrojó al abismo—. ¡Que Dios me perdone, pero te deseo! La otra noche habría querido borrar las huellas...

Se interrumpió y sus manos se crisparon al sentir que se estremecía ligeramente. No pretendía despertar en ella recuerdos desagradables.

—Y a mí me hubiera gustado que lo hicieras.

La confesión, pronunciada en un suave susurro que le erizó la piel, provocó que se le detuviera el corazón, sobrepasado por una emoción a la que no alcanzaba a poner nombre. Con delicadeza, la obligó a girarse hacia él. Quería ver la verdad en sus ojos. Sin embargo, cuando lo miró se olvidó de todo, excepto de los atronadores latidos que resonaban dentro de su pecho, veloces, erráticos. Ella ofrecía una visión tentadora, con las mejillas sonrosadas, la mirada brillante y los labios humedecidos, mientras sujetaba contra su pecho agitado el vestido que él no había sido capaz de abrochar.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Lo sé.

A pesar de su afirmación, estaba convencido de que no comprendía en profundidad el significado de sus palabras. Era demasiado inocente. Y él quería esa inocencia para sí mismo, para que esa luz que irradiaba iluminase sus tinieblas y su calidez fundiera el hielo que mantenía congelado su corazón.

Se inclinó con lentitud hacia su rostro, dándole tiempo para rechazarlo, pero Camila solo entreabrió los labios y dejó escapar un trémulo suspiro que él se bebió como un sediento. Intentó contener, para no asustarla, la pasión abrasadora que le quemaba bajo la piel, aunque él mismo sintió un temor reverencial por la manera en que

reaccionaba a ella y por lo que despertaba en su interior.

Durante unos instantes, su beso se tornó dubitativo ante el recuerdo de Colette. Le había dicho a Camila que no era el hombre que ella creía, y era cierto. Su orgullo era desmedido y su egoísmo no conocía límites, por eso había perdido a su esposa. No se merecía la dulzura de aquellos labios, mucho menos el afecto y el cariño de su corazón inocente. ¿Y si terminaba haciéndole daño, igual que a Colette? No lo soportaría.

Camila temblaba todavía, tan solo por el roce de su boca. La frustración y un intenso anhelo se apoderaron de ella cuando se percató de que Maurice vacilaba. Inclinó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos. No comprendió del todo lo que vio en ellos; sin embargo, no estaba dispuesta a rendirse. La soledad que habitaba en ella se había trocado en dicha cuando la había besado, y no quería que esa chispa que había encendido en su alma y que amenazaba con hacerla arder por dentro se apagara.

Alzó las manos y las posó en sus mejillas.

—Deja que se alejen esas nubes de tormenta que nublan tu mirada y permitamos que este beso sane las cicatrices de los dos —musitó con dulzura. Vio cómo tragaba con dificultad y sus ojos se empañaban—. No somos perfectos, pero son nuestras imperfecciones las que nos hacen necesitar a los demás. Y yo te necesito.

Tiró de él con suavidad, para acercar su rostro, y lo besó con la torpe inocencia del primer amor, que despuntaba en su corazón como brotaban las flores en primavera tras el largo y duro invierno.

Maurice gimió ante el electrizante roce de su boca y se apoderó de sus labios con la ferviente exigencia de la necesidad. Los saboreó con gentileza, en una caricia interminable, y los humedeció con la lengua, presionando con delicadeza para que se abriera a él. Cuando

Camila comprendió lo que deseaba y entreabrió los labios, él penetró en aquel santuario aterciopelado y cálido con la avidez de un hambriento. El beso se volvió más profundo, más carnal.

Afirmó la mano en su nuca y la atrajo más hacia sí, notando la dulce presión de los senos contra su pecho. La sangre rugió en sus venas y su masculinidad se exaltó por el deseo de poseerla por completo, de hacerla suya para siempre. Y, sin embargo, a pesar de la pasión ardiente que sacudía como una tempestad su cuerpo, por dentro su alma era un remanso de paz, una como nunca antes había experimentado.

Se apartó ligeramente y la miró. Sus ojos parecían dorados bajo la luz del deseo. Un suave rubor cubría sus mejillas y tenía los labios hinchados y enrojecidos. La respiración agitada hacía que su pecho subiera y bajara con rapidez, y él pudo ver las apetecibles cumbres de sus senos que el holgado vestido apenas cubría.

—¡Dios, Camila...!

Ella no supo si se trataba de un ruego, de una súplica, pero cuando Maurice besó su cuello con labios ardientes y luego su hombro desnudo, las palabras se diluyeron en el aire entre sus propios suspiros. Algo parecido a la necesidad palpitaba en el centro de su femineidad y se enroscaba en su estómago y le quemaba la piel. Quería que él la tocara y calmara ese anhelo.

Justo cuando estaba a punto de pedírselo, unos sonoros golpes la sobresaltaron, arrancándola de la burbuja de ensueño que habían creado los dos juntos y arrojándola de golpe contra la realidad. La voz de Lawson les llegó a través de la puerta.

—Maurice, ¿estás ahí? Hace diez minutos que el carruaje está esperando.

—¡Maldición! —exclamó en un tono lo bastante bajo para que su amigo no lo escuchara. Había olvidado por completo la presentación

en la corte. Miró a Camila, y al ver la dulce sonrisa que ella esbozó, le entraron ganas de reír a carcajadas de pura felicidad. Depositó un beso en la punta de su preciosa nariz y alzó la voz—. Estaré listo en cinco minutos.

—Espero que la señorita Lockwood pueda estar también preparada en ese mismo tiempo.

Aunque las palabras sonaron amortiguadas, como si hubiesen sido dichas en un tono más comedido, alcanzó a detectar el matiz de diversión que ocultaban. Ahogó un juramento y se volvió hacia Camila para asegurarle que Alfred guardaría la discreción. Le sorprendió ver que no había perdido la calma, aunque un suave tono rosado cubría su rostro y su cuello.

—Será mejor que nos apresuremos —le susurró al oído—. No creo que a la reina Victoria le guste que la hagan esperar.

Capítulo 18

Maurice se colocó el sombrero de copa mientras descendía la escalera. Tuvo que hacer un esfuerzo para no volver la cabeza y echar un vistazo al corredor, a pesar de saber que Camila no lo seguía, pues ella había regresado a la sala de trabajo para recoger su sombrero y su abrigo.

No sabía si el nudo que sentía en el pecho se debía al peso de la culpabilidad o a la semilla de la dicha que, poco a poco, se abría paso en la dura tierra de su corazón.

—Vaya, vaya —comentó Lawson, que lo aguardaba al pie de la escalinata—. Creo que es la primera vez que te veo sonreír de esa manera. ¿Acaso debo agradecérselo a la señorita Lockwood?

Viendo que el carruaje llevaba un tiempo detenido ante la puerta y que Durand no aparecía, decidió ir a buscarlo. Por suerte, se encontró con la señora Pickleford cuando salía de una de las habitaciones y esta le dijo que el modisto y la señorita Lockwood se hallaban reunidos en el despacho. Cuando se detuvo frente a la puerta, y al no escuchar ningún ruido procedente del interior, tuvo el buen tino de no entrar sin anunciarse. Y parecía que sus suposiciones habían sido acertadas. Se alegraba por su joven amigo,

que se merecía un poco de felicidad.

Maurice se limitó a arquear una ceja con arrogancia, aunque el gesto no pareció afectar a Alfred, que continuó mirándolo con un brillo burlón en la mirada. ¿De verdad estaba sonriendo? Estuvo tentado de observar su rostro en uno de los espejos que había en la tienda, pero, probablemente, sería un gesto mucho más extraño que el hecho de sonreír. Prefirió, en cambio, asegurarse de que llevaba el boceto en la carpeta que había cogido de la mesa de su despacho. Se preocupó al encontrar un papel en blanco, mas se tranquilizó cuando descubrió que el boceto estaba debajo de este, entre otros muchos. No tenía tiempo de volver a subir para dejarlos, así que colocó el diseño delante y cerró de nuevo la carpeta.

—¿Está lista, señorita Lockwood?

Las palabras de Alfred lo hicieron girarse con brusquedad y contuvo el aliento al ver a Camila, que evitó mirarlo a los ojos.

—Sí, lamento el retraso. ¿Usted también viene, señor Lawson?

—No me lo perdería por nada del mundo —repuso, divertido, al tiempo que le ofrecía el brazo para acompañarla hasta el carruaje.

Ella lo aceptó, consciente en todo momento de la imponente presencia de Maurice. Podía sentir la intensidad de su mirada clavada sobre la espalda, provocándole un aleteo en el estómago. Aún notaba la sensación de aquellos labios ardientes sobre los suyos, a pesar de lo cual no podía evitar preguntarse si lo que había sucedido había sido real o tan solo un sueño. El miedo a que la realidad se disipara, huyendo como las sombras de la noche ante la llegada del amanecer, trepó por su garganta.

Se acomodó en el interior del coche y ambos hombres subieron detrás, sentándose en el asiento de enfrente. El silencio que siguió después de que partieran le resultó incómodo. Por fortuna, el abogado supo cómo llenarlo con una conversación banal durante el

trayecto hasta el Castillo de Windsor, donde comenzó a residir la reina Victoria tras el fallecimiento de su esposo, el príncipe Alberto. Se interrumpió tan solo para señalar por la ventanilla.

—Mire, desde aquí puede verse ya el castillo.

Camila se inclinó hacia delante y sus rodillas chocaron con las de Maurice, que estaba sentado frente a ella. Lo miró un instante, aunque enseguida dirigió la vista hacia la espléndida fortificación que se alzaba sobre un pequeño promontorio. Ninguno de los dos se apartó, como si ambos encontraran consuelo en aquel sencillo roce.

—Es... —No sabía bien qué palabra usar, pues nunca había visto nada parecido en su vida—. Imponente.

Maurice se inclinó hacia ella, mirando también a través de la ventanilla. La calidez de su cercanía la envolvió, acompañada de su aroma, y el corazón le latió con fuerza.

—¿No cree que Jo March sería capaz de escribir una gran historia solo con esta visión?

La referencia al personaje del libro de la señora Alcott la hizo sonreír con discreción, como si fuera un secreto que solo ellos dos compartían, aunque estaba convencida de que la joven señorita March, de haber escrito sobre Windsor, habría expuesto una crítica sobre el despilfarro que suponía una construcción de aquel tamaño, por muy bella que fuera. Y lo era.

El sol bruñía la piedra del edificio, arrancándole reflejos dorados. Desde esa distancia, podía distinguir la perfecta disposición del castillo, con sus torres redondeadas, rematadas por almenas tan simétricas como las puntadas de un meticuloso bordado. A cada lado se extendían los muros y los pabellones, ensamblados con total precisión. Todo el conjunto parecía destilar una nobleza silenciosa, dirigida a impresionar a los visitantes. Mientras el carruaje se acercaba, contempló el verdor que rodeaba la fortaleza, como si la

misma naturaleza se hubiera confabulado para otorgar un digno marco a tan esplendorosa residencia.

Pocos minutos después, el cochero se detuvo frente a un magnífico arco de entrada. Lawson abrió la portezuela y bajó, seguido de Maurice, quien le ofreció la mano para ayudarla a descender la escalerilla. La firmeza de su agarre detuvo el creciente nerviosismo que había comenzado a apoderarse de ella mientras se preguntaba qué hacía allí si no era más que una simple costurera.

Maurice casi pudo leer sus pensamientos solo con observar el gesto de su semblante. Apretó su mano con suavidad y se inclinó hacia su oído.

—Te necesito a mi lado —le susurró.

Mientras pronunciaba las palabras, comprendió que su significado abarcaba mucho más allá del momento presente. Había un tácito «para siempre en mi vida» que no pudo negar. Que Dios perdonara su egoísmo, pero se había enamorado de Camila.

Un miedo repentino le hizo soltar su mano con cierta brusquedad. No deseaba hacerle daño ni soportaría perderla de la misma manera que había perdido a Colette. Echó a andar y dejó que fuese Lawson quien la acompañara.

Este frunció el ceño al ver la repentina rigidez de su amigo y suplió su falta de delicadeza ofreciéndole el brazo a la joven.

—No se lo tenga en cuenta —le dijo—. Seguramente está nervioso por la presentación, aunque estoy convencido de que a la reina le encantará su propuesta.

Camila asintió, a pesar de que discrepaba de su respuesta.

—¿Ha visto el diseño? —inquirió, buscando un tema de conversación que le permitiera distraerse de la punzada de dolor que sentía en el pecho.

—Debo confesar que no, pero confío en su talento. Maurice ama

lo que hace, y esa pasión se percibe en cada una de sus creaciones, porque el amor, señorita Lockwood, a veces resulta difícil expresarlo con palabras; sin embargo, los actos que de él se derivan no engañan —comentó de forma intencionada. Estaba seguro de que Maurice sentía algo más que simpatía por la joven, aunque tuviera miedo de admitirlo. Necesitaba enfrentarse al pasado para poder aceptar sus sentimientos y así avanzar hacia ese futuro de felicidad que se merecía.

—En ocasiones, es fácil malinterpretar esos actos —repuso ella, pensando en Lynette, que quizá había otorgado a la amabilidad del abogado un significado que no poseía, del mismo modo que había hecho ella con las atenciones de Maurice.

—Es posible —admitió—. Pero tal vez es así porque desconocemos la naturaleza de la persona hacia la que dirigimos nuestros afectos y su pasado. —Comprendía que estaba a punto de cruzar el límite de lo permitido y que se arriesgaba a perder la amistad de un hombre al que consideraba casi un hermano. Aun así, por el bien de este y de la joven, continuó—: ¿Sabía usted que Maurice estuvo casado?

Camila trastabilló al escuchar la sorprendente revelación, perdiendo el equilibrio. Agradeció la rapidez de reflejos de él, que la sujetó antes de que cayera.

—Gracias. Yo... no, no lo sabía. Ha dicho «estuvo» —señaló al cabo de unos instantes de silencio—. ¿Qué ocurrió con ella?

—Murió.

La palabra resonó en su alma con la pesadez de una losa que se cerraba sobre una tumba. ¿Acaso Maurice había amado tanto a su esposa que era incapaz de volver a sentir lo mismo por otra mujer? Deseaba hacerle más preguntas, pero la parquedad de su última respuesta le había indicado que no estaba dispuesto a revelar nada más.

En ese momento, llegaron a la entrada del edificio principal, y se dio cuenta de que apenas había prestado atención, mientras atravesaban el patio, a cuanto la rodeaba. Tampoco lo hizo entonces, pues sus ojos se vieron atrapados por la figura de Maurice, que los aguardaba un poco más adelante.

—No os retraséis. —Fueron las únicas palabras que les dirigió cuando lo alcanzaron, revestidas con la misma frialdad que solía usar cuando lo conoció.

El lacayo que los recibió al ingreso, tras dejar atrás a los guardias que lo custodiaban, les indicó que entregasen sus prendas de abrigo y sus sombreros a un par de sirvientes y los acompañó por un largo pasillo, profusamente decorado con una mezcla de estilos, hasta detenerse frente a una doble puerta. La abrió para ellos y les indicó que pasaran al interior.

El semblante de Camila mudó en sorpresa cuando ingresó en la amplia estancia, no solo por la belleza del salón de recibimiento —con los inmensos lienzos de tapiz que decoraban las paredes, los arabescos dorados que ornamentaban las puertas y las molduras del techo, las lámparas de araña, los numerosos bustos en mármol negro y los sillones de brocado rojizo a juego con los cortinajes que pendían del enorme ventanal situado al fondo de la sala y que iluminaba toda la habitación—, sino también por la cantidad de personas que se hallaban reunidas en él.

Los presentes conversaban en pequeños grupos repartidos por la estancia. Una mujer atravesó el salón, dirigiéndose hacia ellos, y Camila agradeció que Maurice se hubiese preocupado de procurarle un vestido adecuado para la ocasión.

—Qué placer verlo, señor Lawson —saludó la señora Whitby con una sonrisa impostada en el rostro mientras le dedicaba a ella un leve vistazo—. Veo que le ha robado la compañía a nuestro querido

monsieur Durand.

Camila percibió la súbita rigidez que acometió al abogado, en cuyo brazo se apoyaba todavía, y escuchó la respuesta de este con el tono más frío que le había oído nunca.

—Y yo veo que usted sigue metiendo su nariz en asuntos que no son de su incumbencia, señora Whitby.

Una chispa de rabia destelló en los ojos de la mujer, que mantuvo la calma a pesar de todo.

—Me parece que está usted adquiriendo los malos modales de su empleador.

—Es posible, pero al menos los míos no me vienen de nacimiento —replicó, esbozando una sonrisa sardónica que provocó que un pequeño músculo palpitara junto al ojo derecho de la modista y que se acentuaran las arrugas alrededor de su boca.

Alzó la cabeza con orgullo despechado.

—Es usted muy... ingenioso. —La dulzura de su sonrisa quedó deslucida por el tono punzante de sus palabras—. Espero que ese ingenio le sirva para sacar de la ruina a monsieur Durand.

Alfred apretó los labios, aunque prefirió no responder. Camila, en cambio, buscó con la mirada a Maurice, para ver cómo había recibido aquel comentario, pero se dio cuenta de que no estaba allí. Echó un vistazo alrededor y lo encontró algo más adelante. Estaba saludando a lady Hardwicke, a la que entregó la carpeta con el boceto mientras sacaba algunos papeles del interior y le explicaba algo. La marquesa asintió y, al levantar la vista, su mirada se cruzó con la de ella. Le sonrió con afabilidad, dirigiéndole una breve inclinación de cabeza a modo de saludo, que ella le devolvió.

Maurice se despidió de la dama y caminó hacia ellos.

—Van a asignarle un número al diseño —les explicó cuando se detuvo a su lado—. Lady Hardwicke dice que la reina no desea

mostrar ningún favoritismo, por lo que quiere ver las propuestas sin saber quién las ha elaborado, así será imparcial.

—Creo que es una decisión razonable —comentó Lawson.

—También sería razonable que te dedicaras a realizar el trabajo para el que estás aquí —respondió Maurice, elevando una ceja, al tiempo que tomaba el brazo libre de Camila y lo enlazaba con el suyo, obligándola a soltar al abogado—. Mira, allí tienes al señor Higgins.

—Ya veo. —Una sonrisa burlona curvó sus labios, otorgándole un aspecto un tanto canalla—. Señorita Lockwood, la dejo en buena compañía, pero no permita que Maurice le dé órdenes, puede ser un auténtico tirano.

Le guiñó un ojo con simpatía y se alejó en dirección a un grupo cercano.

Camila le dirigió una mirada de soslayo. La seriedad de su rostro no invitaba a hacer preguntas; sin embargo, ella sentía curiosidad acerca de su esposa, aunque no estaba segura de que él fuera a saciarla. ¿Cuánto tiempo estuvieron casados? ¿La amaba todavía? Lo vio fruncir el ceño y notó la repentina tensión que lo embargó. Le dolió pensar que quizá se encontraba incómodo con ella después de lo sucedido en su despacho, que tal vez se había arrepentido. Intentó soltarse de su brazo, pero él la sostenía como si fuera un grillete de hierro.

—Mau...

Se interrumpió al ver que no la miraba a ella. Siguió la dirección de sus ojos y descubrió a lady Hardwicke acercándose a ellos. Su semblante estaba pálido y lucía un gesto de preocupación, que debía haber provocado la reacción de Maurice.

—Monsieur Durand, Camila, tenemos un problema.

Él bajó la cabeza hacia la carpeta que la marquesa sostenía entre

las manos.

—¿Qué sucede?

—¿Está seguro de que este es el boceto que usted dibujó?

—Por supuesto —replicó con rigidez—. Camila es testigo de ello. ¿Por qué lo dice?

Lady Hardwicke dejó escapar un suspiro, mezcla de cansancio y frustración.

—Porque Margaret Whitby ha presentado uno exactamente igual, salvo por algunos pequeños detalles.

Camila abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué? Pero eso no es posible. Ha debido de...

Se interrumpió, no deseaba hacer una acusación sin fundamento. Maurice no fue tan escrupuloso al respecto.

—... de robarlo —apostilló con tono acerado.

Capítulo 19

Un silencio tenso los envolvió y la palabra quedó flotando en el aire, pesada, asfixiante. Por un momento, Maurice sintió que todo su mundo se venía abajo, que sus sueños se derrumbaban. Había contado con obtener el beneplácito de la reina para adquirir renombre y conseguir lo que se había propuesto: cumplir la promesa hecha a Colette y demostrarle a su padre que tenía talento para la costura, aunque este solo lo aceptaría si venía reconocido por los miembros más influyentes de la sociedad británica.

Perder la posibilidad de confeccionar el traje nupcial de la princesa Louise lo arruinaría todo, porque carecía de tiempo para buscar otras oportunidades, dado el ultimátum de su padre.

—Hagan el favor de seguirme —dispuso la marquesa con tono perentorio al ver la palidez que lucía el semblante del modisto.

Le hizo un discreto gesto a otra de las damas de compañía de la reina y los condujo por una puerta lateral hasta otra sala, más pequeña, a través de un pasillo alfombrado. Los invitó a acomodarse en los sillones tapizados en oro y blanco mientras ella tiraba de un cordón dorado que había en un rincón. No tardó en presentarse un sirviente. Le indicó lo que deseaba y se volvió a mirar a los

ocupantes de la sala.

Monsieur Durand parecía derrotado, aunque la tensión que se adivinaba en los músculos bajo la elegante chaqueta negra de su chaqué y en la rigidez de su mandíbula reflejaba la ira que debía sentir en esos momentos. Camila, en cambio, lucía nerviosa, mientras miraba al modisto con preocupación.

Sarah dejó escapar un débil suspiro.

—Esto supone una contrariedad. —Antes de que pudiera continuar, sonaron unos golpes en la puerta y se apresuró a recibir al sirviente, que portaba una bandeja con varias copas y una botella de licor. Lo necesitaban—. Bébalo hasta el fondo —le indicó al modisto, entregándole una de las pequeñas copas con jerez.

Sorprendentemente, Maurice obedeció sin rechistar, lo que preocupó aún más a Camila, que apenas probó el líquido de la suya cuando se la entregó la marquesa.

—No comprendo cómo ha podido suceder —comentó, más para sí misma que para los demás—. Solo lo sabíamos usted y yo...

—También la señora Pickleford y Alfred —completó él.

Lo miró, alarmada.

—¿No creerá de verdad que alguno de ellos...?

—Ahora no importa quién los haya traicionado —intervino lady Hardwicke, dejándose caer con poca gracia sobre uno de los divanes, tras haber apurado su copa de un solo trago. Echó un vistazo al reloj que había encima de la repisa de la chimenea—. Tenemos que pensar en lo que vamos a hacer para la presentación a la reina. Victoria entrará en ese salón dentro de quince minutos.

Maurice sacudió la cabeza. «Traición». La palabra resonaba en su cabeza con ecos dolorosos. ¡Maldición! Alfred era su amigo, habría puesto la mano en el fuego por él, y la señora Pickleford llevaba años trabajando para él; además, ¿qué beneficio le reportaría

cuando estaba casi a punto de retirarse? ¿Dinero? Había sido generoso con ella en sus estipendios. Y, si la descubrían, solo obtendría una mancha en su honra. Entonces ¿quién demonios había sido?

—¿Monsieur Durand?

Parpadeó un instante, con la mirada perdida en el rostro de la marquesa, intentando devolver su pensamiento a la realidad.

—Discúlpeme, milady. —Recordó la pregunta que ella le había dirigido—. Me temo que no hay nada que hacer...

—¿No serviría alguno de los otros bocetos que ha traído consigo? —insistió con cierto apremió—. Quizá haciendo algunos retoques...

El gesto de horror que se dibujó en su semblante fue respuesta suficiente. Sin embargo, la actitud pasiva y derrotista del modisto hizo mella en ella y comenzó a ponerla de mal humor. Dirigió una mirada implorante hacia Camila para pedirle ayuda.

Esta asintió despacio.

—Maurice —lo llamó, acuclillándose frente a él y tomando sus manos. Las notó frías—. Aún podemos arreglarlo. Ese boceto lo dibujaste apenas en unos instantes, puedes hacer otro ahora mismo. Me tienes aquí... y confío en ti.

Él sonrió con tristeza y no apartó los ojos de los de ella, llenos de calidez e inocencia. En ese momento, deseó con todas sus fuerzas poder besarla, para que su calor atravesara la dura y helada coraza de su corazón, para que esa fe sencilla que ella había depositado en él lo ayudara a creer en sí mismo.

Acarició con los pulgares el dorso de las manos femeninas, que aún sostenía entre las suyas y, llevado por un impulso repentino, inclinó la cabeza para besarlas con ternura, demorando unos instantes los labios sobre la tersa piel. Un gesto de adoración y agradecimiento que esperaba que comprendiera. Luego la ayudó a

levantarse para que se acomodara de nuevo junto a él en el sillón y dedicó una larga mirada a ambas mujeres.

—¿Por qué?

Esa pregunta golpeaba su mente con violencia. Desde que decidiera seguir su sueño, había tenido que enfrentar muchos obstáculos —el más grande de los cuales había sido la oposición de su padre—, y lo había hecho solo, ni siquiera su abuela, que de niño le enseñó todo lo que sabía, lo apoyó. Permaneció en silencio frente a las feroces críticas de su padre y su obstinada negativa a que su hijo y heredero se convirtiera en modisto, y quizá esa indiferencia le dolió más que la oposición del vizconde. Colette fue la única que lo animó a avanzar con la mirada puesta en el futuro, pero no se quedó a su lado para ver su triunfo.

—¿Por qué quieren que siga adelante? —insistió, con un tono que rezumaba a partes iguales anhelo y desesperación. ¿No era mejor, tal vez, rendirse de una vez?

Lady Hardwicke se puso de pie, al tiempo que echaba un vistazo nervioso a las manecillas del reloj, y caminó hacia la gran chimenea.

—Porque creo que es usted un prodigio, monsieur Durand —afirmó con una convicción inamovible. Se detuvo frente a uno de los enormes cuadros que pendían de la pared, un retrato de la reina consorte Adelaida de Sajonia-Meiningen ataviada con un vestido de terciopelo negro y amplias mangas de encaje bordado—. Desde siempre ha sido un privilegio vestir a la realeza: Madame Duchesne, la señora Sarah Pritchard, Louis Bazin o la señora Mary Bettans. Su nombre, Maurice, podría añadirse a esta lista y brillar por sí mismo. A pesar de su carácter, un tanto arisco, es incuestionable su talento, y estoy convencida de que sus creaciones serán tanto del gusto de Su Majestad como del de Su Alteza, la princesa Louise. Monsieur Durand, yo creo en usted, y estoy segura de que la señorita

Lockwood siente lo mismo.

Él se volvió hacia Camila, que le sonrió en respuesta.

—¿Por qué no intentas diseñar algo nuevo? —lo animó ella.

Maurice frunció el ceño y echó un vistazo a la hora que marcaba el reloj sobre la repisa de la chimenea.

—Quedan cinco minutos para que Victoria entre en la sala —señaló lady Hardwicke, dirigiéndose hacia la puerta—. Creo que podré conseguirle otros cinco más. Si en verdad es usted un genio, monsieur Durand, este es el momento de demostrarlo. Un lacayo aguardará en la puerta para que le entregue el nuevo boceto, él me lo hará llegar. Será mejor que no desaprovechen el tiempo.

Cuando la marquesa se marchó, Maurice sacó uno de los papeles en blanco que habían quedado en la carpeta y lo observó como si este pudiera hablarle y decirle lo que debería dibujar. ¿Cómo podría crear algo que valiera la pena en tan poco tiempo? Prefería no entregar nada a manchar su reputación presentando un diseño mediocre. Quizá nadie se enteraría de que era suyo, pero él sí lo sabría.

Una mano de piel marfileña se interpuso de pronto entre su mirada y el papel que sostenía entre las manos, y alzó la cabeza hacia su dueña. Los ojos color avellana de Camila lo contemplaban con una calma serena que ponía un contrapunto al sonoro tictac del reloj que parecía avanzar con demasiada prisa.

—Maurice, tú amas tu trabajo, pero la pasión que sientes no proviene de la mente —le dijo, al tiempo que apartaba con ternura un mechón de cabello que le caía sobre la frente—, sino del corazón. Deja que él te hable y no escuches a las dudas.

—¿Sabes cantar? —inquirió, de repente. Al ver el gesto de sorpresa en su rostro, se apresuró a dar una explicación, al tiempo que sacaba un lápiz del bolsillo de su chaqué. Siempre llevaba uno

consigo, por si se le ocurría alguna idea—. Puedes simplemente tararear una canción, la que sea, me ayudará a no pensar y a concentrarme en el dibujo.

Camila no consideraba que tuviera mala voz, de lo que carecía era de un repertorio variado de canciones. Así que decidió entonar la única que realmente se sabía. Aunque no estaba segura de ello, puesto que no guardaba recuerdos de su madre, creía que esta debía habérsela cantado a ella y a sus hermanas para dormir. Sí recordaba a Violet entonándola cada noche junto a su oído, en la oscuridad del dormitorio de Hopeless Park, con una voz suave y tranquilizadora, que fue sustituida luego por la de Melissa y, finalmente, por la de Rose. Hacía mucho que no la cantaba. Su mano voló al colgante que pendía de su cuello y lo acarició con ternura mientras comenzaba a entonar la melodía:

Duérmete, niña, que el sol se escondió,
ya no hay más juegos, ya todo acabó.
Cierra los ojos, que ya es hora,
duerme tranquila hasta que amanezca.

Se sumergió tanto en las sensaciones que despertó en ella la canción que dejó de escuchar el rasgueo del lápiz sobre el papel. Una mano suave le acariciaba la cabeza, el calor de unos brazos delgados la acunaban contra el pecho, besos de buenas noches humedecían sus mejillas mientras escuchaba las voces de sus hermanas. La tristeza y la nostalgia le arañaron la garganta. Tragó saliva y sintió el sabor salado de las lágrimas. Sin embargo, continuó cantando para Maurice.

Duérmete, niña, que el viento pasó,
la casa está quieta, la luna salió.

Yo te vigilo, no tengas temor,
duerme en silencio, mi flor, mi amor.

Maurice no prestó mucha atención a las palabras, pero aquella melodía, entonada con un timbre suave como el frufrú de la seda, lo envolvió por completo y lo retrotrajo a su infancia: a aquellas tardes que pasaba junto a su abuela aprendiendo el arte de la costura y cómo disfrutaba el juego de adivinar, con los ojos cerrados, los tipos de telas, solo por el tacto; la risa cristalina de Margot al ver sus primeras puntadas con una aguja, dignas del monstruo creado por la señora Shelley; o la gratificación de ver hecho realidad el primer diseño que creó para una muñeca y que su abuela cosió para él. Sueños infantiles, inocentes y frágiles, que la dureza de la vida casi le había hecho olvidar.

Todos esos sentimientos los plasmó en el boceto. Terminó el último trazo y alzó la cabeza. Camila entonó el último verso: «... duerme en silencio, mi flor, mi amor». Sus miradas se entrelazaron, con la última palabra flotando en el aire igual que un suspiro. «Mi amor». Quizá esa era la magia que le había faltado a sus diseños durante aquellos últimos años y que había recuperado gracias a Camila. «Porque la amo», admitió para sí, y algo pareció liberarse en su interior mientras su pecho se expandía con el sonido silencioso de su confesión.

—Ya está —dijo, ofreciéndole el boceto.

Ella lo tomó y su semblante se transfiguró cuando contempló el diseño.

—¡Oh, Dios mío! Es... precioso.

Su sonrisa radiante iluminó cada rincón oscuro de su alma y caldeó su corazón, derritiendo el hielo que durante tanto tiempo lo había privado de sentir. Deseó que Colette pudiera comprenderlo y le

perdonara que el amor que no pudo darle a ella se lo diera a otra mujer.

—Camila...

—Sí, claro, tenemos que entregarlo —dijo, malinterpretando el tono con el que había pronunciado su nombre.

Metió el boceto en la carpeta, dejando fuera el resto, se dirigió hacia la puerta y la abrió. Del otro lado, tal como había dicho lady Hardwicke, había un lacayo, esperando. En cuanto recibió todo, el hombre se apresuró a llevárselo a la marquesa. Ella deseó que llegara a tiempo.

Cuando se giró, encontró a Maurice observándola. Aún no se había movido del sillón. Una sensación extraña y placentera aleteó en su estómago ante el modo en que la miraba.

—Deberíamos volver al salón —comentó, intentando mantener la calma a pesar de los acelerados latidos de su corazón—. La reina Victoria...

Se interrumpió cuando lo vio asentir con seriedad. Le habría gustado saber qué era lo que lo había sumido en ese extraño silencio, mas no era el momento para hacer preguntas.

Abandonaron la sala y recorrieron el pasillo de vuelta al gran salón. Cuando entraron, comprobó, aliviada, que la reina aún no había hecho su aparición. En cambio, la de ellos llamó la atención de Lawson, que se acercó presuroso.

—¡Maldita sea! ¿Dónde demonios os habíais metido?

Camila supuso que estaba lo bastante nervioso como para no darse cuenta de que había dicho un juramento.

—Te lo contaré después —respondió Maurice, justo en el instante en que un lacayo golpeaba el suelo con un largo bastón.

—Su Majestad, la reina Victoria, y Su Alteza Real, la princesa Louise —anunció.

El amplio espacio se llenó con un silencio denso y expectante, mientras todos los presentes se inclinaban en una solemne reverencia que duró hasta que las dos mujeres ocuparon los respectivos sitiales que había al fondo del salón.

Camila estaba tan nerviosa que era incapaz de prestar atención a las palabras de la reina. Cuando volvió a removerse en el asiento, la mano de Maurice cubrió la suya. Sus dedos se entrelazaron y sintió un hormigueo en la palma de la mano que le subió hasta el corazón, caldeándoselo. Había magia en el roce de su piel. Una magia que, sin importar el resultado de la presentación, esperaba que durara eternamente.

Capítulo 20

El regreso en el carruaje estuvo cargado de un espeso silencio que lo llenaba todo. Maurice mantenía su habitual semblante de frialdad, pero a Camila le sorprendió el gesto en el rostro del abogado. Había en su mirada una dureza que nunca antes le había visto, y bajo su cuidado bigote, los labios se apretaban en una línea áspera. Deseó no tenerlo nunca como enemigo.

Cuando el coche entró en Chiswick, tras casi dos horas de trayecto desde el castillo de Windsor, y se detuvo en la posada The Coach and Horses, dejó escapar un mudo suspiro de alivio. La creciente tensión, después de que Maurice informara a Lawson sobre la causa de su desaparición del salón, le había atacado los nervios y, al descender del vehículo, le dolía la espalda y sentía las piernas rígidas.

—Creo que caminaré un rato —le dijo a ambos hombres. Todavía quedaba más de una hora para llegar a Londres y necesitaba respirar algo de aire fresco antes de volver a encerrarse en el carruaje.

—No es conveniente que se quede sola en un sitio como este —señaló Alfred. Las paradas de postas atraían a todo tipo de

personas, y Camila era una joven atractiva, aunque ella misma no se diera cuenta—. Maurice puede acompañarla. Yo me ocuparé de los caballos y pediré algo de comer.

Mientras él se alejaba, Camila observó de reojo a su obligado acompañante, pero fue incapaz de discernir si se hallaba molesto por la encomienda o no.

Al notar que lo miraba, y percatándose en ese momento de su falta de modales, Maurice le ofreció el brazo y caminaron un rato en silencio.

—¿Estás preocupado por el resultado de la presentación? —le preguntó poco después, sintiendo que se había tranquilizado un poco.

La reina y la princesa habían visto cada uno de los diseños con detenimiento, pero, finalmente, habían decidido no pronunciar ahí su veredicto. Una vez que se confirmara el compromiso de Su Alteza Real, y antes de que este se hiciera público, enviarían una comunicación al ganador, si bien su nombre no saldría a la luz sino hasta que el palacio proveyera a los periódicos la información sobre los detalles de las nupcias.

—No —respondió, deteniendo sus pasos y mirándola a los ojos—. Sin importar el resultado, creo que el boceto que he presentado ha sido mi mejor diseño desde hace mucho tiempo, y tengo que agradecértelo a ti, Camila. Durante todos estos años, desde que salí de París, solo pensaba en posicionarme en el primer lugar dentro del mundo de la moda, ser el mejor, como una especie de... venganza. Y me olvidé de todo lo que la costura me hacía sentir. —Tomó las manos de ella y besó el dorso. Se encontraban en un rincón del patio empedrado que no podía verse desde las ventanas de la posada—. Me olvidé de la emoción que experimentaba al crear una prenda que solo yo era capaz de ver en mi imaginación, de la

sensación de la tela entre mis manos, de mis deseos infantiles. Y tú me has devuelto la ilusión y has traído luz a mis tinieblas. No tengo que demostrarle nada a nadie y no importa si no soy el mejor modisto de Londres, me basta con vivir mi sueño.

Alzó la mano para apartar un mechón rubio de su frente y luego la posó sobre su mejilla. Si no hubiera sido tan egoísta, si no lo hubiera cegado el deseo de venganza, tal vez Colette seguiría viva..., pero, entonces, no habría conocido a Camila ni se habría enamorado de ella. Ahora solo tenía que asegurarse de no perderla a ella también. «O no podré seguir viviendo», pensó, al tiempo que se inclinaba para besarla.

Sin embargo, antes de que llegara a hacerlo, la voz dulce y suave de ella lo abofeteó con una dosis de realidad.

—Maurice, ¿de quién quieres vengarte?

No había reproche o juicio alguno en sus palabras, ni se había apartado del roce de su mano. Estaba ahí, erguida, mirándolo con esa calidez que desprendían sus ojos de color avellana que le recordaban a los otoños parisinos, con esa inocencia que lo hacía sentirse indigno. Y se dio cuenta de que no podía decirle que la amaba cuando ni siquiera le había contado la clase de hombre que era.

Dejó caer la mano junto al costado y dio un paso atrás para poner distancia entre ellos. Sintió un nudo helado en las entrañas. Tenía miedo a perderla cuando conociera la verdad.

Camila sabía que él había estado a punto de besarla, pero no había podido evitar que las dudas la asaltaran. Al ver que él se alejaba, replegándose de nuevo en sí mismo, y al contemplar la tristeza que asomaba a las verdes praderas de sus ojos, sintió que algo se resquebrajaba en su interior. Maurice no confiaba lo suficiente en ella para hablarle de su pasado, de su esposa, tal vez

porque tampoco la amaba tanto como para abrirle su corazón. Y si era así, no deseaba seguir a su lado, porque sabía bien que no había soledad más dolorosa que la que se vivía entre dos personas cuya compañía estaba tejida de ausencias. La simple presencia física de alguien no bastaba para llenar el vacío de la soledad. En cambio, ¿qué importaban los silencios cuando había entendimiento de los corazones?

—Yo no quería...

—Te lo contaré todo cuando lleguemos a Londres —la interrumpió —. Este no es el momento ni el lugar. Además, Alfred nos está esperando. Solo espero que, cuando sepas la verdad, no me odies — añadió para sí en un susurro, mientras se giraba en dirección a la posada.

A pesar de todo, ella alcanzó a escuchar sus palabras. Quiso decirle que no podría odiarlo aunque quisiera, porque lo amaba demasiado, pero prefirió que el silencio fuera su respuesta. El amor podía convertirse en una carga cuando venía impuesto.

***

Alfred dio un nuevo trago a su jarra de cerveza y sus labios dibujaron una mueca ante el regusto amargo que le dejó en la boca. No era demasiado aficionado a la bebida, y siempre prefería un buen brandi a aquel caldo, sin embargo, no se había detenido a pensar cuando el mozo que ayudaba en la posada le preguntó qué quería tomar. «Cualquier cosa que me haga olvidar», había respondido. Y ahora estaba pagando su estupidez.

La culpa de todo la tenía Lynette. La hermosa y descarada Lynette.

Cuando Maurice le contó el motivo de su desaparición de la sala

de recepción del palacio, temió por un instante que lo estuviera acusando a él, aunque enseguida desechó la posibilidad, pues su amigo conocía bien el mutuo desagrado que sentían la señora Whitby y él. También descartó a la señora Pickleford. Por eso, durante el trayecto no hizo sino darle vueltas a las diversas posibilidades y, por más que intentara ignorarla, la que más acudía a su mente una y otra vez era la de Lynette.

Ella era la última en marcharse y la que cerraba el taller, además, no solían cerrar la puerta que conectaba este con la tienda. Podía haberlo cogido sin que nadie se percatara y habérselo entregado a la modista para que lo copiara. Pero ¿qué ganaba ella con eso? ¿Un poco de dinero? Resultaba absurdo, pues se exponía a ser descubierta y perder el empleo, y dudaba de que Margaret Whitby le ofreciera un puesto de trabajo, aunque ella misma fuera la causa de su ruina, porque era una mujer egoísta que jamás reconocía sus errores. Lo sabía bien, porque fueron amantes durante un breve tiempo.

Miró a través de la ventana —había tenido la fortuna de encontrar una mesa desocupada junto a esta— y contempló, pensativo, el ajetreo del patio. Se negaba a profundizar en la contrariedad que le suponía la culpabilidad de Lynette, no deseaba escarbar en su corazón. La traición de Margaret le había enseñado una dura lección.

Vio pasar a Maurice y Camila. Algo debía haber sucedido entre ellos, pues él caminaba delante y ella lo seguía en silencio. Frunció el ceño. Esperaba que no fuese él el motivo de esa distancia, por haberle revelado a la joven parte del pasado de Maurice.

Aguardó a que entraran y alzó la mano para llamar su atención. Apenas se sentaron, un mozo acudió a tomar la orden.

—Espero que el paseo le haya sentado bien, señorita Lockwood.

Ella esbozó una sonrisa que, sin embargo, no alcanzó sus ojos.

—Sí. Gracias por su preocupación. No estoy acostumbrada a viajar tanto tiempo en coche.

—Y me temo que la compañía no ha sido demasiado agradable, sobre todo en el viaje de vuelta, dadas las circunstancias —comentó, apesadumbrado. Luego se volvió hacia Maurice—. ¿Qué es lo que piensas hacer?

—No lo sé —respondió, tras unos instantes de silencio. Tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza. Además del robo de su diseño, también estaban la carta de su padre y sus sentimientos por Camila. Y se daba cuenta de que esto último era más importante para él que el resto.

Les llevaron la comida y Alfred hizo lo posible para aligerar el ambiente con su conversación, aunque le resultó difícil ante el mutismo en el que parecían haberse sumergido sus compañeros. Por eso, cuando volvieron a subir al carruaje, optó por mantenerse al margen y fingir que dormía.

***

Camila no se percató de que se había quedado traspuesta hasta que el coche se detuvo con una brusca sacudida. Abrió los ojos y se horrorizó al comprobar que su cabeza descansaba sobre el hombro de Maurice. El rubor coloreó sus mejillas. Miró al señor Lawson que, por fortuna, aún continuaba dormido.

—Lo lamento —se disculpó, avergonzada.

—Yo no —replicó él, con una insinuación de sonrisa en los labios.

Ella no supo cómo responder a esa picardía. Además, en ese momento se dio cuenta de que Maurice sostenía su mano entre las suyas —debía habérsela cogido mientras dormía— y jugueteaba con sus dedos, provocándole un delicioso estremecimiento que le

encogió hasta los de los pies. Dudó si retirarla, porque no deseaba que lo interpretara como un gesto de rechazo, aunque mantenerla tampoco era un comportamiento adecuado para una joven soltera. Lo miró a los ojos y descubrió en ellos una súplica silenciosa. Era como ver a alguien ahogándose mientras pedía ayuda a gritos.

Deseó consolarlo, estrecharlo con fuerza entre sus brazos y decirle que todo iba a estar bien. Sin ser consciente de ello, se inclinó hacia él, atrapada por el brillo esmeralda de su mirada y la suavidad de sus labios, que deseaba sentir de nuevo sobre los suyos. Sus alientos se mezclaron.

—¿Ya hemos llegado a Londres?

La voz de Alfred casi hizo que saltara en el asiento. Se apartó con brusquedad y se asomó por la ventanilla, como si de verdad tuviera necesidad de comprobar que, en efecto, se hallaban ya en Londres.

—Hace unos instantes —confirmó Maurice—. Debías estar profundamente dormido para no haberte dado cuenta de la fuerte sacudida cuando nos detuvimos.

Alfred le dirigió una sonrisa intencionada, comprendiendo que él había sabido, en todo momento, que se encontraba despierto.

—Pues sí, he dormido el sueño de los justos —repuso burlón.

Maurice sacudió la cabeza en respuesta y se limitó a abrir la portezuela del vehículo para que su amigo descendiera. Luego bajó él y se giró, ofreciéndole la mano a Camila para ayudarla. Pensó que tal vez se negaría a aceptarla, pero ella posó con suavidad la palma sobre la suya y aquel ligero contacto, aunque fuese a través de los guantes, agitó las profundidades de su alma. Ella era todo lo que necesitaba para ser un hombre completo.

Cuando la soltó, renuente, sintió la pérdida de su calor como un dolor casi físico que le atravesó el pecho. Apretó los labios con fuerza y se encaminó hacia la tienda, pendiente en todo momento

de Camila.

Apenas entraron en el local, los ojos de todas las dependientas se posaron sobre ellos y una tensión palpable flotó en el aire. De un solo vistazo se percató de que apenas había un par de clientas, pero, aunque la presentación de su diseño para el vestido de la princesa parecía haberse convertido en un secreto a voces —a juzgar por las miradas de sus empleadas y del rostro ansioso de la señora Pickleford, que se acercaba a él con un trotecillo poco digno de sus años—, no le beneficiaría que sus clientas lo descubriesen. La corte era muy severa con respecto a desvelar información confidencial.

—Bienvenido, monsieur Durand —saludó la mujer, observándolo ansiosa.

—Muchas gracias, señora Pickleford. ¿Ha tenido algún problema en mi ausencia?

—Todo ha estado tranquilo, como siempre —respondió. Parecía no saber qué hacer con las manos, que las movía con nerviosismo, pasando de alisar las faldas de su vestido a toquetear los anteojos que llevaba colgados al cuello—. Bueno, hemos tenido cuatro pedidos más, dos de ellos de nuevas clientas.

—Sin duda, son buenas noticias —aseveró complacido, ignorando la creciente ansiedad de la mujer—. Estaré en mi despacho, le ruego que nadie me moleste por el momento.

—¡Oh! Claro, por supuesto. —Su tono sonó decepcionado, si bien mantuvo la compostura—. Me encargaré de ello.

Maurice asintió. Se volvió hacia Camila, para indicarle que lo siguiera, y se encontró con un gesto desencantado en su rostro. No necesitó palabras para comprenderlo.

—Se lo agradezco. —Carraspeó, aclarándose la garganta, y se frotó la nuca—. El señor Lawson les contará los detalles de nuestra

visita.

Miró a este, que compuso una mueca de fastidio, y le advirtió de no hablar demasiado. Alfred emitió un suspiro de resignación.

—Señora Pickleford, ¿por qué no prepara un poco de té y algunas de esas deliciosas galletas que tiene para ocasiones especiales? —le dijo a la mujer, esbozando su sonrisa más encantadora. Echó un vistazo a su reloj de bolsillo—. Hoy cerraremos la tienda un poco antes. Podemos reunirnos en el taller, es más espacioso, y estoy seguro de que la señora Bertram y las muchachas también querrán conocer los detalles.

—Enseguida, señor Lawson —aceptó, entusiasmada, moviéndose con celeridad para prepararlo todo.

Alfred contempló a Camila y Maurice subir las escaleras hacia el despacho de este, y una nube de preocupación nubló su semblante.

—Espero que mi pequeño sacrificio valga la pena.

Capítulo 21

Camila cerró la puerta tras ella. Se quitó el sombrero y los guantes y permaneció allí, observando a Maurice mientras este depositaba sobre la mesa los papeles que llevaba y se despojaba de su abrigo. Con cada peldaño que había subido hasta llegar al despacho, no había dejado de preguntarse si estaba haciendo lo correcto. ¿Qué derecho tenía a obligarlo a contarle acerca de su pasado?

Entre ellos no había más relación que la existente entre un patrón y su empleada. El hecho de que ella lo amara no le otorgaba ningún derecho sobre él. Además, sabía que el beso que habían compartido y la manera afectuosa en que Maurice la trataba podrían no significar nada para él. Aunque se había criado en un orfanato, no era tan inocente como para no saber eso, pues los barrios marginales y paupérrimos de Londres eran una escuela, donde la primera asignatura que se aprendía era la vida misma. Sus habitantes hablaban sin pudor de sus problemas, quizá para hacerlos más llevaderos. No se arrepintió cuando abandonó esa zona para trasladarse a Holborn, pero nunca olvidaría las lecciones que le habían enseñado el barrio y sus gentes.

Y una de ellas era que el deseo no era lo mismo que el amor:

mientras que el hombre entregaba su cuerpo, la mujer entregaba su alma, y por eso casi siempre salía perdiendo, con el corazón roto.

Tomó una honda inspiración, dispuesta a decirle que no necesitaba que le contara acerca de su pasado, aunque no llegó a hacerlo, pues él habló primero.

—Ten —le dijo, tendiéndole un sobre.

Ella se acercó vacilante, dejó el sombrero y los guantes sobre el escritorio y tomó la carta. Esta portaba un sello lacrado, que había sido abierto. La misiva provenía de París y el remitente era un vizconde. No se atrevió a leer su contenido, pues no creía que fuera esa la intención de Maurice al ofrecérsela, aunque quizá se trataba tan solo de una cuestión de negocios y ella había malinterpretado la situación, creyendo que la había llevado allí para abrirle su corazón.

—¿Qué es esto? ¿Quién es monsieur Armand de Villeneuve? —Lo miró sin comprender.

Maurice parecía estar haciendo un esfuerzo por mantener la calma, pero a sus ojos asomó un gélido brillo cuando ella pronunció aquel nombre.

—Es mi padre —respondió con un matiz de aspereza en su voz.

La ominosa confesión provocó que Camila se tambaleara. Apenas fue consciente de que él la sujetaba del brazo y la conducía hasta una de las sillas que había frente al escritorio para que tomara asiento, mientras él permanecía de pie.

Inspiró una profunda bocanada de aire. Si lo hubiera pensado un poco, se habría dado cuenta de la verdad. Su porte, su elegancia natural, los finos modales... No era solo un caballero, sino un noble. La clase más lejana a la suya en la escala social. Ella podía ser un entretenimiento para él, pero jamás podría convertirse en algo más. Apretó los puños contra la falda de su vestido para evitar que el dolor que sentía, afilado, lacerante, se vertiera en lágrimas.

El silencio los envolvió durante unos instantes que a él se le antojaron eternos. Al ver que ella no decía nada, continuó:

—Mi nombre es Maurice Étienne de Villeneuve. Durand es el apellido de soltera de mi madre, lo adopté cuando abandoné París.

—Tu madre...

—Murió cuando yo tenía diez años.

—Lo lamento.

Él sacudió la cabeza.

—Ha pasado ya mucho tiempo. Además, fue lo mejor para ella —añadió con un tono que destilaba amargura y que a Camila le apretó el corazón—. Mi padre es un hombre duro e inflexible que da más importancia a la reputación que a los afectos. Creo que nunca amó a mi madre. Ella era de constitución débil y enfermó tras darme a luz. Puesto que ya tenía el heredero que necesitaba, todo lo que hizo mi padre fue proporcionarle un galeno para que la atendiera. Jamás se preocupó de visitarla y las pocas ocasiones en que acudió a su dormitorio la trataba con fría indiferencia. La vi llorar en numerosas ocasiones, a escondidas, porque él me prohibió verla. —Se interrumpió, sin saber cómo aliviar el nudo que le oprimía el pecho. A pesar de los años que habían pasado, todavía le dolía no haber podido hacer nada por ella, no haber estado a su lado—. Creo que mi madre murió de soledad.

Camila experimentó una profunda tristeza por el niño que fue, pues estaba segura de que él también se había sentido solo. Cuando murieron sus padres, ella tenía al menos a sus hermanas.

—Lo siento. Debió de ser difícil para ti.

Él se acercó hasta uno de los maniquíes que había en la estancia, situado junto al sofá, y acarició con emoción la seda que lo cubría.

—Me crio mi abuela. Ella también era costurera. —Giró la cabeza para mirarla por encima del hombro y una sonrisa colmada de

ternura curvó sus labios, aunque enseguida volvió a centrarse en la tela—. Mi abuelo se enamoró de ella en el instante en que la conoció, y desafió a sus padres y a la nobleza parisina para poder casarse con Margot.

—¿Lo hizo? —Quiso saber. La esperanza se había abierto camino entre la dolorosa maraña de espinas que rodeaba su corazón. «¡Oh, Dios! Si él me amara del mismo modo... ¿Vas a arrebatarme también este poco de felicidad?», suplicó en su interior.

Maurice se volvió hacia ella y asintió como respuesta. La mirada que posó en su rostro estaba llena de mudas palabras convertidas en anhelo. Deseó que las pronunciara en voz alta y acabara con su agonía; sin embargo, vio cómo se contenía. Tal vez aquel no fuera el momento. Tal vez este nunca llegase.

—Lo logró gracias a su esfuerzo y, en parte también, gracias al espíritu romántico de los franceses, que quedaron conmovidos por su historia de amor. Fue ella quien me enseñó todo lo que sé —continuó tras una breve pausa—, la que hizo que quisiera convertirme en modisto. Me enseñó a manejar la aguja, a «sentir» las telas... siempre decía que tenían un lenguaje propio y que debía aprender a escuchar su alma. Aunque por entonces yo era solo un niño, aquel se convirtió en mi sueño: quería crear diseños únicos para las damas de la alta sociedad.

—Pero tu padre se opuso —adivinó ella, por lo que le había referido sobre el vizconde.

—Por decirlo suavemente —replicó Maurice, esbozando una mueca de desagrado—. Se puso furioso y amenazó con enviarme a un internado. Me prohibió ver a mi abuela, del mismo modo que había hecho con mi madre, e incluso se atrevió a golpearme.

—Aun así, conseguiste tu sueño.

—Cuando cumplí dieciocho años tuve una fuerte discusión con mi

padre y me marché de casa. Entonces comencé a trabajar en la firma de Charles Frederick Worth como aprendiz. Aprendí mucho de él. —Dejó escapar un suspiro cansado y caminó hacia el ventanal. Observó a los transeúntes y se fijó en el hombre que estaba apostado en un callejón, medio oculto—. Pero ya te he dicho que el vizconde es un hombre inflexible. Amenazó con desheredarme, aunque yo sabía que no lo llevaría a cabo. Para mi padre, el honor familiar es lo más importante, jamás permitiría que el título pasara a manos de alguien que no llevara sangre de los Villeneuve. Por eso quiso dañar la reputación de mi mentor. Lo intentó, al menos. Sin embargo, Worth tenía clientas muy poderosas, por lo que mi padre no logró lo que quería, así que se dedicó a frustrar todos mis intentos por prosperar.

La amargura que teñía su voz hizo que Camila deseara acudir a su lado y abrazarlo con fuerza. Pero se contuvo. No era su esposa, ni siquiera su amante. No tenía ese derecho.

—Deberías estar orgulloso de todo lo que has conseguido con tu esfuerzo y perseverancia.

Él no dijo nada y el silencio se cernió sobre ellos como un velo mortuorio. Camila pensó que no añadiría nada más, aunque no fue así. Parecía que solo necesitaba un poco de tiempo.

—¿Aunque haya sacrificado a otras personas para obtenerlo? Yo... Estaba demasiado enfadado con mi padre. Lo odiaba por no apoyarme en mis sueños y por todos los problemas que me causaba. Era joven, tenía veintiún años, y solo quería vengarme. —Se percibía la tensión en sus hombros, como si estuviera cargando un enorme peso—. Colette trabajaba como costurera en el taller de Worth. Era una joven bonita y tímida, dos años menor que yo, y nos entendíamos muy bien. Le tenía afecto, aunque no la amaba, al menos no como debería haberlo hecho. Le propuse matrimonio y le

prometí que la haría feliz. Nos casamos en una ceremonia sencilla e íntima y, tal como supuse, fue un duro golpe para el vizconde, que no aceptaba que la sangre de los herederos de los Villeneuve se mezclara con la de los plebeyos —declaró con un marcado sarcasmo.

Camila sentía el peso, casi palpable, de la culpabilidad de él. Era como una pesada losa que cayó sobre su propio corazón, acrecentando el dolor y la tristeza que ya cargaba sobre sí. Quizá debería haber dejado las cosas así, pero ahora que la herida estaba supurando, era mejor que arrojara fuera todo el veneno. De este modo, podría comenzar a sanar.

—¿Cómo... cómo murió ella?

La pregunta hizo que Maurice se volviera hacia la joven con brusquedad. Su semblante había adquirido tal dureza que dio la sensación de estar labrado en piedra.

—¿Quién te dijo...? Alfred, por supuesto —se respondió a sí mismo.

—Él solo me dijo que estuviste casado —lo disculpó. Esperaba que aquello no perjudicase la amistad entre los dos hombres—. Deduje que habría fallecido porque no eres la clase de hombre que abandonaría a su esposa.

Una carcajada hueca y áspera precedió a su declaración. Era una risa tan desposeída de alegría que le resultó dolorosa. Sin embargo, no era ese el momento para preocuparse por sus propios sentimientos. Maurice necesitaba que alguien lo perdonara, porque él no podía perdonarse a sí mismo, fuera cual fuera la culpa que lo ahogaba. Sin ese perdón, sería incapaz de avanzar hacia ese futuro que había soñado desde niño.

—Te dije una vez que no era el hombre que tú creías... —le recordó él. Tras unos instantes de silencio, añadió con una voz espesa—: Yo la maté. Y cargaré con ese peso durante el resto de mi

vida.

Miró a través de la ventana, aunque en ese momento era incapaz de ver nada a causa de las lágrimas que emborronaban su visión. Sabía que hacía lo correcto al contarle su pasado a Camila y mostrarle su fragilidad, pues el amor no podía edificarse sobre cimientos falsos o, tarde o temprano, todo se vendría abajo.

Escuchó el leve sonido de la silla al desplazarse y el ligero rumor de sus pasos, amortiguados por la alfombra. El temor a volverse y ver cómo abandonaba la estancia, quizá horrorizada por su confesión, hizo que el corazón le latiera dolorosamente en el pecho y resonara en sus oídos como el redoble de un tambor en una marcha fúnebre. Apretó las manos sobre el alféizar de la ventana hasta que los nudillos se le pusieron blanquecinos.

Sus ojos destilaban una infinita tristeza y los cerró con pesar. En medio de esa oscuridad y el silencio que lo rodeaba, percibió de pronto su presencia, como una cálida luz que alumbrara su camino, abriéndose paso entre las sombras de su alma. Notó la suavidad de la palma de su mano sobre la mejilla y abrió los ojos, girándose hasta quedar frente a ella. Su mirada era limpia y clara, rebosante de fe en él. Sus labios dulces, que él anhelaba sentir de nuevo contra los suyos, esbozaban una sonrisa de aliento.

—Camila...

Ella dejó caer la mano y lo abrazó, recostando la cabeza contra su pecho, justo donde su corazón latía con fuerza.

—Cuéntame qué sucedió.

Maurice la estrechó entre sus brazos, como si fuera su tabla de salvación en medio de la tempestad que agitaba su alma.

—Era joven y egoísta, y tenía un sueño. Colette siempre me alentó a perseguirlo. —Posó con suavidad los labios sobre el cabello de Camila e inspiró hondo. Un aroma a flores y a mujer inundó sus

fosas nasales, serenándolo—. Al principio éramos felices. Vivíamos en una pequeña casa y trabajábamos en el taller de Worth, con la esperanza de que algún día tendríamos nuestro propio negocio de costura. Pero mi padre continuó interfiriendo en mi vida, diciéndome que avergonzaba a la familia y que me hundiría en la miseria. A él solo le preocupaba convertirse en el hazmerreír de la nobleza parisina.

—¿Tu abuela no te apoyó? —le preguntó. Ella, mejor que nadie, debería haberlo comprendido.

Maurice se distrajo con las caricias de Camila en su espalda. Estaba convencido de que ni siquiera era consciente de lo que estaba haciendo.

—Margot no quiso tomar partido por ninguno de los dos. Al principio, me enfadé por ese motivo y dejé de hablarle. Con los años entendí que fui injusto con ella. —Sin embargo, su orgullo le impidió escribirle para pedirle perdón, y lo cierto era que la echaba mucho de menos—. En una de las ocasiones en que volví a enfrentarme con mi padre, lo amenacé con renunciar al apellido Villeneuve, así podría buscar un heredero más adecuado que yo. Quizá porque ya lo había desafiado, casándome con Colette, tomó en serio mis palabras y me prometió que me aceptaría si me convertía en alguien como Worth, que se codeaba con la realeza.

—Y tú aceptaste el desafío.

—Sí. Me obsesioné con él y comencé a descuidar a mi esposa. Casi no pasaba tiempo con ella, absorbido por el trabajo, y aunque seguía animándome a alcanzar mi sueño, la soledad la iba asfixiando. Sin darme cuenta, acabé comportándome de la misma forma que mi padre. Colette dejó de contarme sus preocupaciones y se convirtió en una presencia silenciosa y taciturna en mi vida, mientras yo conseguía granjearme el favor de algunas damas de la

nobleza. Compartíamos la misma casa, pero era como si viviéramos en mundos distintos. Una noche llegué a la casa antes de lo habitual... —Se interrumpió un instante y tuvo que tragar saliva para continuar. Notó cómo Camila lo estrechaba con más fuerza entre sus brazos, como si quisiera protegerlo de sí mismo, y la amó aún más por ello—. Colette... se había ahorcado. Me dejó una carta, en la que me pedía perdón por haber sido una carga para mí. Sus últimas palabras fueron: «Prométeme que lucharás por alcanzar tu sueño».

Se calló abruptamente y sintió en los labios el sabor salado y amargo de las lágrimas que descendieron por sus mejillas cuando Camila lo besó con una dulzura sanadora.

¿Cuánto tiempo hacía que no lloraba como un niño? Quizá desde la misma noche de la muerte de Colette.

Capítulo 22

El tono inexpresivo con el que Maurice acababa de hacer aquella terrible confesión no engañó a Camila. Cada músculo tenso de su cuerpo proclamaba el dolor que intentaba contener a fuerza de voluntad.

Ella sabía bien que aquello no podía derivar en nada bueno. Anestesiar el dolor con la indiferencia para tratar de olvidar el pasado solo provocaba que este se enquistase en el corazón como un absceso purulento que podía romperse en cualquier instante, envenenando la mente. Lo había visto en su hermana Rose, con la que más tiempo había pasado en el orfanato, ya que apenas se llevaban un año de diferencia. Se había aislado de tal manera para no sentir el dolor que poco a poco había ido perdiendo incluso los recuerdos. Olvidó a su madre, a Violet y a Melissa; olvidó la letra de la canción con la que siempre se dormían, y —estaba segura de ello — ya la habría olvidado también a ella.

Y aunque a veces el dolor era inevitable, no quería que le sucediera lo mismo a Maurice. Se apartó un poco de él y, alzándose sobre la punta de sus pies, dejó un beso suave sobre sus labios, que tenía el sabor del perdón que tanto necesitaba. Lo miró y vio que el

verdor de sus ojos se había humedecido, como campos bañados por el rocío de la mañana. Luego, rompió a llorar.

Lo abrazó con fuerza y él escondió el rostro en su cuello. Lo sostuvo con paciencia y ternura hasta que drenase todo el dolor que ocultaba dentro. Cuando se enderezó, acunó sus mejillas, limpiando las lágrimas con los pulgares, mientras lo contemplaba con mirada firme y sincera.

—No fue culpa tuya —le aseguró, aun sabiendo que sus palabras no podían borrar de un plumazo tantos años sintiendo el peso de la culpabilidad—. Tú no la mataste.

—Pero, si le hubiera prestado más atención, Colette... ella no...

—Lo que sucedió fue horrible, Maurice, pero los problemas no se arreglan guardando silencio. Colette debería haberte dicho cómo se sentía para que hubierais buscado juntos una solución. Eso es lo que hacen las personas que se aman.

Él dejó escapar un suspiro trémulo. Comprendió que tenía razón, porque el amor que sentía por ella había sido el motivo por el que había decidido contarle la verdad sobre su pasado. A pesar de lo ocurrido, y aunque nunca podría perdonarse del todo a sí mismo y siempre lamentaría no haberla amado como se merecía, ahora podía entender que no debía cargar él solo con toda la culpa de lo sucedido. Sintió cómo se rompían dentro de él las cadenas que lo habían mantenido prisionero durante demasiado tiempo y una sensación de libertad expandió su pecho. Tomó una de las manos de Camila, que aún mantenía apoyada en su mejilla, y besó su palma.

—Por eso he querido contarte todo... —Con delicadeza, sus labios recorrieron la suavidad de su piel hasta donde latía con rapidez el pulso en la muñeca. Luego, entrelazó sus dedos, alzó la cabeza y la miró a los ojos, permitiendo que la verdad asomara a los suyos—. Porque te quiero, Camila Lockwood, más de lo que nunca imaginé

que llegaría a amar a nadie. Y no deseo cometer los mismos errores del pasado. Esta vez no quiero perder a la mujer que amo... Si me aceptas.

Una sonrisa radiante iluminó el rostro de Camila.

—Te acepto, Maurice, tal y como eres. Con tu pasado y tu presente. —La voz se le entrecortó por la emoción. Su corazón latía con fuerza, pero emitía un sonido dulce, pleno. El vacío que sentía desde los cinco años acababa de llenarse hasta rebosar con los sentimientos de él. El amor que siempre deseó había llegado a su vida como lluvia fina, tibia y delicada que caía tras una fuerte tormenta mientras el sol rompía entre las negras nubes, mostrando un rayo de esperanza—. Quiero formar parte de tu futuro. Te amo.

Exhaló un suspiro de rendición cuando él inclinó la cabeza y saboreó la dulzura de sus labios. Su beso era delicado; su boca, ardiente. Notó la firmeza de su brazo cuando le ciñó la cintura, acercándola más a él. Afuera, Londres continuaba rugiendo, distante e indiferente. Allí dentro, sin embargo, no existía más mundo que el pequeño espacio entre sus cuerpos.

Deslizó las manos por sus hombros y rodeó la firme columna de su cuello, acariciando con los dedos la línea de su cabello. Él profundizó el beso, y la calidez que sentía en el pecho la envolvió por completo, como si su piel estuviera ardiendo al rojo vivo. Cada roce de su lengua provocaba que una llamarada estallase en su interior, concentrando el calor en sus senos, demasiado sensibles. Todo su cuerpo vibraba por la necesidad de sentir las manos de Maurice sobre la piel caliente, para que apagara el fuego del deseo que la consumía. Él la besaba con un hambre hecha de necesidad, ternura y reverencia.

Maurice se apartó de la joven un instante y apoyó su frente contra la de ella, el aliento aún acelerado.

—Camila... —musitó con la voz enronquecida.

La necesitaba más de lo que podía alcanzar a comprender. Ella era su luz. Había tomado los pedazos rotos de su alma y los había unido con costuras de amor. Cada puntada, realizada con hilos de dulces sonrisas, de confianza, de preocupación por él, le había devuelto la fe en sí mismo. Por eso deseaba cuidarla, protegerla y amarla como se merecía. Y aunque lo consumía el deseo de hacerla suya, aquel no era el momento ni el lugar. Tenía que enfriar su ardor.

Su nombre sonó a súplica en sus labios y Camila pudo ver en sus ojos la lucha que mantenía consigo mismo. Deslizó los dedos por su mejilla, sintiendo todavía la humedad reciente de sus lágrimas.

—Solo por hoy —le dijo, atreviéndose a rozar su labio inferior con el pulgar—, permíteme ser un poco egoísta.

Maurice dejó escapar un leve gemido contenido, cargado de alivio y anhelo, ante aquel gesto de seductora inocencia y se apoderó de su boca. La besó con una dulzura que contrastaba con la intensidad de segundos antes, en un beso destinado a perdurar más allá de aquel instante. El mundo pareció detenerse mientras sus labios se encontraban de nuevo unidos en una caricia lenta, profunda y llena de un sentimiento que apenas comenzaba a desplegar su fuerza. Subió una mano con lentitud por la espalda de ella, deteniéndose justo entre sus omóplatos, mientras con la otra recorría su cintura y el contorno de su pecho, como si quisiera memorizar cada fragmento de su cuerpo, cada curva y cada temblor que la recorría bajo sus caricias.

Ella lo hacía sentirse más vivo que nunca, le hacía creer que el futuro que tenían por delante podía ser hermoso. Se apartó con renuencia, para que ambos recuperaran el aliento.

Camila, enseguida, echó de menos su calor. Se concentró en recuperar la respiración y lograr que su corazón se calmara, aunque

no sabía si podría hacer lo mismo con la necesidad que aún vibraba en su vientre y en sus senos, sobre todo, después de la manera en que él le había rozado el costado. Buscó sus ojos. El brillo nuevo que descubrió en ellos —una mezcla de devoción, alivio y un amor tan vasto que parecía desafiar todo el dolor que lo había forjado— fue suficiente para que entrase de nuevo en calor. La calidez que llenó su pecho traía consigo una promesa y puso lágrimas en sus ojos. Parpadeó para contenerlas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Maurice, tomando sus manos, y rozó con los labios el dorso de estas.

—Tengo miedo de que esta felicidad se desvanezca igual que un sueño —le confesó, esbozando una sonrisa trémula. La soledad había grabado una herida profunda en su corazón a lo largo de los años y apenas comenzaba a cicatrizar.

—No lo hará. —Enmarcó su rostro entre las manos y se hundió en el otoño de su mirada—. Juntos venceremos todos los obstáculos que se nos presenten.

Ella quería creer en él, pero la vida le había enseñado que, tarde o temprano, todos se marchaban, y había aprendido a no aferrarse a nada ni a nadie, sino a sí misma. Sin embargo, del mismo modo que aún luchaba por encontrar a sus hermanas, lucharía por permanecer junto a Maurice todo el tiempo que pudiera. «Ojalá fuese toda la eternidad», pensó. Una nota de tristeza y melancolía se posó en su alma como el pájaro en las ramas desnudas de un árbol en invierno.

—Debería volver al trabajo —señaló. Habían pasado demasiado tiempo encerrados en el despacho y no quería que las empleadas levantaran rumores que pudieran afectar a Maurice—. Y tú también.

—Sí, tienes razón. —Dejó escapar un suspiro de frustración y la soltó con lentitud.

—¿Qué vas a hacer respecto al robo? —Quiso saber.

Aunque ya no tenían que preocuparse por el diseño del vestido nupcial, quien lo hubiera robado podría seguir haciéndolo con cualquiera de los otros bocetos que creara, y eso sería terrible. Por otro lado, no deseaba creer que alguna de las muchachas de la tienda o del taller pudiera haberlos traicionado.

—Realizaré una investigación, y cuando averigüe quién ha sido, me plantearé qué hacer. —Se necesitaban pruebas reales para acusar a alguien, no meras conjeturas. Vio cómo Camila asentía y la observó mientras se dirigía al escritorio para recoger su sombrero y sus guantes. Antes de que saliera por la puerta, la detuvo—. Señorita Lockwood, ¿le apetecería cenar esta noche conmigo?

Lo miró con ojos brillantes; sin embargo, se tomó con calma la respuesta. Sabía que durante el día les resultaría difícil pasar tiempo juntos a causa del trabajo, pero tampoco le agradaba la idea de encontrarse con él solo por las noches, como si debieran mantener sus sentimientos en secreto. Había conocido a demasiadas jóvenes que habían disfrutado de encuentros clandestinos con hombres que decían amarlas y que habían terminado abandonándolas por causa de un embarazo o por cualquier otra mujer.

—Iremos a un restaurante. —Lo escuchó añadir, como si comprendiera sus dudas y buscara tranquilizarla—. Me gustaría que probaras la comida francesa. Luego me encargaré de que llegues sana y salva a casa.

—Será un placer, monsieur Durand —aceptó, ejecutando una perfecta reverencia.

Maurice continuó sonriendo aun después de cerrarse la puerta. Tras unos instantes, se dio la vuelta y miró de nuevo la calle a través del ventanal, preguntándose si esta vez la felicidad volvería a mostrarse esquiva con él. Localizó al hombre que se mantenía medio oculto en uno de los callejones. Soltó un improperio al darse cuenta

de que Camila y él habían permanecido junto a la ventana casi todo el tiempo, por lo que era probable que los hubiera visto. Tensó la mandíbula, molesto por haber cometido aquel error —del que no podía culparse más que a sí mismo y al deseo que acicateaba la sangre en sus venas—, e intentó calmarse. Al fin y al cabo, el amor que sentía por Camila no era algo que quisiera ocultar. El hombre alzó la vista en ese momento y sus miradas se cruzaron. Maurice le hizo una señal.

Poco tiempo después, sonaron unos golpes en una puerta a ras de pared, cubierta con el mismo papel pintado con el que estaba decorado el resto de la estancia, de tal forma que era casi imperceptible a simple vista. Conducía a un estrecho pasillo que terminaba en una escalera que descendía hasta el piso inferior y que daba a la parte trasera del edificio. Allí había un estrecho callejón, por el que accedían a la trastienda los mozos que traían mercancía.

El joven que entró, tras otorgarle el permiso, vestía como cualquier trabajador común. Resultaba anodino y no llamaba en exceso la atención, a no ser que uno se fijara en sus ojos, de un tono gris tormentoso, que destilaban una sagacidad fuera de lo común. Su cuerpo atlético y musculado habría captado la admiración de más de una muchacha, si no fuera porque lo mantenía oculto bajo una holgada y raída chaqueta. Aun así, lo que más destacaba en él era la confianza que exudaba. No había nada servil en sus movimientos ni en sus palabras.

—Buenos días, señor Durand —saludó, al tiempo que retiraba la gastada gorra que cubría su cabeza, dejando al descubierto una abundante mata de cabello oscuro.

Maurice respondió a su saludo con un ligero cabeceo y lo invitó a tomar asiento.

—Señor Jagger, necesito que me ayude con un problema.

—¿De qué se trata?

—De un robo.

El tono gris de sus ojos se volvió más intenso durante un breve instante, aunque ningún otro cambio se reflejó en su semblante. Ese control que mantenía sobre sí mismo fue lo que hizo que Maurice se decidiera a contratarlo cuando buscó una agencia de detectives.

—Usted dirá.

Le contó todo acerca de la desaparición del diseño que había creado y cómo había descubierto el hurto, aunque no le comentó que el boceto iba destinado a la reina Victoria y a su hija, la princesa Louise.

—Entonces, según lo que parece, una de las personas que trabajan para usted debió copiar el diseño para entregárselo, o vendérselo, a esa modista, la señora...

—Margaret Whitby —completó él—. Sí, así es, y quiero que descubra quién ha sido.

—Muy bien. Necesitaré una lista de su personal.

Maurice sacó de su cajón una copia que tenía y tachó los nombres de Camila y Alfred. Luego se la entregó. Jagger le echó un vistazo y la dobló, antes de guardarla en el bolsillo de su chaqueta.

—Me pondré de inmediato con ello y le informaré en cuanto tenga algo. —Se puso de pie y se caló la gorra—. ¿Quiere que siga manteniendo la vigilancia sobre la joven que me pidió?

—Sí —convino. No quería dejar a Camila desprotegida por si acaso aquel individuo volvía a aparecer—. Ella... es muy importante para mí. Si necesita contratar a alguien más...

—No se preocupe, puedo arreglármelas solo. —Se dirigió hacia la puerta por la que había entrado—. Que tenga un buen día, señor Durand.

Capítulo 23

Mayo de 1870

El carruaje de alquiler se detuvo en la calle y alguien retiró la cortinilla del interior para mirar hacia afuera.

—¿Estás segura de que es aquí?

La acompañante de la mujer asintió.

—Es la tienda de monsieur Durand.

—Bien, pues vamos allá.

Descendió del vehículo, ayudada por la joven que la acompañaba, y se apoyó en el bastón mientras esta pagaba al cochero. Observó la fachada del edificio y el sugerente escaparate, en el que algunos maniquíes lucían elegantes vestidos de seda.

Cruzaron la calle y se detuvieron frente a la entrada del establecimiento. La dama se soltó del brazo y enderezó la espalda. El tintineo de una suave campanilla anunció su ingreso en el local; sin embargo, ninguna de las empleadas se acercó a ellas. Había demasiado ajetreo y las dependientas andaban de un lado a otro cargando vestidos y sombreros para que las clientas se los probaran. La élite de Londres había regresado de sus casas solariegas en el campo para disfrutar de la temporada social en la capital. Las hijas

en edad casadera necesitaban varios vestidos, de día y de noche, para intentar captar la atención de los caballeros a los que conocerían en las veladas musicales, los bailes, los paseos por Hyde Park o las carreras en Ascot.

—Hay... demasiada gente —comentó la joven, un tanto sobrepasada por la situación—. Tal vez deberíamos volver en otro momento.

—No, está bien. Quiero verlo todo.

—Como desee, pero déjeme al menos buscarle un lugar para sentarse.

Asintió, distraída, a las palabras de su acompañante y paseó la mirada por el lugar. Estaba decorado con buen gusto y sencillez. Los suaves colores de las cortinas y el tapizado, junto con el aroma floral que flotaba en el aire, otorgaban al ambiente una calidez y serenidad que convertían el espacio en un lugar acogedor. Echó un vistazo a los vestidos que lucían los maniquíes y la elegante caída de las sedas atrapó su atención.

Los murmullos de las conversaciones aumentaron de pronto el volumen y buscó el motivo que había provocado el sutil cambio en la atmósfera. Un hombre joven y apuesto descendía por la escalera central, acompañado por una mujer de facciones delicadas y dulces. Ella dijo algo y el rostro del hombre se iluminó con una sonrisa genuina. Al verla, una profunda emoción provocó que le doliera el pecho. Se movió hacia un rincón, donde podía pasar más desapercibida.

—Hacen buena pareja, ¿no es cierto?

—*Oui* —respondió Margot, sin darse cuenta de que había utilizado el francés. Sus ojos se empañaron por la emoción. Había pasado demasiado tiempo. Su nieto se había convertido en un hombre. Miró a la joven que lo acompañaba—. ¿Quién es?

Lady Hardwicke observó a la anciana dama con curiosidad.

—La joven se llama Camila Lockwood, es costurera y una excelente sombrerera —la alabó mientras veía cómo algunas de las damas se acercaban a la pareja para conversar sobre sus vestidos o pedir consejo—. Él es monsieur Durand, un excepcional modisto. Pero creo que eso usted ya lo sabía, ¿no es cierto, madame? —añadió, volviéndose hacia ella con una mirada elocuente, pues había notado el parecido familiar.

Margot cerró con fuerza los dedos sobre la fría empuñadura de piedra de ónix de su bastón.

—Por favor, le ruego que no diga... Yo...

—No se preocupe —se apresuró a tranquilizarla al ver la repentina agitación que la embargó—. No era mi intención inquietarla. Permítame que me presente, soy lady Hardwicke.

Margot la contempló sin saber muy bien qué decir. Había acudido a la tienda dispuesta a hablar con Maurice para arreglar las cosas con él, aunque al ver la felicidad que irradiaba y lo bien posicionado que se encontraba entre la sociedad londinense tuvo miedo de que no necesitara sus explicaciones, que quizá sonarían a excusa, ni su ayuda. A pesar de todo, quería saber más acerca de él, sobre lo que había hecho durante todos los años que no se habían visto y sobre aquella joven costurera, que le recordaba demasiado a sí misma.

—Yo...

—Disculpe, madame —la interrumpió su acompañante, acercándose a ellas y dirigiendo una educada inclinación de cabeza hacia la dama inglesa—. No he encontrado ningún lugar disponible para que se acomode.

Margot le dirigió una sonrisa afectuosa.

—No pasa nada, *ma chérie*. Creo que es mejor que no nos quedemos. No me encuentro muy bien.

—Buscaré un carruaje de inmediato.

La joven se acercó solícita para sostenerla del brazo y ayudarla a salir del establecimiento. Lady Hardwicke percibió el cariño con que trataba a la anciana. La mujer le inspiró ternura. Aunque su aspecto era frágil, en el verde apagado de sus ojos aún brillaban rescoldos de una fortaleza indomable, la de quien había sufrido demasiado y, pese a todo, había sobrevivido con entereza.

—Madame, mi carruaje se encuentra cerca —ofreció con amabilidad—. Estaré encantada de acercarla a donde guste o, si lo prefiere, puedo invitarla a tomar un té en mi casa. Tal vez podríamos conocernos un poco mejor.

Margot sabía que no era adecuado conversar acerca de los problemas familiares con una extraña, pero estaba demasiado cansada de llevar sola toda aquella carga.

—Se lo agradezco, lady Hardwicke. —Esbozó una sonrisa mezcla de alivio y cansancio—. Acepto gustosa su invitación.

Se dirigió hacia la salida y se detuvo un instante para volver a mirar hacia el interior. Maurice estaba con una dama, escuchándola con gesto serio. La tristeza y la angustia le arañaron el corazón.

—Puede regresar otro día, madame —le dijo lady Hardwicke con suavidad—. Yo la acompañaré, si lo desea.

—Gracias.

Por fortuna para Margot, el carruaje de lady Hardwicke no se encontraba demasiado lejos. Una vez que estuvieron acomodadas en el confortable interior, esta comenzó una ligera conversación, preguntándole si conocía Londres y hablándole de cuáles eran los lugares que debía visitar durante su estancia en la ciudad. Intentó prestar atención a sus palabras, pero había una cuestión que la importunaba desde que vio a Maurice descender las escaleras. No había vuelto a verlo sonreír desde que era un niño.

—¿Puedo preguntarle algo, lady Hardwicke?

—Por supuesto.

—Monsieur... Durand y esa joven, la señorita Lockwood...

Sarah sonrió comprensiva. No conocía la historia que había detrás de la escena que había visto en la tienda del modisto, pero le había intrigado la manera en que la anciana dama miraba a la joven pareja. Después, cuando vio su rostro, le resultó en exceso familiar y comprendió que había algún grado de parentesco entre Maurice y la mujer, lo que despertó su curiosidad. Sin embargo, las emociones que atravesaron su semblante ajado le indicaron que había algún problema en la relación entre ambos y, por algún motivo, deseaba ayudarlos.

—No han hecho público aún su compromiso, pero es bastante evidente que se aman, ¿no cree?

Margot asintió, conmovida, no solo por el tono afectuoso que había usado la dama, y que podía convertirla en una aliada para sus planes, sino también por saber que su nieto había alcanzado, por fin, la felicidad y la paz que merecía.

—Creo que le debo una disculpa por no haberme presentado antes. Soy la vizcondesa viuda de Villeneuve, aunque me gustaría que me llamara Margot. —Después de tantos años, aún no se acostumbraba a aquel título. Ella siempre había preferido el de «esposa de Paul».

—Estaré encantada, madame. Usted puede llamarme Sarah —le dijo, esbozando una sonrisa llena de calidez.

—*Merci*, Sarah. —Se dejó caer con suavidad contra el respaldo adamascado del asiento, vencida por el peso de la tensión que había soportado hasta ese momento, y clavó sobre la dama una mirada clara y directa—. ¿Le gustaría escuchar una historia?

Los ojos de lady Hardwicke se iluminaron con entusiasmo.

—Estoy deseando oírla, madame.

***

Camila tomó con cuidado el vestido que una de las clientas acababa de probarse y que necesitaba unos pequeños ajustes en la cintura.

—¿Cree que estará listo para esta noche, señorita Lockwood? —inquirió la dama con tono de preocupación.

—Por supuesto, no debe preocuparse, lady Belford. Esta tarde se lo haremos llegar y podrá lucirlo en el baile de la condesa.

—¡Oh! Eso es maravilloso. Muchas gracias, querida.

—¿Hay algo más que necesite, milady? Si no, llevaré ahora mismo su vestido al taller para que puedan arreglarlo. Nelly la atenderá —añadió, señalando a la dependienta que las acompañaba— si precisa cualquier otra cosa.

Se despidió de la dama y abandonó el probador. Mientras atravesaba el vestíbulo en dirección a la escalera, buscó a Maurice con la mirada. Lo encontró conversando con una dama, con la que no parecía estar de acuerdo, a juzgar por sus gestos. Dudó si acudir en su ayuda, pero al ver que la señora Pickleford se aproximó a ellos, continuó su camino hacia el taller.

Echaba de menos poder pasar más tiempo con Maurice ahora que el trabajo parecía haberse duplicado a causa de la temporada social. Sin embargo, los momentos que disfrutaban juntos eran preciosos para ella. Solían conversar mucho acerca del pasado de ambos, de sus sueños, de las cosas que les gustaban, de libros... También habían paseado por Hyde Park, visitado fábricas de telas y cenado juntos en locales respetables. Era feliz. Lo único que empañaba su felicidad era no tener cerca a sus hermanas para compartirla con ellas.

Dejó escapar un suspiro melancólico y cruzó la puerta que daba al taller. El ajetreo en su interior asemejaba al de la tienda, aunque era mucho más silencioso, pues cada una de las costureras se hallaba concentrada en su labor. No vio a la señora Bertram por ninguna parte, así que caminó directamente hacia Lynette.

—Me temo que os traigo un poco más de trabajo —le dijo, a modo de disculpa, mostrándole el vestido cuando esta alzó la cabeza.

La tranquilizó ver que sonreía. Su talante alegre parecía haber mudado por uno más serio en los últimos tiempos, y no le agradaba verla así. La culpa de todo la tenía Alfred, con quien ya no se hablaba desde que este la acusara del robo del diseño cuando Maurice insistió en poner al tanto del incidente a la señora Pickleford, a la señora Bertram y a la propia Lynette el mismo día en que regresaron de su audiencia en el castillo de Windsor.

—Si me das un minuto, acabo esto y me pongo con ello. Si no son demasiados los arreglos que hay que hacerle, puedo tenértelo listo en un momento.

—Te lo agradecería —repuso, aliviada, dejándose caer en una de las sillas que había junto a la mesa de trabajo—. La tienda es un caos ahora mismo y a mí me vendría bien un poco de descanso.

—Siempre sucede lo mismo durante estas fechas —aseguró Lynette, comprensiva, al tiempo que remataba el bordado que acababa de terminar. Lo observó con ojo crítico y asintió, satisfecha. Luego dejó a un lado la prenda y tomó el vestido que le había llevado. Mientras comenzaba a dar las puntadas, se inclinó hacia ella y le habló en un susurro—: ¿Qué tal van las cosas con Maurice? ¿Aún no te ha pedido matrimonio?

Camila se sonrojó. Tras el nefasto encontronazo entre Alfred y Lynette, se había llevado a esta aparte para tratar de aplacar su disgusto. Como la tienda se había cerrado antes ese día,

aprovecharon para dar un paseo y ambas se sinceraron acerca de sus sentimientos. Desde entonces su amistad se había fortalecido y se sentía agradecida por tener a alguien en quien depositar su confianza.

—No creo que haya necesidad de apresurarse...

Lynette chasqueó la lengua con disgusto.

—Lo que no está bien amarrado, cualquier viento se lo puede llevar —declaró. El matiz de amargura que rezumaban sus palabras hizo comprender a Camila que aún no había perdonado al abogado. La oyó emitir un suspiro—. No me hagas caso. Estoy algo cansada y no sé lo que digo.

—Tenéis mucho trabajo —constató, echando un vistazo alrededor, agradecida de poder cambiar el tema de la conversación—. No veo a Jane.

—Ha salido a hacer unas entregas. Al ser la más joven, se mueve con más rapidez. Aunque últimamente... —Sacudió la cabeza con preocupación—. Creo que trabaja demasiado. Acepta muchos encargos externos y apenas debe de quedarle tiempo para dormir. Quizá podrías hablar con ella...

—Lo haré. —Si necesitaba más dinero para las medicinas, podría hablar con Maurice y tratar de ayudarla de algún modo, pues en nada beneficiaría a su madre si Jane terminaba cayendo enferma—. Gracias por preocuparte de ella. Aunque también deberías preocuparte un poco más por ti misma. ¿Aún no has hablado con él?

Lynette apretó los labios en una línea severa.

—No importa lo que yo diga; mientras no descubra quién lo hizo, Alfred seguirá desconfiando de mí —señaló con una mezcla de rabia y pesar en su voz—. ¿Habéis averiguado algo?

Camila sacudió la cabeza.

—Maurice ha puesto trampas, dejando casi a la vista diseños y

bocetos, pero, en todo el tiempo que ha transcurrido, nadie se ha llevado nada.

—Tal vez esa modista arpía solo quería hacerse con el encargo de la reina, nada más, y como ya lo consiguió... —Se encogió de hombros—. Será difícil demostrar que fue ella. Y ese maldito señor Lawson —lo increpó— seguirá creyendo que soy la culpable.

—Todo se arreglará —la consoló Camila.

—El amor está hecho de confianza, y cuando esta se destruye es muy difícil repararla —comentó con tristeza. Hizo un nudo al hilo con el que había cosido y, tras cortarlo, le entregó el vestido ya arreglado.

—Hay costuras de amor que pueden acortar la distancia entre dos piezas que pertenecen a un mismo paño —le aseguró, al tiempo que se ponía de pie. Tomó la prenda y se despidió con una sonrisa antes de volver a la tienda.

Capítulo 24

La clienta se había marchado cuando regresó a la tienda, así que buscó a una de las dependientas y le encargó que envolviera el vestido con cuidado y lo hiciera llegar lo más pronto posible a la mansión de lady Belford.

Echó un vistazo alrededor y vio que Maurice ya no se encontraba allí, probablemente había subido de nuevo al despacho, lo que significaba que no podría verlo hasta la hora de la comida. Disfrazó con una sonrisa la decepción que experimentó y buscó si había algo más en lo que podría ayudar allí. En ese momento, a través del escaparate vio a Jane, que volvía de sus encargos. Algo en el modo en que caminaba la preocupó. Cuando abrió la puerta, se dirigió a su encuentro.

—Jane —la llamó, ofreciéndole una sonrisa de bienvenida.

La joven, que caminaba sumida en sus pensamientos, se sobresaltó.

—¡Oh! Señorita Lockwood.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Solo... estaba distraída. Yo...

Camila se fijó en las ojeras que lucía bajo los ojos, que brillaban a

causa de las lágrimas contenidas... «o de la fiebre», pensó. Alzó la mano y la posó sobre su mejilla. La piel le ardía.

—¡Estás enferma!

—No. —Se echó hacia atrás, evitando su contacto—. Me encuentro bien, de verdad. Lo siento, señorita. Tengo... tengo que volver al trabajo.

—¿Tu madre está bien?

—Sí, ella ha estado tomando sus medicinas y... y... —Su voz se convirtió en un susurro y sintió que el mundo a su alrededor se oscurecía.

—¡Jane! —Alarmada, se apresuró a cogerla antes de que cayera al suelo.

—¿Qué ha ocurrido?

Aliviada, Camila agradeció la presencia de Alfred, que levantó a la muchacha en brazos y se encaminó hacia una de las salas de visita.

—Se ha desmayado por la fiebre.

La acomodó con delicadeza sobre uno de los divanes y se dirigió al aparador para servir un vaso de agua. Jane gimió en ese momento, abrió los ojos e intentó incorporarse.

—No te muevas. —La empujó con suavidad para que volviera a recostarse y, en un gesto de ternura maternal, retiró de la frente un mechón de su cabello—. Estás enferma. No deberías trabajar tanto. Podrías haber confiado en mí si necesitabas...

—Lo... lo siento. —Volvió a incorporarse y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Camila la abrazó con cariño.

—Tranquila. Necesitas descansar.

—No tendría que... haberlo hecho, pero necesitaba el dinero con urgencia. —Se cubrió el rostro con las manos—. Ella... ella me lo ofreció. No debería haber aceptado... Lo siento.

Alfred se detuvo de golpe y apretó con tanta rabia el vaso que sostenía en la mano que estuvo a punto de derramarla.

—¿A quién te refieres con «ella»?

Jane se asustó al escuchar el tono de dureza que usó el abogado y se aferró a la mano de Camila con fuerza.

—Alfred —lo detuvo esta—, Jane está enferma, no creo que...

—Yo fui la que robó el diseño —confesó con una vocecilla trémula. El llanto le oprimía el pecho y se llevó la mano al lugar donde el dolor le laceraba el corazón.

Lo único que Camila sintió en ese momento fue una tremenda tristeza por la joven, que apenas tenía dieciséis años y llevaba una pesada carga sobre los hombros. La envolvió en un abrazo y le acarició la espalda, buscando consolarla.

—¿La señora Whitby te ofreció dinero por conseguirle el diseño?

La muchacha asintió como respuesta a su pregunta y respiró hondo, tragándose las lágrimas, antes de continuar con la explicación. Necesitaba liberarse del peso de la culpa que arrastraba desde hacía tiempo y que la estaba consumiendo.

—Me la encontré un día, mientras estaba entregando unos pedidos. Yo no sabía quién era, pero ella sí me conocía y sabía que estaba atravesando un momento difícil a causa de la enfermedad de mi madre y el elevado coste de las medicinas, y se ofreció a ayudarme si le hacía un favor. —Su voz se quebró por la angustia y apretó los puños, estrujando la tela burda de su vestido—. Sabía que aquello estaba mal; sin embargo, yo no ganaba lo suficiente para pagarle al doctor, a pesar de quedarme hasta horas tardías en el taller y aceptar encargos externos. Pasaba menos tiempo junto a mi madre y solo veía cómo se iba consumiendo. Acepté el dinero, pero juro que no sabía para quién era el vestido. Lo supe cuando usted, señor Lawson, nos habló de la visita a la reina. Ella solo me dijo que

buscara un boceto que tuviera una marca especial en una esquina.

Alfred intentó contener la furia que lo corroía por dentro, dirigida más bien contra sí mismo. Margaret y él se conocieron en un evento sobre moda y se convirtieron en amantes. Fue solo más tarde cuando comprendió que ella solo lo estaba utilizando para conocer las fortalezas y debilidades de Maurice, a quien consideraba un rival y al que no había podido seducir con sus artes. Él, en cambio, había sucumbido como un tonto, proporcionándole información, como las marcas que Maurice solía poner en los bocetos según la importancia que tenían y a quién iban dirigidos.

La muchacha, Jane, era demasiado joven y había sido manipulada por una experta arpía, pero la culpa era de él, en realidad. Además, había acusado a Lynette sin pruebas, dejándose llevar por los prejuicios y por su experiencia pasada al creer que su coqueteo había sido solo una excusa y que, al final, lo había traicionado del mismo modo que lo hizo Margaret. Sin embargo, todo ese tiempo había estado equivocado. Los sentimientos de Lynette eran verdaderos, y él la había herido. No creía que fuera a perdonarlo con facilidad, y eso le dolía más de lo que deseaba admitir.

—¿Has robado algún boceto más?

—No, señor, solo... solo copié ese. He estado trabajando duro para conseguir dinero y devolvérselo a la señora Whitby. —El tono de su voz decayó hasta casi un murmullo—. Sé que eso no me hace menos culpable, aunque le juro que no era mi intención hacerle daño a monsieur Durand. Dejaré de trabajar en el taller, pero le suplico que no me entregue a la policía. Mi madre...

El llanto le impidió continuar. Alfred le entregó el vaso de agua que aún sostenía, para ayudarla a calmarse.

—No te preocupes, Jane —la tranquilizó Camila, angustiada por la situación de la joven—. Hablaremos con monsieur Durand.

Sabía que había obrado mal; sin embargo, el daño no había sido irreparable, más bien habían salido favorecidos gracias a ello. No podía permitir que arrojaran a Jane a la calle, mucho menos que la encerraran en una prisión.

Sonaron unos golpes en la puerta y entró la señora Pickleford.

—Aquí están —dijo, aliviada—. Monsieur Durand creyó que tal vez se le había olvidado dar el recado a la señorita Lockwood. Me pareció que estaba un poco nervioso.

Camila se volvió hacia él y lo miró sin comprender.

—Maurice me pidió que te buscara porque necesitaba hablar contigo —confirmó Lawson.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió la señora Pickleford, observando con preocupación a la muchacha.

—Jane está indispuesta —respondió Camila, al tiempo que se levantaba del diván—. Se ha desmayado a causa de la fiebre.

—¡Oh! Pobrecilla.

—¿Podría cuidar de ella hasta que se encuentre mejor? Se lo agradecería mucho.

—Sí, claro. Pero ¿no sería mejor que volviera a casa? —Se acomodó junto a la joven y le tomó la temperatura—. Estoy segura de que la señora Bertram no le permitirá seguir trabajando si está enferma.

—Regresaré en cuanto pueda y yo misma la acompañaré a su casa —le aseguró, dirigiendo una mirada tranquilizadora a Jane para hacerle saber que ella se ocuparía de todo.

Cuando abandonaron la salita, Alfred detuvo a Camila.

—Supongo que quieres ser tú quien se lo cuente a Maurice —señaló, intuyendo su deseo de salvar, de algún modo, a la muchacha.

Ella se mordió el labio. Sabía que no era imparcial en aquel

asunto, pero no podía dejar que la vida de Jane quedara arruinada por ese único error que había cometido solo con el fin de salvar a su madre.

Alfred leyó la respuesta en su rostro y dejó escapar un suspiro.

—Está bien —aceptó. De todos modos, él no era quién para juzgar a la joven, pues había sido su propia traición la que había permitido que se diera aquella situación. Si tuviera que señalar a algún culpable, esa sería sin duda Margaret, ambiciosa y carente de escrúpulos—. Explícale lo sucedido.

Camila asintió, subió la escalera y llamó al despacho de Maurice. Accedió al interior cuando escuchó su respuesta. Él se puso inmediatamente de pie en cuanto la vio entrar.

—¿Ha sucedido algo? —Frunció el ceño al advertir la palidez de su semblante y el gesto de preocupación que había apagado el brillo de sus ojos. Tomó sus manos y las notó frías—. ¿Te encuentras bien? —inquirió mientras la conducía hacia el diván.

—Sí, es solo que Jane tiene fiebre y se ha desmayado —respondió, sin saber muy bien cómo contarle la verdad.

—Entonces, debería ir a su casa a descansar. Puedo pedirle a Alfred que la acompañe...

—No creo que esté dispuesto a hacerlo... —lo interrumpió, dejando escapar un suspiro al encontrarse con la mirada interrogante de él. Se llevó una mano al pecho y se aferró al colgante que le había dejado su madre, buscando en su tacto tibio la calma que buscaba.

Maurice apoyó los dedos bajo la barbilla de Camila y le dio un ligero toque para que alzara la cabeza.

—Sabes que puedes contarme lo que sea.

Ella apretó el puño contra su pecho, sintiendo los fuertes latidos de su corazón. El silencio era lo que había destruido la relación entre

Colette y Maurice, si ella tomaba ese mismo camino por no causarle dolor a él o por intentar salvar a Jane, quizá estaría condenando al fracaso su propia relación. El amor estaba hecho de confianza y se fortalecía con la comunicación, sin esos dos pilares terminaría por desaparecer.

—Lo sé —admitió, sonriendo débilmente—, pero...

La besó para silenciarla. Fue un beso suave y dulce que desterró sus temores.

—Entonces, mientras tú encuentras las palabras adecuadas, yo te explicaré por qué te he mandado llamar —le dijo.

«Maurice es un buen hombre, estoy segura de que comprenderá la situación de Jane», reflexionó, perdiéndose en la intensidad de sus ojos verdes. Él jugueteaba, de forma inconsciente, con un mechón de su cabello, y ella tuvo ganas de volver a besarlo.

—Está bien. ¿Qué es? ¿Necesitas que te ayude con algo?

—Un sirviente acaba de traer una invitación. Lady Hardwicke quiere que asistamos al baile que ofrecerá en su mansión dentro de dos semanas.

Elevó las cejas, sorprendida.

—¿Tú y yo? Pero yo no puedo asistir... Quiero decir, solo soy una costurera.

—Una preciosa costurera —admitió él, al tiempo que posaba los labios con suavidad sobre su cuello— que se convertirá en la mejor sombrerera de la alta sociedad.

—Hum —respondió Camila, acompañando el sonido con un suspiro de deleite e inclinando la cabeza para ofrecerle más acceso.

—Pero que para eso necesita relacionarse con ciertas damas. —Le dio un ligero mordisco en la oreja y luego la lamió, arrancándole un gemido. Después, buscó su boca y la besó con una pasión contenida —. Entonces ¿vendrás conmigo? —le preguntó cuando se apartó de

ella.

Ella lo miró, con los ojos nublados por el placer.

—Creo... creo que estás haciendo trampa. —Al ver la sonrisa canalla que le dirigió, se limitó a suspirar—. ¡Oh! Está bien, te acompañaré.

Un brillo de triunfo iluminó el verde intenso de los ojos de Maurice.

—Bien, y ahora dime qué te preocupa.

El rostro de Camila se ensombreció. Le habría gustado poder actuar como él, usar la seducción para convencerlo, pero no habría sabido cómo hacerlo. Así que optó por contarle la verdad con sencillez y apelar a su generosidad.

El silencio reinó durante unos instantes en el despacho tras su explicación. Maurice se había acercado al ventanal y observaba con atención el exterior.

—Así que fue Jane quien lo hizo...

Camila no sabía qué pensar. Su tono carecía de inflexión y no descubrió signos de tensión en su cuerpo.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Nada. —Se volvió hacia ella con una mirada de ternura—. Te lo dije aquel día, gracias a ese robo recuperé los sueños que había perdido, volví a ser yo mismo y... —caminó hacia ella y la abrazó— me enamoré más de ti. Tú me has enseñado que el amor es una fuerza capaz de dilatar el corazón más allá de los límites del odio y del rencor. No me resulta fácil perdonar aún, pero creo que al menos he aprendido a escuchar.

Camila alzó la cabeza y lo besó en el mentón.

—Eres un buen hombre, Maurice Durand.

Capítulo 25

Lynette echó un vistazo a la sala de trabajo de Camila mientras aguardaba a que el agua para el té rompiera a hervir. Le encantaba ese lugar. Era femenino y cálido, a pesar de la cantidad de cintas, plumas y otros abalorios que había por doquier, además de los sencillos sombreros de paja, sin adornos, que yacían apilados sobre varios de los muebles e, incluso, encima de la repisa de la chimenea.

El sol que entraba por los ventanales iluminaba las partículas que flotaban en el aire como si fuera polvo de hadas, igual que en el cuento de *La Bella Durmiente*, del señor Perrault, que había leído por insistencia de Camila. Le había gustado mucho; sin embargo, a pesar de lo bonito que era que un príncipe se enamorara de la princesa y la despertara con un beso, la vida real distaba mucho de ser así. El amor no resultaba tan fácil de encontrar, no había príncipes capaces de hacer cualquier cosa por su amada, ni besos que condujeran a la felicidad. «Al menos para mí», pensó, exhalando un suspiro melancólico.

El agua comenzó a hervir y el sonido la arrancó de sus pensamientos durante unos instantes. Sirvió el té en las tazas y lo llevó a la pequeña mesilla que había junto al diván, donde se

acomodó de nuevo.

—¿Cómo se encuentra Jane?

Al otro lado del biombo, donde Camila se vestía, asistida por la señora Bertram, ambas intercambiaron una mirada. Aunque Maurice había preferido mantener en la ignorancia a la señora Pickleford y a Lynette respecto a la culpable del robo, sí le había contado a Eliza lo sucedido con la joven costurera, para que pudiera ayudarla y para que estuviera atenta por si la señora Whitby volvía a intentar utilizarla para sus propósitos.

La señora Bertram había acudido a casa de Jane en varias ocasiones durante esas últimas dos semanas, pues esta había estado bastante enferma. Parecía que, una vez liberada de la culpa de conciencia que soportaba, el cansancio por las noches sin dormir y el exceso de trabajo le habían pasado factura, postrándola en cama con una fiebre muy alta. Maurice había tenido la gentileza de enviar a un médico para que la visitara, y Eliza se había encargado de cuidar tanto de la madre como de la hija, que lo necesitaban mucho en aquellos momentos.

—Está mejor. Ya le ha bajado la fiebre, aunque todavía necesita descansar para recuperarse.

—Me alegro, es una buena chica y muy trabajadora. Además, no debe de ser fácil para ella, teniendo que cuidar de su madre enferma —comentó Lynette. Este pensamiento hizo que su mente regresara a sus anteriores reflexiones—. Camila, ¿has leído alguna vez un cuento de hadas protagonizado por una costurera y que tenga un final feliz?

—No, ¿por qué lo dices?

—Por nada, simple curiosidad —respondió con un encogimiento de hombros. Luego añadió en un murmullo para sí—: Supongo que nadie querría escribir sobre algo así, parece que ni siquiera en los cuentos de hadas tenemos suerte.

—¿Qué es lo que murmuras, muchacha? —le preguntó la señora Bertram, saliendo de detrás del biombo y acercándose a ella.

—Pensaba en lo esquiva que es la felicidad para las personas como nosotras.

Eliza se sentó junto a ella y sirvió una taza de té, agradecida de poder descansar un poco sus adoloridos pies.

—No sé a qué te refieres con eso de «personas como nosotras». ¿Crees que todas esas damas y caballeros de la alta sociedad no tienen problemas solo porque viven en grandes mansiones y se pueden permitir comprar joyas y vestidos? Pues no es así, querida —le aseguró con un tono que bien podría haber usado una institutriz para reprender a sus pupilos—. Al fin y al cabo, unos y otros somos seres humanos, reímos, lloramos, sufrimos y amamos del mismo modo. Y también nos equivocamos. Son precisamente nuestras decisiones las que nos acercan o nos alejan de la felicidad. La vida nos brinda oportunidades, depende de nosotras tomarlas o dejarlas. A veces, el orgullo puede ser un gran obstáculo.

Lynette apartó la mirada. Sabía a qué se refería la señora Bertram. Alfred había intentado hablar con ella en diversas ocasiones, más no se lo había permitido. La desconfianza que le había mostrado, acusándola del robo, aún le dolía. Además, aunque pudiera perdonarlo, mientras no se descubriera al verdadero autor, la sombra de la sospecha seguiría rondándola. No soportaría que volviera a mirarla con la misma frialdad con la que lo hizo aquel día.

—Yo no... —Se interrumpió al ver que Camila salía de detrás del biombo y abrió los ojos, gratamente sorprendida—. ¡Oh, Dios mío! Pareces una princesa. Estás preciosa.

—No sé qué te ha dado hoy con los cuentos de hadas —rezongó la señora Bertram—, pero admito que tienes razón.

Lynette se levantó y acudió a su lado para observar de cerca el

vestido.

—Monsieur Durand es un auténtico genio —musitó, fascinada con la prenda.

El vestido estaba confeccionado en un satén marfil tan suave que parecía haber sido tejido con luz. Sobre él caía una capa de tul plateado casi imperceptible, bordada a mano con hilos de oro viejo que describían motivos vegetales: pequeñas hojas y flores que, al menor gesto, atrapaban la luz de las lámparas y relucían como gotas de rocío bajo los tibios rayos de sol al amanecer.

La falda se abría en un despliegue majestuoso que evocaba la forma de un cáliz. Cada pliegue había sido colocado con una precisión casi devocional. Al moverse, el satén mostraba destellos cálidos, un matiz entre el champán y el melocotón que armonizaba a la perfección con su cabello rubio y el tono avellanado de sus ojos.

El corpiño, delicadamente ajustado, estaba realzado con diminutas perlas cosidas una a una. Su brillo nacarado resaltaba la piel clara de Camila y enmarcaba sus hombros, desnudos bajo un escote elegante en forma de corazón. Un par de mangas caídas, confeccionadas en el mismo tul plateado, reposaban sobre sus brazos con suave delicadeza.

—Nunca he visto algo igual —susurró Lynette—. Es como si hubieras sido... no sé... creada para llevarlo.

Camila pasó la mano con reverencia sobre la falda. Aquel no era solo un vestido bien elaborado, era una declaración de amor. Maurice lo había diseñado pensando solo en ella, y cada roce de la tela era como si las manos de él le acariciaran la piel. Se acercó hasta el espejo alto que había en el gabinete y percibió el leve rubor que le teñía las mejillas.

—Bien, ya es casi la hora —señaló la señora Bertram, haciendo desaparecer con disimulo las lágrimas de las comisuras de sus ojos

—, y aún hay que peinarte, así que será mejor que te pongas cuanto antes a ello, Lynette.

La joven había trabajado como doncella en una mansión antes de convertirse en costurera y conseguir trabajo en un taller. Aún conservaba recuerdos de cómo hacer esos elaborados peinados que lucían las damas para los bailes. Cepilló con mimo la larga melena de Camila y, con cuidado, elaboró un moño trenzado en la parte superior de la cabeza, dejando la esbelta columna de su cuello al descubierto, y lo entrelazó con pequeñas cuentas de perlas.

—Estoy segura de que serás la envidia de todas las damas presentes en la fiesta de lady Hardwicke —declaró, orgullosa, Lynette.

—Preferiría no llamar demasiado la atención —replicó Camila, emitiendo un leve gemido de queja.

Unos golpes en la puerta atrajeron la atención de las tres.

—Creo que ya está aquí monsieur Durand, así que será mejor que nos vayamos —le indicó la señora Bertram a Lynette.

Camila contuvo el aliento mientras Maurice entraba en la estancia, tras ceder el paso a las dos mujeres que salían, y aguardó su reacción. El corazón se le aceleró, consciente de la intensidad con la que él la contemplaba. Incapaz de sostener su mirada, se volvió de nuevo hacia el espejo. El sonido de sus zapatos quedó amortiguado por la tupida alfombra, pero ella lo sintió como un estremecimiento en su espalda desnuda.

—Camila...

Su voz fue un murmullo cálido que le acarició la piel de la nuca. En ese momento, se dio cuenta de que podía ver el rostro de él en el espejo. Había en su expresión una mezcla de vulnerabilidad y deseo.

Lo vio levantar una mano, despacio. Luego deslizó la yema de los

dedos por su brazo, hasta llegar a la manga de tul. La suave caricia le hizo contener la respiración y puso un nudo de tensión en su vientre.

Maurice inclinó la cabeza y su boca le rozó la oreja.

—No tienes idea de cuánto significas para mí —le susurró—. Este vestido no es solo mi mejor obra, en él he volcado todo lo que siento por ti, Camila. Así te he soñado desde el primer momento en que te vi, vestida en sedas y satén. No eres solo mi inspiración para crear, eres mi razón de ser y la pasión que impulsa mi corazón. Te amo más que a nada en este mundo.

Camila podía sentir contra su espalda la violencia con que latía el corazón de Maurice, acompasándose con sus propios latidos. Notó la calidez de sus labios sobre la nuca, en un gesto tan delicado y ardiente que el placer se arremolinó en su interior con la fuerza de un volcán a punto de estallar.

—Maurice... —lo llamó, con la voz ebria de necesidad.

Él tragó saliva cuando sus miradas se cruzaron a través del espejo y vio la belleza sensual que irradiaba, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes por el deseo. Quería tocarla, del mismo modo en que un artista tocaba su instrumento favorito, para arrancar esos sonidos melodiosos que solo el roce de sus manos podía conseguir. Pero todavía no era el momento.

—Aún falta un último detalle —musitó.

El toque final. El toque íntimo. El que revelaba, sin palabras, su devoción por ella.

Se apartó, solo lo suficiente para sacar del bolsillo interior de su chaqueta un pequeño estuche de terciopelo azul. Al hacerlo, sus manos temblaron ligeramente. Se colocó frente a ella e hincó una rodilla en el suelo.

—¿Qué estás...?

—Camila —la interrumpió, con un carraspeo nervioso, al tiempo que abría la cajita. Dentro reposaba un precioso y sencillo anillo de oro, adornado con un diamante en forma de lágrima—. Sé que no soy el hombre que te mereces, pero te juro que no encontrarás a nadie que te ame tanto como lo hago yo. Cuidaré de ti, te protegeré y compartiré contigo mi vida entera, todo lo que soy y tengo. Lucharé por convertirme en el mejor hombre posible para ti, si me aceptas. Camila Lockwood, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Un sollozo de emoción le apretó la garganta al escuchar su declaración y el corazón le dio un vuelco. Todo lo que siempre había soñado estaba concentrado en aquel instante, en la ardiente mirada esmeralda de Maurice, en el ligero temblor de sus manos, en la sonrisa insegura que esbozaban sus deseables labios.

—Sí —pronunció con voz trémula y los ojos húmedos por la emoción. El nudo que le oprimió la garganta le impidió añadir algo más.

Maurice sacó el anillo del estuche, que depositó en el suelo, y se lo colocó en el dedo. El tacto tibio del metal y la forma en que él besó el dorso de su mano después le provocaron un estremecimiento. Si pudiera encontrar a sus hermanas, su dicha estaría completa.

Él se puso de pie y la contempló. Con ternura, sus dedos resiguieron el contorno de su rostro, desde la frente hasta la barbilla. Luego le acarició con el pulgar el labio inferior.

—Nunca supe lo que era el amor, hasta que te conocí, Camila. Tu dulce sonrisa derritió el hielo de mi corazón, tu bondad y tu sinceridad genuinas entibiaron el rencor y el odio que portaba dentro. Eres comprensiva y amable, pero también fuerte, decidida y la mujer más hermosa que he conocido nunca. Te deseo —confesó,

con la voz enronquecida—. ¡Dios mío, no sabes cómo te deseo! Te quiero en mi casa y en mi cama. Quiero amarte sin prisas, descubrir cada curva y rincón de tu cuerpo y venerarlos con mis labios y mis manos.

El ardor de sus palabras encendió un fuego en el interior de Camila. Un fuego líquido que la hacía arder sin consumirse. Cuando los dedos masculinos descendieron por el costado de su cuello, le rozaron la clavícula y acariciaron la parte superior de sus senos recorriendo el borde del corpiño de su vestido, sintió que se le debilitaban las piernas y la necesidad tensaba su vientre.

—Eres una mujer especial, Camila Lockwood, y yo soy un hombre muy afortunado.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se alzó de puntillas, mirándolo a los ojos.

—Te amo, Maurice Durand, y no hay nada que desee más en este mundo que ser tuya y permanecer a tu lado para siempre.

Vio cómo se le humedecían los ojos a causa de sus palabras, recordando tal vez a Colette, y buscó su boca para perderse en su sabor y en la magia que sus labios y lengua obraban en ella.

Un calor profundo la envolvió y penetró hasta lo más hondo de su ser, pero no era solo a causa del placer que Maurice le hacía sentir, era el calor de haber encontrado un hogar, un refugio para su corazón.

Capítulo 26

El carruaje se detuvo con suavidad frente a la fachada de una elegante mansión de estilo palladiano. La entrada, iluminada con farolillos dispuestos en perfecta simetría, ofrecía la sensación de una constelación trazada a mano para guiar a los invitados hacia un mundo más brillante que el londinense habitual. Camila respiró hondo, intentando calmar el leve temblor de anticipación que le recorría los dedos enfundados en guantes de seda marfil.

—Creo que hemos llegado tarde, ¿verdad? —comentó, mirando a través de la ventanilla. No había carruajes aguardando en fila para entrar.

—Probablemente —repuso, al tiempo que esbozaba una leve sonrisa—, ¿y de quién ha sido la culpa?

Camila se sonrojó al recordar cómo lo había besado, olvidándose del tiempo y de cuanto los rodeaba. De no haber sido por él, tal vez ni siquiera estarían ahí en ese momento.

—No es muy caballeroso de tu parte hacérmelo notar —señaló, fingiendo estar molesta solo para ocultar que se sentía un poco avergonzada por su comportamiento.

—Lo que no es caballeroso son los pensamientos que cruzan mi

mente ahora mismo. —Extendió la mano hacia ella y deslizó las yemas de los dedos sobre la curvatura de su oreja y del cuello, donde el pulso comenzó a latir con rapidez—. Y será mejor que nos apresuremos a bajar o tendré que decirle al cochero que dé media vuelta —añadió con la voz espesa.

Camila pudo notar en sus ojos que no bromeaba. Se sobresaltó cuando el cochero abrió la portezuela. Una ráfaga de música —violines, un chelo profundo y el suave repiqueteo de un piano— escapó hacia ellos como un soplo cálido. Escuchó el suspiro de frustración que él emitió a sus espaldas.

Maurice descendió primero y le ofreció la mano. No pudo evitar contemplarlo, embelesada, bajo la cálida luz de los farolillos. Su porte era impecable; el traje negro de corte francés realzaba sus hombros, y la camisa de lino exquisito le otorgaba una elegancia que muchos caballeros envidiarían. Pero lo que realmente le llamó la atención fue la serenidad que desprendía. Su gesto, casi siempre adusto y arropado por una fría indiferencia, estaba ahora lleno de calidez, rebosante de una felicidad que asomaba a sus ojos y curvaba sus labios en una sonrisa espontánea. Saber que la causa era ella le derritió el corazón.

Enlazó su brazo y se dirigieron hacia las escaleras de mármol que conducían a la entrada de la mansión. Conforme avanzaban, comenzó a ponerse nerviosa. Con toda seguridad, a la fiesta acudirían algunas de las damas que eran clientas habituales de la tienda, ¿qué pensarían cuando la vieran allí, en medio de un mundo al que no pertenecía?

—Respira —murmuró él junto a su oído, como si hubiera percibido su preocupación—. Puede que la sociedad separe a los hombres por estatus, pero un título no nos hace mejores ni peores que los demás. Nuestro privilegio es ser quienes realmente somos. Y tú eres

maravillosa, no lo olvides nunca.

No pudo responder a sus palabras, pues en ese momento un lacayo abrió la puerta y les franqueó la entrada cuando Maurice presentó la invitación.

—Bienvenidos —los saludó, con una rigurosa reverencia—. Thomas los conducirá hasta el salón de baile, si hacen el favor de seguirlo.

Un lacayo salió de entre las sombras del vestíbulo y les dirigió una reverencia. Después los precedió por un corredor lateral. El interior de Hardwicke House era un despliegue de lujo cuyo gusto exquisito solo podía proceder de alguien que había heredado más generaciones de mobiliario que de preocupaciones. La enorme galería estaba revestida con paneles de madera de nogal y decorada con retratos de familia que cubrían tres siglos de historia. Cuando llegaron al final de esta, el sirviente abrió la doble puerta de acceso al salón de baile.

Nadie los anunció, puesto que no se trataba de una fiesta formal, algo que Camila agradeció, pues se sintió algo intimidada ante la magnificencia de la estancia. Enormes candelabros colgaban del techo, proyectando destellos sobre las paredes como fragmentos de estrellas atrapadas dentro de los cristales. Más de un centenar de invitados conversaban animadamente, ataviados con colores que iban desde el azul real hasta el verde esmeralda. Las damas lucían diamantes, abanicos de encaje y sonrisas calculadas; los caballeros, levitas de corte impecable y expresiones estudiadamente indiferentes.

Algunas miradas se posaron sobre ellos al verlos entrar y un ligero hormigueo se instaló en su estómago, mientras escuchaba cómo subían de volumen los murmullos de las conversaciones. Intentó controlar la respiración. No sería apropiado desmayarse en mitad del

salón. La mano de Maurice cubrió la suya y el leve apretón que le dio imprimió un poco de calma a su ánimo.

—Mira, ahí está lady Hardwicke.

La marquesa apareció en este momento, abriéndose paso entre la multitud con la facilidad de quien domina su territorio. Su cabello dorado recogido en un elaborado peinado de trenzas y tirabuzones, su vestido de seda ciruela y su porte regio bastaban para que cualquiera percibiera su autoridad sin necesidad de una sola palabra.

—Queridos míos —exclamó, extendiendo ambas manos hacia ellos —, ¡qué alegría veros aquí!

Maurice hizo una leve inclinación, elegante y respetuosa, y tomó sus manos para besar el dorso. Camila, algo más nerviosa, le ofreció una reverencia impecable.

—Milady, es un honor que nos haya invitado.

—Estás preciosa, Camila —le aseguró, observando el hermoso vestido con cierta envidia—. ¿Es una creación suya, monsieur Durand?

—Así es, milady.

Sarah sonrió con picardía. Camila era una joven creativa, de modales dulces y conversación inteligente. Además, había conquistado el corazón del famoso modisto francés que revolucionaba medio Londres, a juzgar por la calidad y belleza del vestido y por el anillo que lucía en su mano.

—Sin duda, tiene usted buen gusto, querido..., en todos los sentidos. Espero que no deje escapar a esta joven.

—No se preocupe, lady Hardwicke —respondió, contemplando el rostro de Camila con adoración—, planeo permanecer junto a ella durante toda mi vida.

La marquesa contuvo un suspiro emocionado. La historia que le había contado la vizcondesa le había impresionado y entristecido,

por eso le alegró ver que por fin el amor brillaba en los ojos del hombre. Esperaba que su pequeña contribución le ayudara a cerrar las heridas del pasado y a alcanzar una felicidad más plena.

—Permítanme que les presente a algunos de los invitados, aunque tal vez sea mejor hacerlo después —se corrigió al escuchar que los músicos comenzaban a afinar los instrumentos—. Quizá prefieran disfrutar primero del baile.

Maurice asintió. Estaba habituado a moverse en esos círculos, aunque el mundo social de Londres fuese menos sofisticado que el de París, pero odiaba los formulismos y la hipocresía que se vivía en estos. Percibió algunas miradas curiosas dirigidas hacia ellos mientras avanzaban hacia la pista. No le extrañó: él era bien conocido en los círculos de moda, aunque por motivos profesionales más que sociales. Era el modisto favorito de muchas damas, incluida la propia anfitriona, pero fuera de su taller mantenía una vida discretísima, casi esquiva.

—Maurice...

La zozobra que percibió en el tono de Camila hizo que se reprendiera a sí mismo por haberla descuidado tan siquiera unos instantes. Se volvió a mirarla.

Un delicioso rubor rosado cubría sus mejillas, y sus labios coralinos brillaron húmedos cuando pasó la lengua sobre ellos en un gesto de nerviosismo. Le pareció la mujer más deseable del mundo, y habría querido besarla en ese mismo momento.

—¿Qué sucede?

Ella se alzó de puntillas y le susurró al oído:

—No sé bailar.

Maurice se tragó un juramento, maldiciéndose a sí mismo por su estupidez. Sin embargo, ya era demasiado tarde para retirarse, se encontraban en medio de la pista y todo el mundo parecía tener los

ojos fijos en ellos.

—Yo te guiaré, confía en mí.

—Con todo mi corazón —respondió. Su sonrisa fue más radiante que el brillo de las impresionantes lámparas de cristal que colgaban del techo.

Él la observó con un destello cálido en la mirada. Cuando llegó a Londres, no tenía intención de enamorarse. Su taller, su trabajo y la venganza habían sido sus únicos propósitos. Pero Camila lo había cambiado todo. Con su dulzura, su honestidad desarmante y su capacidad para escuchar, lo había conquistado sin proponérselo.

La música sonó a ritmo de vals y las parejas comenzaron a desplazarse por el suelo de mármol pulido, formando círculos que se abrían y cerraban con perfecta sincronía. Maurice la sostuvo con la delicadeza justa; firme, pero sin perder esa ternura que la hacía sentir segura, y ella se dejó llevar, el corazón latiéndole deprisa ante el roce de sus manos y la cercanía de sus cuerpos.

A su alrededor, el mundo parecía difuminarse con cada giro. Los colores brillaban como trazos de pintura en movimiento. El aroma de la cera caliente, el perfume de las damas, la música envolvente... todo se mezclaba en un torbellino que recordaría durante muchos años. Cuando la música acabó, se sentía exultante de felicidad.

Al verla así, una sensación extraña le oprimió el pecho a Maurice. Ese mundo de lujo y elegancia que los rodeaba podía ofrecérselo a Camila. Tan solo tenía que renunciar a su sueño y acatar la voluntad de su padre.

—Camila, ¿te gustaría tener todo esto? —le preguntó mientas la guiaba fuera de la pista—. ¿Serías feliz así?

Ella se detuvo un instante y lo miró a los ojos, para que él pudiera ver la sinceridad de sus palabras.

—Todo esto es precioso, Maurice, pero la única riqueza que deseo

poseer es tu amor, y ese ya me lo has entregado. Eres tú quien me hace feliz.

Él alzó su mano enguantada y se la llevó a los labios, pero fue incapaz de responder porque lady Hardwicke se acercó en ese momento, acompañada por algunos invitados.

—Monsieur Durand, Camila, permítanme presentarles a mi esposo, lord Hardwicke, y a unos queridos amigos, lord y lady Learmonth, y lady Castlehaven.

—Debo decir que sus diseños son soberbios, monsieur Durand —comentó esta última después de intercambiar los pertinentes saludos y tras una charla banal sobre el clima de Londres—. El vestido que esta noche luce su ayudante lo confirma.

—Gracias, milady, pero debo aclarar que la señorita Lockwood no es mi ayudante, sino mi prometida.

—¡Oh, cielos! Disculpe mi torpeza, querida —replicó la mujer, genuinamente apenada—, no pretendía ofenderla.

—No se preocupe, lady Castlehaven, no lo ha hecho —la confortó Camila. La mujer pareció aliviada, aunque frunció el ceño de pronto.

—Lockwood, ¿no será usted pariente de esa condesa...?

—Amelia, querida —la interrumpió lady Hardwicke, esbozando una sonrisa de disculpa—, me temo que debo privarte de su compañía, hay alguien a quien quiero que monsieur Durand y Camila saluden.

—Claro, por supuesto. Ha sido un placer conocerlos.

—No se lo tengan en cuenta —les dijo la marquesa una vez que se alejaron del grupo—. Lady Castlehaven habla a veces sin pensar, pero tiene un gran corazón. Estoy segura de que los apoyará en todo lo que necesiten. La persona a la que deseo presentarles se encuentra por aquí.

Un lacayo les abrió la puerta lateral y salieron a una galería, menos iluminada y más silenciosa. Recorrieron el pasillo, y lady

Hardwicke se detuvo frente a una estancia. Por la puerta entreabierta escapaba una luz tenue y cálida. La abrió y se adentró en la salita exquisitamente decorada.

—Los he traído, querida.

Maurice se detuvo de golpe y todo su cuerpo se tensó cuando la mujer que se hallaba sentada en una butaca, de espaldas a ellos, se puso de pie y se volvió, encontrándose con unos ojos verdes, intensos, surcados de líneas de edad. El corazón le dio un vuelco doloroso, reconociendo cuánto la había echado de menos. Tragó saliva. Se veía mucho más frágil de lo que recordaba.

—No permitas que el pasado siga robándote el presente. —Oyó que le decía lady Hardwicke al pasar junto a él antes de abandonar la salita.

Margot observó con avidez a su nieto, aunque no se atrevió a acercarse. Al ver que no decía nada, se volvió, con el corazón dolorido, hacia la joven que lo acompañaba. La belleza que poseía su semblante provenía de la dulzura que irradiaba.

—Es un vestido precioso, Maurice —comentó—. ¿Lo has diseñado tú?

—Sí.

Se sintió aliviada al oír su respuesta, a pesar de su brevedad.

—¿No vas a presentarnos?

Maurice cerró los ojos un instante, luchando contra el dolor y los recuerdos. Sin embargo, ya no era el mismo hombre que había abandonado París, huyendo de sí mismo, Camila lo había ayudado a perdonarse y le había enseñado a escuchar.

—Camila, ella es la condesa viuda de Villeneuve. Mi abuela. Esta es la señorita Lockwood, mi prometida.

—Es un placer conocerte, querida.

—El placer es mío, milady —respondió Camila, al tiempo que

efectuaba una reverencia. Le había sorprendido saber quién era, aunque la delataba el parecido con Maurice.

—Llámame solo Margot, por favor.

Ella asintió. Viéndola, jamás habría pensado que alguna vez fue una simple modista, pues su porte era elegante y se movía con la gracia de una reina. Miró a Maurice y el sufrimiento que descubrió en sus ojos le arañó el corazón. A pesar de todo, sabía que ambos necesitaban hablar y aclarar las cosas.

—¿Por qué no nos sentamos? Estaremos más cómodos.

Margot la miró, agradecida, y se dirigió hacia uno de los divanes. Camila se acomodó frente a ella, pero Maurice permaneció de pie, casi como si estuviera preparado para huir de nuevo.

—No sé qué queréis de mí, mi padre y tú —dijo finalmente, sin acritud, pero con un cansancio profundo—. Todo lo que había que decir... se dijo hace tiempo.

—No —musitó la vizcondesa con tono apesadumbrado—. No se dijo nada. Solo hubo silencios. Silencios y decisiones equivocadas. Además, esto no tiene nada que ver con tu padre, ni siquiera sabe que estoy aquí. Yo... Perdóname, Maurice, aunque sea tarde. Debería haberte pedido perdón hace mucho tiempo, y debería haberte contado la verdad.

El corazón de Maurice había perdido ya esa capa de fría indiferencia que lo protegía, derretida por el amor de Camila, y sintió en carne viva el dolor de cada una de las palabras de su abuela.

—Entonces, cuéntamela ahora —le suplicó, con la voz tensa por la emoción. Tomó asiento junto a Camila. Necesitaba estar a su lado, sentirla cerca. Ella entrelazó sus dedos y le sostuvo la mano.

—Tu padre... —comenzó Margot, y vio cómo Maurice endurecía la expresión de su rostro—. Tu padre amaba a tu madre más de lo que jamás comprenderías. Pero cuando ella enfermó, cuando su mente

comenzó a fallar después del parto, se asustó. Ella no toleraba sobresaltos ni discusiones, ni siquiera el llanto de un bebé. Los médicos le dijeron que debía evitar cualquier estimulación brusca. Fue entonces cuando él te apartó de su lado, para cuidarla y para protegerte, pues tu madre, aunque intentaba ocultarlo, se alteraba cada vez que estabas cerca y terminaba llorando. Al final, también tu padre se alejó, por miedo a dañarla.

Maurice sintió que el aire se volvía pesado.

—Entonces debió decírmelo —musitó.

—No supo cómo hacerlo. Se consumió entre la culpa y el deber. Y cuando tu madre nos dejó, algo murió dentro de él. —La voz se le quebró—. Se obsesionó con tenerte a su lado, con no perderte a ti también.

Maurice apartó la mirada. Era demasiado. Demasiado tiempo, demasiado dolor, demasiado silencio acumulado.

—¿Fue por eso por lo que no me apoyaste cuando decidí convertirme en modisto? Me diste la espalda y...

—En ese tiempo estuve muy enferma y el médico me recomendó que me retirase al campo, donde el aire me sentaría mejor —confesó con una sonrisa triste, al tiempo que se levantaba y se acercaba a él —. No quiero que parezca una excusa, Maurice. Solo quiero que sepas la verdad. Lamento no haber estado ahí para ti cuando me necesitabas. Esta vez he hablado con tu padre, no te impedirá seguir con tu sueño. Si no puedes perdonarme... lo entenderé.

Maurice la miró y tragó saliva.

—No sé si puedo perdonarlo todo —declaró con voz ronca—. Pero... puedo intentarlo.

La vizcondesa cerró los ojos, como si ese instante le devolviera algo que había perdido hacía mucho.

—Gracias —susurró.

Maurice dio un paso. Luego otro. Finalmente, ella lo rodeó con los brazos y él permitió que lo abrazara. No fue un abrazo perfecto; había rigidez, timidez, dolor antiguo. Pero también algo nuevo. Algo que comenzaba a reconstruirse.

Cuando salieron de la estancia, la música procedente del salón de baile llegó a ellos como una suave brisa melódica. Maurice respiró hondo y sintió cómo sus pulmones se llenaban de un aire nuevo, casi ligero. Durante años había llevado consigo un peso que ni él mismo comprendía del todo. Pero ahora... ahora algo había cambiado.

Camila lo miró, con los ojos llenos de preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí. —Le tomó las manos y se las besó con suavidad—. Estoy... mejor de lo que he estado en mucho tiempo.

Camila sonrió. Una sonrisa cálida, sincera, que lo reconfortó más que cualquier palabra. Por primera vez en mucho tiempo, el pasado había dejado de perseguirlo. Y el futuro... el futuro lo aguardaba en los ojos luminosos de la mujer a la que amaba.

Capítulo 27

Camila se frotó la espalda y rotó el cuello y los hombros para aliviar la tensión creciente que soportaban sus músculos por haber estado inclinada sobre la mesa de trabajo durante tanto tiempo. Al menos había podido terminar el pedido de sombreros que debían entregar esa tarde.

Un soplo de brisa tibia entró por la ventana, abierta de par en par. El mes de junio había traído temperaturas más suaves y un cielo más azul. El aroma del verano se mezclaba con el humo de las innumerables fábricas que plagaban Londres y que habían provocado el crecimiento de barrios obreros, llenos de pobreza y hacinamiento.

El sonido de la ciudad, que vivía y respiraba como si de un ser vivo se tratase, penetró en el interior de la estancia. El vocerío de los pequeños vendedores de periódicos y de los limpiabotas, el ronco traqueteo de los carruajes sobre los adoquines y el murmullo de las conversaciones de los transeúntes contrastaba con el silencio que reinaba en la pequeña habitación, convertida en taller de sombreros.

Durante unos instantes, se dedicó a escuchar la sinfonía que ofrecía la cotidianeidad en Londres. La vida no siempre era justa,

pero a veces concedía pequeñas victorias, retales de felicidad que iban componiendo el más hermoso tapiz, aunque solo podía comprenderse con el pasar de los años, cuando se echaba la mirada hacia atrás. Esperaba que, algún día, cuando mirase hacia su pasado, pudiera encontrar entre esos retales el feliz instante en el que se encontraría con sus hermanas.

Sonaron unos golpes en la puerta y, antes de que pudiera dar permiso para entrar, esta se abrió y entró Lynette como un torbellino.

—Camila, di que sí, por favor...

Ella sonrió ante su entusiasmo, que había puesto un brillo en su mirada.

—Aún no me has dicho de qué se trata —alegó, sin dejarse convencer por sus súplicas, a pesar de que se alegraba de ver que su ánimo había mejorado en los últimos días, si bien Alfred y ella todavía no se hablaban.

Lynette desestimó con un gesto sus palabras.

—No importa, estoy segura de que no vas a poder negarte a venir con nosotras.

—¿Ir a dónde? —preguntó con genuina curiosidad al ver un destello de triunfo en sus ojos.

Extrajo unos billetes del bolsillo de su falda y los agitó frente a Camila con una sonrisa de satisfacción.

—Al teatro Alhambra. Esta noche.

Bueno, era cierto que nunca había ido a un teatro y que siempre había deseado poder asistir a una obra, pero eso no justificaba la convicción con la que Lynette había asegurado que no se negaría a ir con ellas.

—¿Quiénes vais a ir?

—Todas las chicas del taller, incluida la señora Bertram.

Las cejas de Camila se arquearon por la sorpresa. Eliza no solía aceptar las invitaciones de las chicas, aunque imaginó que asistir a una obra de teatro suponía una gran tentación, incluso para ella.

—¡Oh! ¿No me digas que tienes planes con monsieur Durand esta noche?

—No, no los tiene. Lo siento, la puerta estaba abierta —se disculpó Lawson al encontrarse con las miradas inquisitivas de las dos mujeres—. Maurice me ha pedido que te diga que esta noche cenará con la vizcondesa.

Lynette apartó la mirada del abogado —tal vez así dejaría de dolerle tanto el corazón— y se centró en Camila.

—Entonces, puedes venir al teatro.

—Me encantaría acompañarlas —intervino Alfred, regalándoles una sonrisa descarada.

Ella se volvió de nuevo hacia él y le dirigió una mirada que rebosaba arrogancia.

—No creo haberlo invitado, señor Lawson.

—Pero, me ha parecido ver que tiene suficientes entradas.

—¡Oh! Pero el admirador que me las regaló me dijo que podía compartirlas con quien yo quisiera, ¿comprende? —replicó, apoyando una mano en la cadera en una pose desafiante.

—¿Un admirador? —inquirió, con un leve matiz de irritación en la voz. Los músculos de su mandíbula parecieron crujir cuando sus labios esbozaron una sonrisa tensa—. ¿Acaso piensa acompañarlas esta noche?

—Eso no es de su incumbencia, señor Lawson.

—Supongo que eso es un «no» —señaló, más aliviado de lo que quería reconocer—. Entonces ¿a qué hora paso a recogerlas con el carruaje?

—No...

Camila posó la mano con suavidad sobre el brazo de Lynette para rogarle que cediera.

—Por favor —musitó.

—Está bien —aceptó tras unos instantes de debate consigo misma —. La función comienza a las siete.

—Si nos encontramos aquí a las seis y cuarto, llegaremos con tiempo de sobra. Hasta esta tarde, pues.

Cuando la puerta se cerró, Lynette apretó los puños, molesta consigo misma.

—Es un hombre irritante, manipulador, orgulloso y arrogante —explotó, dejándose caer sobre una de las sillas cercanas.

—Pensé que ya te había pedido disculpas por lo sucedido.

—¡Oh! Y lo hizo, sí. —El sarcasmo tiñó sus palabras—. ¿Y sabes qué me dijo? Que una mujer que le importaba mucho, y con quien mantenía una relación sentimental, lo traicionó y por eso se dejó llevar por los prejuicios, al pensar que también yo lo había utilizado. ¿Te parece una razón convincente? —terminó, emitiendo un bufido de desdén.

Camila ladeó la cabeza y la observó con cautela. Estaba tan aferrada a sus emociones negativas que, probablemente, no se había percatado de lo que escondía aquella disculpa.

—Lynette, ¿acaso no te das cuenta de lo que eso significa?

—¿Que no confía en las mujeres?

«Eso probablemente sea cierto», pensó Camila, aunque no era a lo que se refería en ese momento.

—No, significa que le importas más de lo que se atreve a reconocer. Piénsalo —añadió presurosa al ver que ella se disponía a negarlo—. Te dijo que una mujer, a quien tenía algo más que aprecio, lo traicionó y te comparó con ella, ¿por qué motivo lo haría si no le importaras?

—Pero él nunca...

—Tal vez deberíais hablar con más calma —le sugirió. A sus ojos asomó una brizna de esperanza—. Y ser sinceros el uno con el otro. Si ese admirador...

—No, no. Eso... solo lo dije para molestarlo —reconoció, avergonzada—. Últimamente he recibido varios encargos de un caballero viudo y, en agradecimiento, me regaló las entradas para el ballet.

—¿Ballet? Creí que se trataba de una obra de teatro.

—¡Oh, Dios mío! —Se puso de pie, excitada de nuevo con la información que había retenido y que casi se le había olvidado con la presencia de Alfred—. Aún no te la he dicho.

—¿El qué?

—La razón por la que tienes que venir. La obra que vamos a ver es *La Sylphide*, aunque eso no es lo importante. Mira el nombre de la bailarina principal. —Extrajo un pequeño panfleto del bolsillo y se lo mostró. Era uno de esos impresos que los chiquillos solían repartir en la calle para atraer a posibles espectadores—. ¡La señorita Lockwood! ¿Crees que pueda tener alguna relación contigo?

El corazón de Camila comenzó a latir con tanta fuerza que creyó que se le saldría del pecho. Allí, escrito en gruesas letras negras, estaba su propio apellido. ¿Podría tratarse de alguna de sus hermanas? Tenía que ir.

—Iré, pero no en el coche con vosotras. Os esperaré a la entrada del teatro. Hay algo que necesito hacer antes.

—Está bien. —Se levantó y le entregó uno de los billetes de entrada—. Es mejor que lo tengas, por si acaso no nos vemos. Puede que haya mucha gente. He escuchado que esta bailarina es bastante famosa. Tengo que irme, o la señora Bertram se enfadará.

—¡Lynette! —la llamó cuando estaba ya junto a la puerta—.

Gracias por la invitación.

—¿Por qué? Eres una de nosotras.

Camila sonrió. A pesar de su compromiso con Maurice, que ya se había hecho público, le agradaba que todas siguieran tratándola del mismo modo. Cuando se lo contó a la señora Bertram, esta se había echado a llorar, diciendo que merecía ser feliz. No estaba segura de si era así, pero estaba dispuesta a perseguir esa felicidad con todas sus fuerzas.

***

Había hecho bien en ganarse la confianza de esa costurera haciéndose pasar por un viudo que aún echaba de menos a su querida esposa y teniendo cuidado de no encontrarse con Camila en las ocasiones en que había acudido al taller. En una de ellas, casi se cruzó con la joven; sin embargo, esta no se percató de su presencia, puesto que iba acompañada del modisto. Una rabia profunda le arañó el pecho al notar la devoción con que ella lo miraba.

Oliver Hastings apretó los puños hasta que sus nudillos se volvieron blanquecinos. Esa mirada debería habérsela dirigido a él una vez que la hubiera introducido en el mundo del placer sensual, pero aquel maldito modisto se la había arrebatado. Sin embargo, esa noche obtendría su venganza, porque estaba seguro de que la muchacha no se resistiría a acudir al teatro. Aún no había pensado cómo la separaría de las otras, pero ya se le ocurriría algo mientras aguardaba su llegada.

Sacó una petaca del bolsillo y dio un largo trago. El licor bajó por su garganta, quemándole las entrañas. Luego, volvió a mirar por la ventanilla. Había situado el carruaje a la entrada de un pequeño callejón, desde el que podía ver la fachada del teatro y controlar

quién entraba y salía.

De forma continuada, coches de alquiler y carruajes privados se detenían en Leicester Square, frente al impresionante edificio de estilo orientalista, con su majestuosa cúpula y sus altivas torres, para dejar pasajeros que acudían esa noche a la presentación de *La Sylphide*. Sin embargo, no le preocupaba la constante afluencia de gente, pues había distribuido por la bulliciosa plaza a varios de sus hombres, que se mantenían atentos a la llegada de la joven modista, cuya descripción les había dado. Mezclados entre los vendedores de flores y los repartidores de programas, vigilaban los alrededores del teatro.

Vio de pronto que uno de sus hombres agitaba en alto un ramo de flores, la señal que habían convenido para llamar su atención sobre alguna mujer, pues no quería cometer errores. Se centró en la joven a la que se acercó con la excusa de venderle las violetas y sus labios se curvaron en una sonrisa torva.

—Mi querida señorita Lockwood, por fin volvemos a encontrarnos.

Apagó la lámpara de aceite que iluminaba con luz débil y vacilante el interior del carruaje para hacerle saber al hombre que era la persona que buscaba.

***

Camila contempló, extasiada la monumental fachada del edificio, que parecía llenar la plaza, y se preguntó cómo iba a encontrar la forma de hablar en persona con la bailarina. Un nudo de nerviosismo se aposentó en su estómago. De haber estado allí, Maurice habría sabido qué hacer, pero no había querido decirle lo que sucedía, pues era importante para él volver a recuperar los lazos que lo unían a su abuela.

El ambiente vibrante del lugar provenía del caos que había en él, con tantos caballeros, ataviados con frac, sombrero y bastón, acompañados por elegantes damas que vestían coloridas sedas. El murmullo constante de conversaciones y de risas, unido al roce de las telas y al olor mezclado de perfumes, humo de tabaco y del gas que emanaba de las lámparas, la aturdió durante un instante.

—¿No me compraría las flores, señorita? —le dijo un vendedor, colocando un ramo de violetas casi debajo de su nariz.

—No, yo... —Un aroma intenso impregnó sus fosas nasales y sintió que le faltaba el aire. Quiso retirarse para poder respirar, pero el hombre era insistente.

De pronto el mundo a su alrededor se volvió confuso. El empujón involuntario de un transeúnte la hizo trastabillar, y antes de que pudiera recuperar el equilibrio, recibió otro. El gentío pareció cerrarse en torno a ella, como una marea inquieta, mientras el insistente vendedor la acosaba con las flores.

—Un ramito por dos chelines, señorita.

—Le he dicho que no. Por favor, no insista —protestó, echándose hacia atrás. Tropezó con alguien a su espalda y un brazo firme la sostuvo por el codo.

—Con cuidado, señorita.

—Le pido disculpas —dijo, volviéndose hacia el hombre, que aún la retenía con firmeza.

—¿Se encuentra bien? Está usted muy pálida.

Se sentía algo aturdida y desorientada, rodeada de rostros desconocidos que le hablaban con preocupación mientras el vendedor continuaba empeñado en perseguirla.

—Por favor, caballeros, apártense un poco, están agobiando a esta joven.

Escuchar la voz de la mujer la alivió, sobre todo al ver que la

obedecían y que el aire llegaba de nuevo a sus pulmones.

—Gracias.

—Ven, querida, tengo mi carruaje cerca. Puedes descansar en él un momento para que te recuperes —le ofreció la dama con amabilidad—. Los hombres nunca saben qué hacer en estos casos y solo empeoran las cosas.

—Ya me encuentro mejor, no es necesario que se moleste más —le aseguró, echando un vistazo hacia la plaza. Lynette, Alfred y las demás debían de estar a punto de llegar.

—No es molestia, querida. Es más, insisto en ello.

Algo en el tono con que pronunció las últimas palabras le resultó extraño y se volvió hacia ella. Tal como había dicho, su carruaje se hallaba cerca, pero no le agradó el aire lúgubre que lo rodeaba. Sin embargo, antes de que pudiera declinar la invitación, una mano fuerte le cubrió la boca, impidiéndole apenas respirar, y la alzó en vilo, introduciéndola a la fuerza en el coche. La portezuela se cerró tras ella, sumiéndola en la oscuridad.

El miedo le trepó por la garganta y quiso escapar de allí. Percibía que no se encontraba sola en el interior del coche, aunque no era capaz de discernir nada en las sombras que la rodeaban. Buscó a tientas la manija de la portezuela, pero se paralizó cuando escuchó una voz que reconoció bien.

—Mi querida señorita Lockwood, ¿qué le parece si damos un paseo?

La tenue luz de una lámpara iluminó la oscuridad y se encontró con el mismo rostro que había poblado muchas noches sus pesadillas. Oliver Hastings le sonrió.

—¡No! Déjeme...

Un dolor sordo estalló en su cabeza cuando la golpeó con fuerza con el bastón y el mundo se desdibujó a su alrededor, sumiéndola de

nuevo en la oscuridad.

Capítulo 28

Maldijo en su interior cuando observó que forzaban a la muchacha a entrar en el carruaje, pero se encontraba demasiado alejado del vehículo para poder actuar. Además, su resistencia física ya no era la de antes. Por fortuna, un hombre más joven corrió tras el coche y alcanzó a encaramarse al estribo trasero, destinado a los lacayos, oculto a la vista del cochero.

Se frotó la nuca sin saber si debería informar a lord Winterfell del asunto o no, pues no estaba seguro de que aquella joven fuese la hermana perdida de la marquesa. Varios meses atrás, siguiendo una pista, había dado con la muchacha y la había seguido. Más tarde, acudió a la casa donde esta tenía alquilada una habitación, pero la casera, demasiado cautelosa, no quiso proporcionarle información. Podría haber buscado directamente un encuentro con ella, pero tuvo que posponer la investigación, ya que descubrió una pista más fiable que lo condujo hasta la señorita Melissa Lockwood, quien sí había resultado ser pariente de la marquesa.

Ahora que esta se había convertido en primera bailarina y actuaba en el estreno de *La Sylphide*, él solía acudir a las inmediaciones del teatro cada noche por si aparecía alguna de las dos hermanas que

aún faltaban por encontrar, ya que Melissa había dejado entradas en Hopeless Park, el orfanato en el que se criaron, por si acaso alguna de ellas acudía a preguntar por su paradero.

Esa noche, al llegar a Leicester Square, su instinto se había puesto en alerta. Los años de experiencia acumulada le hicieron percatarse del inusual movimiento que había en la plaza: demasiados vendedores de flores, a ninguno de los cuales había visto antes por allí y que, a juzgar por el modo en que trataban la mercancía, sabían tanto de flores como él de mujeres —lo cual era mucho decir, pues aún seguía soltero—; además, dada su constitución y la manera de moverse, tenían más pinta de ser trabajadores del puerto. Asimismo había descubierto a dos hombres jóvenes ocultos en las sombras, tal vez también detectives como él —uno de ellos era el que había saltado al carruaje—, que parecían estar vigilando a alguien. Aunque no supo a ciencia cierta a quién hasta que los supuestos vendedores acorralaron a la joven, pero ya fue demasiado tarde para hacer algo por ella.

Cuando lord Winterfell le encomendó aquella investigación, descubrió que había alrededor de unas quinientas veinte personas con el apellido Lockwood viviendo en Londres y cerca de tres mil cuatrocientas en Yorkshire. Su trabajo consistía en ir descartando a aquellas mujeres que no encajaban en el perfil de las hermanas de la marquesa, según los datos que esta le había proporcionado. Llevaba meses trabajando en ello y apenas había localizado a una de ellas. Se apretó con fuerza el puente de la nariz.

—Espero que esa joven no sea la hermana de lady Winterfell, porque, si es así, no sé cómo voy a explicarle esto al marqués.

Quizá se estaba volviendo viejo. Dejó escapar un suspiro de cansancio y echó un vistazo a la plaza. La mayoría de los falsos vendedores habían desaparecido tras haber realizado su cometido.

Quien hubiera organizado el secuestro contaba con recursos y con hombres de los bajos fondos, de eso no cabía duda.

Dirigió la mirada hacia el lugar donde había permanecido oculto el otro joven que vigilaba la plaza y que también parecía haber volado. O eso creía, porque lo descubrió poco después atravesando el lugar para dirigirse hacia un carruaje del que acababan de descender varias mujeres y un caballero. Creyó reconocer a este último de haberlo visto en alguna ocasión en el establecimiento donde trabajaba la costurera. Parecía un hombre muy capaz, así que dejaría todo en sus manos y, tal vez, en unos días podría pasarse por la tienda solo para asegurarse de que la muchacha se encontraba bien y, de ser así, hablar con ella y confirmar si se trataba de la persona que buscaba o no.

***

Maurice contempló a su abuela y se preguntó si en verdad se encontraba bien. Su piel lucía algo macilenta y estaba más delgada. Tampoco había comido demasiado durante la cena. Frunció el ceño al ver que se adormilaba en la butaca en la que se había acomodado mientras él le servía una copa de oporto que guardaba en el aparador.

—Abuela —la llamó con suavidad. Ella abrió los ojos y parpadeó—. Te llevaré de regreso a la mansión de los Hardwicke. Estás cansada.

Le habría gustado que se quedara con él en su casa, pero vivía modestamente y no contaba con demasiado espacio.

Margot sacudió la cabeza y aceptó la copa que él sostenía en la mano.

—Solo estaba descansando la vista. Mis ojos ya no son lo que eran.

Bebió un pequeño sorbo y el intenso dulzor le produjo una sensación cálida en el estómago, espabilándola. Observó el color profundo y envolvente, como rubí líquido.

—Estás enferma, ¿verdad? —la interrogó mientras se sentaba en otra butaca frente a ella—. No me mientas, por favor.

Ella suspiró con suavidad. Apenas estaban reconstruyendo su relación; si le mentía, Maurice no volvería a confiar en ella.

—Es el corazón —admitió. Al ver la forma en que él observaba la copa en su mano, negó con la cabeza y añadió con tono firme—: ¡Oh, no! No voy a renunciar a uno de los pocos placeres que todavía puedo permitirme a mi edad. Bien, háblame de ella.

—¿De quién? —inquirió, demorando la respuesta mientras hacía girar el brandi en su copa.

Margot puso los ojos en blanco.

—De la joven que ha puesto una sonrisa en tus labios y ese brillo en tu mirada —replicó con un matiz burlón en su tono—, de Camila. ¿La amas de verdad?

—No va a suceder lo mismo que con Colette —contestó con voz tensa, apretando con fuerza el pie de la copa—, si es lo que insinúas. Y sí, la amo con todo mi ser. —Ella se frotó la sien en un gesto de cansancio y Maurice se arrepintió de su aspereza. Se inclinó hacia adelante y le cogió una mano—. Lo lamento, abuela. No quería...

—No, querido, soy yo quien debería disculparse contigo. —Apretó los dedos en torno a los suyos con cariño—. Lo de Colette no fue tu culpa. Ella debería de haberte contado cómo se sentía.

—Camila me dijo lo mismo.

—Parece una joven muy juiciosa.

Maurice esbozó una sonrisa cargada de ternura.

—Es maravillosa, abuela. Se ha convertido en mi mundo, sin ella

estaría hueco y vacío. Sé que mi padre se opondrá de nuevo. —Su rostro se tensó durante un breve instante—. Pero no renunciaré a ella jamás.

—No te preocupes por eso, querido, yo me encargaré de él. —Acarició su mejilla con dulzura—. Todo lo que deseo es que seas feliz.

Sonaron unos repentinos golpes en la puerta y, antes de que pudiera otorgar su permiso, Lawson entró en la salita con el rostro descompuesto. Lo seguía un hombre joven, vestido con ropas discretas, a quien no había visto jamás. Se puso de pie, embargado por un mal presentimiento.

—¿Qué haces aquí, Alfred? ¿Ha sucedido algo?

—Será mejor que te lo cuente él —respondió, con la voz teñida de rabia, al tiempo que señalaba al joven.

—Oliver Hastings se ha llevado a la modista.

Había pensado que hablar sin rodeos era el modo más sencillo de comunicar la noticia, pero, en ese momento, comprendió que ese era también el camino más directo hacia el infierno. La furia que emanaba del caballero parecía condensarse en el aire a su alrededor, dificultándole respirar, o tal vez solo se debía a la manera en que lo había agarrado de las solapas de su vieja chaqueta, como si deseara estrangularlo.

—¿Quién demonios es usted y qué le ha sucedido a Camila? ¡Hable!

—¡Maurice!

El tono imperativo de su abuela atravesó el sordo zumbido de la sangre en sus oídos. «Camila va a estar bien», intentó convencerse a sí mismo. Jagger debería estar con ella. Soltó al hombre con renuencia.

—¡Hable de una vez, maldita sea!

—Mi nombre es John Huggins y me gano la vida como detective —explicó mientras se recolocaba la camisa y la chaqueta—. Hastings me contrató para encontrar a la señorita Lockwood después de que dejase el taller de costura que la señora Bertram mantenía en un local que él les alquiló. Cumplí mi cometido y me pagó bien por ello. No volví a verlo hasta hace una semana, que me llamó de nuevo porque quería que buscara a una mujer para que hiciera un trabajo sencillo, aunque no me dijo de qué se trataba.

—Y usted no se lo preguntó —intervino Alfred, con un punto de sarcasmo en su tono.

Huggins se encogió de hombros con indiferencia.

—No suelo cuestionar los pedidos de mis clientes. Sin embargo, hablé con Lily sobre su encargo, pues había escuchado ciertas cosas acerca de Hastings. Ella solo tenía que acompañar a una joven hasta un carruaje. —Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y su mandíbula se tensó—. No me dio buena espina y lo seguí hasta Leicester Square. Puede que a veces roce el límite de lo permitido por la ley, pero nunca lo traspasaría, no quiero arriesgar mi carrera como detective. Por eso, cuando comprendí que se trataba de un secuestro y vi a las otras muchachas del taller descender de un carruaje, fui a avisarlas de lo sucedido.

Maurice apretó los puños con fuerza para contener la rabia que le hervía en la sangre. Deseaba golpear al joven, pero eso no ayudaría a Camila.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no fue a socorrerla?

—Había otro hombre vigilando a la muchacha y se subió al estribo trasero cuando el carruaje arrancó. Tenía el cabello oscuro, llevaba una gorra y ropa bastante holgada.

—Ese debe ser Jagger —le indicó Lawson.

—Tenemos que pensar qué hacemos. —Miró a su abuela, que

mantenía la calma, a pesar de que en sus ojos verdes brillaba la preocupación—. Te pediré un coche de alquiler para que regreses con lady Hardwicke y...

—No —rehusó con firmeza—, me quedaré aquí hasta que regreses.

—Abuela, tengo que buscar a Camila y no tengo ni idea de por dónde empezar.

—Creo que en eso puedo ayudarlo —lo interrumpió Huggins, haciendo que todas las miradas convergieran sobre él—. Después de lo de Lily investigué a Hastings. Posee varios edificios cerca de los muelles donde guarda cargamentos y mercancías, y donde tiene su oficina. Pero también tiene una nave algo más escondida y que usa para organizar peleas clandestinas de perros. Imagino que allí es donde la ha llevado.

Un escalofrío recorrió a Maurice. Aquel lugar tenía que estar lo bastante aislado para que nadie escuchara los ladridos furiosos de los animales. Nadie podría oír, tampoco, los gritos de Camila. El razonamiento lo hizo palidecer y una sensación de angustia le oprimió el pecho. Respiró hondo, intentando tranquilizarse. Necesitaba pensar con claridad.

—Usted nos guiará hasta allí —le ordenó a Huggins, con un tono que no admitía réplica—. Alfred, busca un carruaje.

—Está esperando afuera.

—Bien. Adelantaos, ahora voy. —Se acercó a su abuela y la tomó de las manos. Las tenía frías—. Siento que tengas que quedarte aquí sol...

—No te preocupes por mí. Trae de vuelta a Camila.

—Lo haré.

Fue un juramento solemne, porque sin ella su vida carecía de sentido y volvería a hundirse en las tinieblas de las que ella lo había

rescatado. Besó la mejilla de su abuela y se dirigió a su dormitorio en busca de un arma.

Capítulo 29

Jagger saltó de la parte trasera del carruaje antes de que este se detuviera en una zona de los muelles casi desierta y poco iluminada. No estaba seguro de cuántas personas iban dentro del coche ni si estaban armadas, por lo que tendría que aguardar hasta ver cuál sería la mejor manera de actuar.

Desde lejos, oculto entre las sombras, observó cómo el cochero, un hombre bastante corpulento, bajaba del pescante y abría la portezuela. Soltó un juramento al ver que sacaba del interior a la joven modista. Los brazos caían lánguidos a los lados de su cuerpo, por lo que supuso que se había desmayado o la habían golpeado. Reconoció al hombre que bajó después y se maldijo a sí mismo por su falta de perspicacia. Lo había visto acudir al taller casi a diario y, a pesar de que le había llamado la atención, no le dio demasiada importancia, ya que nunca se acercó a la señorita Lockwood.

Vio que entraban en una de las destartaladas naves, aunque instantes después salió de nuevo el cochero y se quedó junto a la puerta. Tendría que deshacerse primero de él. Luego acudiría en auxilio de la muchacha.

***

Camila despertó con el cuerpo entumecido y un dolor sordo que latía en su cráneo, como si se lo estuvieran perforando. La acometió una arcada y tuvo que tomar una honda respiración para calmar la necesidad de vaciar su estómago.

—No pretendía golpearte con tanta fuerza, pero no me has dejado otra opción.

Aquella voz, que tan bien reconocía, hizo que se le erizara el vello del cuerpo. Apretó los párpados, deseando que todo aquello fuera un sueño, aunque sabía que no era así. El olor a rancio y a paja húmeda que flotaba en el aire, la dureza y frialdad del suelo, y la cuerda que apretaba sus muñecas, raspándole la delicada piel, se lo confirmó. Una lámpara de aceite pendía de un clavo en una de las vigas de madera cercana, iluminando con una tenue luz anaranjada un pequeño círculo a su alrededor.

Oliver Hastings estaba sentado frente a ella en una desvencijada silla, como un rey sobre su trono. Su rostro se mantenía en la penumbra y solo alcanzaba a distinguir el brillo malévolo de sus ojillos de rata, que tanto la habían atormentado en sus pesadillas. Contuvo el estremecimiento que la sacudió. Ella ya no era el mismo ratoncillo asustado del pasado, porque la fuerza del amor —más grande que sus propios miedos— la sostenía.

—¡Suélteme ahora mismo y deje que me marche!

Hastings se forzó a sonreír, aunque la rabia lo corroía por dentro, una furia ciega e irracional, como la del niño egoísta y mimado al que le han arrebatado uno de sus juguetes. Porque él tenía que haber sido el que la domara, el que transformara el cachorro asustadizo que era en un perro de pelea. Sin embargo, aquel brillo de desafío que había en sus ojos no lo había puesto él. Cerró con

fuerza el puño sobre el bastón. Se levantó y caminó hacia ella con una calma fría.

—Así que ha sido ese maldito modisto el que te ha dado el coraje para enfrentarte a mí, ¿no es cierto?

El matiz sombrío de su tono le resultó aún más amenazador cuando colocó el pomo del bastón bajo su barbilla, obligándola a alzar la cabeza para mirarlo. Aun así, reunió todo el valor que tenía para enfrentarlo.

—Sí. Él vale mil veces más que usted.

Hastings se agachó y la aferró por el mentón, clavándole dolorosamente los dedos en las mejillas.

—No te conviene retarme, Camila —susurró contra sus labios—. No sabes de lo que soy capaz. Tal vez debería hacerte una demostración de lo que puedo ofrecerte.

La sonrisa artera que curvó su boca en una mueca siniestra, mientras deslizaba la mirada sobre su cuerpo con lascivia, hizo que su corazón latiera a un ritmo desesperado, golpeando con furia frenética contra sus costillas, como si deseara escapar de su pecho. La sangre se convirtió en un torrente impetuoso en el interior de sus venas y la náusea le trepó por la garganta.

—No se atreva a tocarme.

Su valentía brotaba de un miedo que él podía oler, igual que un perro de presa, y aquello lo excitó aún más. Con una calma contenida, se acercó a la silla para dejar el bastón y se despojó de la chaqueta.

—Haré que supliques para que te toque más —juró, volviéndose de nuevo hacia ella, con el brillo ardiente de la obsesión en sus ojos —, para que te dé ese placer que solo yo puedo proporcionarte.

El crujido apagado que acompañó cada uno de sus pasos al pisar la paja esparcida sobre el suelo mientras se acercaba le robó el poco

aire que entraba a sus pulmones. Sintió un vahído y tomó una honda respiración. No podía desmayarse. No en ese momento. Pensó en Maurice. Él era ese trocito de felicidad por el que había rogado toda su vida y no iba a permitir que se lo arrebatara un loco. Puede que tuviera las manos atadas, pero aún tenía libres los pies. Además, Hastings no era demasiado alto ni poseía un cuerpo atlético, debería poder contenerlo.

Intentó ponerse de pie con rapidez; sin embargo, él se lo impidió, mostrando una fuerza superior a la que había supuesto. La arrojó al suelo con tanta violencia que a punto estuvo de golpearse la cabeza con la viga, aunque no pudo evitar chocar contra ella, produciéndole un dolor lacerante en el costado. Aun así, se revolvió con fiereza y lo escuchó maldecir cuando impactó con fuerza la rodilla contra su muslo. Hastings le propinó una bofetada que hizo que se le saltaran las lágrimas. A pesar de ello, no se rindió en la lucha. Pataleó cuando él introdujo una mano por debajo de su falda y sintió la viscosidad de sus dedos deslizándose por su piel.

—Esto es lo que querías, ¿verdad, zorra? Ábrete de piernas para mí, como has hecho para ese modisto, y te enseñaré lo que es un hombre de verdad.

Camila se mordió el labio hasta sangrar y luchó, desesperada, por escapar de las burdas caricias, del doloroso manoseo al que sometía sus senos, de la húmeda boca que buscaba sus labios y del peso de su cuerpo que la oprimía contra el suelo.

Ninguno de los dos se percató de que el clavo que sostenía la lámpara de aceite se aflojaba con cada golpe que impactaba contra la viga durante el forcejeo. Finalmente cayó, estrellándose contra el suelo. La paja seca acumulada, que solía usarse para absorber sangre, orina y suciedad durante las peleas de los perros, lo mismo que para proporcionar un alojamiento barato a cuidadores y

apostadores, prendió con rapidez envolviendo el interior en una nube de humo negro denso que arrastraba consigo un olor acre y desagradable.

Un nudo de angustia se apretó en el pecho de Camila al darse cuenta de que Hastings no parecía ser consciente del calor de las llamas ni del peligro que los acechaba, como si se encontrara fuera de sí. El fuego comenzó a lamer las decrépitas paredes y escuchó el lamento de la madera al ser consumida por la voracidad de las llamaradas.

—¡Por el amor de Dios, señor Hastings, tenemos que salir...! — Una tos seca y convulsa interrumpió sus palabras. Los ojos comenzaron a picarle y las lágrimas se derramaron por las comisuras de estos, deslizándose por sus mejillas.

Una brizna de paja en llamas cayó junto a ella. Bastaría cualquier pequeña centella para prender su vestido; el fuego lo consumiría con rapidez.

No quería morir, no cuando aún tenía tanto por lo que vivir: Maurice, sus hermanas, Alfred, la señora Bertram, Lynette y las demás chicas. Sacando fuerzas de flaqueza, cerró las manos atadas en un puño y las descargó con todas sus fuerzas contra la cabeza de Hastings. Este soltó un gruñido gutural de dolor, pero al menos pareció volver en sí.

Oliver miró a su alrededor y escupió un improperio. La nave ardía por los cuatro costados y un humo espeso lo llenaba todo. Un crujido ominoso le hizo alzar la cabeza. El techo estaba en llamas y no tardaría en desplomarse. Se frotó los ojos, que le escocían, y comenzó a toser. Apenas podía ver nada a causa de las lágrimas.

—¡Desáteme!

La voz lo sobresaltó, como si no recordara que ella se encontraba ahí. La miró en silencio, mientras la observaba ponerse en pie con

dificultad.

—Es culpa tuya. Si hubieras aceptado mi... —se interrumpió de pronto.

Primero fue un crujido bajo y obstinado, como el suspiro de una bestia herida que aún se niega a caer. La madera se quejó en chasquidos secos, retorciéndose bajo las llamas, hasta que el sonido creció y se convirtió en un gemido profundo, cargado de siglos y peso.

Un estallido sordo y cavernoso resonó en la nave y, como si hubiera exhalado su último aliento, el techo se desplomó. Astillas ardientes y polvo negro descendieron en una lluvia breve.

***

El carruaje llegó al muelle y Maurice saltó de él casi antes de que se detuviera. Instantes después lo siguieron Lawson y Huggins.

—¿Dónde demonios están? —lo apremió Maurice.

—Tiene que ser alguno de estos edificios, pero no sé cuál de ellos. Deberíamos buscar el que esté más apartado —sugirió el detective —. Seguramente habrá alguna luz en el interior.

—Eso es demasiado grande para ser una simple luz, ¿verdad? —comentó Alfred, con el rostro crispado, mientras señalaba el resplandor anaranjado que se alzaba por detrás de un grupo de edificios—. ¡Maldita sea! ¡Maurice!

Salió corriendo detrás de él antes de que cometiera una locura.

Cuando llegaron al lugar, el calor era insoportable. Las llamas se elevaban hacia lo alto, lamiendo el cielo nocturno. Maurice intentó acercarse a la nave. El aire era irrespirable, caliente y denso. Cada bocanada parecía quemarle los pulmones. El humo le arañaba la garganta y brotaron lágrimas involuntarias de sus ojos. El fuego

rugía como una bestia voraz, devorando la madera, y el techo gemía con lamentos que anunciaban su inminente colapso.

—¡Camila! —gritó con todas sus fuerzas. Avanzó hacia la violenta oleada de las llamas, cubriéndose el rostro con la manga de la chaqueta. Pero antes de que pudiera alcanzar la puerta, alguien lo sujetó con fuerza.

—Es inútil. ¡Ya es demasiado tarde!

Luchó por zafarse del agarre férreo de Alfred.

—¡Déjame! Tengo que sacarla de ahí —vociferó con la voz enronquecida—. Camila está viva, lo sé. Tiene que estarlo.

Lawson le pidió ayuda a Huggins y, entre los dos, alejaron a Maurice del edificio, justo en el momento en que un rugido profundo rasgó el aire y el techo de la nave se desplomó, levantando una nube de chispas incandescentes.

Maurice dejó de revolverse y la debilidad de sus piernas lo arrojó de rodillas en el suelo, mientras contemplaba cómo el fuego se alimentaba de los restos de madera ennegrecida.

—No... —susurró incrédulo. Un dolor lacerante le oprimió el pecho —. No, por favor... no... ¡Camilaaaa!

El grito desgarrado que escapó de su garganta conmovió a Alfred.

—Lo siento, Maurice.

Él no lo escuchó. Su propio corazón había dejado de latir. Porque, ¿cómo podía seguir viviendo sin ella? Camila, su Camila, de sonrisa dulce y una mirada valiente. Ella era su vida y todo su mundo. Nada tenía sentido si no estaba a su lado.

—¡Monsieur Durand! —exclamó una voz de pronto.

Alfred fue el primero en reaccionar y sacudió a Maurice con ímpetu. Jagger había aparecido por un costado del edificio entre la humareda, cubierto de hollín y sangre, con el rostro desencajado por la urgencia mientras cargaba en brazos el cuerpo desmadejado de

Camila.

—¡La muchacha está viva! —gritó, casi sin fuerzas.

Maurice alzó la cabeza de golpe, como si hubiera despertado de una pesadilla.

—¿Qué...? —Se puso de pie con torpeza y corrió a su encuentro, casi arrancándosela de los brazos—. Camila, mi amor, estoy aquí...

La voz se le rompió y cayó de nuevo de rodillas. La acunó contra su pecho.

—Yo puedo llevar...

La mano de Alfred sobre el hombro de Huggins silenció a este. Sacudió la cabeza para indicarle que sería inútil. Maurice no se separaría de ella. Luego miró a Jagger y le agradeció con un gesto.

—Tuve que ir por la parte de atrás —explicó este—. La saqué de debajo de los escombros cuando el techo colapsó. Está herida, pero aún respira.

Maurice no contuvo las lágrimas cuando Camila comenzó a toser con debilidad. Tenía el rostro manchado de tizne, el vestido rasgado, un hilo de sangre en la sien... y los ojos abiertos.

Vivos.

—Camila...

Ella levantó la cabeza al oír su voz. Al principio lo miró confusa, como si no supiera lo que hacía allí. Luego, sus labios temblaron.

—Maurice...

—Estoy aquí. Te tengo. Ya pasó todo, mi amor. —La abrazó con un cuidado reverente y Camila se aferró a él con la poca fuerza que le quedaba, hundiendo el rostro en su pecho. El llanto que brotó de ella era silencioso, agotado, pero lleno de vida—. Lo siento. Debería haber estado a tu lado. ¡Dios! Creí que no volvería a verte —confesó con voz quebrada. Cerró los ojos, vencido por la emoción, y apoyó la frente en su cabello—. Jamás volveré a dejar que te arrebaten de mi

lado. Eres mi hogar, Camila, la única razón de mi vida.

Ella alzó la mano y la apoyó en su mejilla.

—Vamos a casa.

Maurice se incorporó, protegiendo a la joven entre sus brazos, y se dirigió hacia donde el carruaje los aguardaba.

—¿Y Hastings? —Escuchó que le preguntaba Huggins a Jagger.

—El techo se derrumbó justo encima de él.

Que Dios lo perdonara, pero Maurice deseó que, al igual que su cuerpo, el alma pecadora de Oliver Hastings ardiera en los fuegos del infierno.

Subió al coche y se quedó a solas con Camila, pues Alfred y los dos detectives se acomodaron en el pescante. A pesar del amplio espacio del que disponía, prefirió sostenerla en su regazo. Necesitaba sentirla cerca de su corazón.

Camila alzó el rostro y lo miró con una ternura infinita.

—Te amo, Maurice Durand.

Él besó sus labios con suavidad, con devoción.

—Yo también te amo, y te amaré mientras me quede un aliento de vida.

Camila sonrió, agotada pero serena. Apoyó la cabeza en su hombro, cerrando los ojos, sintiéndose segura al fin.

Capítulo 30

Surrey. Principios de noviembre de 1870

Donovan abrió la puerta del dormitorio con suavidad y escuchó el dulce tono de la melodía que entonaba su esposa. Sus ojos azules brillaron con intensidad ante la estampa que tenía delante. Violet amamantaba a su hijo, que se aferraba a su pecho y parecía observarla como si ella fuera todo su mundo.

Él la miró del mismo modo, porque así era. Le había devuelto la fe en sí mismo, le había devuelto la libertad y la dignidad que perdió tras haber sido marcado con aquellas horribles cicatrices en la guerra de Crimea. Ella lo había despojado de la máscara del rostro, pero también de aquella tras la que escondía su corazón, y lo había obligado, lenta y persuasivamente, a amarse a sí mismo. Y, en el proceso, se había enamorado de ella. La amaba con una devoción que no conocía límites, y lo reconfortaba saber que Violet lo amaba a él del mismo modo.

Se apoyó contra el dintel de la puerta para disfrutar de la luminosidad y belleza que irradiaba el semblante de su esposa y de la radiante sonrisa que asomaba a sus labios mientras cantaba.

Duérmete, niño, que el viento pasó,

la casa está quieta, la luna salió.
Yo te vigilo, no tengas temor,
duerme en silencio, mi flor, mi amor.

El primogénito y heredero del marqués de Winterfell dejó escapar un suspiro de complacencia, seguido de un sonoro eructo, y se quedó dormido. Violet se acomodó el corpiño del vestido y dejó al niño en la cuna. Le hizo un gesto a la niñera, que había permanecido silenciosa en un rincón, y se acercó a su esposo.

Cuando salieron al pasillo, él la aferró de la cintura y la atrajo contra su pecho.

—¿Sabes? Confieso que he sentido envidia de nuestro hijo.

Violet se echó a reír y acarició su rostro. A pesar de la cicatriz que lo desfiguraba, para ella seguía siendo el hombre más apuesto que había conocido nunca. Su cabello era como rayos de sol; y sus ojos, un cielo infinito en el que perderse.

—Puedo bajar a la cocina y prepararte un vaso de leche, si quieres —se burló.

Donovan curvó los labios en una mueca.

—Siempre has sido ágil para las réplicas.

—Tuve un buen maestro —respondió, besando sus labios con suavidad.

—Creo que tu maestro te enseñó también otras lecciones que deberías poner en práctica —susurró contra su boca antes de profundizar el beso con una pasión ardiente que los dejó a ambos temblando.

—Será mejor que bajemos a desayunar.

—¿Estás segura? A mí no me importaría empezar por el postre —insinuó, al tiempo que elevaba las cejas.

—Donovan Cavendish —dijo con tono de fingida reprensión,

soltándose de su agarre y echando a andar por el corredor—, será mejor que tomes un buen desayuno y cojas fuerzas...

—Hum. —Se limitó a decir, perdido en el dulce vaivén de las caderas de Violet.

Ella volvió ligeramente la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

—... Las necesitarás para lo que te tengo preparado esta noche.

Su sonrisa seductora y la promesa que encerraban sus palabras enviaron un latigazo a su entrepierna. Sacudió la cabeza y siguió a su esposa. «La acompañaría hasta el mismo infierno», pensó con la mirada clavada en su cabello cobrizo, su esbelto cuello que el moño dejaba al descubierto y su elegante figura.

Violet recogió la correspondencia que había en la bandeja de plata sobre el aparador de la sala de desayunos y dejó las que iban dirigidas a Donovan junto al lugar que ocupaba en la mesa. Ella tenía dos cartas a su nombre, aunque ninguna procedía de Melissa y Rose, que eran quienes solían escribirle. Abrió una y comenzó a leerla. No prestó atención al criado que le sirvió el café y que se marchó de inmediato, dejándolos solos en el comedor.

—¿Quién te ha escrito? —le preguntó Donovan al ver que dejaba el pliego que acababa de leer y abría la otra carta.

—Lady Castlehaven...

—¿Y qué quiere esa vieja cotilla? —La alta sociedad no había tratado bien a su esposa y eso no era algo que él pudiera perdonar con facilidad.

—Solo habla del nuevo modisto cuyas creaciones se han puesto de moda entre las damas de la clase alta y de su joven ayudante que, en realidad, no es su ayudante, sino su prometida —le explicó Violet, al tiempo que continuaba leyendo la segunda carta, enviada por lady Hardwicke. La marquesa le caía bien. Aunque no carecía de genio, le

agradaba su forma de ser tan directa—. Creo que lady Castlehaven me sugiere renovar mi guardarropa —añadió con despreocupación y algo de humor.

Donovan arqueó las cejas con diversión.

—A mí me gusta la ropa que llevas, aunque te prefiero cuando no llevas nada —declaró con una sonrisa pícara, que se esfumó de inmediato al ver la palidez que cubrió el semblante de su esposa. Se puso de pie al instante y se arrodilló junto a ella—. Violet, ¿qué sucede?

—Donovan, tenemos que ir a Londres. —Las lágrimas descendieron por sus mejillas y se perdieron en las comisuras de sus labios sonrientes.

Él lo comprendió de inmediato.

—¿Es Camila?

Violet asintió y Donovan la abrazó con fuerza. Por fin su esposa iba a cumplir la promesa que le había hecho a su madre de mantener unidas a sus hermanas.

***

Camila entró en el despacho de Maurice sin llamar, urgida por la apremiante llamada que este le había dirigido por medio de la señora Pickleford, y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué es lo que ocurre? —inquirió con preocupación. Él se encontraba de pie junto al ventanal y se volvió a mirarla. Llevaba un documento en la mano y había tal intensidad en sus ojos verdes que la asustó—. ¿Le ha sucedido algo a tu abuela?

La vizcondesa había regresado a París a finales del verano para intentar mediar entre Maurice y su padre. Algún tiempo después les había llegado una carta en la que les informaba de que había caído

enferma, aunque no debían preocuparse, les decía en ella, ya que no se trataba de nada serio. Sin embargo, estaban casi a finales de noviembre y no habían vuelto a recibir correspondencia por su parte, a menos que eso fuera lo que él sostenía en su mano.

—¿Maurice? —insistió, angustiada por su silencio. Por toda respuesta, él cruzó el espacio que los separaba y la alzó en brazos, sorprendiéndola. Una carcajada profunda brotó de su garganta mientras la hacía girar en el aire—. Maurice, ¡por el amor de Dios!, me estás asustando. ¿Qué es lo que ocurre?

La dejó con suavidad en el suelo y le entregó el papel.

—Toma, léelo tú misma.

Camila vio que se trataba, efectivamente, de una carta, pero abrió los ojos con asombro al notar que provenía del palacio real. Lágrimas de felicidad descendieron por sus mejillas mientras sus labios dibujaban una sonrisa radiante.

—¡Lo has conseguido!

—Lo hemos conseguido —la corrigió con suavidad, envolviéndola en sus brazos. Su mirada rebosaba de amor cuando la clavó sobre ella—. Sin ti no habría podido crear ese diseño.

—Y ahora, tras la boda de la princesa Louise, todas las damas de la alta sociedad acudirán a la tienda de monsieur Durand —comentó, orgullosa.

—Durand y Lockwood. —Retiró con suavidad el mechón que caía sobre su frente, acariciando la pequeña cicatriz que le había quedado tras el incidente del incendio, del que los periódicos se habían hecho eco como un desafortunado accidente en el que el señor Hastings y uno de sus trabajadores habían perdido la vida—. Así se llamará el negocio a partir de ahora. Yo diseñaré los vestidos y tú los sombreros. Estamos juntos en esto, para siempre.

Camila lo miró con adoración. Él sabía cuánto significaba eso para

ella. Le ofrecía la oportunidad con la que ella había soñado durante tantos años: convertirse en una sombrerera famosa para que sus hermanas pudieran encontrarla.

—Te amo, Maurice.

Los labios le temblaron al pronunciar las palabras. Él se apoderó de ellos con dulzura para calmarlos. Su sabor lo embriagó y el besó se tornó más profundo. La dejó con suavidad en el suelo y le entregó el papel.

—Toma, léelo tú misma.

Maurice acarició su espalda y subió la mano hasta anclarla en la parte posterior del cuello.

Camila gimió cuando sintió cómo las yemas de sus dedos masajeaban la piel de su nuca, introduciéndose entre su cabello, y pegó aún más el cuerpo al suyo, como si deseara fundirse con él. Notó las rodillas vacilantes cuando sus lenguas se enzarzaron en una danza lenta y seductora, húmeda y ardiente, que los arrastró fuera de aquel despacho, a un mundo creado solo para ellos dos.

Sin dejar de besarla, Maurice la alzó y la sentó sobre el escritorio. Le subió la falda despacio y se colocó entre sus muslos. Ella entrelazó las piernas a su cintura para sentirlo más cerca y echó la cabeza hacia atrás para darle acceso a su cuello cuando él dejó un reguero ardiente de besos hasta su clavícula. Cuando descendió aún más, a la sensible piel de sus senos, y mordió la carne tierna con suavidad, antes de lamerla para calmar el ardor, el corazón se le desbocó en el interior del pecho y su respiración se volvió errática.

—Eres preciosa —dijo Maurice, con la voz enronquecida, mientras con la mano escalaba por el sedoso interior de su muslo hasta el centro de su femineidad—, ¿lo sabes? Te deseo cada minuto del día. Quiero ver cómo se iluminan tus ojos por el placer, quiero beber de tus labios los gemidos que provoquen mis caricias... —Interrumpió

sus palabras con un seco juramento y tuvo que retirar su mano con rapidez cuando llamaron a la puerta—. ¡Demonios!

—Monsieur Durand.

—El deber te llama —susurró Camila al oído de Maurice. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja, juguetona, y sonrió traviesa ante el estremecimiento que lo sacudió.

Él se vengó besándola con cierta rudeza, sin contención, con una pasión que dejó a Camila sin aliento.

—¿Monsieur Durand? —insistió la señora Pickleford—. Lady Hardwicke está aquí y desea hablar con usted y con la señorita Lockwood. Ha traído nuevas clientas que desean conocerlo.

Maurice suspiró y se pasó, con frustración, los dedos entre el cabello.

—Está bien, señora Pickleford, enseguida bajamos. —Le ofreció la mano a Camila y la ayudó a descender del escritorio. Luego besó su frente—. No sé si agradecerle a lady Hardwicke o echarla de la tienda —gruñó.

—Ya lo has oído, nos ha traído clientas nuevas y siempre se ha portado bien con nosotros. —Se agachó para recoger de la alfombra la misiva del palacio—. Además, gracias a ella has recibido hoy esta carta.

—Tienes razón. —La sonrisa que esbozó iluminó sus ojos verdes, haciéndolos brillar como piedras preciosas—. Como siempre.

Camila intentó recomponer su peinado mientras avanzaban por el corredor hacia las escaleras. Desde lo alto de la escalinata pudo ver a la marquesa, rodeada por tres damas que estaban de espaldas. Sin saber por qué, sintió un hormigueo en el estómago.

—¡Ah! Monsieur Durand, Camila —dijo lady Hardwicke, sonriente, cuando los vio bajar.

Las tres mujeres se giraron y se quedaron observándolos. Un

estremecimiento recorrió a Camila, que detuvo sus pasos, y un nombre se formó en sus labios al contemplar el rostro de la más joven de ellas. Sin embargo, murió antes de brotar de su garganta, y un sentimiento de decepción atravesó su corazón como una daga afilada cuando escuchó las siguientes palabras de lady Hardwicke.

—Lady Winterfell, esta es la señorita Camila Lockwood, de la que le hablé en mi carta.

Aquella dama, cuyo semblante le había resultado familiar, no podía ser su hermana Rose. A pesar de todo, la acometió una extraña sensación de vértigo y se aferró a la mano de Maurice.

Este comprendió de inmediato lo que sucedía, pues la notoria emoción que embargaba a las tres mujeres y el aire familiar que tenían con Camila las delataba.

—Acompáñenme, por favor. Estaremos más cómodos en una salita. —Hizo un gesto a una de las dependientas para que preparara un tentempié y las condujo hasta una de las estancias adyacentes, destinadas a las visitas.

Un silencio tenso llenó el ambiente y ninguno de los presentes se atrevió a romperlo. Nadie se sentó tampoco. Parecían aguardar algo.

Cuanto más las observaba, más crecía la opresión en el pecho de Camila.

—Sigues teniendo unos ojos enormes... —comentó de pronto Violet, con la voz rasposa a causa de las lágrimas contenidas— y preciosos. Aún recuerdo cómo me mirabas el día que me marché de Hopeless Park.

—¡Oh, Dios mío! Tú... ¿Eres Violet? —Miró a las otras dos mujeres. Sus sonrisas cómplices, la humedad que hacía brillar sus ojos... No cabía duda, eran sus hermanas. Su corazón se lo había dicho, pero su mente se había negado a reconocerlo—. ¿Melissa? ¿Rose? ¿De verdad sois vosotras?

Violet sacó el colgante de entre sus ropas y lo dejó a la vista: una violeta grabada toscamente sobre el metal. Melissa y Rose sacaron los suyos, con sendas flores. Camila extrajo el suyo y lo apretó con fuerza. Luego dejó escapar un sollozo, lo soltó y corrió a abrazar a sus hermanas.

El tembloroso suspiro de Violet agitó con suavidad el cabello de Camila.

—Por fin estamos todas juntas.

El silencio volvió a llenarlo todo. Uno colmado de un amor que había resistido al tiempo, a las dificultades y a la distancia.

Epílogo 1

Surrey. Diciembre de 1870

El carruaje enfiló el camino pedregoso que conducía a la mansión, flanqueado por setos recortados, y se detuvo poco después frente a los muros claros de la fachada de Ashford Manor. La majestuosidad del edificio, de ventanales altos con contraventanas verdes y un tejado de pizarra gris, la impresionó, pero también la intimidó un poco.

—Estás nerviosa —constató Maurice, sentado junto a ella en el acolchado asiento del coche que los había recogido en la estación de tren—. No deberías estarlo. Son tus hermanas.

—Pero no las he visto durante muchos años —replicó mientras se retorcía las manos enguantadas—. Han cambiado. Ahora están las tres casadas...

—Bueno, si eso es lo que te preocupa, yo estaría encantado de solucionarlo de inmediato.

Camila sonrió y él se sintió aliviado.

—Sabes que decidimos no contraer matrimonio hasta después de la boda de la princesa. Tienes que preparar el vestido...

—Tenemos, señorita Lockwood —le dijo, al tiempo que la atraía

hacia sí y depositaba un beso en la punta de su nariz—. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas?

—Para siempre —respondió ella, haciéndose eco de las palabras que él mismo le había dicho en una ocasión.

—Me gusta cómo suena.

Su voz le acarició los labios justo antes de besarla con una dulzura que derritió sus preocupaciones.

Un carraspeo desde el exterior interrumpió el momento. El lacayo de los Winterfell aguardaba para abrirles la portezuela.

—¿De verdad no podemos casarnos hoy mismo? —musitó Maurice con el tono quejicoso de un niño que pedía más dulces.

Camila se echó a reír y el melodioso sonido le calentó el corazón. Descendieron del carruaje y admiraron el entorno. Frente a la fachada principal se extendía un jardín geométrico con senderos de grava blanca, setos bajos y macizos colmados de flores de invierno: rosas de Navidad, camelias, pensamientos, campanillas de invierno y violetas. Desde algún lado se escuchaba el murmullo lejano de una fuente.

Maurice la tomó de la mano y entrelazó sus dedos. Sabía que no era la imponente mansión la que la mantenía allí, sin moverse, tampoco el título de marquesa que ostentaba su hermana Violet —y que había sido la causa de que lady Hardwicke supiera de ella, puesto que su matrimonio con el esquivo marqués de Winterfell fue la comidilla de la corte durante un tiempo—, sino el miedo a enfrentarse a unas desconocidas. Tras su encuentro en la tienda, no habían vuelto a verse —aunque se habían carteado— debido a diversas causas: lady Winterfell tenía un hijo recién nacido del que ocuparse, Melissa actuaba en el teatro y Rose debía atender a sus obligaciones de trabajo. Además, Camila y él necesitaban preparar el vestido de novia para la princesa. Por eso habían decidido pasar

juntas las Navidades. También iba a conocer a sus cuñados, lo que la ponía especialmente nerviosa.

—¿Y si no les gusta cómo soy?

—Eso es imposible. Eres la mujer más dulce y maravillosa que existe, Camila. —La tomó de la barbilla con suavidad y la obligó a mirarlo—. Si pudiste derretir el frío corazón del vizconde de Villeneuve y hacer que se postrara a tus pies, no dudes de que podrás conquistar los de todos. No olvides que son tu familia y que te han estado buscando, igual que tú a ellas.

—Gracias por estar a mi lado.

Él apretó su mano con calidez.

—Ven, vayamos puntada a puntada.

Camila sonrió y subieron juntos la escalinata principal. Antes de que pudieran llamar, la puerta se abrió y el mayordomo, un hombre alto, de cabello entrecano, se inclinó ante ellos.

—Bienvenidos a Winterfell. Mi nombre es Bayreuth —añadió, cediéndoles el paso al interior.

La luz que entraba por los ventanales iluminaba el amplio y elegante vestíbulo, de suelo de mármol pulido. Guirnaldas verdes, con lazos rojos, adornaban el pasamanos de la suntuosa escalera de madera que conducía a las plantas superiores. Escucharon el sonido ligero de unos pies y se volvieron hacia ellos. Violet apareció por un pasillo lateral, con una sonrisa luminosa en el rostro. Algo más atrás, la seguía un hombre de porte alto y cabello dorado.

—¡Camila! —La tomó de las manos, en un gesto afectuoso, mas luego, como si considerara que aquello no era suficiente, la abrazó —. Tenía tantas ganas de verte. Me alegro de que estés aquí. Bienvenido, monsieur Durand.

—Por favor, llámeme solo Maurice —le dijo este, besando el dorso de su mano.

—Camila, Maurice, permitidme que os presente a mi esposo, lord Winterfell. Donovan; ellos son mi hermana menor y su prometido.

El marqués les dirigió una rígida inclinación de cabeza. Aún no se acostumbraba a la reacción de otras personas ante la visión de sus cicatrices. Sin embargo, para su sorpresa, su cuñada no mostró repugnancia ni apartó los ojos de él. Al contrario, su mirada era firme y serena, llena de una dulzura que le rozó el alma. Sus labios se curvaron en una sonrisa cálida.

—Encantado de conocerte, Camila. —Le agradó ver que ella se ruborizaba cuando le besó la mano. Luego estrechó la del hombre que la acompañaba—. Bienvenido.

Violet interrumpió, sin miramientos, el intercambio de saludos, enlazando el brazo de Camila y arrastrándola consigo hacia el corredor.

—Ven, vamos a buscar a las demás. Rose estará seguramente en el invernadero, con Frank; y Melissa y Christopher, en el salón de baile, o besándose bajo el muérdago en algún rincón —apuntó en un susurro bajo que provocó el sonrojo de Camila—. Además, quiero que conozcas a tu sobrino.

Los dos hombres intercambiaron una mirada y las siguieron resignados.

—Tienes una casa muy bonita —comentó Camila, buscando algo que decir.

Violet miró a su alrededor con satisfacción.

—Sí, pero lo que construye un hogar son las personas que lo componen y el amor que hay en él —le dijo con suavidad—. ¿Qué opinas de Donovan?

—Es un hombre muy apuesto. —Más que las cicatrices de su rostro, le había impactado el azul de sus ojos, que se tornaba más profundo cada vez que se posaban sobre su esposa.

—También Maurice lo es. —Sonrió al ver que Camila se ruborizaba. Le costaba ver en aquella joven a la niña de cinco años que dejó atrás el día que abandonó Hopeless Park—. ¿Lo amas?

—Sí.

No por su sencillez la respuesta carecía de firmeza, y Violet se alegró de ello.

—Entonces, no importa dónde vivas, ese siempre será tu hogar.

Llegaron a un enorme salón decorado con un gusto exquisito. En la gran chimenea de mármol que ocupaba una buena parte de una de las paredes ardía un alegre fuego. Justo en la pared opuesta, en un rincón, se alzaba un gigantesco árbol de Navidad, decorado con lazos y guirnaldas. Sentadas en los sillones estaban sus hermanas, charlando animadamente junto a sus esposos.

Camila se volvió hacia Violet y la abrazó de forma impulsiva.

—Vosotras siempre seréis mi hogar. Gracias por no dejar de buscarme.

—¡Cami! —gritó Melissa al verla, levantándose para ir a su encuentro, lo mismo que hicieron el resto de los presentes.

Ella miró a Maurice y juntos se acercaron a los demás.

Violet se quedó en la puerta, observando cómo intercambiaban saludos y presentaciones. Sintió el brazo de su esposo rodeando su cintura y descansó la cabeza sobre su hombro.

—Espero que esas lágrimas sean de felicidad —comentó él, enjugándoselas con el pulgar.

—Lo son. Por fin he podido cumplir la promesa que le hice a mi madre. No permitiré que nada ni nadie nos vuelva a separar.

Sus palabras fueron un juramento que Donovan estaba seguro que cumpliría.

—Eres una mujer extraordinaria, Violet Cavendish. —Besó su cabello con dulzura—. Te amo.

Ella sonrió. El amor por sus hermanas había sido la única esperanza que la sostuvo en la vida, la que le dio fuerzas para seguir adelante en los momentos difíciles, la que le permitía en ese momento abrazar una felicidad tantos años anhelada. El amor era el cimiento sobre el que seguiría construyendo su futuro y el de toda su familia.

—Yo también te amo, Donovan Cavendish.

Epílogo 2

Londres. Marzo de 1871

Todos los periódicos de la ciudad se hicieron eco de la fastuosa boda de la princesa Louise con John Sutherland Campbell, marqués de Lorne y heredero del octavo duque de Argyll, que tuvo lugar el 21 de ese mes en la capilla de San Jorge, en el castillo de Windsor.

Las columnas de sociedad se deshicieron en alabanzas ante el impresionante vestido de novia que lució Su Alteza Real, obra del modisto y diseñador de alta costura, monsieur Durand, quien, sin duda, se había ganado un lugar en el corazón —y en el bolsillo— de las damas londinenses. De seda blanca, con profundos volantes de encaje Honiton adornado con flores de azahar, brezo blanco y mirto, despertó la admiración de todos los presentes. Lo mismo que el velo de novia, corto y también de encaje Honiton, que caía desde la corona de flores de azahar y mirto que llevaba. Este había sido diseñado por la mismísima princesa, y lo llevaba sujeto con un par de broches de margaritas de diamantes, de los tres con los que le obsequiaron sus hermanos, los príncipes Arthur y Leopold, y la princesa Beatrice.

A la ceremonia habían asistido numerosos invitados entre lo más

granado de la sociedad, así como ocho damas de honor —escogidas entre las hijas solteras de duques, marqueses y condes— que acompañaron a la princesa hasta el altar, junto a su madre, la reina Victoria, su hermano, el príncipe de Gales, y su tío paterno, el duque de Sajonia-Coburgo y Gotha, mientras en el órgano de la capilla sonaba *Athalia*, la marcha solemne de Mendelssohn.

La boda de Camila y Maurice, dos días después de la boda real, fue más sencilla e íntima. Acudieron las hermanas de la novia, con sus esposos; la vizcondesa, acompañada por lady Hardwicke; la señora Bertram y la señora Pickleford, así como las trabajadoras de la tienda de alta costura y del taller. Lynette fue la dama de honor y Alfred Lawson el padrino del novio.

El festivo banquete tuvo lugar en la mansión que los marqueses de Winterfell tenían en Mayfair, tras el cual todos los invitados acudieron al teatro Alhambra, donde Melissa bailaría por última vez durante esa temporada, hasta que diera a luz a la nueva vida que crecía en su vientre.

El teatro estaba lleno, como siempre, y, a pesar de las innumerables veces que había subido ya al escenario, esa tarde Melissa se encontraba más nerviosa que nunca. Christopher se acercó a ella y la envolvió en un abrazo, sin importarle los cuchicheos que pudieran suscitar tras bambalinas.

—Respira despacio —le dijo al oído, intentando que se calmara. Luego se apartó un poco de ella para mirarla a los ojos—. ¿Estás segura de esto?

Ella vio la preocupación en su rostro, por ella y por su hijo, pero asintió.

—Sabes cuánto he soñado con este momento. Quiero bailar, quiero hacerlo por ellas.

Desde que comenzó a bailar, cada vez que actuaba hacía que

llevaran unas entradas a Hopeless Park para sus hermanas, y cada vez que bailaba, los asientos reservados en el centro de la tercera fila del teatro habían estado vacíos. Pero no esa noche. Esa noche, Violet, Rose y Camila se encontraban allí para cumplir ese sueño largamente acariciado, el de volver a estar todas juntas, el de ser de nuevo una familia.

Christopher la besó despacio, con ternura.

—Entonces, sal ahí y demuéstrales lo maravillosa y talentosa que eres.

La música comenzó a sonar, acallando el murmullo de voces que llenaba el teatro. Melissa tomó una honda respiración y salió al escenario cuando se alzó el telón. Las lámparas la iluminaban, los ojos estaban fijos en ella. Y comenzó a bailar. Danzó no solo con el cuerpo, sino con toda el alma; y cuando se inclinó en una reverencia final, alzó por un instante la mirada hacia el público. Allí, en medio de los ensordecedores aplausos que llenaban el palco de butacas, pudo ver a sus hermanas, que se habían puesto en pie para aplaudir con entusiasmo. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Lo mismo que las butacas, el vacío de su corazón por fin se había llenado por completo.

Volvió a dirigir una reverencia al público y se giró para abandonar el escenario. En ese momento, vio a Frank, su cuñado, que se acercaba a ella con un primoroso ramo de rosas blancas.

—Es de parte de ellas —le dijo, entregándole las flores con una sonrisa. Dentro había una pequeña tarjeta con una breve frase: «Juntas para siempre».

Se retiró del escenario, todavía entre los aplausos del público, y, detrás del telón, lloró de felicidad entre los brazos de su esposo.

***

A Maurice se le hizo eterno el trayecto en el carruaje hasta la mansión que Margot había alquilado para las ocasiones en que iban a Londres y que les cedió para que pasaran la noche de bodas, antes de partir de viaje al día siguiente hacia París —quería enseñarle a Camila la ciudad donde se había criado, visitar juntos el establecimiento del señor Worth y, si era posible, intentar reconciliarse con su padre—. Llevaba todo el día deseando quedarse a solas con su esposa.

Cuando por fin llegaron a la mansión, le concedió un poco de tiempo para que subiera al dormitorio y se preparara, mientras él daba las disposiciones a los sirvientes para el desayuno y lo necesario para el viaje.

Subió las escaleras casi de dos en dos y se detuvo frente a la puerta que le había indicado el mayordomo antes de despedirse de él con un apresurado «Buenas noches». Dudó si debía o no llamar a la puerta, puesto que aquel era también su dormitorio y, finalmente, optó simplemente por entrar.

Se detuvo con brusquedad en mitad de la estancia. El vestido de boda que había diseñado para ella resaltaba su belleza inocente, candorosa y dulce. Sin embargo, el *negligé* que vestía en ese momento la convertía en una mujer cautivadora, revelando, al mismo tiempo que ocultando, las seductoras curvas de su cintura y sus caderas, y la redondez de sus generosos senos.

Soltó de golpe el aire que se había atascado en sus pulmones e inspiró una nueva bocanada, ordenándole calma a su corazón, que latía con violencia dentro de su pecho, pues podía notar el nerviosismo de Camila.

Con deliberada lentitud, caminó hacia la butaca que se encontraba en el lado opuesto a donde ella estaba y comenzó a despojarse de la chaqueta del frac.

—Ha sido un día lleno de emociones —comentó de forma casual, intentando romper la tensión que parecía reinar en el ambiente.

Camila miró a su esposo, que continuaba llenando el silencio con palabras a las que ella prestaba poca atención mientras observaba cómo se despojaba de la ropa.

«Mi esposo». Paladeó las palabras en la lengua y le supieron dulces, como dulce era la consideración que Maurice estaba teniendo con ella, aguantando con paciencia, a pesar del deseo contenido. El mismo deseo que a ella le arañaba el estómago, a pesar de su nerviosismo. Por fin iba a ser suya. Por fin iba a usar la última llave de felicidad que la vida le había concedido.

Se acercó, sus pasos amortiguados por la mullida alfombra, y se detuvo frente a él. Maurice se puso de pie, con los pantalones aún puestos, y ella pudo ver el fuego de la pasión que ardía en las profundidades de sus ojos verdes. Entonces, se inclinó hacia él y depositó un beso sobre la piel firme y cálida de su pecho, justo a la altura del corazón. Notó cómo contenía el aliento.

—Gracias.

—¿Por qué? —inquirió con la voz enronquecida.

—Por haber tropezado conmigo aquel día en la calle —respondió con una sonrisa colmada de ternura—, por leer la novela de la señora Alcott solo para que pudiéramos conversar, por confiar en mí lo suficiente para encargarme de atender a tus clientas, por compartir conmigo tu talento, por cumplir mi sueño de convertirme en sombrerera, por abrirme los secretos de tu corazón y mostrarme tus heridas del pasado... Por ser tú.

—Camila...

Un nudo le oprimió la garganta y fue incapaz de continuar. Ella posó las palmas de las manos sobre su torso desnudo y las deslizó en una caricia lenta, explorando su textura, mientras los músculos

ondulaban bajo el leve roce de las yemas de sus dedos.

—Ámame, Maurice.

Algo pareció estallarle dentro del pecho al escuchar sus palabras, una emoción intensa que lo hizo temblar. No merecía a Camila, pero era suya, porque ella se le había entregado libremente. La atrajo hacia sí y la besó con el alma, con cada fibra de su ser. Y ella le devolvió caricia por caricia, pasión con pasión.

La alzó en brazos y la llevó hasta el lecho. Se despojó con rapidez de los pantalones y subió junto a ella, colocándose a sus pies. Después, con reverencia, fue alzando el negligé desde el ruedo, deslizando las manos desde los tobillos hasta los torneados muslos, al tiempo que besaba cada rincón que dejaba al descubierto. Saboreó la dulzura del néctar de su femineidad, que palpitó con cada caricia de su lengua, arrancándole profundos gemidos que tensaron sus músculos. Se deleitó jugueteando con el hueco del ombligo y agasajó las cumbres de sus senos. Mordisqueó la suave piel de su hombro y, finalmente, se apoderó de su boca con una pasión cautiva y ardiente. Camila se abrazó a él y tembló de placer al sentir el roce de su dolorosa erección.

Se separó un poco para mirarla a los ojos. El otoño que anidaba en ellos parecía haberse transformado en una primavera radiante y luminosa.

—Si tuviera mil vidas, en cada una de ellas te escogería a ti —declaró con una vehemencia que contrastó con la delicadeza con la que apartó un mechón de su frente perlada por el sudor—. Eres todo lo que quiero y todo lo que necesito. Te amo, Camila.

Volvió a besarla mientras sus cuerpos se fundían en una única realidad, creando un mundo solo para ellos dos, donde solo existían el placer y el amor, la entrega mutua, llena de confianza, y la felicidad que recorría su piel y alimentaba sus almas.

Camila se aferró a su esposo, permitiendo que cada una de sus caricias y de sus gestos le transmitiera a él sus sentimientos. De pronto, todo su cuerpo se tensó y el placer que se arremolinaba en su interior pareció ascender hasta cumbres inimaginables hasta que estalló en miles de fragmentos, dejándola saciada y sin fuerzas.

Se acurrucó sobre su pecho cuando él la atrajo contra su costado.

—Yo también te amo, Maurice —respondió, por fin, a su declaración. Él depositó, con ternura, un beso sobre su frente, y ella cerró los ojos mientras sus labios dibujaban una sonrisa de felicidad.

No necesitaban más palabras. Estaban tejiendo una nueva vida juntos, con hilos de confianza y costuras de amor.

Fin

Notas de autora

1) La Revolución Industrial y su influencia en la costura: la Revolución Industrial supuso una profunda transformación de los procesos de fabricación en Europa y en Estados Unidos desde aproximadamente 1760 hasta mediados del siglo XIX. Durante este periodo se pasó del trabajo manual a la producción mecanizada, se desarrollaron nuevos procesos químicos y metalúrgicos —especialmente en la producción de hierro— y se incrementó el uso de la energía hidráulica y del vapor. También surgieron las máquinas herramienta y se consolidó el sistema de fábricas mecanizadas, que cambió para siempre la forma de producir bienes.

La industria textil fue uno de los sectores más importantes de esta etapa y uno de los primeros en adoptar métodos de producción modernos. La invención de la máquina de coser revolucionó la confección de prendas, aumentando la velocidad de fabricación y transformando el funcionamiento de toda la industria de la ropa.

La primera máquina de coser verdaderamente práctica fue patentada en 1846 por Elias Howe. Este invento aceleró de forma notable la producción de ropa económica en Estados Unidos, un proceso que ya había comenzado décadas antes con innovaciones como la *spinning jenny* y el telar mecánico.

Howe nació en Cambridge, Massachusetts, y desde joven trabajó en un taller mecánico, donde tuvo su primer contacto con la idea de la máquina de coser. Los intentos iniciales de crear este tipo de máquina no tuvieron éxito. Un antecedente fue la patente del inglés Thomas Saint, registrada unos cincuenta años antes, aunque nunca logró comercializarla. En Francia, el sastre Barthélemy Thimonnier también desarrolló una máquina para confeccionar uniformes militares, pero su fábrica fue incendiada, supuestamente por trabajadores que temían perder su empleo debido a la nueva tecnología.

En 1845, Elias Howe construyó su primera máquina de coser, que utilizaba la puntada de cadeneta cerrada (*lockstitch*), más resistente que la puntada de cadeneta simple usada por modelos anteriores. Esta máquina cosía más rápido que cinco personas trabajando a mano, aunque era costosa y solo permitía costuras rectas. Un año después presentó una versión mejorada, más eficiente y estable, que fue la que patentó oficialmente en 1846.

Aunque al principio la aceptación fue lenta, Howe logró vender sus máquinas en Londres y continuó perfeccionándolas en Estados Unidos. También tuvo que enfrentarse legalmente a otros fabricantes que intentaban copiar su diseño. Finalmente, se estableció que todos los fabricantes de máquinas de coser debían pagarle regalías, lo que le permitió amasar una gran fortuna antes de su muerte en 1867.

La máquina de Howe era bastante sencilla, y con el tiempo fue perfeccionándose hasta convertirse en un dispositivo muy diferente de su modelo original.

En 1851, Isaac Singer patentó su primera máquina de coser práctica y recibió en 1855 el primer premio en la Exposición Universal de París. Ese mismo año se convirtió en la marca de máquinas de coser más vendida a nivel internacional.

La máquina de coser tuvo un gran impacto tanto en las empresas como en los hogares: trasladó el trabajo de costura del ámbito doméstico y artesanal a las fábricas, aumentando la productividad y reduciendo los costes, lo que convirtió a la industria textil en uno de los principales motores del crecimiento económico durante la Revolución Industrial.

Fuente:https://www.stocks.co.uk/blog/how-did-sewing-machine-impact-industrial-revolution

2) Ya he dicho que la aparición de la máquina de coser revolucionó el panorama de la costura y contribuyó, sin duda, al nacimiento de la alta costura, cuyo máximo exponente de la época, considerado además su padre, fue Charles Frederick Worth.

Nació el 13 de octubre de 1825 en Bourne, Lincolnshire (Inglaterra) y es considerado el primer diseñador en establecer las bases modernas de la profesión del modisto.

Su infancia estuvo marcada por las dificultades económicas: tras la bancarrota de su padre, este abandonó a la familia, lo que obligó a Worth a incorporarse tempranamente al mundo laboral. En Londres trabajó como aprendiz y vendedor en importantes casas textiles, como Swan & Edgar y Lewis & Allenby, especializada en sedas. Allí adquirió un profundo conocimiento de los tejidos, su calidad y composición, un saber que más tarde se convertiría en uno de los rasgos distintivos de su trabajo. Paralelamente, cultivó su interés por el arte, visitando museos y estudiando retratos históricos, de los que extraía referencias para el diseño de vestimentas.

Con apenas veinte años se trasladó a París, entonces el epicentro de la moda europea. Tras un inicio modesto, consiguió empleo en la firma Gagelin, dedicada a la venta de textiles y prendas confeccionadas. Gracias a su experiencia previa, ascendió rápidamente y comenzó a diseñar vestidos, que pronto llamaron la

atención. En esa etapa conoció a Marie Vernet, quien se convertiría en su esposa y en la primera modelo de sus creaciones.

En 1858 fundó su propia casa de costura junto a Otto Bobergh, bajo el nombre Worth et Bobergh, en la Rue de la Paix. A partir de 1871 pasó a dirigirla en solitario. Worth comprendió desde el principio que el éxito dependía del prestigio social, por lo que orientó su trabajo hacia la élite imperial francesa. Su consagración llegó al vestir a la emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III, quien se convirtió en su principal promotora. Antes de acceder a la emperatriz, había logrado notoriedad gracias a la princesa Pauline von Metternich, cuya influencia fue decisiva para introducirlo en la corte.

Worth revolucionó la moda al firmar sus diseños como obras de autor, rompiendo con la tradición del costurero anónimo. Además, fue pionero en presentar colecciones periódicas, estableciendo el concepto de temporadas que aún rige la industria. Introdujo el uso de modelos reales para mostrar sus creaciones y desarrolló un sistema de patronaje más práctico, que facilitaba la confección y adaptación de las prendas.

Su estilo combinó la precisión del corte inglés con la elegancia y el refinamiento franceses. Simplificó las siluetas de su tiempo, reduciendo el volumen de la crinolina y reorganizando la caída de las faldas. Sus diseños, inspirados frecuentemente en la indumentaria histórica, destacaban por la calidad de los tejidos, el dominio técnico y la riqueza ornamental, lo que le aseguró una clientela aristocrática internacional, incluidas figuras como la emperatriz Isabel de Austria.

Charles Frederick Worth falleció en París el 10 de marzo de 1895, a los 69 años. Tras su muerte, su legado continuó en manos de sus hijos, Gaston y Jean-Philippe, consolidando su papel como fundador de la alta costura y como uno de los grandes visionarios de la

historia de la moda.

Fuente: «CHARLES FREDERICK WORTH», Trajes Delwende, consulta 20 de diciembre de 2025, https://www.delwende.es/trajes/elementos/CHARLES-FREDERICK-WORTH.

3) En su primer encuentro con la señora Bertram, Maurice le entrega una «tarjeta de visita». Quizá puede parecernos algo moderno, pero la realidad es que este tipo de tarjetas ya existían en el siglo XV. Surgieron en China, las utilizaban los miembros de la alta sociedad para dejar aviso cuando visitaban a un conocido y este no se encontraba disponible. Era una forma de dejarle un mensaje a la persona ausente y, habitualmente, se escribía el nombre para que se supiera de quién se trataba y qué deseaba. Más tarde, en el siglo XVII, su uso comenzó a extenderse también entre la aristocracia y la realeza europea. Fue a partir del siglo XIX cuando también los comerciantes del Reino Unido las adoptaron en sus negocios, con el fin de dar la máxima publicidad a estos.

Fuente: https://blog.publiprinters.com/tarjeta-visita-historia-la-publicidad-ii/

4) Cuando Camila entra por primera vez en el establecimiento de Maurice, se fija en las diversas revistas que hay sobre las mesillas. En el texto incluí solo algunas de entre la gran variedad que existía. Si estáis interesadas en conocer cuáles eran y qué temas trataban, podéis echar un vistazo a esta página que proporciona un elenco de las revistas femeninas existentes en Inglaterra entre 1852 y 1879: https://juliesorgeway.com/similar-competing-magazines/

5) A su regreso de la visita a Spitalfields, Maurice y Camila toman un coche de alquiler Hansom, un carruaje emblemático de la época victoriana.

Joseph Hansom nació en York en 1803, en el seno de una familia católica. Comenzó como aprendiz de carpintero, pero pronto demostró un gran talento para el diseño y la construcción, lo que lo llevó a formarse como arquitecto.

En 1828 se asoció con Edward Welch y ganó el concurso para construir el Ayuntamiento de Birmingham. Sin embargo, el proyecto superó el presupuesto y provocó la quiebra de su empresa. Tras este fracaso, Hansom se trasladó a Leicestershire, donde, animado por un amigo, registró en 1834 el diseño de un carruaje más seguro y rápido: el *Hansom Safety Cab*.

El *Hansom Cab* podía transportar a dos pasajeros y se caracterizaba por su estabilidad, velocidad y maniobrabilidad, cualidades que lo hicieron muy popular en ciudades como Londres, París, Berlín y Nueva York. A pesar de su éxito, Hansom vendió la patente por una suma que nunca llegó a cobrar debido a problemas financieros de la empresa compradora.

Aunque el *Hansom Cab* fue desapareciendo con la llegada del transporte motorizado, se convirtió en un símbolo de la vida urbana victoriana.

Fuente:https://www.historic-uk.com/HistoryUK/HistoryofBritain/Joseph-Hansom-the-Hansom-Cab/

6) Durante la novela, Maurice recuerda el primer vestido que diseñó, para una muñeca, y que su abuela cosió para él. La historia de las muñecas se remonta a las primeras civilizaciones. Los primeros registros históricos de muñecas se encuentran en las antiguas culturas egipcia, griega y romana. Estas muñecas eran simples figuras, a menudo hechas de materiales como madera, piedra o arcilla.

En la antigua Grecia y Roma, las muñecas empezaron a adoptar

una forma más humana y realista, marcando el inicio de su evolución de las muñecas.

Durante la Edad Media, las muñecas volvieron a ser figuras sencillas, aunque algunas eran talladas en madera o hechas de trapo. En esta época, las muñecas eran menos comunes, ya que el acceso a ellas era limitado y muchas veces reservadas para las clases altas.

Con el Renacimiento, la historia de las muñecas da un giro importante. La producción de muñecas comenzó a ser más avanzada, con figuras hechas de porcelana, una innovación de la época. A finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII, las muñecas de porcelana se convirtieron en un lujo para la nobleza europea. Estas muñecas no solo eran juguetes, sino que también representaban estatus social y riqueza. A medida que avanzaba el tiempo, las muñecas se comenzaron a fabricar en serie durante el siglo XIX, especialmente en Alemania y Francia. Las muñecas de porcelana eran populares en todo el mundo, pero el proceso de fabricación mejorado permitió la producción masiva de todo tipo y materiales. Fue durante esta época cuando comenzaron a surgir los primeros fabricantes de muñecas, y algunas de estas empresas aún existen hoy en día.

Si queréis saber más sobre la evolución de las muñecas: https://afede.com/blog/munecas-probablemente-juguete-mas-antiguo-historia-b59.html

7) Cuando me documenté sobre la boda de la princesa Louise, descubrí que había documentos muy detallados sobre el compromiso con el marqués de Lorne, la ceremonia nupcial en la capilla de San Jorge, en el castillo de Windsor, las damas de honor, los invitados a la celebración y el vestido. Pero, acerca de este último, no encontré ningún dato sobre el diseñador —salvo el hecho de que la propia

princesa diseñó el velo—, así que me tomé la libertad de proclamar a Maurice como el creador del traje nupcial.

La princesa Louise Caroline Alberta nació el 18 de marzo de 1848 en el palacio de Buckingham, la sexta del total de nueve hijos que tuvieron la reina Victoria y el príncipe Alberto.

Muchos príncipes extranjeros se presentaron como pretendientes a la mano de la princesa, mas ninguno de ellos agradó a Victoria, que comenzó a acariciar la idea de tener un yerno británico y comenzó a buscar entre las casas nobles, hasta que encontró a John Campbell, marqués de Lorne y heredero del duque de Argyll. Louise, sin embargo, no se mostró demasiado interesada en él y aceptó conocer nuevos pretendientes entre los pares ingleses. Además, le pidió a su madre poder seguir frecuentando eventos sociales.

En uno de los famosos desayunos sociales del Primer Ministro William Gladstone, Louise conoció a Lorne y quedó encantada con él. A lo largo de 1870 terminó enamorándose de él, y el marqués le propuso matrimonio el 3 de octubre de ese mismo año, durante un paseo por Balmoral.

Aunque el pueblo veía con buenos ojos este enlace, no sucedía lo mismo con la familia real, que se opuso, ya que no había habido una boda entre la realeza y un miembro de la nobleza inglesa desde 1515.

Finalmente, la celebración del matrimonio tuvo lugar en la capilla de San Jorge del castillo de Windsor el 21 de marzo de 1871.

Fuente:https://www.unofficialroyalty.com/wedding-of-princess-louise-of-the-united-kingdom-and-john-sutherland-campbell-9th-duke-of-argyll/

Agradecimientos

Querida lectora, gracias por habernos acompañado a lo largo de esta saga. Esperamos que hayas disfrutado con cada una de las historias de las hermanas Lockwood, que la lectura te haya hecho emocionarte, sobre todo con el reencuentro de Violet, Melissa, Rose y Camila.

Esta saga nació con el deseo de crear protagonistas de «calle», de esas que en el Londres victoriano hacían la vida de los nobles más cómoda y sencilla desde el silencio: amas de llaves, doncellas, cocineras, costureras... No destacaban, no acudían a bailes ni lucían vestidos elegantes. Llevaban vidas cotidianas, entre las sombras. Sin embargo, también reían y sufrían, lloraban y amaban. Cada una de nuestras novelas es un homenaje a estas mujeres trabajadoras, una manera de ofrecerles una segunda oportunidad en la que pudieran encontrar la felicidad y el amor que tantas veces creían reservados solo para las damas.

Gracias por haberles dado una oportunidad y, si te han gustado estas historias, no dejes de compartir tu opinión para que otras lectoras puedan conocerlas y disfrutarlas del mismo modo en que tú lo has hecho.

Como siempre, cada novela tiene detrás no solo muchas horas sentada frente al ordenador, noches en vela y sacrificios, sino

también la ayuda inestimable de personas que hacen posible que la historia vea la luz y a las que no puedo más que agradecer por acompañarme en la aventura de escribir.

Gracias a mis «betas», Isa y María, Lorena, Paqui, Esther y Paqui CM. Sin vosotras, este trabajo no sería tan divertido. Os agradezco el tiempo que dedicáis a leer cada capítulo, vuestros comentarios, los ánimos que me dais y las risas que me arrancáis tantas veces. Es maravilloso poder compartir cada historia con vosotras y, sobre todo, vuestra amistad.

Un sincero agradecimiento, también, al equipo de Selecta, que siempre hace que cada novela se vea especial: a Bárbara, por esta portada tan evocadora; a Laura, por su trabajo de corrección tan detallado y cuidadoso, y a todos los miembros de la editorial que hacen que cada historia sea especial. Gracias, de todo corazón, a Lola, sin cuyo apoyo y paciencia ninguna de mis novelas habrían salido adelante. Eres una editora maravillosa y una gran amiga.

Y, sobre todo, un agradecimiento especial a cada una de mis lectoras por haber llegado hasta aquí, por disfrutar de mis novelas y por todo el cariño que les dais, a ellas y a mí. Sois un regalo que me ha dado la vida, y ojalá que sigamos juntas mucho tiempo, disfrutando de los libros.

A quienes me leéis por primera vez, os invito a que dejéis vuestra opinión en las redes sociales y en Amazon, y a seguirme en mis redes sociales:

Twitter: @martaljnb
Facebook: martalujanautora
Instagram: @martalujanescritora
O en mi correo christinecrossautora@gmail.com

Entre puntadas de secretos y costuras de amor, una sencilla costurera y un prestigioso modisto compartirán un sueño, mientras en sus corazones se entreteje la historia de un amor dulce, profundo y sincero.



Camila Lockwood, una costurera huérfana de carácter dulce, trabajadora y soñadora, lucha por abrirse camino en un mundo que no ofrece a las mujeres demasiadas oportunidades para ganarse el pan honradamente. Tras quedar huérfana y sin apenas recuerdos de su familia, su vida transcurre entre hilos y telas en un pequeño taller de costura, mientras acaricia un sueño: diseñar sus propios sombreros y dejar su huella en la moda.

Maurice Durand, un talentoso modisto francés con un pasado

oculto, se ha forjado una reputación entre las damas de la aristocracia londinense. Aunque su talento es indiscutible, la relación con sus clientas a menudo carece de tacto. Sin embargo, su carácter serio y pragmático contrasta con la pasión que pone en cada una de sus creaciones.

Un error propiciará un encuentro entre ambos, y Maurice descubrirá en Camila, con su visión innovadora y su delicadeza en los detalles, un alma afín. Atrapados en un mundo de rivalidades y mentiras, nacerán en ellos sentimientos que les abrirán las puertas a un amor que, como las mejores prendas, requerirá paciencia, dedicación y un toque de magia.

¿Podrán dos corazones solitarios y heridos encontrar en el amor un refugio que les devuelva la fe en sí mismos?

Christine Cross es el pseudónimo que usa la escritora Marta Luján para sus novelas de romance histórico y contemporáneo. Nacida en Cuenca, en 1970, ya desde niña sentía pasión tanto por la lectura como por la escritura. Deseaba que sus historias hicieran soñar a muchos lectores y los enamoraran.

Tras vivir durante veinte años en el extranjero, regresó a España y decidió dedicarse a la escritura de forma completa. Siendo una apasionada lectora de novela romántica, en 2018 comenzó a publicar romance histórico con la editorial Selecta: historias ambientadas en el Londres victoriano y de Regencia; algo que continúa haciendo en la actualidad, con cerca de treinta títulos publicados en diversas editoriales y géneros.

Christine Cross es una gran amante de la Historia, de las culturas antiguas y de todo lo relacionado con la mitología. Disfruta de una buena lectura, del cine clásico y de un buen anime japonés.



Edición en formato digital: enero de 2026

© 2026, Christine Cross
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-05-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Costuras de amor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo 1
Epílogo 2
Notas de autora
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Christine Cross
Créditos